ISSN Nº: 0327 649 X

Sumario ▼

Artículos

Buenos Aires y el mercado del arte italiano en los comienzos del siglo XX

Cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)

Imaginarios y derroteros de la salud en los Territorios Nacionales (fines del XIX y principios del XX)

La construcción de memorias visuales e identidades étnicas desde los grupos hegemónicos chaqueños

Raúl Scalabrini Ortiz en *La Nación*, 1929

Entrevista

A Robert Gelatelly y Peter Fritzsche

Lecturas

De cómo las escuelas de primeras letras se transformaron en escuelas primarias en la campaña de Buenos Aires

Archivos

Sobre archivo histórico Biblioteca Nacional

Escriben:

Baldasarre / Cosse/ Di Liscia / Giordano-Reyero / Rodríguez / Bustamante Vismara / De la Fuente-Guerra

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO XVII - NÚMERO 33 - COMIENZOS DE 2008

33

▶

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA
AÑO XVII - NÚMERO 33 - COMIENZOS DE 2008

33

Artículos: Buenos Aires y el mercado de arte italiano / El noviazgo entre los jóvenes porteños / Imaginarios sobre la salud en los territorios nacionales / Los grupos hegemónicos del Chaco y la construcción de la identidad étnica / Scalabrini Ortiz en *La Nación*.
Entrevistas: Gelatelly y Fritzche
Archivo: Sobre el archivo historico de la Biblioteca Nacional

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO XVII– NÚMERO 33 – COMIENZOS DE 2008

Consejo de dirección
Silvia Finocchio
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director
Juan Suriano

ENTREPASADOS se publica con el aporte económico proveniente del premio Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales organizado por un grupo de académicos argentinos residentes en Estados Unidos, gestionado por la Fundación Compromiso y con el apoyo financiero de la Fundación Ford. El Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de General San Martín permitió acreditar los fondos provenientes de la Fundación Ford.

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El consejo de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscriptores: En Argentina: precio del ejemplar $ 25
suscripción anual $ 50
En el exterior, vía superficie u$s 30, vía aérea u$s 40

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Carmelo Juan Suriano, Cuenca 1949 (1416), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4582-2925.
e-mail: entrepasados@websail.com.ar

Distribución internacional: Cochabamba 248, D. 2, Buenos Aires, Argentina. Tel.: 4361-0473. Fax: 4361-0493
e-mail: cambeiro@latbook.com.ar

Impresión: Primera Clase, California 1231, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Foto de tapa: Grete Stern, Sueño Nº 31, “Made in England”, ca. 1950

Fuente de las fotos de Grete Stern: Fotomontajes semanales para la ilustración de la sección “El psicoanálisis te ayudará”, de la revista *Idilio*, 1946-1950

Índice

Oscar Terán (1938-2008). In memoriam 5

Artículos

La otra inmigración. Buenos Aires y el mercado del arte italiano en los comienzos del siglo XX
María Isabel Baldasarre 9

Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)
Isabella Cosse 31

Imaginarios y derroteros de la salud en el interior argentino. Los Territorios Nacionales (fines del siglo XIX y principios del XX)
María Silvia Di Liscia 49

Mostrar y mostrarse. La construcción de memorias visuales e identidades étnicas desde los grupos hegemónicos chaqueños
Mariana Giordano y Alejandra Reyero 71

De los barrios al centro: Raúl Scalabrini Ortiz en La Nación*, 1929*
Fernando Diego Rodríguez 95

Entrevista

“Los alemanes se sentían cómodos en el seno del Tercer Reich”
Entrevista a Robert Gellately y Peter Fritzsche
Miranda Lida 113

Lecturas

De cómo las escuelas de primeras letras se transformaron en escuelas primarias en la campaña de Buenos Aires a mediados del siglo XIX
José Bustamante Vismara 127

Archivo

El Centro de Estudios Nacionales: un archivo del desarrollismo abierto a la consulta pública
Ana Guerra y Vera de la Fuente 145

ISSN: 0337 649 X

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Reseñas

Ángela Aisenstein y Pablo Scharagrodsky
Tras las huellas de la educación física escolar argentina. Cuerpo, género y pedagogía, 1880-1950
Julio Frydenberg 159

Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga
Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la memoria
Damián López 161

Gabriel Di Meglio
¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo
Raúl O. Fradkin 165

Marina Franco
El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura
Ariel Eidelman 171

Eduardo Rey Tristán (dir.)
Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina. Golpes, dictaduras, exilios (1973-2006).
Silvina Jensen 176

Oscar Terán (1938- 2008)
In memoriam

Quizás para muchos de nosotros *En busca de la ideología argentina*, un libro que desde el título incitaba a una lectura urgente en los inicios de los años 80, precedió el encuentro con Oscar. Situado en una reflexión sostenida, cada artículo-capítulo de la obra recorría problemas argentinos y latinoamericanos que oficiaban, al mismo tiempo, de diseño de un programa de investigación más amplio y de itinerario de un intelectual que había vivido y pensado la tempestuosa historia reciente de la Argentina.

Algunos de nosotros participamos del paciente montaje de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, del seminario del Instituto Ravignani y de los múltiples foros de debate que Oscar propició y animó desde su regreso al país después de los años de exilio.

Cada espacio compartido formó parte de una búsqueda crítica en procura, por un lado, de la configuración de un mapa intelectual y político de las tradiciones ideológicas que confluyen, dialogan, confrontan y se resignifican entre los siglos XIX y XX haciendo su juego en el sur de América. Por otro lado, voces provenientes de distintas disciplinas fuimos convocadas por un intelectual formado en el diálogo entre la filosofía y la historia para realizar una exploración colectiva que, con matices, derivaría en el territorio renovado de la historia intelectual.

En tanto, las inquietantes coyunturas de mediados de los 80 se filtraban en nuestras vidas. Los intentos por imaginar y contribuir a la formación de una sociedad democrática en un horizonte de reformulación del socialismo aparecían periódicamente jaqueados por un poder militar que se resistía a abandonar el centro de la escena nacional. Múltiples reuniones mantenidas con Oscar cuando se acercaba el fin de año se convertían en balances de las experiencias transcurridas, de las expectativas, también de las desilusiones y siempre de la renovación de la esperanza. Una convicción perdurable se expresaba en una frase que solía repetir: hay que resistir. Y uno de los modos de afianzar esa resistencia consistía en alentar y llevar adelante toda iniciativa que contribuyera a reconstruir la trama cultural y social devastada por la dictadura. Por eso, fue uno de los que se alegró y se entusiasmó cuando *Entrepasados* se asomó al campo intelectual, actitud que reiteraría en estos últimos años cuando nuevas revistas empezaran a multiplicar los puntos de vista.

Hace muy poco Oscar, lúcida, sobria y conscientemente, se despidió de cada uno de sus amigos más cercanos ante la certeza de su muerte inevitable. En estos días, una vez más entre otras muchas por venir, recorremos nuestra biblioteca, volvemos sobre nuestra memoria, vamos al correo electrónico para encontrar allí la palabra activa de un intelectual que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

creía que en el mundo había más cosas que palabras, y que a estas últimas no se las podía tomar en vano puesto que son no sólo medios para pensar sino también para intervenir en la vida irrepetible de los seres humanos.

Consejo de Dirección de Entrepasados

Grete Stern, Sueño Nº 34,
"Extrañamiento", 1948

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La otra inmigración
Buenos Aires y el mercado del arte italiano en los comienzos del siglo XX*

*María Isabel Baldasarre***

El desarrollo artístico de la Argentina fue lento y discontinuo durante las décadas posteriores a la independencia. Hasta prácticamente el último cuarto del siglo XIX, la vida material se mantuvo en muchos sentidos con la austeridad que caracterizó a los tiempos coloniales. Las casas tenían exigua decoración y objetos suntuarios y las pocas imágenes presentes respondían al culto religioso. Recién hacia 1870 se va a introducir la práctica del consumo de arte entre los sectores de altos recursos principalmente en Buenos Aires, de la mano de la transformación urbana y la explosión constructiva que vivió la ciudad.[1]

Los italianos tuvieron mucho que ver con el avance de este comercio artístico. Ya hacia fines de la década de 1870 fueron ellos los encargados de instalar los primeros negocios de arte con que contó el país. Se trataba de bazares, pinturerías, almacenes navales, casas de fotografía o artículos musicales donde se vendían obras de arte indiscriminadas entre objetos de distinto uso. El editor Angelo Sommaruga y los comerciantes Ruggero Bossi y Francesco Costa fueron algunos de estos hombres que abrieron sus "salones" en las inmediaciones del centro de la ciudad, y se dedicaron a traer obras con ambiciosas atribuciones de autores antiguos y mayormente arte contemporáneo. Estas últimas eran aquellas producciones que, en la excesiva oferta y escaso mercado artístico que ofrecía Italia, no hallaban compradores y necesitaban encontrar nuevas plazas donde radicarse. En el caso particular de Sommaruga, el comerciante fue un verdadero pionero encargado de la difusión de la "moderna escuela italiana", con los nombres de Francesco Michetti y Giacomo Favretto a la cabeza.[2]

Este proceso de formación de un mercado de arte cobró nuevos bríos a comienzos del siglo XX gracias a la apertura de las primeras galerías con pretensiones profesionales, y de la ampliación de la práctica del consumo y el coleccionismo entre los sectores enriquecidos antigua o recientemente. A su vez, un hecho innegable transformaba a la ciudad en una sede privilegiada para recibir arte italiano. Si hacia fin del siglo XIX la presencia italiana en Buenos Aires superaba los

* Gran parte de la investigación de base de este trabajo fue realizada gracias a una beca del Kunsthistorisches Institut in Florenz durante septiembre y noviembre de 2005. Agradezco la apertura y generosidad del personal del instituto y particularmente a su director, el doctor Gerhard Wolf. Una versión de este artículo se incluye en la revista de ese instituto, *Mitteilungen des Kunsthistorischen Institutes in Florenz,* LI, 3, 2007.

** CONICET-Instituto de Altos Estudios Sociales, UNSAM.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciento ochenta mil habitantes –constituía la mayor colonia fuera de la península–, la primera década del siglo XX fue el período más álgido de la inmigración italiana, cuando la Argentina recibía a 670.272 emigrantes de ese origen. Si bien la mayor parte de ellos se dedicaban a oficios como albañil, carpintero, zapatero y asalariados en general, también era cierto que –luego de los argentinos– los italianos eran los principales poseedores de inmuebles y sus propiedades superaban en valor y cantidad las de todos los otros extranjeros.[3] La conspicua posición de muchos comerciantes, empresarios y banqueros italianos radicados en el país los convertía entonces en posibles compradores de objetos lujosos, más particularmente de obras de arte, en una ecuación que suponía que las obras del terruño de origen serían las preferidas a la hora de la elección.

Todo esto hacía augurar que Buenos Aires podía ser una plaza receptiva a las obras italianas, y estos hechos fueron altamente capitalizados y debatidos en el marco institucional del otro lado del Atlántico. No sólo a Italia, sino también a Francia y a España, llegaban las noticias del poderío de la burguesía porteña, y Buenos Aires se transformaba para muchos artistas y comerciantes europeos en una arena ideal para extender sus negocios artísticos.

Temporaria o permanentemente, se radicaron en la Argentina artistas italianos que armaron y sostuvieron exitosamente sus talleres en la capital, como Luigi De Servi, Adolfo Feragutti Visconti, Nazareno Orlandi, Giuseppe Quaranta, Eliseo Coppini, Giacomo Grosso o Francesco Parisi. Ellos realizaron prolíficas campañas de pintura de retratos y también encargos importantes de decoración mural de iglesias y edificios públicos.[4] Mientras, escultores como Ettore Ximenes, Vittorio de Pol y Eugenio Maccagnani produjeron monumentos de gran protagonismo en el espacio público y esculturas que hicieron lo propio en el Cementerio de la Recoleta y en las residencias privadas.[5]

Varios de ellos formaron un grupo orgánico denominado Associazione Artistica, encargado de defender los intereses y coordinar exposiciones para la venta de obras de los italianos residentes en Buenos Aires en el naciente pero reñido panorama artístico de comienzos del siglo.

A la vez, muchísimos otros artistas planearon mandar desde Italia obras factibles de ubicar en aquel mercado que a la par que exportaba –casi ilimitadamente– materias primas parecía no ofrecer trabas para la importación de manufacturas extranjeras. Y este sentido eminentemente comercial de las artes plásticas va a ser clave para los intereses italianos en la medida que los discursos de la época consideraron los cuadros y las esculturas como otros de los bienes exportables hacia un mercado caracterizado principalmente por la carencia de industrias.

Las revistas y guías publicadas entonces en Italia así como las crónicas de viajeros informaban constantemente de los progresos de la metrópoli del sur, y todo vaticinaba que Buenos Aires sería prontamente la nueva Atenas del Plata.

Buenos Aires a los ojos de Italia

> *L'Argentina in un ventennio ha compiuto miracoli sulla via del materiale progresso.*
>
> Francesco Scardin. *Vita italiana nell'Argentina. Impressione e note,* Buenos Aires, 1899

Las noticias sobre la realidad contemporánea argentina –escritas por italianos radicados en el país o corresponsales enviados expresamente– son una presencia repetida en muchas revistas ilustradas editadas en Italia entre 1890 y 1910, como *L'Illustrazione italiana, Il Secolo XX* o *Natura ed Arte.* Son también el eje de muchos diarios y relatos de viajeros italianos que se abocaron a mantener informados a sus compatriotas sobre la vida social, política, económica y cultural de aquella nación que estaba contemporáneamente alojando a tantos familiares y paisanos.

Las cifras son un índice repetido en estos artículos. Números de varios ceros y porcentajes impactantes refieren al crecimiento de la población, a las exportaciones de carnes y cereales, al ensanchamiento de la red ferroviaria o al dinero juntado por las colectividades inmigrantes para enviar al terruño. Son un parámetro incuestionable que apunta constantemente a enfatizar el progreso económico logrado por el país y así explicar el consecuente desarrollo urbano y edilicio de sus principales ciudades.

Centrándose en Buenos Aires, estas crónicas acentúan mayormente la apariencia opulenta de la renovada metrópoli. Se destacan sus nuevos palacios y avenidas –tomando como parámetro los corsos de Milán y Roma y los bulevares de París–, se describen los lugares frecuentados por la elite: el cementerio monumental de la Recoleta, el paseo dominical de Palermo, la "aristocrática" calle Florida y el estricto "estar a la moda" expresado en la vestimenta elegante de gran parte de su población.

Asimismo, la constante necesidad de los habitantes de Buenos Aires de renovar su vivienda y su contenido llama la atención de los italianos, como señala la periodista Cesarina Lupati, admirada no sólo frente a la lógica novedad de los objetos sino por su constante recambio: "La ragione della vendita è spesso il capriccio, l'amore sfrenato della novità e del lusso, così non soltanto importa poco di far sapere a tutti che si vende, ma si ostenta la vendita in pubblico […] il vendere diventa una gara, una forma esuberante di lusso".[6]

La colectividad italiana es –naturalmente– otro de los ejes por los que discurren las corresponsalías que llegan desde la Argentina. Se subrayan el bienestar de la mayoría de los emigrados, su grado de integración con la comunidad local, el éxito de sus asociaciones para insertarse a su vida social y la importancia de su órgano representativo –*La Patria degli Italiani*–, calificado como el diario más reputado de todos los publicados en lengua italiana fuera de la península.

Algunos eventos altamente significativos, como el asesinato del rey Umberto I, repercuten fuertemente en la capital sudamericana. El funeral celebrado paralelamente en Buenos Aires congrega a la impresionante cifra de doscientas mil personas y la prensa señala que solamente en Roma y Nápoles pueden soñarse espectáculos similares.[7]

Todos estos relatos remitidos desde América del Sur tuvieron una incuestionable plasmación física en la Exposición Universal realizada en Turín en 1911.[8] Como signo evidente de la riqueza alcanzada, el Congreso argentino destinó una enorme suma de dinero para erigir en la elegante Riva delle Nazioni un imponente pabellón en el que se exhibieron los principales productos y manufacturas nacionales (imagen 1). Como era usual en la arquitectura proyectada para este tipo de exposiciones, su realizador, Rolando Levacher, había combinado elementos de resolución clásica con el juego más libre usado en frontones orna-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 1

mentales, torres, cúpulas y minaretes. El ingreso al fastuoso pabellón se realizaba por una escalinata monumental que permitía acceder a una columnata curva que ocupaba todo el cuerpo central. Adornaban el edificio altorrelieves con los distintos paisajes y riquezas del país: desde sus amplias extensiones cultivadas hasta el activo puerto de Buenos Aires.

El lujo fue la constante que primó en la inauguración regada por abundante champagne mientras la orquesta amenizaba las imágenes cinematográficas que reproducían las celebraciones del Centenario organizadas en la capital argentina un año antes.

En Turín, la Argentina había realizado una apuesta clara al optar por la construcción de un pabellón individual y no participar en el contingente de la Unione dell'America Latina, donde seguramente su presentación grupal no hubiese sido tan impactante. Las crónicas italianas destacaron a cada momento la prosperidad que había hecho posible este despliegue, progreso que los economistas señalaban como uno de los principales fenómenos del siglo XX.[9] Sin embargo, si bien la Argentina también formó parte de la Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada paralelamente en Valle Guilia-Roma, su pobre envío de esculturas y pinturas pasó allí desapercibido entre las producciones de aquellas otras naciones que también figuraban colectivamente en las "salas internacionales" del recientemente construido Palazzo delle Belle Arti de Vigna Cartoni.

La Argentina había preferido claramente exhibirse como una nación comercial e industrial había invertido todos sus esfuerzos y recursos en esta faceta de la Exposición –celebrada en Turín– en desmedro de su participación en la muestra artística romana. Esta –aparentemente irreconciliable– dicotomía también fue un tópico recurrente en los discursos de la época, para los cuales el progreso parecía atentar contra el cultivo de las bellas artes; como si la esfera material y la artística no pudiesen ser desarrolladas en paralelo sin la guía de aquellas naciones señeras en la tradición y la historia del arte occidental como Italia.

Así, a la hora de hablar del desarrollo del arte argentino la producción local aparece duramente criticada justificando la necesidad de exportación de obras de "genio". Repitiendo un argumento frecuente en los críticos artísticos argentinos, los italianos también denuncian las preferencias de los compradores sudamericanos por las reproducciones de cuadros célebres –copias u oleografías– en detrimento de las obras originales de arte contemporáneo.

Los comentarios podían llegar a ser realmente peyorativos, como aquel esbozado por el editor Giacomo de Zerbi quien al introducir la serie de corresponsalías que envía a *Natura ed Arte* se refiere a las obras de argentinos como un "arte in fascie ancora, che chiamerò indígena, un'arte che è fatta d'imitazione servile e che è pretenciosa, tal quale come i fanciulli imberbe che si credono gia uomini e ai quali pare d'essere già personalità importante".[10]

Otros textos refuerzan este lugar de "vacío artístico", muchas veces explicado por la abundancia de inmigrantes. De este modo se expresaba Francesco Scardin en *Vita italiana nell'Argentina*: "A Buenos Aires, quindi non abbiamo una stabile, vera ed elevata forma d'arte, perché l'arte non dovunque mette radici e fructifica, ma cerca e vuole il suo ambiente, il suo pubblico i suoi giudici. Sorta dalla mistura di razze e idioma tanto diversi, dalla fusione ancora incompiuta di elementi così disparati, l'Argentina ha pur dato e dà tutto che un paese mancante di perfetta unità etnologica poteva e può dare".

La constatación de esta ausencia de una escuela artística argentina vuelve necesario entonces el accionar de italianos que, tanto desde la producción como desde la filantropía, son señalados como puntales del desarrollo estético. Concretamente, en el caso del primer museo artístico del país, el Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA) inaugurado en 1896, fue fundamental el legado del coleccionista de familia italiana Adriano Rossi, quien incluso antes de gestada la institución donó al Estado su pinacoteca compuesta por ochenta obras. Ésta se dividía en un conjunto atribuido ambiciosamente a importantes artistas del pasado como Giovanni Battista Moroni, Salvatore Rosa o Giuseppe Ribera, y un grupo de obras medianas de artistas contemporáneos, muchos de ellos franceses, como Brissot de Warville o Theódule Ribot. Sobresalía una treintena de obras debidas a su connacional, el pintor milanés Ignazio Manzoni, que había estado radicado en la Argentina durante más de treinta años –entre 1851 y los prolegómenos de su muerte en 1888– logrando suceso en la venta de sus pequeñas escenas satíricas, bíblicas e históricas realizadas con gran facilidad y presteza. Pero tanto el caso de Rossi como el de Manzoni, así como la labor de los primeros italianos comerciantes de arte ya señalados, constituyen antecedentes del momento que aquí nos ocupa, cuando el arte italiano tuvo una presencia más sostenida en el mercado y el coleccionismo a partir de la apertura de nuevos espacios de exhibición y venta de obras con pretensiones y dispositivos más profesionales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El legado del arte italiano, el coleccionismo y el Museo Nacional de Bellas Artes

Capolavori antiche non si può trovarne in Buenos Aires: se ne vedono però riproduzioni in tutte parti: pei viali, nei parchi, nei giardini, nelle case e sono in bronzo, in marmo o in terra romana […] Non è possibile non sentire il privilegio di essere Italiani, vedendo che in ogni luogo, tutto ció che è bello, fatte poche eccezioni, viene dall'Italia o ricorda l'Italia.

Francesco Capello, "Lettere, scienze ed arti", en Comitato della Camera Italiana di Commercio ed Arti, *Gli Italiani nella Repubblica Argentina*, Buenos Aires, 1906

Es sabido que cada dos años la exposición veneciana congrega á los principales artistas del mundo y este certamen de carácter periódico, consecuencia imprevista, está dando lugar á la formación, en un palacio de la prestigiosa ciudad, del más variado y completo museo de arte moderno.

Dentro de algunos años, cuando nosotros seamos más juiciosos y nuestras prácticas inspiren mayor confianza, quizás podamos también acreditar un salón bienal; la dificultad no consiste en obtener la primera vez un brillante concurso internacional de grandes artistas sino en que vuelvan.

Eduardo Schiaffino, "Impresiones y comentarios. La exposición Stefani de pintura italiana", *La Nación*, Buenos Aires, 29 de julio de 1909, p. 6

El primer epígrafe expresa la visión que primaba en muchas de las reseñas que a principios de siglo justificaban la necesidad de la acción de los italianos en terreno argentino. Buenos Aires no era aún una ciudad artística pero sí una potencial compradora fuerte de obras de arte, dispuesta a pagar altos valores si mediaba una campaña de promoción que posicionara a sus artistas en el nivel de las grandes firmas de la pintura europea.

El segundo epígrafe, escrito por el mentor y primer director del MNBA, el pintor y crítico Eduardo Schiaffino, también habla de la importancia modélica que Italia, y más particularmente Venecia, podía tener para la Argentina como lugar de circulación y legitimación del arte moderno, tanto del producido en el país como en el continente. La expresión de deseo de Schiaffino aparecía prologando una crítica de quien será uno de los personajes claves en la evolución del mercado del arte italiano a comienzos del nuevo siglo, así como en la formación de un coleccionismo contemporáneo receptivo a este tipo de manifestaciones: el marchante mantuano Ferruccio Stefani (1857-1928).

Si bien hubo otros actores dedicados paralelamente a la organización de exposiciones de pintura italiana como el crítico teatral, industrial y banquero Evaristo Gismondi (1854-1914)[11] y el ya mencionado artista activo en la ciudad Francesco Parisi,[12] la gestión de Stefani resultó ejemplar en tanto fue, a lo largo de más de una década, el principal introductor de pintura italiana en Buenos Aires.

Además, al igual que los marchantes españoles y alemanes que se instalaron en esas primeras décadas del siglo, la labor de Stefani contribuyó a la profesionalización del comercio de arte porteño al introducir estrategias renovadas y modernas de exhibición. Entre ellas, la publicación de lujosos catálogos ilustrados (imagen 2) con ensayos de críticos reputados como Vittorio Pica, Ugo Ojetti o Giovanni Cena, y el consecuente recambio de exposiciones, que incluyó la celebración de varias individuales como las de Francesco Sartorelli (1904), Ettore Tito (1907) y Ferruccio Scatola (1911). No obstante, las exposiciones de Stefani también fueron síntoma de este momento transicional del mercado del arte, ya que al igual como sucedía con otras efectuadas contemporáneamente, en el transcurso de una misma muestra las piezas podían renovarse, ampliarse, repetirse o reemplazarse de acuerdo con las compras concretadas y los flujos de llegada de las obras del Viejo Mundo.

Con respecto al panorama europeo, extender los horizontes hacia Buenos Aires podía funcionar como un paliativo frente a un medio que muchas veces se mostraba reacio y denostaba la producción de los artistas italianos. Así al menos lo creía Stefani, quien exhortaba a sus representados a abrirse a nuevos mercados, como el sudamericano, donde sus obras podían llamar la atención de los *amateurs* más allá de que sus nombres no estuvieran precedidos por la fama rutilante de otros artistas europeos.[13]

Asimismo, el moderno accionar de Stefani, orientado sin rodeos a ubicar comercialmente estas pinturas y esculturas, respondía a una queja frecuente entre los círculos de artistas italianos que denunciaban la escasa organicidad de un mercado local que se resistía a considerar sus producciones como meros bienes comercializables. Así se refería el periódico *Arte e artisti*: "Teoricamente, noi italiani siamo dei grandi teorici, l'opera d'arte non può essere offerta; tutto al più può essere ceduta per prezzo a chi spontaneamente la chiede. Ma non pare dignitoso fare per il quadro quanto si fa per tutto il resto delle cose commerciabili. […] Dunque il

Imagen 2

commercio artistico esiste di fatto, inorganico, più feroce del commercio della tela non dipinta e del marmo non scolpito, ed un falso pudore, e la disorganizzazione della classe impediscono un razionale commercio che porterebbe benefici a tutti ed un proporzione delle singole capacità".[14]

Si como bien ha señalado Maria Flora Giubilei, Stefani se dedicó mayormente a introducir obras de artistas de la Italia septentrional (principalmente lombardos, piamonteses y vénetos), dando predilección al paisaje y a la escena de género de signo tradicional y vertiente naturalista,[15] esta producción supo insertarse orgánicamente dentro de los consumos que en aquel momento practicaban los burgueses porteños al afirmarse como una variante de la pintura moderna preferida por estos grupos.

Estas obras conjugaban la paleta luminosa y la pincelada suelta y manifiesta utili-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

zada por los seguidores del impresionismo con temáticas vinculadas a un repertorio caro a la burguesía, como las escenas bucólicas del campo y los interiores contemporáneos urbanos. Pueden señalarse como ejemplos en este sentido las obras *Zampetta malata* de Camillo Innocenti (imagen 3) y *Canzone giuliva* de Antonio Mancini, ambas adquiridas por el coleccionista argentino Francisco Recondo; *In montagna* (imagen 4) o *Il racconto del fieno* de Ettore Tito, compradas respectivamente en las exposiciones de 1905 y 1911 por otro coleccionista de clara predilección por el arte italiano como Lorenzo Pellerano.

Todo esto hacía de ellas pinturas altamente apreciadas entre los compradores argentinos, quienes rápidamente ocupan las salas de la Galería Witcomb para adquirirlas, incluso anticipándose a la apertura pública de la exposición. En este sentido, una

Imagen 3

gran parte de la crítica local recibió positivamente las exposiciones de Stefani, destacando su función didáctica "al dar a conocer en nuestro país a los más esclarecidos artistas contemporáneos de la bella Italia" y al estimular al público "a comparar el verdadero arte con ciertas supercherías e imposiciones desdichadas".[16]

Desde Italia las críticas podían no ser tan amables, como señalaba Vittorio Pica en *Emporium* a propósito de la exposición de Francesco Sartorelli, advirtiendo que si bien la acción de Stefani resultaba encomiable y los obstáculos a sortear eran muchos, éste debía poner más cuidado en la elección de las obras y evitar a la vez la omisión de algunos artistas: "Nei catologui infatti, delle due prime mostre collettive non soltanto trovo vari artisti meno che mediocri e trovo ingiustamente esclusi, eccezion fatta per uno o due, tutti gli artista di Roma, del Napoletano e della Sicilia, ma ciò che è assai più grave, cerco invano parecchi dei più originali e significativi artisti che Italia possegga nell'ora presente, da Dalbono a Carcano, da Michetti a Mancini, da Tito a Mentessi, da Previati a Laurenti, da Bezzi a Fragiacomo, da Marius pictor a Sartorio, da Gioli a Campriani, da Morbelli a Grubicy, da Bistolfi a Trentacoste, da Troubetzkoy a Cifariello, per citare i primi nomi, che mi capitano sotto la penna".[17]

Si bien poco a poco los nombres comienzan a diversificarse y algunos de los artistas por los que brega Pica se incorporan en las exposiciones subsiguientes, esto no implicó la inmediata y acrítica aceptación por parte de los cronistas locales de todas las obras importadas por Stefani. Algunas veces la prensa lamentó la ausencia de "obras de *capo lavoro*" justificando su incompatibilidad con un mercado todavía en formación como el porteño,[18] y en otras ocasiones no tuvo reparos en expresar su

Imagen 4

veredicto negativo, como sucedió con la muestra individual de Ettore Tito. Ésta fue duramente enjuiciada –en una ecuación común en la época– denunciando lo inadecuado de sus obras para adornar un interior elegante: "¡Quién va a colocar en sus salones ninguno de esos rostros grotescos! Aunque la verdad es que hay paladar para todo, y no faltará algún *amateur* de gusto depravado, que se entusiasme con alguna de esas deformidades".[19] Evidentemente el arte seguía siendo considerado por muchos como un objeto funcional cuyo destino primordial era el ornato de las residencias opulentas.

Los artistas favorecidos por Stefani conocían la potencialidad del mercado argentino y estaban altamente interesados por el éxito de sus exhibiciones, como lo revela la correspondencia que Ettore Tito y Ferruccio Scattola intercambian hacia estos años con Ugo Ojetti. En el caso de Tito, si bien la exposición porteña coincide con el despegue de su carrera en terreno italiano e internacional a partir de sus célebres participaciones en las bienales de Venecia, de su premiación en la Exposición Universal de París de 1900 y de su primera exposición personal realizada en Milán en 1906, el artista sin embargo se preocupa por quién será el responsable de prologar el catálogo –que funcionaría como su efectiva presentación– en la lejana capital sudamericana, complaciéndose en que el propio Ojetti se ocupe de esa tarea.[20] Más importante será la apuesta de pintores menos célebres como Scattola, que cifran grandes esperanzas en la realización de sus exposiciones en Buenos Aires. Al igual que Tito, Scattola también confía en la pluma de Ojetti para introducir el catálogo y espera con ansias las noticias sobre las ventas concretadas.[21]

Sorprende, además, su conocimiento sobre la visión del arte italiano que entonces circulaba por los medios de prensa porteños. Nos referimos particularmente a un reportaje, publicado en 1907 por el magazine *Caras y Caretas*, al pintor español "millonario" Joaquín Sorolla y Bastida, que es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 5

objeto de una interesante disputa que llega a terreno italiano y que expresa claramente el interés que los pintores europeos –tanto italianos como españoles– depositaban en el público sudamericano.

Desde los últimos años del siglo XIX, Sorolla era una presencia fija en el mercado de Buenos Aires gracias a la labor de su marchante José Artal, quien año a año organizaba en la misma sede que Stefani –la Galería Witcomb– sus exitosas muestras de arte español contemporáneo. La nunca concretada y siempre prometida venida a Buenos Aires alimentaba la fama argentina de Sorolla, quien aprovechaba la entrevista para deslizar comentarios peyorativos sobre la costumbre de los estudiantes de arte americanos de seguir eligiendo Italia como sede de su formación europea: "Creen que la artística Roma de los tiempos antiguos es la misma Roma prosaica de los tiempos actuales. Como Italia ha gozado fama de poseer pintores y escultores sublimes creen que todavía los tiene. Ése es un grave error. […] Se habla de ambiente y de otras bellas cosas italianas. Pues, se yerra también… En ciertas ciudades de España, y en muchas de otros países, el ambiente artístico es mejor que en Italia. En la patria de Miguel Ángel, las bellas artes están hoy en plena decadencia. Hay bancarrota de maestros. Diríase que aquella tierra, pródiga en belleza se siente ya cansada de dar genio. Hoy da comerciantes…".[22]

Las polémicas declaraciones del pintor son retomadas y respondidas con celeridad por el propio Ojetti desde las páginas del *Corriere della Sera*.[23] Luego de deslizar que en su pintura faltan las cualidades de sus contemporáneos –la profundidad psicológica de Ignacio Zuloaga y la sutileza y armonía de Anglada Camarasa–, el crítico destaca el gran suceso del arte italiano en el mercado sudamericano y argumenta que Sorolla ha plagiado una antigua frase de Gautier sobre la pintura italiana para repetirla sin criterio.

Ferruccio Scattola aplaude la respuesta de Ojetti augurando que "Stefani sarà ben contento delle tue parole –ma occorre non desistere dal difendere all'estero l'arte nostra non quotata e vilipesa specialmente dagli affaristi". Sin embargo, la réplica de Ojetti no complació a todos los medios de prensa italianos, que lo acusaron precisamente de ser él uno de los responsables de fomentar esta mirada crítica y malintencionada sobre ciertas producciones exhibidas en la Bienal de Venecia y de su ánimo acomodaticio por "elogiare le opere dei mercanti intelligenti di quadri, mentre attende di essere nominato direttore dei lavori del monumento a Vittorio Emanuele a Roma".[24] Evidentemente, las noticias llegaban rápido a Italia y los artistas y críticos estaban altamente preocupados por la circulación de juicios adversos sobre el arte de su país en ámbitos que se mostraban altamente receptivos a sus producciones.

Volviendo a la correspondencia entre Ojetti y Scattola, en otra de sus epístolas el pintor celebra la adquisición de una de sus obras por parte del Museo Nacional de Bellas Artes. Se trata de *Burano di notte*, participante de su exposición individual de 1911. Evidentemente, el hecho de figurar en un museo de estas características era una carta de presentación para cualquier artista europeo, por más que se tratase de un organismo con escasa historia –menos de quince años– y que aún estaba constituyendo y legitimando su patrimonio. Para el propio Stefani, esta voluntad de inserción institucional de las obras comerciadas fue constante a lo largo de sus años de actividad en Buenos Aires, manteniendo cordiales relaciones con ambos directores del museo –Eduardo Schiaffino y posteriormente Cupertino del Campo– y asegurándose así el ingreso de sus obras mediante compras o incluso donaciones. Así, por ejemplo, en 1905 logra que el Museo adquiera dos obras participantes de su tercera exposición: *La pecorella ammalata* de Emilio Longoni (imagen 5) y *Crepuscolo* de Giuseppe Miti-Zanetti; para eso debe realizar una rebaja del 50% sobre los precios del catálogo. Al mismo tiempo, Stefani decide perpetuarse como donador en la memoria de la institución a partir de la sesión del paisaje *Nei dintorni di Torino* de Lorenzo Delleani y de treinta y seis placas y medallas participantes de la misma exposición.[25] A estas donaciones –y ya bajo la dirección de Cupertino del Campo– se sumará en 1912 el ingreso de *La gran iglesia de Verre* del belga Henri Cassiers, que en aquel momento exponía individualmente en Witcomb, también por gestión de Stefani.

Por caminos indirectos, las obras por él importadas también podían hallar su lugar en el acervo del MNBA, como sucedió con las ya citadas pinturas de Mancini e Innocenti adquiridas por Recondo en 1905 y que ingresan por donación en 1928. U otra pintura de Scattola, *Veliere alla Giudeca*, adquirida por el ex director del MNBA, Carlos Zuberbülher, en la exposición de 1911 y donada a la institución al año siguiente.

La cesión parcial o total de las colecciones privadas al Estado fue un mecanismo recurrente por parte de este primer coleccionismo que surgió hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX en Buenos Aires, que buscó de este modo trascender el ánimo y el placer individual para contribuir a la formación de un espacio público para las artes plásticas. Fue éste el principal dispositivo con que contó el MNBA para engrandecer su patrimonio. Pese a todo, las compras estatales en las exhibiciones –principalmente de arte europeo– celebradas en la ciudad también fueron usuales en la primera década del siglo, despertando muchas veces las quejas de los artistas locales ante un innegable favoritismo por la escuela francesa contemporánea. Así, en ocasión de una crítica a la exposición oficiada por Stefani en 1911, la revista *Athinae* denunciaba la predilección de las adquisiciones oficiales por los certámenes de arte francés organizados paralelamente por Bernheim, parcialidad que resultaba en que "no siempre lo mejor de lo que [se] trae se le compra, sino

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo que mayor interés puede tener en no llevarse otra vez al Viejo Mundo".[26]

Era esta misma preferencia por el arte proveniente de Francia la que primaba en las colecciones particulares reunidas en ese entonces. Si el arte español contemporáneo tuvo en esta década una intensa penetración, al igual que el italiano, de la mano de los inmigrantes acomodados de aquellos orígenes que se volcaban al consumo o a la formación de una colección de arte, Francia ostentaba el incontestable sitio de capital artística por antonomasia. Era ella la que sancionaba los carriles estéticos que debían regir el arte moderno y hacia allí dirigían sus ojos los burgueses de una Buenos Aires que adhería fielmente a las pautas de consumo y moda marcadas por la ciudad luz.

El propio Stefani va a hacerse eco de esta preferencia y en sus exposiciones realizadas entre 1911 y 1914 va a diversificar el origen de sus artistas introduciendo principalmente firmas francesas entre otras provenientes de Inglaterra, Bélgica y Alemania. Según confiesa en su correspondencia, este cambio de rumbo le permitiría ampliar las posibilidades comerciales sin restringirse a las obras italianas que muchas veces se encontraban precedidas de críticas negativas antes de su efectiva llegada a terreno sudamericano: "All' estero quindi cono[zcono] la nostra arte per ciò che nostri critici più in vista ne dicono. Se incominciamo noi a non voler vendere che i defetti ed a tramenare la qualità, come si potrà riacquistar credito? e coi collezionisti italiani ben poco incoraggiamento al lavoro possono avere i nostri artisti!".[27]

Más allá del viraje operado por Stefani y de su desesperanza para con el arte procedente de Italia, algunas de las noticias sobre el éxito de sus exposiciones –y en un marco más amplio sobre la capacidad receptiva del mercado porteño– deben haber llegado a oídos italianos. Prueba de esto es la intensa disputa que, entre sus círculos de artistas, se produce respecto de quiénes se encargarían del envío que los representaría en la próxima Exposición Internacional de Bellas Artes con la que el Estado argentino buscaba conmemorar el Centenario de 1810.

La Exposición Internacional de Arte del Centenario

> *…poche volte l'arte moderna del nostro paese si è presentata all'estero con un complexo di opere così vario e importante, tale che non solo è atto a dare un'esatta idea del cammino glorioso percorso degl'Italiani, ma anche degli ideali altissimi e nuovi a cui essi tendono in arte.*
>
> *Enrico Ferri, L'Italia all'esposizione argentina del 1910. Notizie e illustrazioni fisiche, letterarie, economiche e industriali, a cura di Luigi Bacci*, Roma-Milán, 1910
>
> *Importava or di dare attuazione pratica al concetto di preparare all'arte nostra una seria base per un proficuo mercato artistico futuro. Nessun mezzo appariva maggiormente utile a ciò, che quello di procurare la più larga vendita possibile delle opere esposte, poiche si sarebbe cosi ottenuto alla sezione italiana la miglior dimostrazione del favore del pubblico.*
>
> Gaetano Moretti, *Esposizione Internazionale di belle arti del 1910 in Buenos Aires*, Milán, Tip. U. Allegretti, 1910

Las palabras esbozadas por Enrico Ferri y Gaetano Moretti en los epígrafes resultaban el favorable balance de lo que había sucedido con el envío italiano a la Exposición Internacional de Arte del Centenario.[28] Abierta entre julio y diciembre de 1910, la sección artística de esta pretendida exposición universal fue organizada en un pabellón construido expresamente donde las distintas escuelas nacionales lucharon por obtener más espacio para sus artistas. Haciendo eco de las preferencias que ya modelaban el mercado porteño, Francia fue el país con mayor presencia, seguido por España, Inglaterra, Argentina, Italia, Suecia, Alemania, Chile, Países Bajos y Uruguay. Era la primera vez que el arte de estos países se daba cita de manera simultánea en una exposición argentina; la comparación entre los distintos envíos resulta el parámetro privilegiado por los medios de prensa para evaluar los méritos de la exhibición.

En el marco más general de los festejos del Centenario, las artes italianas venían precedidas por varios triunfos simbólicos más que relevantes. Por un lado, habían sido dos de sus artistas, el arquitecto Gaetano Moretti y el escultor Luigi Brizzolara, los ganadores en julio de 1909 del multitudinario concurso del Monumento a la Revolución de Mayo que proyectaba construir un imponente y oneroso mausoleo, que jamás llegó a realizarse, en el centro neurálgico de la ciudad: la Plaza de Mayo.[29] Además, había sido otro italiano ya muy conocido por sus campañas de retratos en terreno local, el pintor Giacomo Grosso, el seleccionado por el gobierno argentino para ocuparse de la realización de un panorama en homenaje a uno de los principales triunfos bélicos de la guerra de independencia, y fue su colega, el escultor Davide Calandra, el encargado de modelar las figuras en tres dimensiones.[30] Con gran suceso, el *Panorama de la Batalla de Maipú* es inaugurado por el presidente en la céntrica Plaza Lorea, cercana al Congreso Nacional, en el mismo mes de julio que ve la apertura de la Exposición Internacional de Arte.[31]

Estos auspiciosos antecedentes no defraudaron las esperanzas depositadas en el envío italiano a la exposición, sino que éstas parecieron verse confirmadas. Italia fue destacada entre las naciones triunfadoras, no sólo por el cuidado que dominó en el montaje en las exquisitas salas decoradas con frescos de Giuseppe Cellini sino también por la variedad y calidad de los artistas seleccionados. Según la revista *Athinae*, se trató de un "vibrante surtido de obras de sus mejores pintores y escultores" y si bien esto no quería decir "que Italia marche hoy a la cabeza del arte mundial", sí era una clara muestra de buena voluntad hacia la Argentina.[32]

Sin embargo, esta feliz convivencia de obras de diversas tendencias no había sido tan simple en el momento de la organización a la luz de los debates que se sucedieron en Italia sobre qué tipo de obras debían ser las enviadas con vistas al mercado argentino.

Varios meses antes de celebrada la exposición el *Corriere della Sera* tentaba a los artistas italianos a participar en ella consignando las impresionantes cifras que el gobierno argentino, el municipio de Buenos Aires y los gobiernos provinciales preveían gastar en la adquisición de las obras, deduciendo que "gli Enti pubblici suaccennati impiegheranno complessivamente, in acquisti d'opere d'arte, *un milione lire*. Molto ingenti saranno pure gli acquisti da parte dei privati. Ogni anno gli argentini spendono in media *un miglione in opere d'arte*".[33] Además, el Congreso argentino había concedido la exención de derechos aduaneros

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 6

para las obras figurantes en la exposición, lo que hacía aun más redituable la participación en el negocio.

Desde Italia, en las páginas de la revista milanesa *Arte e artisti* se libra una interesante polémica sobre las producciones que debían ser seleccionadas para enviar a Buenos Aires, teniendo en cuenta que en estos países "carentes de tradición" muchas veces era difícil predecir un éxito artístico. Así, perfilando las posibles características y temiendo la incomprensión del público porteño, el periódico aconsejaba optar por obras no demasiado arriesgadas: "Si deve considerare che l'estetica delle masse colte dell'Argentina non è quella di Parigi, Londra, Vienna, Milano, i quali centri sono in arte sufficientemente ecclетici, quindi non allarmarti dalle nouvità e dai novatori. Le classi agiate dell'Argentina prediligono un'arte figurativa dalle idee chiare espresse da una forma, se non rudemente oggettiva, non discostatesi troppo dalla comune percezione fisiologica. In altri termini il simbolismo come significazione, o una tecnica involuta ed involvente l'idea plastica non sono accettate dalla grande generalità dei popoli nuovi".[34]

Comparando este certamen con la exposición internacional a celebrarse también en 1910 en Bruselas, la revista debate los diversos criterios que podían guiar la selección de las obras. Por una parte, aquel que privilegia la mejor producción de los artistas maduros o de fama; por otra, el de optar por los artistas jóvenes o más innovadores, pauta esta última seguida en el caso del envío italiano a la capital belga.[35]

La responsabilidad del envío a la Argentina recae en el arquitecto Gaetano Moretti, quien es nombrado comisario general de la exposición, mientras su delegado italiano en Buenos Aires fue el coleccionista y banquero Lorenzo Pellerano. La comisión ejecutiva encargada de seleccionar las obras estaba integrada además por cuatro pintores, un escultor y el secretario representante del Ministero de Pubblica Istruzione.

Esta comisión –argumentando escasez de tiempo para la organización y limitaciones de espacio para lograr una presencia ampliada de los artistas italianos– decide apelar a la invitación directa y personal, levantando nuevamente las quejas de aquellos grupos que no se sienten incluidos en la convocatoria.[36] Muchos se han quedado fuera del certamen y cifran sus expectativas comerciales en la posibilidad de participar en exposiciones privadas organizadas en simultáneo. Algunas de ellas no llegan a buen puerto, como la prometida a los artistas lombardos por Mario Cerati, quien con manejos poco claros viaja a Buenos Aires pretendiendo –sin éxito– que la Comisión General del Centenario avale su proyecto.

Finalmente, Moretti llega a Buenos Aires en abril y debe sortear varios inconvenientes a fin de tener lista la sección italiana que debía inaugurase, con el resto de la exposición, el 12 de julio. Gracias a la ayuda económica de los miembros más conspicuos de la colectividad italiana local –los hermanos Antonio, Bartolomé, Tomaso y Giuseppe Devoto–, el ya citado Pellerano, Alessandro Ferro –presidente de la Cámara de Comercio Italiana–, el ministro de Italia en la Argentina –Vicenzo Macchi di Cellere– y el Circolo Italiano, entre otros, se logró reunir las 20.000 liras necesarias para finalizar a tiempo los locales donde se exhibirían las obras.

Luego de registrar distintas arbitrariedades en la que consideraba una poco rigurosa adjudicación de premios, Moretti decide abstener la sección italiana y la declara "fuori concorso". Además, varias de las obras participantes no podían aspirar a ser premiadas porque ya habían participado en otros certámenes internacionales o eran propiedad de colecciones oficiales, principalmente de la Galleria d'Arte Moderna. Sin embargo, esto no incidió en las ventas ya que, como se verá más adelante, Italia fue la gran triunfadora a la hora de las adquisiciones.

¿De qué constaba el envío? Las obras totales sumaban 208, de las cuales eran 111 pinturas y 55 esculturas. Los expositores italianos eran 195 y entre ellos figuraba un grupo de artistas contemporáneos, en su mayoría conocidos por el público porteño, al ser muchos los representados de Ferruccio Stefani, como Antonio Mancini, Pietro Fragiacomo, Francesco Sartorelli, Beppe Ciardi, Giacomo Grosso, Ferruccio Scattola, Camillo Innocenti, Luigi Nono, Leonardo Bistolfi y Ettore Tito. El conjunto se completaba con las firmas de artistas centrales en la escena italiana finisecular pero menos habituales en este mercado, sin omitir tampoco algunas de las presencias renovadoras de la plástica italiana del momento, como Vittore Grubicy de Dragon, Plinio Nomellini y el joven Giacomo Balla. Se incluía además una selección de dibujos y proyectos arquitectónicos y la sección de artes decorativas que reunía cerámicas, plaquetas de bronce, trabajos en oro y plata, tapices y vidrios de Murano.

En el catálogo oficial, Moretti introducía el envío haciendo referencia a la innegable tradición del arte italiano, y destacaba las diversas exposiciones de arte contemporáneo organizadas en Italia, desde la de Turín en 1879 a las más contemporáneas bienales vénetas.[37] El legado histórico del arte itálico se retomaba en el propio montaje de la exhibición, cuya sala VIII ostentaba en las paredes los nombres del panteón de sus grandes creadores –Botticelli, Rafael, Canova, Verrocchio, entre otros–, cuya aura seguramente era convocada a los fines de establecer una continuidad y vínculos legitimantes con la obra de los contemporáneos abajo exhibida.

Paralelamente, y como un modo de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contentar a quienes no habían sido admitidos en el certamen oficial, el empresario teatral Walter Mocchi junto a Luis Ducci convocan a una también denominada "Exposición Universal del Centenario" patrocinada por la Liga de Almaceneros y Anexos. El escultor italiano residente en París Saverio Sortini es nombrado encargado de seleccionar a los artistas participantes, y fue él también uno de los representados en esta multitudinaria muestra que agrupó 258 esculturas, óleos y aguafuertes distribuidos en once salas.

De acuerdo con el texto del catálogo, la exposición aspiraba a paliar el desconocimiento que muchas veces reinaba en el extranjero respecto de la producción artística italiana. Más allá de esta aseveración, era una clara pretensión comercial la que regía este envío que, tal como se aclaraba, no apuntaba ni a "cosquillear la incompetente vanidad de coleccionistas *snobs*" ni estaba preparado "para *épater les bourgeois*".[38]

Muchos de los participantes ya se encontraban representados en la exposición oficial –como Carcano, Mancini, Joris, Faldi, Selvatico o Scattola–, generalmente con una obra, y la exhibición paralela fue ocasión para hacerlo con varios ejemplares. Figuraban también otros artistas menos conocidos en el circuito de entonces.

La organización de una doble exposición no fue bien recibida por la prensa local, que se encargó de aclarar que no era en terreno extranjero donde se debían lidiar estas luchas internas y que además lo exhibido en la Liga de Almaceneros –con su nivel mediocre y sus obras eminentemente comerciales sacadas de los depósitos de un *marchand de tableaux*– no hacía más que "rebajar el mérito alcanzado por la exposición oficial". Tampoco en esta muestra se incluían, tal como deseaba la crítica, obras que marcaran los "nuevos rumbos [...] algo del *futurismo* de que empieza a hablarse".[39]

En contraposición a los resultados notables que alcanzaría el arte italiano en la Exposición del Centenario, la de la Liga de Almaceneros resultó un verdadero desastre financiero. Sin el amparo de las autoridades italianas en Buenos Aires, los artistas no lograron vender sus cuadros y, en algunos casos, ni siquiera recuperar las obras enviadas.[40]

Por el contrario, los saldos de la exposición oficial fueron medidos como un verdadero triunfo por los italianos que lograron el primer lugar en términos de venta, superando incluso a países que tenían un sitio más afianzado en el mercado del arte local como Francia y España. Debe haber sido un buen negocio para los participantes y organizadores ya que el rédito total de casi 300.000 liras (equivalentes a más de 100.000 pesos) superó ampliamente las 20.000 liras facilitadas por quienes habían aportado su ayuda pecuniaria para finalizar las instalaciones de la exposición. Las buenas noticias circularon rápidamente por Italia, donde se detallaron los porcentajes invertidos en cada técnica, entre las cuales la pintura era la gran favorita.[41]

Dentro de estas adquisiciones, muchas fueron destinadas al MNBA, que invirtió una alta suma de dinero en las obras de Gola (imagen 6), Carcano (imagen 7), Fragiacomo, Bistolfi, Troubetzkoy, Ferraguti Visconti, Chiesa y Rotta, entre otros.[42] Las obras alcanzaron altos valores equivalentes a los varios miles de pesos que entonces se pagaban por las pinturas internacionales que cotizaban en el mercado porteño, y que superaban ampliamente el precio promedio de 1.000 pesos que a lo sumo podían alcanzar los cuadros argentinos de semejantes dimensiones. Además, la Municipalidad aprovechó la ocasión para proveerse dos esculturas destinadas al ornato del espacio público: ellas eran *La victoria alada* de Edoardo Rubino en 8.500 pesos y *Dos muchachos* de Giuseppe Renda en 2.200 pesos.

Imagen 7

Estos precios convertían a las obras nacionales y más aún a las italianas en bienes exclusivos para ricos, si consideramos que el sueldo promedio de un empleado municipal era para esa fecha de 70 pesos mensuales.[43]

También entre los compradores privados la sección italiana arrojó muy buenas ganancias; las adquisiciones se registraron a días de la apertura de la exposición y fueron rápidamente divulgadas y celebradas en los periódicos publicados en la península.[44] Fueron muchas las transacciones concretadas en altos importes, y en general se advirtió una identificación entre la proveniencia de obras y compradores. Por ejemplo, los óleos *Primavera* de Arturo Faldi y *Tarde de verano* de Guglielmo Ciardi fueron adquiridos por Antonio Devoto en 4.000 pesos cada uno, mientras su hermano Bartolomé hizo lo propio con *Le ammantate* de Pio Joris en 5.454 pesos. Colonizadores, empresarios y comerciantes genoveses, dedicados a la importación, a las finanzas y al negocio inmobiliario, los hermanos Devoto colaboraban frecuente y potentemente en los más importantes emprendimientos de la colectividad, como la fundación del Hospital Italiano y el Monumento a Cristóbal Colón donado a la Argentina para conmemorar su Centenario, iniciativas de las que también participó Lorenzo Pellerano. No es raro entonces que buscaran distinguirse a través de sus compras en la sección italiana, optando por las obras más paradigmáticas y pagando por ellas varios miles de pesos. Del mismo modo, Pellerano realizó una apuesta más que importante al adquirir con celeridad once obras de esta proveniencia entre las que se destacaron *Silencio verde* de Giovanni Costantini en 2.091 pesos, *Los ordeñadores* de Beppe Ciardi en 1.590 pesos y *Sobre la playa* de Ettore Tito en 1.364 pesos. Si bien estas cifras no resultaban tan espectaculares como las transacciones efectuadas por los Devoto, el monto invertido por Pellerano en la sección era más que significativo, pues alcanzó casi los 10.000 pesos, valor que entonces equivalía a un inmueble de casi 40 metros cuadrados en un barrio exclusivo de la ciudad como el Socorro.

En la misma tónica, la asociación más importante de la elite inmigrante, el Circolo Italiano, también concretó compras notables

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

adquiriendo obras de Ferruccio Scattola, Rafael Tafuri, Francesco Sartorelli, Antonio Rizzi y Antonio Piatti por un total de 8.453 pesos. No sorprende tampoco que los otros adquirentes que descollaron por sus inversiones fuesen los mismos que habían contribuido monetariamente a la concreción de la exposición, como Alessandro Ferro y el conde Vicenzo Maccchi di Cellere. Por su parte, los porteños se volcaron con énfasis a las obras de arte decorativo; una verdadera atracción fueron las cerámicas firmadas por Chini y los vidrios de Murano.

Así, los saldos de la exposición reflejaron aquella proyección muchas veces manifestada por los artistas italianos: Buenos Aires era un buen mercado para sus producciones ya que allí había muchos residentes de aquel origen que –en una suerte de apoyo patriótico– se volcarían de lleno a adquirir las obras provenientes de su lejano terruño. Algo similar sucedía con el arte español, aunque no así con el francés, que como bien notarán los italianos desde la península y los actuantes en Buenos Aires, seguía siendo el gran preferido de las burguesías compradoras.

Conclusiones

> *Fino ad un decennio passato anche la produzione artistica italiana era preferita nell'Uruguay, in Cile, in Brasile, e degnatamente nell'Argentina; i quadri e le statue dei nostri migliori artisti vi trattavano facilmente compratori a condizione favorevoli.*
>
> *Nella città di Buenos Ayres –detta l'Atene platense– erano opere d'arte italiane che adornavano le case dei ricchi, le piazze, i giardini pubblici, gli edifici governativi, le chiese, i cimiteri; l'Arte nostra vi signoreggiava.* [...]
>
> *Fu l'età aurea dell'arte italiana nell'America del Sud.*
>
> *L'Italia continua ad inviare in quelle contrade i suoi robusti lavoratori, i prodotti delle sue progredite industrie, medici e ingegneri, operai del braccio e operai del pensiero, ma l'importazione della sua copiosa produzione artistica vi è diminuito in misura impressionante a tutto vantaggio della produzione francese, spagnuola, inglese e tedesca. [...]*
>
> *Nella viva lotta di concorrenza, la nostra Arte vi disimpegna la parte di Cenerentola.*
>
> Basilio Cittadini, "L'arte italiana nell'America Latina", *Pagine d'arte, 1, 18,* Milán-Roma, 28 de diciembre de 1913, p. 1

Desde el periódico *Pagine d'arte*, un hombre que conocía bien el terreno argentino como Basilio Cittadini –quien actuó durante décadas en Buenos Aires como director de *La Patria degli Italiani*– hacía un balance del lugar marginal que el arte italiano ocupaba hacia 1913 en el mercado sudamericano. Como principal explicación de esta desventaja argumentaba la ausencia de un apoyo decidido por parte de los poderes públicos –cónsules, diplomáticos y autoridades en general– que no contribuían, como sí lo hacían otras naciones, a facilitar la comercialización en el extranjero de obras de los artistas de su país.

Si su apreciación revelaba por un lado la menor modernización y profesionalización que el sistema de las artes italianas tenía en el panorama europeo de principio de siglo en comparación con mercados mucho más formalizados como el francés, por otro también es cierto que esta caída no obedecía simplemente a razones comerciales y organizativas. El paradigma artístico estaba cambiando y esto tendría sus consecuencias incluso en estos lejanos pero receptivos mercados. De una parte, la proximidad de la Primera Guerra Mundial modificaría la capacidad expansiva del mercado europeo y sus posibilidades de exportación de obras de arte. Pero, de otra, el desarrollo de las nuevas vanguardias –futurismo, cubismo– no permitirá ya pensar en la estricta contemporaneidad que sí tenían estos consumos cuando aún eran el simbolismo y los epígonos del posimpresionismo las tendencias que marcaban la norma en los certámenes artísticos internacionales como la Bienal de Venecia. Nuevos artistas serían prontamente legitimados relegando a un lugar secundario estos paisajes, retratos y escenas de costumbres que todavía debían mucho de la formación y modos de hacer de la Academia decimonónica.

Así, si bien no es posible marcar un corte abrupto entre los primeros años del siglo XX y las décadas que siguieron, sí es evidente que este puesto importante que el arte italiano tuvo en la primera década, en coincidencia con la gran oleada inmigratoria, ya no será el mismo a medida que se formalice el mercado del arte de Buenos Aires. Por un lado, las pinturas y esculturas de los argentinos comenzarán a pelear por su lugar en las colecciones y los museos locales, hecho favorecido por la inauguración de los salones nacionales y provinciales de bellas artes. Por otro, la desaparición de las gestiones de personajes como Ferruccio Stefani, Gaetano Moretti o Lorenzo Pellerano, altamente interesados en la circulación y comercialización de las producciones italianas en Buenos Aires, también influirá en la declinación de este panorama en el que el arte italiano gozó –al ritmo de la llegada de los millares de inmigrantes que aspiraban a "hacer la América"– de una circulación inédita en comparación con las décadas que seguirían.

Notas

[1] He reconstruido este proceso en mi libro *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

[2] "Crónica de arte", *La Nación,* Buenos Aires, 11 de noviembre de 1888.

[3] Véase Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (comps.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985.

[4] Entre las obras públicas realizadas por estos artistas se encuentran: de Nazareno Orlandi los techos del Palacio de *La Prensa*, las naves de la Iglesia del Salvador y la cúpula de la Iglesia de San Pedro Telmo (1900), y de Francesco Parisi la cúpula y el presbiterio de la catedral de Buenos Aires (1899). Por su parte Luigi De Servi –quien ya había estado en la Argentina en la década de 1880 realizando importantes comisiones públicas como los frescos de la Casa de Gobierno y la decoración del Museo de La Plata– realizó en 1910 el techo del Salón Presidencial de la ya referida Casa de Gobierno.

[5] Entre las principales obras monumentales de estos artistas debemos mencionar el mausoleo del general Manuel Belgrano (emplazado en 1903), obra de Ettore Ximenes, la cuadriga del Palacio del Congreso Nacional (1904), obra de Vittorio de Pol, y el monumento a Giuseppe Garibaldi (inaugurado en 1904) de Eugenio Maccagnani.

[6] Cesarina Lupati, *Vita argentina. Argentini e italiani al Plata osservati da una donna italiana*, Milán, 1910, p. 54.

[7] V. Di Napoli-Vita, "Dall'Argentina", *Natura ed Arte*, IX, XXII, 2°. fasc., Milán, 1900, pp. 874-876.

[8] Véase M. Picone Petrusa, M.R. Pesolano y A. Bianco, *Le grandi esposizioni in Italia 1861-1911: la competizione culturale con l'Europa e la ricerca dello stile nazionale*, Nápoles, Liguori, 1988.

[9] Véase *L'esposizione di Torino 1911. Giornale ufficiale illustrato della Esposizione*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

internazionale delle industrie e del lavoro, Turín, 1911, pp. 235-238, y *Le esposizioni di Roma e di Torino nel 1911. Descritte ed illustrate. Rivista delle Esposizioni*, 12, marzo de 1911, p. 94 y n. 18, mayo de 1911, p. 142.

[10] Giacomo de Zerbi, "Dalle Rive del Plata. Per cominciare", *Natura ed Arte*, V, 1°s. fasc. VI, Milán, 1895-1896, pp. 514-516.

[11] La primera exposición de Evaristo Gismondi de la que tenemos registro se realizó en el Salón Witcomb en abril-mayo de 1909; organizó al menos dos exposiciones colectivas más de arte italiano en la misma galería, en 1913 y 1917.

[12] Parisi realizó varias exposiciones de artistas italianos como las de Umberto Coromaldi, Onorato Carlandi y Dante Ricci, y la individual de Camillo Innocenti, ambas celebradas en Witcomb en 1912.

[13] Carta de Ferruccio Stefani a Ugo Ojetti fechada "Milano, Corso Genova 15, 22 Dic. 1907", cassetta 70, fasc. 9, Fondo Ugo Ojetti, Galleria Nazionale di Arte Moderna e Contemporanea, Roma (FUO, GNAM).

[14] F.V. Aramis, "Il commercio artistico", *Arte e artisti*, 5, 98, Milán, 16 de mayo de 1907, p. 5. Sobre el mercado de arte en Italia durante el período, véase Maria Mimita Lamberte, "1870-1915, i mutamenti del mercato e le ricerche degli artisti", en *Storia dell'arte italiana. Parte seconda: dal Medioevo al Novecento*, Turín, Einaudi, 1982, vol. III, pp. 5-172.

[15] Véase Maria Flora Giubilei, "Una storia per le raccolte Frugone", en Raccolte Frugone, *Catalogo generale delle opere*, Milán, Silvana Editoriale, pp. 33-50.

[16] "Arte italiano en Buenos Aires. Exposición Sartorelli", *La Ilustración Sud-Americana*, XII, 272, Buenos Aires, 30 de abril de 1904, p. 116; véase también "V Exposición de pintura italiana organizada por F. Stefani", *Athinae*, 2, 11, Buenos Aires, julio de 1909, p. 17.

[17] V.P., "Francesco Sartorelli nell'America del Sud", *Emporium*, XX, 117, Bérgamo, septiembre de 1904, p. 237.

[18] Justo Solsona Jofre, "Impresiones artísticas", *La Ilustración Sud-Americana*, XIII, 303, Buenos Aires, 15 de agosto de 1905, pp. 233-234.

[19] Juan Paz, "Apuntes críticos", *La Ilustración Sud-Americana*, XV, 350, Buenos Aires, 30 de julio de 1907, pp. 209-210.

[20] Véase carta de Ettore Tito a Ugo Ojetti, fechada "Venezia, 29.1.1907", cassetta 72, fasc. 17, FUO, GNAM.

[21] Véanse cartas de Ferruccio Scattola a Ugo Ojetti, fechadas "Venezia, 14. XII.10", "Venezia 16.1.11", cassetta 67, fasc. 9, FUO, GNAM.

[22] Juan José Soiza Reilly, "Lo que dice Sorolla", *Caras y Caretas*, X, 467, Buenos Aires, 14 de septiembre de 1907.

[23] U.O., "Notizie artistiche. Un fiero giudizio del pittore Sorolla sull'arte italiana", *Corriere della Sera*, Milán, 23 de octubre 1907, p. 3.

[24] "Polemiche artistiche", *Arte e artisti*, V, 109, Milán, 1 de noviembre de 1907, pp. 4-5.

[25] Véase F. Stefani, *Esposizioni d'arte. Catalogo Illustrato della IIIa Esposizione*, Prefazione di Vittorio Pica, Bérgamo, Istituto Italiano d'Arti Grafiche (c. 1905).

[26] Yofrúa [Godofredo Daireaux], "Exposiciones Stefani", *Athinae*, 3, 34, Buenos Aires, junio de 1911, pp. 180-181.

[27] Carta de Ferruccio Stefani a Ugo Ojetti, fechada "Milano, 1° Aprile 1911", cassetta 70, fasc. 9, FUO, GNAM.

[28] Sobre esta exposición véase Miguel Ángel Muñoz, "Obertura 1910: la exposición Internacional de Arte del Centenario", en Marta Penhos y Diana Wechsler (coords.), *Tras los pasos de la norma. Salones Nacionales de Bellas Artes (1911-1989)*, Buenos Aires, Del Jilguero, 1999, pp. 13-35, y Roberto Amigo, "Iconografía y artes visuales del Centenario", en Margarita Gutman, *Buenos Aires 1910: Memoria del porvenir*, Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires-FADU-UBA, 1999, pp. 348-355.

[29] La obra, una grandiosa construcción con un obelisco central cuyo basamento estaría decorado por grupos escultóricos de mármol y bronce, tendría 46 metros de altura y se calculaba que costaría un millón y medio de liras. La premiación de los italianos fue muy discutida en su momento pues muchos intelectuales y artistas argentinos consideraron que debía ser un creador nacido en el país el responsable de esa monumental empresa.

[30] Grosso contaba con cierta experiencia en la realización de estas telas de grandes dimensiones ya que unos años antes había realizado el renombrado *Panorama de la Batalla de Torino* para conmemorar los doscientos años del hecho.

[31] "Arti e scienze. Il panorama di Giacomo Grosso inaugurato a Buenos Aires", *La Stampa*, 29 de julio de 1910, Turín, p. 4.

[32] Godofredo Daireaux, "La Exposición I de Arte. Impresiones", *Athinae*, 3, 23, Buenos Aires, julio de 1910, pp. 9-11.

[33] "Notizie artistiche. L'Esposizione Internazionale d'Arte a Buenos Aires. Ingente stanziamenti per acquisti", *Corriere della Sera*, Milán, 10 de diciembre de 1909.

[34] "La partecipazione dell'Italia alla Mostra internazionale d'arte di Buenos Aires del 1910", *Arte e artisti*, VII, 160, Milán, 16 de diciembre de 1909, pp. 1-2.

[35] "Le giurie per Bruxelles e Buenos Aires", *Arte e artisti*, VIII, 167, Milán, 1 de abril de 1910, p. 1.

[36] Véase "Polemiche artistiche", *Arte e artisti*, VIII, 165, Milán, 1 de marzo de 1910, pp. 3-4.

[37] Véase *Exposición Internacional de Arte del Centenario 1910. Catálogo Ilustrado*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles, 1910.

[38] *Exposición Universal del Centenario. Bajo el patrocinio de la Liga de Almaceneros y anexos 1910*, Sección de la Exposición de Bellas Artes Italianas, Catálogo Ilustrado.

[39] "Las bellas artes italianas en la Exp. Universal", *Athinae*, 3, 29, Buenos Aires, enero de 1911, p. 12.

[40] Véase Basilio Cittadini, "I mercati d'arte d'oltre confine", *Pagine d'arte. Cronica, critica e polemica*, 1, 1, Milán-Roma, 15 de enero de 1913, pp. 1-2.

[41] "Mostra dell'arte italiana all'Esposizione mondiale di Buenos Ayres", *Bollettino d'arte del Ministero della P. Istruzione. Notizie delle gallerie dei Musei e dei Monumenti*, V, fasc. 2, Milán, febrerp de 1911, p. 80.

[42] Véase "Bellas Artes. Las adquisiciones del museo", *La Nación,* Buenos Aires, 31 de diciembre de 1910, pp. 10-11.

[43] Véase Dirección General de Estadística Municipal, *Anuario estadístico de la Ciudad de Buenos Aires*, XX-XXI, Buenos Aires, 1910-1911, 1913.

[44] Véase "Notizie varie. Buenos Ayres", *Arte e artisti*, VIII, 176-178, Milán, 16 agosto, 1-16 de septiembre de 1910, p. 4 y n. 181, 1 de noviembre de 1910, p. 4; "Esposizione di Buenos Aires", *Arte e artisti*, VIII, 179, Milán, 1 de octubre de 1910, pp. 4-5.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)

Isabella Cosse ***

Introducción

Este artículo aborda los cambios en las formas mediante las cuales mujeres y varones se conocían, se atraían, entablaban una relación y se comprometían afectivamente. Es decir, está centrado en el cortejo, entendido como las pautas que regían desde los contactos iniciales de una pareja hasta el momento previo a la unión. El propósito es ofrecer una descripción de este fenómeno, en función de dos supuestos. El primero es que los cambios abiertos en los años 60 en las relaciones de pareja, los mandatos de género y la moral sexual se plasmaron paradigmáticamente en un amplio espectro de nuevas convenciones específicas y concretas cuya envergadura dependió de los círculos culturales y sociales de pertenencia. La segunda presunción es que existieron diferencias sustanciales entre las pautas que reglaron el mundo de los padres de estos jóvenes y las que se estaban conformando cuando ellos llegaron a la edad de la conquista y la formación de una pareja, por lo cual puede pensarse en una ruptura generacional. En otras palabras, se considera que la reconstrucción minuciosa de los cambios en las pautas que normaban el cortejo resulta una aproximación valiosa para comprender las transformaciones en las relaciones de pareja y la sexualidad de los años 60 y 70 desde un ángulo generacional. En ese sentido, en estas páginas se focaliza en el surgimiento de uno de los patrones de cambio del cortejo, según el análisis de revistas, libros y manuales de crianza dirigidos a un público masivo compuesto por segmentos medios y trabajadores, dejando expresamente de lado el estudio del proceso en los círculos intelectualizados y contraculturales.[1] En concreto, estos registros han sido analizados en función de descubrir la emergencia de nuevas convenciones, entendidas como un código público de comportamiento y un sistema de significados que conformaban el contexto de la experiencia concreta de los individuos.[2]

* Universidad de San Andrés.

** Agradezco a Eduardo Míguez y Lila Caimari las sugerencias y reflexiones a versiones anteriores de este texto y a Catalina Wainerman las ideas y la ayuda constante. Asimismo deseo expresar mi gratitud con Abel (hijo), Araceli y Gima Santa Cruz y con Eva Giberti, quienes me permitieron consultar sus archivos privados, y con la Fundación Ford (en el marco del proyecto "Sexualidades, salud y derechos humanos en América Latina", de la Universidad Cayetano Heredia) y con la Fundación San Andrés (con el apoyo de The William and Flora Hewlett Foundation) que contribuyeron a financiar la investigación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Según los antecedentes para Europa y Estados Unidos, el cortejo constituye un fenómeno central para la comprensión de los estándares de la moral sexual y el modelo matrimonial.[3] Específicamente, la bibliografía norteamericana ha mostrado el papel jugado por la aparición del sistema de citas en el moldeamiento de patrones sexuales más permisivos entre los jóvenes de los *high school* entre 1920 y 1960. Este sistema desplazó el encuentro de las casas, anuló el control paternal, disoció el encuentro del compromiso afectivo con vistas al casamiento y creó nuevas formas para la exploración de la compatibilidad y el conocimiento del otro género que incluía la rotación de los *partenaires* y habilitaba el *petting*, es decir, la estimulación sexual sin penetración, en las citas y las relaciones sexuales completas en el marco del noviazgo.[4] Específicamente, para las décadas del 60 y el 70, los cambios en el cortejo han permitido identificar la coexistencia de diferentes patrones según las distintas culturas juveniles. Así, Bernard Murstein explica que, en ese período, el sistema de citas desapareció en los círculos universitarios, entre los cuales comenzaron a predominar pautas menos estructuradas, mientras que siguió existiendo fuera de estos ámbitos.[5]

Para la Argentina se carece de estudios semejantes. No obstante, se ha observado que en la entreguerras surgieron reglas de sociabilidad más flexibles, un estilo femenino más libre y un interés más abierto por la sexualidad.[6] El insinuante componente disruptivo de estos cambios parecería haberse canalizado dentro del mandato maternal y el ideal de familia legítima, sin trastocar la valoración de la contención del deseo sexual previo al matrimonio, aunque un estudio de la década del 50 haga pensar que estaban surgiendo reglas de noviazgo más laxas y abiertas.[7] Por su parte, los antecedentes para los años 60 resaltan el carácter ambiguo y moderado del proceso de cambio, aunque encuentran que en esa época comenzó a hablarse más libremente sobre la sexualidad, se aceptaron las relaciones prematrimoniales y se produjo un debilitamiento de la doble moral de género.[8] Asimismo, se ha señalado la importancia de las posturas y los actores conservadores y tradicionalistas que defendían, supuestamente, los valores familiares y morales instituidos, como elemento central del proceso de cambio en las costumbres y la moral sexual.[9] De tal modo que el estudio de las décadas entre 1950 y 1970 parecería central para comprender las transformaciones en las reglas que normaban el cortejo.

A mediados de siglo, el cortejo estaba integrado por fases claramente identificables: el flirteo y el festejo en las etapas iniciales y el noviazgo cuando la relación se formalizaba, instituciones que estaban fuertemente codificadas según género. El flirt no implicaba ningún compromiso: refería al momento de la expresión de la atracción mediante gestos, miradas y actitudes que debían realizarse en público. El festejo era la etapa siguiente, en la cual se profundizaba el vínculo mediante visitas y salidas (reuniones, bailes y paseos), creando una zona inestable entre la amistad y el lazo amoroso mediante un patrón intermedio entre el cortejo en la casa y el sistema de citas, ya que se usaban ambas modalidades de contacto pero se mantenía la vigilancia familiar (variable pero siempre presente) y la censura de la alternancia desenfadada de festejantes. En algún momento, el festejo debía terminarse o dar inicio a un noviazgo, momento definido por la declaración amorosa y, luego, por el pedido de matrimonio. Los noviazgos tenían la finalidad de preparar la vida en común, estaban fuertemente pautados, ritualizados y organizados a través de poderosas convenciones, incluso más rígidas que las que demarcaban las etapas anteriores, dada la necesidad de que la nueva intimidad no vulnerase la consideración social de la joven, asociada con el mantenimiento de la virginidad hasta el momento del casamiento. Ahora bien, para ese entonces habían comenzado a surgir relaciones más permisivas, en las cuales se morigeraba el control de los padres y se permitían encuentros menos estructurados, pero se trataba de innovaciones que contrariaban las convenciones instituidas.[10]

De hecho, la década del 50 preanunció cambios en el cortejo y el noviazgo que se terminaron de definir en los años 60 y que se normalizaron en los 70. Este proceso, dentro del cual pueden identificarse tres grandes mutaciones, fue vivido por los jóvenes como un desafío a las convenciones de los padres. En primer lugar, surgió un estilo de sociabilidad por el cual el trato entre varones y mujeres se hizo más fluido y menos estructurado, contribuyendo a que el flirteo fuese más rápido y directo. En este marco, el festejo desapareció y dio lugar a la emergencia del sistema de citas, disociándose las salidas de la elección matrimonial. En segundo lugar, el noviazgo se hizo más libre y flexible (con el rechazo a las reglas rígidas, la ritualización y el control de los padres), se amplió la brecha entre su inicio y el compromiso de casamiento y se morigeraron las censuras a la ruptura de los noviazgos. En este contexto, se habilitaron las relaciones prematrimoniales en el marco del compromiso afectivo, fenómeno de importancia central que amerita un estudio en profundidad, por lo cual su análisis ha quedado fuera de estas páginas.

La reconfiguración del cortejo: entre barras y citas

Hacia 1960 los jóvenes nacidos en familias de los sectores medios y trabajadores tenían experiencias vitales muy diferentes de las que habían signado la vida de sus progenitores. La heterogeneidad de la sociedad inmigrante había dado paso a nuevas generaciones que tenían un cúmulo importante de experiencias compartidas. Estos jóvenes habían ido a la escuela en tiempos peronistas, en familias que en muchos casos habían mejorado en forma reciente su situación económica, logrando ser propietarias de su vivienda, acondicionar ésta con los parámetros del confort moderno y comenzar a tomarse vacaciones. El éxito de las estrategias de promoción social de las familias de origen le permitió a esta generación disfrutar de mayor poder adquisitivo, insertarse en nuevos espacios sociales y retrasar su inserción en el mercado de trabajo. De hecho, en 1966 existían 2.500 colegios secundarios en Buenos Aires y la Universidad de Buenos Aires tenía doscientos cincuenta mil inscriptos. En 1960 la matrícula secundaria llegó al 28,7% de los varones y el 29,4% de las mujeres de los jóvenes de entre trece y diecisiete años para el total del país, proporción que se duplicó en las dos décadas siguientes. Pero, obviamente, estas posibles experiencias comunes no implicaron la formación de una identidad juvenil homogénea.[11] Las culturas juveniles estuvieron atravesadas por diferentes empresas, énfasis y estéticas engarzadas de forma nada lineal con distinciones en el ámbito de la cultura de origen, el nivel de estudios alcanzados y el género.[12]

Este contexto influyó en las formas de sociabilidad. Las instituciones educativas comenzaron a estructurar la vida cotidiana de los jóvenes y favorecieron que los gru-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pos de referencia se formaran en estos ámbitos. Para los varones, el bar de la esquina del colegio era el lugar donde los jóvenes se entrenaban en el mundo masculino del truco, el café con cigarrillo y las copas de alcohol.[13] También las chicas tenían puntos de reunión en confiterías, en las plazas, y exploraban la libertad con recorridas por las calles céntricas, que nutrían el paisaje cotidiano de Buenos Aires. Además, se hicieron frecuentes los grupos mixtos de jóvenes en el cine, las confiterías y los bares, cuyas actividades sociales eran más independientes de la mirada y el control de los adultos. De todos modos, la mayor parte de los institutos secundarios no eran mixtos, pues aislaban a varones de mujeres en la vida estudiantil cotidiana, aunque las puertas de los colegios y los itinerarios del viaje representaban espacios y momentos propicios para la interacción con jóvenes de otro sexo, trato que incluso era promovido por instituciones privadas que poseían un establecimiento para cada género, ubicados frecuentemente uno cerca de otro.[14]

Pero los jóvenes no sólo podían conocerse con sus pares del otro sexo en la proximidad de los centros de estudio sino también en el espacio laboral que, con el avance del empleo femenino entre las más jóvenes, creció más de un 10% entre 1947 y 1970, ofreciendo otro punto débil a la vigilancia y el control de los padres, a lo que se sumaba la posibilidad de contar con dinero propio para las salidas.[15] Esto permitía que los jóvenes pudiesen entablar relaciones por fuera del ámbito familiar, fuese directamente en el trabajo o en los contactos que éste posibilitaba, como le había sucedido a una lectora de *Vosotras*, revista dirigida a mujeres y jóvenes humildes, trabajadoras y de los estratos medios más bajos, que se enamoró de un muchacho con el cual compartía diariamente el viaje en colectivo, aunque, más frecuentemente, las relaciones provenían de los propios ámbitos laborales, entre los cuales muchas fantasías tenían a las secretarias como protagonistas.[16]

Estas experiencias les significaron a los jóvenes mayores posibilidades para explorar más a sus anchas el mundo en los espacios anónimos urbanos, lo cual requería nuevos entrenamientos, como les sucedía a las chicas que debían aprender a actuar frente a los avances masculinos en la calle, mientras que los varones debían adquirir esa capacidad. En ambos casos estas situaciones contribuían a que las jóvenes ganasen seguridad con relación a las expectativas generadas por su apariencia y estilo, y los hombres se midiesen con sus congéneres con relación a las habilidades demostradas en la conquista.[17]

Por supuesto, el espacio del barrio, con sus lugares de encuentro, clubes, esquinas y sedes sociales seguía siendo importante para el contacto en ciertos círculos sociales.[18] Era el caso de Jorge Castello, de casi quince años, un paciente de Eva Giberti, una de las difusoras más importantes de la renovación en la crianza de los hijos, en la Clínica de Adolescentes del Hospital de Niños. Para este joven, las relaciones más íntimas eran sus amigos del barrio de Floresta, con quienes se encontraba en la calle para divertirse, explicando que raras veces "salían", lo que significaba que no organizaban actividades fuera de este entorno.[19]

Resulta imposible dar cuenta de las múltiples instancias de agrupamiento de los jóvenes, como lo muestra la proliferación de convocatorias a que participasen de organizaciones tan disímiles como podían ser la Cruz Roja y Tacuara. Así, los agrupamientos tenían diferente grado de formalidad y estructuración, pues surgían en función de intereses culturales, gremiales o políticos, pero también de gustos personales como la música, el deporte o el teatro. En cada caso, las barras tenían convenciones propias que variaban según la identidad del grupo, aunque puede decirse que en su conjunto comenzaron a existir relaciones más llanas entre varones y mujeres.[20]

La nueva fluidez de las relaciones entre los géneros alcanzó a los hogares. Los padres, educadores y psicólogos comenzaron a auspiciar que las barras de jóvenes se encontrasen en el ámbito protegido de la familia, con el argumento de que esto permitía una socialización más abierta pero, también, un mayor control. Se extendió la costumbre de hacer reuniones informales en las casas, que habían comenzado antes con los llamados "asaltos", que debían parecer organizadas en forma espontánea y donde se consumía una comida rápida, como pizzas o empanadas, bebidas cola y alcohol –que, a pesar de los controles de los padres, muchas veces existía– e incluyendo, en los hogares más "avanzados", la posibilidad de bailar. En cualquier caso, la barra, compuesta por mujeres y varones, fue convirtiéndose en una convención aceptada y extendida de la sociabilidad adolescente y juvenil, a pesar de generar ciertas preocupaciones en el mundo de los adultos, especialmente entre los más conservadores, como sucedía con Mabel O., a quien los padres no la dejaban salir en grupo y le prohibieron ir de viaje de egresados a Bariloche, a causa de este estilo de relación.[21]

El surgimiento de estas nuevas formas de sociabilidad fue simultáneo a la creciente importancia de los gestos, las actitudes y las manifestaciones contrarias al mundo de los adultos, mediante las cuales se reafirmaba la identidad juvenil.[22] Así, por ejemplo, desde ámbitos psicológicos y ensayísticos se explicaba que la rebeldía era un fenómeno completamente natural en los adolescentes que expresaba la contradicción entre la dependencia y la independencia. Supuestamente, las actitudes desafiantes frente a los padres eran potenciadas por el grupo de pares que exigía elegir entre las normas de las familias y las del nuevo espacio de inserción social.[23] En otras palabras, los grupos de pares se identificaban y contribuían a generar conductas propias percibidas en oposición a las normas instituidas.

En este marco el flirteo cambió. ¿Cuáles fueron las novedades? En primer lugar el trato entre los jóvenes se hizo más directo y espontáneo; quedaron atrás los circunloquios y romanticismos. Este nuevo estilo, como explicaba a principios de 1960 un joven en una mesa redonda convocada por *Nuestros Hijos*, estaba asociado con el estilo de vida de las nuevas generaciones que, supuestamente, eran contrarias a las "normas preestablecidas".[24] Esto suponía una más rápida expresión del contacto y el deseo entre los jóvenes, acortándose crecientemente los avances preliminares. Así, darse la mano, besarse y acariciarse fueron convirtiéndose en actitudes comunes en los momentos iniciales de la relación, en el marco de los aprendizajes de tránsito de la infancia a la juventud. De tal forma, por ejemplo, para los varones besar a una chica era un modo de demostrarse a sí mismos su virilidad y para las jóvenes, una forma de indicar que habían dejado de ser "chiquilinas", reafirmando su nuevo status juvenil. En ese sentido, por ejemplo, ya a comienzos de 1960 las revistas femeninas comenzaron a publicar artículos sobre las técnicas para besar y el significado que tenían las diferentes posibilidades para hacerlo, aun cuando las notas mantuviesen un tono admonitorio. Más tarde el contenido moraliza-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dor fue desapareciendo, como muestra un test que fomentaba la introspección, en el cual quedaba implícitamente habilitada la posibilidad de que las chicas tomasen la iniciativa y lo hiciesen sólo con intenciones de que "él muriese de deseo".[25]

De hecho, el análisis de emprendimientos de carácter masivo muestra la normalización de las innovaciones de la sociabilidad juvenil, al recrear escenas en las cuales los padres aceptaban a los jóvenes que frecuentaban a sus hijas dentro de sus hogares. Ya en 1961 podía imaginarse que estos "caballeros andantes", según la historia seriada "La familia Villegas", en *Vosotras*, podían autoinvitarse a pasar sus discos nuevos el domingo a la tarde e instalarse en el medio de la reunión familiar con café y cigarrillo en mano, aun cuando los dueños de casa los tratasen de usted.[26] Unos años después, la misma escena resultaba aun más descontracturada: los jóvenes se apoderaban del living, llegaban sin avisar, hacían bromas a los padres y abrían la heladera, como mostraban las imágenes de *La Nena*, igualmente inocente, en la televisión.[27]

El carácter más abierto y directo del flirteo alcanzó amplia difusión a mediados de 1970 cuando era referido en *Para Ti*, la revista femenina de carácter más tradicionalista del mercado. Así lo planteaban tres entrevistadas de diferentes generaciones, entre las cuales la más joven, que contaba con dieciocho años, explicaba que "ahora se conquista muy directamente" y sin "protocolos", contrastando con los testimonios de las otras dos entrevistadas que, por su edad, podían ser la madre y la abuela de la joven.[28]

En síntesis, según estos registros puede afirmarse que desde los años 60 el flirteo entre los jóvenes se hizo más directo y menos protocolar, evidenciando que las relaciones habían tomado un carácter más fluido y menos comprometido, dentro del cual las caricias y los besos se integraban más rápida y abiertamente.

En segundo lugar, las nuevas modalidades en el flirteo fueron simultáneas a la desaparición de la noción de "festejo" y el afianzamiento de un nuevo patrón de relación que unificaba ambos estadios: la salida o cita. Las citas solían comenzar con una invitación realizada por el varón, arreglada de antemano, aunque también podían surgir de forma más o menos espontánea. La invitación implicaba un importante grado de exposición para los varones, quienes temían ser rechazados y dudaban, sobre todo entre los más adolescentes, respecto de las estrategias adecuadas para tener éxito. La cita incluía que el varón pasase a recoger a la chica, aunque también podía suceder que ambos se encontrasen directamente en un punto convenido, y que él la acompañase de regreso a la casa. Entre las salidas más frecuentes se encontraba ir a un bar o confitería, asistir al cine, dar una caminata, participar de una reunión de amigos, una fiesta y un baile, etc. Pero la innovación no estuvo dada por los lugares de encuentro sino por el hecho de que estas citas carecían de cualquier compromiso afectivo, no implicaban una relación formal y tampoco requerían una instancia previa de encuentros en la casa de la joven.[29]

Este nuevo estilo de relación estuvo fuertemente marcado por las nuevas modas musicales. Los jóvenes se contaminaron del ritmo y los estilos vitales de los ídolos musicales, entre los cuales, por supuesto, estaban los Beatles, que invadieron el dial y las disquerías, donde la mayoría de los compradores tenían entre trece y veinte años, a los que se fueron sumando las figuras locales, como Palito Ortega y Sandro y luego Los Gatos, Los Iracundos y Almendra. Más allá de esta diversidad del nuevo horizonte musical, incluso las propuestas menos osadas artística y culturalmente transmitían un nuevo estilo de relación sentimental, de proyectos vitales y de dilemas sentimentales, marcados por la espontaneidad, la naturalidad y la libertad, en oposición al universo de la generación de los padres con sus parámetros de orden, deber y control.[30]

Las citas les permitían a los jóvenes tener momentos de intimidad, medir el grado de atracción, experimentar los comportamientos y, en ocasiones, ganar popularidad entre el grupo de amigos, sin necesidad de asumir un compromiso a futuro. Esta disociación entre cita y compromiso fue apoyada por el nuevo sentido común pedagógico y psicológico surgido en los años 60. Desde estas perspectivas, el flirteo y las salidas fueron entendidos como una experiencia que contribuía a la formación de la personalidad y de la identidad de género de los jóvenes. Como explicaba Eva Giberti para tranquilizar a los padres, las salidas eran un entrenamiento que afirmaba la identidad heterosexual y contribuía a la madurez de los jóvenes. Mauricio Knobel, uno de los especialistas más reconocidos sobre la temática de la adolescencia y miembro del equipo de Arminda Aberastury, opinaba en forma similar, cuando trataba de limar las dificultades de los adultos para comprender los cambios en las costumbres de los jóvenes, explicándoles que eran parte del crecimiento de estos últimos que no debían combatirse.[31]

Por supuesto, no faltaron quienes rechazaron el nuevo patrón. Las campañas moralistas, iniciadas en los tempranos 60, fueron concebidas como medio para combatir la crisis moral de la época que supuestamente se expresaba en las nuevas costumbres sexuales de los jóvenes, que jaqueaba la estabilidad de los valores familiares.[32] Desde esta preocupación se instaló un severo control de los ámbitos donde se producían los encuentros de las parejas. Las boites fueron más iluminadas, los porteros impidieron el ingreso a los menores y vigilaron el grado de proximidad de las parejas en la pista, los hoteles alojamiento fueron inspeccionados por la policía y los bares, invadidos por razzias. Estas medidas expresaron los temores de los sectores conservadores y tradicionalistas.[33]

De hecho, las salidas a solas de los jóvenes y su disociación con el compromiso afectivo fueron rechazadas expresamente por las voces católicas menos permeables a los cambios. En 1962, el doctor Carlos A. Ray, el autor de *Para padres*, el libro católico que expresaba la contracara del nuevo método de crianza, sostenía que los contactos debían realizarse bajo la presencia de los padres, sobre todo si participaban jóvenes de diferente sexo.[34] Sin embargo, el campo católico no era una entidad unánime, como lo muestra el hecho de que la revista *Nuestros Hijos,* que se declaraba católica y no confesional, aceptase que las jóvenes tuviesen libertad con responsabilidad de conciencia, en forma compatible con las opiniones de Eva Giberti y Mauricio Knobel, quienes, no casualmente, fueron columnistas de la publicación. En otras palabras, ante los cambios en el cortejo existía diversidad de opiniones en las tribunas católicas, que mostraban la difusión alcanzada por el nuevo paradigma psicológico, el cual, asimismo, no descuidaba el control.

La asunción de este paradigma parecía difícil para los padres, entre quienes las nuevas pautas de sus hijos adolescentes los sumían en el desconcierto, en función de temores que variaban según el género de su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

descendencia. Así, podían preocuparse cuando el hijo varón se mostraba retraído, rechazaba la idea de frecuentar chicas de su edad o prefería quedarse en casa dedicado al estudio. En cambio, con las hijas mujeres las preocupaciones eran de sentido inverso, remitiendo al cuidado de la reputación en términos del doble patrón de moral sexual y de la virginidad. De ahí que, en ese caso, los conflictos surgiesen a causa de la autorización para ir a un baile, los controles de los jóvenes con los cuales la joven salía, los horarios convenientes para regresar a casa, el nivel de intimidad permitido a los pretendientes o la frecuencia de las citas.[35]

De todos modos, ya en los tempranos años 60 el control de los padres parecía haber disminuido en forma ostensible, como muestra que la tía "chaperona" fuese una institución referida al pasado, lo mismo que el cumplimiento de ese papel por parte del hermano menor. Así lo indica la propia evolución de las costumbres del personaje que editorializaba *Idilio*, la revista de fotonovelas de la editorial Abril. Ya en 1956 la "señorita Idilio" bromeaba ante los intentos de la tía Gertrudis de hacer de chaperona, una situación que resultaba anacrónica para esta joven que salía sola, como correspondía a una chica moderna, pintada como una "vamp", con las perlas de la tía y dispuesta a tener que ser ella la que llegase antes y sacase las entradas para el cine, pudiendo, incluso, entrar sola a ver la película.[36] Claro está que este clima no se instaló homogéneamente. En 1961 en ciertos círculos de jóvenes católicos las invitaciones a un baile aclaraban que había que ir "sin valija", o sin "baúles", con referencia a la presencia de los padres, mostrando que su exclusión aún no estaba completamente normalizada. Esto sucedió una década después, como muestra el hecho de que en las páginas de *Para Ti* se diese por supuesto que las jóvenes salían solas e, incluso, iban a veranear con amigas.[37]

Esta situación fue un resultado en parte independiente de la voluntad de los padres ya que, como se ha planteado, la nueva sociabilidad juvenil, en el contexto de la extensión de la matrícula secundaria y la incorporación temprana al trabajo de las jóvenes, les permitía disfrutar de mayor libertad y posibilidades de solventarla, como se ha planteado anteriormente. Así, ellas podían iniciar una relación sin tener que pasar por el control paterno y materno, como le sucedió a Susana G., que estudiaba y trabajaba en una papelera, en la cual había conocido a un joven con quien había salido durante diez meses sin que él apareciese por la casa, lo cual le permitió fabricarles a los padres el personaje que ellos deseaban.[38]

En resumen, en los años 60 y 70 surgió una nueva sociabilidad juvenil basada en las barras integradas por pares de diferente sexo con ciertas afinidades, gustos o pertenencias comunes. Esta sociabilidad favoreció el surgimiento de un estilo de flirteo más abierto, directo y fluido, desarrollado crecientemente sin el control de los adultos y que habilitaba la integración de besos y caricias a las primeras instancias del trato en forma más rápida y abierta. Simultáneamente, la nueva pauta de flirteo se articuló con la aparición de las citas por las cuales los jóvenes interactuaban fuera del entorno familiar con renovada autonomía en una relación que no estaba encadenada, necesariamente, a la elección matrimonial sino que era considerada una instancia del crecimiento y el desarrollo personal.

Un noviazgo más libre y abierto

En las décadas del 60 y el 70 para un segmento de los jóvenes porteños el matrimonio siguió siendo un hito que estructuraba su biografía individual y que estaba antecedido de un noviazgo, de forma que continuó definiendo la etapa de la relación de una pareja que iba desde el compromiso afectivo hasta el casamiento, época durante la cual se afianzaba el conocimiento mutuo y se preparaba la vida en común.

Sin embargo, el noviazgo de estos jóvenes no fue igual al que habían tenido las parejas en los años 50. Las transformaciones afectaron desde la escena inicial hasta el estilo de la relación y el grado de intimidad permitido. La innovación más polémica e impactante estuvo dada por la aceptación de las relaciones prematrimoniales, proceso que, como se explicó, no es estudiado aquí, pero que no hubiese sido posible sin los múltiples deslizamientos a los que dio lugar el nuevo estilo de noviazgo, analizados a continuación.

En primer lugar, cambiaron el momento y la forma con los cuales se iniciaba el noviazgo. En los años 50 la declaración del pretendiente tenía, por lo menos en el orden del deber ser, una importante carga romántica y estaba unida al pedido formal de la mano. En las décadas siguientes, según las empresas culturales dirigidas al amplio público masivo de los amplios segmentos medios y trabajadores, estas dos convenciones fueron modificándose hasta llegar, incluso, a pensarse en términos de noviazgo relaciones que no estaban mediadas por un pedido expreso y un compromiso formal de matrimonio. Por un lado, la declaración fue perdiendo los contornos románticos y almibarados, y comenzó a difundirse una forma más directa y menos estructurada de expresar los sentimientos. En ese sentido, adolescentes de diferentes sectores sociales coincidían en que era "ridículo" decirle a una chica que se la quería y que la frase "te amo" estaba vedada. Supuestamente, la mejor manera para "hablarle" a una chica era hacerle una "historia bárbara", explicándole, por ejemplo, que algo le había sucedido la primera vez que se habían visto para después preguntarle: "¿Querés andar conmigo?". Como explicaba en forma coincidente otra joven, un tiempo más adelante, en la declaración bastaba un "Me gusta" y "Te gusto".[39]

Esta escena, según diferentes registros, sucedía cada vez a edades más tempranas. En *Vosotras* Eugenio Reynal Arrigo criticaba que la "juventud quemada" de los años 60 había olvidado los "prejuicios y las reglas", viéndose a "párvulos" de catorce años "noviando en serio" con "niñitas de igual edad".[40] Así, los padres y los maestros expresaban su preocupación cuando descubrían a sus hijas, todavía en la escuela, escribiendo cartitas a un compañero, arreglando citas a escondidas y descuidando las tareas con sus ensoñaciones amorosas, situaciones que podían ser consideradas hasta una perversión. La aceptación de este adelantamiento de los primeros romances resulta patente al observar la aparición de columnas sentimentales respondidas por las estrellas musicales del momento como Palito Ortega, dirigidas explícitamente al público adolescente.[41]

La misma impresión emanaba de los voceros de la nueva pedagogía de crianza, quienes, desde muy diferentes enfoques, insistían en que el flirteo y el enamoramiento eran parte del desarrollo normal del adolescente. Se explicaba que estos noviazgos no tenían el mismo significado que hacía unos años, dado que nadie consideraba que fue-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sen definitivos, aunque los adolescentes sintiesen que estaban profundamente enamorados. Por el contrario, como explicaba Knobel, los adolescentes creaban una "simpatía" a la que se aferraban, estableciendo un "noviazgo" que era una forma de "asegurarse una pareja" que, naturalmente, sólo era circunstancial. No se trataba de que esta relación careciese de afecto sino que no era conveniente que éste se afirmase en la etapa de la adolescencia sino más tarde, cuando, seguramente, se canalizaría hacia otras parejas. Por eso, los padres debían comprender estas expresiones del crecimiento de sus hijos, dado que sólo esto les permitiría madurar.[42]

Eva Giberti sostenía una posición similar. Según explicaba, no había que alarmarse: era "corriente, normal y frecuente" que los chicos eligiesen una pareja para sentirse "noviando". La única situación de preocupación, supuestamente, radicaba en los casos en los cuales el noviazgo canalizaba una patología infantil no resuelta o un conflicto con los padres.[43] Las obras de autores con perspectivas más conservadoras también reflejan la aparición de estas innovaciones, aunque se opusiesen a ellas recomendando contener las expresiones amorosas hasta alcanzar la madurez. Desde esta posición, Carlos A. Ray distinguía entre la "simpatía" por un joven del sexo opuesto y el verdadero amor que representaba un sentimiento maduro en el cual se manifestaban valores religiosos, morales, psicológicos, etc., y recomendaba a los padres que el "primer amor" se mantuviese en el nivel idealista y utópico.[44]

El descenso de la edad a la cual los jóvenes entablaban noviazgo implicó una modificación del significado de la institución ya que ésta comenzó a incluir experiencias cada vez más transitorias y pasajeras, consideradas, al igual que las citas, parte de las experiencias en la formación de la personalidad y el crecimiento individual que conducirían más adelante a la elección definitiva de una pareja.

Pero las transformaciones no sólo involucraron el surgimiento de noviazgos informales sino también las convenciones instituidas cuando la pareja tenía intenciones de casarse. En este caso se pensaba que la menor rigidez y la mayor sinceridad, por oposición a los modelos fijos, aumentaban las posibilidades de los novios de elegir por sí mismos y de hacerlo correctamente. De ahí que las rupturas generacionales se hayan expresado en un rechazo a las formalidades, como el pedido de mano y el compromiso de noviazgo, generándose transiciones menos pautadas entre el flirteo, el noviazgo informal y el formal. Como advertía Eva Giberti a los padres preocupados por las nuevas costumbres, los jóvenes solían oponerse a las antiguas tradiciones, como el pedido de mano, y preferían decidir las "cosas entre ellos".[45]

Pero en ocasiones los adolescentes, especialmente las jóvenes, tenían dubitaciones. Así, por ejemplo, era el caso de una chica que había conocido a un joven en la universidad y que había iniciado una relación sin que fuese necesario que los padres de ella conociesen al muchacho, aunque la joven hubiese querido presentárselos, pero temía que lo rechazasen porque usaba ropas "extravagantes" y el pelo largo.[46] Al plantear este problema, la joven primero explicaba que estaba de "novia" pero después aclaraba que en realidad era festejada, dejando entrever el hecho de que en su entorno social la noción misma de noviazgo estaba pasando por una redefinición.[47]

De todos modos, debe advertirse que en ciertos círculos, a mediados de 1960 el noviazgo seguía siendo muy ritualizado, como había sido la experiencia de una joven de veinticuatro años que era empleada de un banco al igual que su pretendiente, para quienes el primer paso fue que él la acompañase a la casa, quedándose ambos conversando fuera, a lo que siguió la invitación de la madre a que entrase y, finalmente, la declaración amorosa, aceptada a condición de que se comprometiesen formalmente. Para ello, el novio le pidió la mano al futuro suegro, manteniendo una conversación de "hombre a hombre", considerada una formalidad, aunque la prometida temblaba en la cocina.[48] Es decir, en este caso la declaración amorosa y el pedido de mano fueron casi inmediatos entre sí y la relación de la pareja era bastante formal y contenida.

De todas formas, más allá de las ambigüedades de este proceso, había surgido un nuevo estilo de noviazgo que implicaba un vínculo afectivo que no estaba atado a planes ciertos y precisos de casamiento, aunque éstos pudiesen surgir más adelante o estar dentro de las expectativas de alguno de los integrantes de la pareja. En este sentido, el "pedido de casamiento" tendió a desestructurarse, aunque este proceso parecería haber sido uno de los fenómenos más variables, reforzándose el carácter íntimo y privado de la decisión del casamiento y el carácter ritual del pedido de mano, cuando continuaba realizándose.

En segundo lugar, el noviazgo se volvió más fluido, abierto y libre. Este rasgo, implícito en los cambios en la declaración amorosa y el pedido de casamiento, estuvo en el centro de las transformaciones, como muestran las nuevas formas de socialización, las actividades y el trato de los novios, reafirmadas por contraposición a las pautas que regían los noviazgos en el pasado. Según explicaba un adolescente, a los jóvenes les resultaba inconcebible que los "viejos" estuviesen convencidos de las ventajas de la formalidad de un noviazgo; pensaba que esta opinión se debía a las molestias de ver que sus hijos estaban haciendo "todo" lo que ellos habían tenido prohibido.[49] La aceptación del derecho a la intimidad de los novios fue uno de los fenómenos más paradigmáticos de este proceso, al constituirse como parte de un nuevo sentido común. Por supuesto, los padres seguían interesados en controlar las relaciones de sus hijas pero, como ya se planteó, esta posibilidad fue corroída por los cambios en la vida cotidiana de los jóvenes, que poseían más espacios y ámbitos de encuentro alejados de la mirada de los progenitores.

La creciente intimidad estuvo unida a la ampliación de los espacios, las actividades y las situaciones que eran compartidas por la pareja. Como explicaba Luis Parrilla, un pastor comprometido con la educación sexual y la difusión de los métodos anticonceptivos, los novios habían dejado de tener un día fijo para las visitas, bajo la vigilancia de la familia, y habían ganado en libertad.[50] De hecho, los jóvenes se veían en diferentes horas, lugares y espacios, imponiéndose una nueva cotidianidad por la cual la pareja podía compartir visitas imprevistas y encuentros no predefinidos que, en algunos casos, significaban la integración del novio a la dinámica hogareña de la familia de la novia. A su vez, las salidas a solas de los novios se hicieron más largas. Los patrones variaban pero fue cada vez más usual que las jóvenes llegasen a su casa a las dos o tres de la mañana, e incluso que una salida terminase a la madrugada.[51] Además, fue cada vez más aceptado que los novios compartiesen una importante proporción de sus ratos libres con salidas, entre las cuales el cine, los bailes, un paseo por el centro o las

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

reuniones de amigos eran opciones corrientes.[52] Se pensaba, además, que la vida social de los novios estaba centrada en la relación con otras parejas más que en la familia. En definitiva, la libertad, entendida como una ruptura con el pasado por la cual debía disminuir el control de los padres y rechazarse las ritualizaciones, junto a la independencia y la autonomía empezaron a considerarse requisitos para el desarrollo del noviazgo.[53]

Se consideraba que el noviazgo debía ser un período en el cual los integrantes pudiesen compartir situaciones diferentes, tener espacio para estar solos pero también para enfrentar la sociabilidad con la familia y con los amigos, en función de experimentar qué sucedía con la relación en distintos contextos. Estas actitudes, supuestamente, mejoraban la comunicación y la profundidad del vínculo, y se pensaba que no sólo era necesario vivir momentos de romanticismo y mutuas atenciones sino también problemas, crisis y dilemas personales que enfrentarían a la pareja con situaciones extremas donde ponerse a prueba.[54] De hecho, se potenció la idea del noviazgo como una etapa durante la cual la pareja debía conocerse, probar su compatibilidad y lograr el complejo equilibrio entre mantener la autonomía y crear una identidad común. De ahí que la descompresión de las convenciones sobre el noviazgo haya sido simultánea al reforzamiento de las expectativas subjetivas que la pareja depositaba en él. De forma que, si bien el noviazgo siguió siendo un período que preparaba a la pareja para la vida en común, cambiaron las formas y los significados de la preparación. En ese sentido, se comenzó a priorizar la posibilidad de conocerse profundamente, compartir la mayor cantidad de experiencias posibles y enfrentarse a situaciones variadas que pusieran a prueba la relación, lo cual significaba una nueva forma de entender cómo alcanzar el conocimiento mutuo que otorgó a los noviazgos un carácter menos definitivo y más sujeto a la experiencia.[55]

También se modificaron las ideas acerca de las rupturas del noviazgo. En el pasado éstas implicaban una herida en la estima social para el integrante abandonado de la pareja, que resultaba especialmente seria para las mujeres, al grado de aumentar considerablemente sus temores a quedarse solteras. En los años 60 y 70, en cambio, las rupturas se integraron al horizonte más o menos normal de posibilidades de una relación. Para esta transformación fue esencial el hecho de que el noviazgo hubiese comenzado a tener una etapa que carecía de cualquier compromiso formal o plan expreso de casamiento y a ser concebido crecientemente como un estadio de prueba de la relación.[56]

De todos modos, la nueva pauta preocupaba especialmente a los padres, sobre todo cuando la hija mujer comenzaba a salir con distintos muchachos sin intenciones de concretar una relación estable, lo cual contravenía sus expectativas de que se enoviase "en serio" y se casase, una posibilidad que no deseaban que sucediese demasiado pronto con los varones porque podía comprometer el estudio y la carrera.[57] Sara Zusman de Arbiser, una médica psicoanalista que escribía en *Padres* –revista que difundió los nuevos paradigmas de crianza y comportamiento sexual en los tempranos años 70–, recibía frecuentemente consultas semejantes, ante las cuales explicaba que los adolescentes tenían "vínculos rápidos y pasajeros", en vez de "enamoramientos definitivos y parejas estables prolongadas", que consistían en una "especie de picoteo, de búsqueda de aprendizaje del amor".[58] Pero la aceptación de las rupturas no sólo involucraba a los adolescentes sino también a los jóvenes adultos insertos en noviazgos más formales. Como mostraban las noticias de la farándula, el fin de un noviazgo se había incorporado a los hitos normales de la biografía sentimental. En una nota de ese tipo, Claudio García Satur, protagonista de *Rolando Rivas taxista*, la exitosa telenovela de Alberto Migré, explicaba que su primera novia había sido una "chica de barrio" con la cual había terminado cuando se había dado cuenta de que podía llegar a casarse y "vivir encadenado a la compañía de seguros para siempre".[59] De este modo, el quiebre de un noviazgo dejó de penarse socialmente, aunque se desaprobasen las conductas de las chicas que habían mantenido muchos noviazgos, es decir, una mayor rotación de las parejas.

Conclusiones

Las páginas anteriores contribuyen a entender los cambios en las convenciones que regían el cortejo y el noviazgo mediante una descripción minuciosa, reconstruida, en lo fundamental, a través del análisis de emprendimientos culturales dirigidos al amplio público masivo, compuesto por los amplios sectores medios y trabajadores. En este sentido, debe destacarse que se ha ilustrado sólo uno de los patrones de cambio que emergieron en los años 60 y 70, cuando los jóvenes validaron diferentes códigos de conducta en función de los círculos sociales y culturales de pertenencia.

Según lo planteado, las transformaciones en las reglas del cortejo y el noviazgo estuvieron ambientadas en la creciente importancia asumida por los grupos de pertenencia mixtos, en los cuales el trato fue más coloquial y desenvuelto. En ese contexto, el flirteo se volvió más rápido y directo y se afirmó la institución de las citas que contribuyeron a limitar el control de los padres, habilitaron una mayor rotación de las parejas y facilitaron el entrenamiento de los jóvenes en el trato con el otro género. En forma simultánea, surgió un noviazgo informal, propio de los adolescentes, el cual estaba disociado del compromiso matrimonial, y cuando éste existía cambió el estilo de la relación, que se hizo más abierta y flexible, mientras se rechazaban expresamente las ritualizaciones, como el pedido de mano, y se despenalizaban las rupturas.

Diferentes argumentos contribuyeron a legitimar tales innovaciones. El flirteo, las citas y los noviazgos informales fueron considerados, especialmente por el nuevo paradigma de crianza, instancias que contribuían a la formación de la personalidad y la identidad de género. El estilo más abierto de los noviazgos y el rechazo de las reglas fijas se apoyaron en la importancia adjudicada a la autenticidad, la individualidad y la autonomía en la elección de la pareja, potenciando el carácter de prueba de esta etapa de la relación y la valoración de la búsqueda afectiva. De modo que estos cambios supusieron la aparición de códigos de comportamiento que estaban instituidos en otras latitudes desde tiempo atrás, como era el sistema de citas, y la incorporación de nuevas pautas de relación y significado a las instituciones existentes, como sucedió con el noviazgo. Desde este ángulo se impone, entonces, pensar el significado de estas transformaciones.

En ese sentido, es necesario considerar que el patrón de cambio aquí analizado implicó un quiebre con las convenciones establecidas, aunque no vulnerase los marcos del modelo de familia de la domesticidad, uno de cuyos pilares era el matrimonio. Pe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ro, al mismo tiempo, este quiebre fue concebido desde una perspectiva generacional como un cambio drástico en las formas mediante las cuales los jóvenes se conocían, se manifestaban atracción mutua y se comprometían afectivamente. Esta percepción se vuelve comprensible al considerar la instancia entre estas pautas y las vigentes cuando los progenitores habían formado sus parejas, y la oposición realizada por las fuerzas conservadoras y tradicionalistas a los nuevos estilos de relación entre los jóvenes, considerados peligrosos para el orden familiar y social.

Notas

[1] Analicé las características de las revistas femeninas utilizadas para este artículo en "Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven «liberada»", en *Jornadas de Reflexión. Historia, género y política en los 70*, Buenos Aires, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, e/p.

[2] Véase una discusión del problema en referencia a la temática aquí analizada en Beth Bailey, *From Front Porch to Back Seat: Courtship in Twentieth-Century America*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1989, pp. 6-7.

[3] Véase Edward Shorter, *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977; Ellen Rothman, *Hands and Hearts: A History of Courtship in America*, Nueva York, Basic, 1984; Josef Ehmer, "El matrimonio", en David Kertzer y Marzio Barbagli, *Historia de la familia europea*, vol. 2: *La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 411-462.

[4] Véanse Paula Fass, *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s*, Nueva York, Oxford University Press, 1977, pp. 119-135; Bailey Beth, *From Front Porch to Back Seat: Courtship in Twentieth-Century America*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1989; Ellen Rothman, ob. cit., pp. 289-307; John Modell, "Dating Becomes the Way of American Youth", en Leslie Page Moch y Gray D. Stark, *Essays on the Family and Historical Change*, Nueva York, University Press United State of America, 1983, pp. 91-126.

[5] Véase Bernard Murstein, "Mate Selection in the 1970s", *Journal of Marriage and the Family*, 42, 4, noviembre de 1980, pp. 777-792.

[6] Véase Dora Barrancos, "Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras", en Fernando Devoto y Marta Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La argentina entre multitudes y soledades. De los años 30 a la actualidad*, Buenos Aires, Santillana, 1999, pp. 199-226; Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires. 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, pp. 175-187; Hugo Vezzetti, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*, Buenos Aires, Paidós, 1996, pp. 104-106 y 150-155.

[7] Véanse Marcela Nari, *Políticas de la maternidad y maternalismo político. Buenos Aires (1890-1940),* Buenos Aires, Biblos, 2004; Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos, 1985. Sobre el cortejo en los años 50, Isabella Cosse, "Relaciones de pareja a mediados de siglo en las representaciones de la radio porteña: entre sueños románticos y visos de realidad", *Estudios Sociológicos*, XXV, 73, enero-abril de 2007, pp. 131-153.

[8] Véanse, entre los trabajos más relevantes, María del Carmen Feijóo y Marcela Nari, "Women in Argentina During the 1960s", *Latin American Perspectives*, 23, 1, verano de 1996, pp. 7-27; Karina Felitti, "El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del 60", en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ini (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 155-171.

[9] Véase Valera Manzano, "Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early-1960s Buenos Aires", *Journal of the History of Sexuality*, 14, 4, octubre de 2005, pp. 433-461.

[10] Isabella Cosse, ob. cit., pp. 131-153.

[11] Véanse Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, "La democratización del bienestar", en Juan Carlos Torre (comp.), *Los años peronistas*, t. VIII de *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 257-312; Cecilia Braslavsky, *La juventud argentina: informe de situación*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, pp. 87-89; "Tiempo moderno. Vocaciones: las difíciles elecciones", *Confirmado*, 96, 20 de abril de 1967, pp. 42-44.

[12] Arthur Marwick, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-1974*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1998, pp. 39-142. Para la Argentina, Sergio Pujol, "Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes", en Daniel James (dir.), *Nueva historia argentina*, t. IX: *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003, pp. 283-317, y del mismo autor, *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, pp. 43-68.

[13] Archivo Abel Santa Cruz (en adelante AASC), Abel Santa Cruz, *Colegio Nacional*, libreto inédito, ca. 1965, episodio 1 y 2.

[14] "Educación. Los exploradores del sexo", *Primera Plana*, 116, 26 de enero de 1965, 116, p. 28; "Educación. Sexos separados", *Confirmado*, 78, 15 de diciembre de 1966, p. 22; "Sexos. El diablo va a las escuelas mixtas", *Primera Plana*, 126, 8 de abril de 1965, pp. 32-33; Michel Brignac, "¡Se mueve el piso!...", *Nuestros Hijos*, 76, mayo de 1961; Andrés Carabantes, "Iracundos en Mar del Plata", *Nuestros Hijos*, 107, diciembre de 1963, pp. 42-43; entrevista de la autora a Mabel O., Buenos Aires, 20 de octubre de 2006 (nacida en 1951, padre pequeño industrial y madre ama de casa, infancia en Floresta, fue a un colegio secundario privado). Se han cambiado los nombres y omitido los apellidos de los individuos cuya historia es referida a partir de los archivos privados así como de las entrevistas realizadas por la autora, como resguardo de su privacidad.

[15] Véase Zulma Rechini de Lattes, "La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970", *Cuadernos del CENEP,* Buenos Aires, 1980, pp. 16-18; entrevista a Cristina B., Buenos Aires, 15 de septiembre de 2006 (nacida en 1952, padre obrero y madre ama de casa, infancia y juventud en Mataderos).

[16] Norberto Firpo, "Reportajes en horas de oficina", *Vosotras*, 1428, 18 de abril de 1963, pp. 62-65; Helena, "¿Es éste su problema?", *Vosotras*, 1431, 9 de mayo de 1963, pp. 76; Ana Larsen, "Uniendo destinos. Dulce despertar", *Secretos*, 27, noviembre de 1965, s/f.

[17] Véase Eva Giberti, *Los argentinos y el amor*, Buenos Aires, Merlín, 1971, pp. 29-35; "La edad difícil de María del Carmen", *Nuestros Hijos*, 14, febrero de 1956, pp. 12-13; Everardo Power, "Una enfermedad social: la agresividad sexualizada", *Nuestros Hijos*, 73, febrero de 1961, pp. 26-28.

[18] Sobre la cultura barrial, véase Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, "Sociedades barriales y bibliotecas populares", en Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares. Cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; José Luis Romero, "Ciudad burguesa", en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos,* Buenos Aires, Abril, 1882, pp. 12-14.

[19] Archivo Eva Giberti (en adelante AEG), Clínica Adolescente (CA), Jorge M., entrevista de 22 de abril de 1967 (padre mecánico y chofer de autobús, madre ama de casa, sin empleada doméstica, y vivienda alquilada con dos dormitorios y dependencias); entrevista con Elsa María P., 24 de noviembre de 1951, padre empleado de adua-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

na y madre ama de casa, vivienda de siete habitaciones más dependencias, compartida con familia del hermano del padre y con personal de servicio. Sobre la trayectoria de Giberti, véase Mariano Plotkin, *Freud en las pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 169-175; entrevista de la autora con Eva Giberti, Buenos Aires, 12 de diciembre de 2004.

[20] Juan Carlos Bavasso Roffo, "Mesa redonda coordinada y resumida por el doctor Juan Carlos Bavasso Roffo", "Hablan los jóvenes", *Nuestros Hijos*, 68, septiembre de 1960, pp. 4-6, "Vida moderna. La generación de Rita Pavone", *Primera Plana*, 85, 23 de junio de 1964, pp. 32-34.

[21] Entrevista a Mabel O., Buenos Aires, 20 de octubre de 2006.

[22] Juan Carlos Bavasso Roffo, "Hablan los jóvenes", *Nuestros Hijos*, pp. 4-6.

[23] Mauricio Knobel, "El noviazgo de los adolescentes", *Nuestros Hijos*, 76, mayo de 1961, pp. 26-27; Julio Mafud, *Las rebeliones juveniles en la Argentina*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1969, pp. 37-41.

[24] Juan Carlos Bavasso Roffo, "Hablan los jóvenes", *Nuestros Hijos*, pp. 4-6.

[25] Mauricio Knobel, "El noviazgo de los adolescentes", *Nuestros Hijos*, pp. 26-27; Eugenio Reynal Arrigo, "Manual del beso", *Vosotras*, 1327, 11 de mayo de 1961, pp. 28-29; "Test: ¿Qué es el beso?", *Nocturno*, 317, ca. 2ª quincena de febrero de 1974, s/p; Ana Larsen, "¿Novia o amante?", *Secretos*, 27, noviembre de 1965, pp. 1-7.

[26] "La familia Villegas: un domingo", "Nuestro Hogar. Revista núm. 4", *Vosotras*, 1325, 27 de abril de 1961, pp. 53-55 y 68.

[27] *La Nena,* Buenos Aires, ca. 1966-1969, comedia familiar dirigida por María Inés Andrés y protagonizada por Osvaldo Miranda, Marilina Ross y Joe Rígoli. Sobre las comedias familiares de los años 60, véase Mirta Varela, *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna (1951-1969)*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

[28] "Tres mujeres, tres generaciones, tres modos de pensar...", *Para Ti*, 2740, 13 de enero de 1975, pp. 14-16.

[29] Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. 1, pp. 191-192; Adela Reck de Díaz y María C.V. de Gerlic, "Orientación psicológica", *Nosotros y Nuestros Hijos*, 170, septiembre de 1969, pp. 56-58; entrevista a Cristina B., Buenos Aires, 15 de septiembre de 2006.

[30] Véanse Sergio Pujol, *La década rebelde…*, pp. 245-248; Valeria Manzano, "Una historia de la cultura del rock en la Argentina, 1957-1991", en Héctor Fernández L'Hoeste, Deborah Paccini Hernández y Eric Zolov (eds.), *Rockin' Las Americas: la política global del rock en Latin/o América*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, e/p; "Buenos Aires: la noche se apaga", *Primera Plana*, 9 de agosto de 1966, 189, pp. 15-16.

[31] Julio Mafud, *Rebeliones juveniles*, pp. 114; Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. I, pp. 191-192; Mauricio Knobel, "El noviazgo de los adolescentes", *Nuestros Hijos*, 76, mayo de 1961, pp. 26-27.

[32] Véase Valeria Manzano, "Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early-1960s Buenos Aires", *Journal of the History of Sexuality,* 14, 4, octubre de 2005, pp. 433-461. Con relación a la censura, véase Andrés Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983/1*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.

[33] Véase Sergio Pujol, *La década rebelde*, p. 264; Valeria Manzano, "Una historia de la cultura del rock…"; "Buenos Aires: la noche se apaga", *Primera Plana*, 189, 9 de agosto de 1966, pp. 15-16.

[34] Carlos A. Rey, *Para padres* (1962), Buenos Aires, Guadalupe, 1963, pp. 384-385.

[35] AEG, Legajo Preguntas del público, p. 11, sobre H; p. 9: + sobre 1-1972; p. 8 + sobre 1-1972; Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. I, pp. 75-81, 182-186 y 207-209.

[36] Luis Destuet, "Cota: la señorita Idilio", *Idilio*, 4 de abril de 1950, p. 39, "Señorita Idilio. ¿Al fin y al cabo, qué es, señora, un beso?", *Idilio*, 7 de agosto de 1956, "Señorita Idilio. No existen: nos han hecho el cuento", *Idilio*, 14 de agosto de 1956, p. 3, "Señorita Idilio. Luisito se enfermó", *Idilio*, 17 de julio de 1962.

[37] "Secreto de confesión", *Para Ti*, 14 de abril de 1969, p. 82; Padre Lucas, "Secreto de confesión", *Para Ti*, 17 de marzo de 1975, pp. 26-27.

[38] AEG, correspondencia. Carta de Susana G. dirigida a Florencio Escardó y señora, Buenos Aires, 3 de julio de 1962.

[39] "Vida moderna. La generación de Rita Pavone", *Primera Plana*, 85, 23 de junio de 1964, pp. 32-34; "Tres mujeres, tres generaciones, tres modos de pensar...", *Para Ti*, pp. 14-16.

[40] Eugenio Reynal Arrigo, "¿Tiene usted la edad ideal para casarse?, *Vosotras*, 9 de marzo de 1961, pp. 16-17; Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. I, pp. 206-209; Julio Mafud, *Las rebeliones juveniles en la Argentina*, p. 36.

[41] "Palito y tú", *Secretos*, 24, agosto de 1965, pp. 86-87; Arnaldo André, "Mujercitas", *Para Ti*, 12 de noviembre de 1973, pp. 38-44.

[42] Mauricio Knobel, "El noviazgo de los adolescentes", *Nuestros Hijos*, pp. 26-27.

[43] Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. I, pp. 193-197 y 207-209.

[44] Carlos A. Ray, *Para padres*, pp. 384-389.

[45] Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. I, pp. 201-203; Abel Zanotto (coord.), sacerdote José A. Ingr y psicóloga Sara G. de Vallejo, "Cuando dos aprenden a ser uno", *Nocturno*, 303, primera quincena de julio de 1973, pp. 58-59; "Educación sexual. Del tabú a la verdad. 2ª Nota: Frente al matrimonio", *Nocturno*, 262, segunda quincena de octubre de 1971, pp. 68-76.

[46] Padre Ignacio, "Secreto de confesión", *Para Ti*, 2355, 29 de agosto de 1967, s/p.

[47] Norberto Firpo, "El mundo afectivo del hombre de hoy. Segunda. parte", "Nuestro Hogar. Revista núm. 4", *Vosotras*, 1407, 22 de noviembre de 1962, pp. 48-51.

[48] Kado Kotzer, "Testimonios. Transfiguración del pedido de mano", *Panorama*, 199, 16 de febrero de 1971, pp. 42-44.

[49] "Habla un adolescente. Mis viejos no me entienden...", *Padres*, 33, diciembre de 1975, p. 34.

[50] Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. 1, pp. 201-205.

[51] Ídem, p. 201.

[52] Padre Ignacio, "Secreto de confesión", *Para Ti*, 2544, 12 de abril de 1971, p. 87; "Los jóvenes, jóvenes", *Para Ti*, 2440, 14 de abril de 1969, pp. 4-5 y 73.

[53] Ana Larsen, "¿Novia o amante?", *Secretos*, 27, noviembre de 1965, pp. 1-7.

[54] "Educación sexual. Del tabú a la verdad. Segunda nota: frente al matrimonio", *Nocturno*, 262, segunda quincena de octubre de 1971, pp. 68-76.

[55] Editorial, "Amiga lectora", *Nocturno*, 262, segunda quincena de octubre de 1971, p. 1.

[56] Mario Galván, "Romeo, Julieta y el «match»", *Vosotras*, 1413, 17 de enero de 1963, pp. 62-63.

[57] Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, t. I, p. 204.

[58] "Mi hija enamorada", *Padres*, 1, enero de 1973, pp. 10-12.

[59] "La romántica vida de Claudio García Satur", *Nocturno*, 303, 1ª quincena de julio de 1973, pp. 72-76.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imaginarios y derroteros de la salud en el interior argentino

Los Territorios Nacionales (fines del siglo XIX y principios del XX)

*María Silvia Di Liscia**

Introducción

En 1905, luego de recorrer durante dos meses las ventosas estepas patagónicas, de atravesar caudalosos ríos y bosques de belleza impenetrable a lomo de mula, por caminos pedregosos y difíciles, el médico Eugenio Ramírez, funcionario del Departamento Nacional de Higiene, aseguraba con ironía: "No hay enfermedades propias en esa región, si es que el adelanto actual de la ciencia no puede considerar enfermedad el atraso intelectual, el abandono de las comodidades de la vida, la miseria económica de los pobladores [de la] áspera e ingrata región del Neuquén". En la otra punta de la geografía argentina, Ángel Federici, médico en Formosa, mencionaba que el único hospital era un "rancho" de tres piezas, que difícilmente podía servir de tal a una población "pobre e ignorante", estragada por la viruela y el sarampión.[1] En un país que preparaba la celebración de sus cien años de independencia, donde las voces que ensalzaban el progreso asumían un discurso triunfalista de haber vencido las pestes y dolencias del pasado colonial, que mostraba las construcciones más modernas –hospitales, asilos y sanatorios iban a la cabeza en este listado interminable–, con una metrópoli pionera en integrar las medidas higiénicas urbanas casi al mismo tiempo que se gestaban en la lejana Europa, era difícil asimilar otras realidades sufridas por miles de sus pobladores.

A principios del siglo XX, Emilio Coni, reconocido higienista, realizó una de las primeras evaluaciones del número y la calidad de hospitales y de otros centros asistenciales de la Capital Federal, Rosario, Mendoza, Tucumán, Paraná y Salta, así como de la cantidad de enfermos internos, las camas disponibles y otros servicios sanitarios públicos para la atención de los más desfavorecidos. A pesar de la insistencia en el progreso médico estatal, ejemplificado en los pacientes atendidos por consultorios externos y en los internos en los hospitales dependientes de la Asistencia Pública, Coni era consciente de que faltaba un largo camino por recorrer, habida cuenta de que un porcentaje no desdeñable de la atención era llevada a cabo por instituciones privadas en la Capital Federal y Buenos Aires. Salvo quizá en Rosario, el resto de las instituciones públicas era deficiente.[2] Los Territorios Nacionales representaban tal vez los extremos más remotos del ideal higiénico, en un conjunto nacional plagado por dificultades en su infraestructura higiénica, por la escasez de profesionales e instituciones hospitalarias adecuadas y hasta por la incapacidad de

* FCH-Universidad Nacional de La Pampa.

Entrepasados - Nº 33, comienzos de 2008: 49-69

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

registro estadístico de las variables demográfico-médicas.

En este artículo me interesa resaltar cómo los "viajes" de los médicos de principios del siglo XX configuraron una imagen de los nuevos espacios territoriales muy lejana de la modernidad científica modélica. Los funcionarios que visitaron los Territorios visualizaron los problemas y los límites planteados por la integración nacional de una población al margen de la estatidad, en un ámbito inasible por las distancias geográficas y también, culturales y sociales.[3] Se trató de médicos del Departamento Nacional de Higiene y también de otros organismos de alcance nacional, cuyas aspiraciones de llevar normas y virtudes higiénicas no siempre coincidían con las posibilidades de la misma institución ni con los deseos de los supuestos beneficiarios. Estas misiones, entonces, con su hálito de aventura arriesgada, donde los protagonistas trasiegan por caminos y afrontan las dificultades de salir fuera de su propio entorno, tienen también un aroma pesimista: al describir la situación sanitaria, las enfermedades y los "vicios", se estrellan con la pauperización y la desorganización administrativa, escollos enormes y posibles razones del naufragio del proyecto añorado. La solución fue entrevista hacia 1910, cuando se puso en marcha una de las primeras reformas de consideración en estas áreas marginales a las políticas sanitarias nacionales.

Las expediciones científicas fueron una de las formas elegidas por las comunidades académicas y los Estados occidentales para conocer, clasificar, y finalmente dominar y controlar los mundos extraños a su tradición.[4] En la segunda mitad del siglo XIX, diversos recorridos por el interior argentino estuvieron bajo el impulso directo o indirecto del Estado; entre ellos, se destacan las sucesivas campañas militares, tanto en el sur como en el norte.[5] Los relatos de viajes parecen haberse escrito con la lengua común del progreso, que permitió aplanar las distinciones geográficas, las "razas" y los ambientes disímiles, justamente para el aprovechamiento "racional" de los recursos humanos y naturales. Nuevos pobladores forjarían ciudades pujantes, capaces de domeñar las praderas, las montañas y aun los bosques que esperaban para dar su parte al cuerno de la abundancia nacional. En este primer imaginario, los Territorios ganados en virtud de la superioridad biológica del mundo occidental "al indio" y "al desierto" tenían las ventajas de la infancia y también su energía y vitalidad. Su virginidad los hacía inocentes y, por lo tanto, abiertos a toda conquista. Posibilidades inmensas a descubrir y proyectos de expansión sin par invaden estos relatos, aunados a la superioridad biológica de sus conquistadores y a la necesaria eliminación de los conquistados.

La legislación planteaba que el desarrollo demográfico paulatino los transformaría, lenta pero indefectiblemente, en provincias con plenos derechos políticos. La integración de los Territorios al resto del espacio nacional se realizó a partir de la violencia y la expoliación de la población nativa, más que a partir de pactos y alianzas con las elites locales, como sucedió en las provincias. En 1884, la ley 1.532 había delimitado nueve entidades jurídicas: Misiones, Formosa, Chaco, La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, denominadas "Territorios Nacionales". A ellos se agregó, en 1900, el de Los Andes. Varios ya habían tenido contacto con la administración nacional y/o provinciales antes de 1884. Asimismo, la existencia de los Territorios se justificó en relación con los problemas de trazado limítrofe con Paraguay, Brasil y Chile; tal fue el caso del Territorio de Formosa, de Misiones y sobre todo del de Los Andes, pero es preciso considerarlos no sólo bajo la geopolítica y la estrategia militar argentina sino con relación a las "fronteras internas" de un Estado en formación. Su particular inserción dentro del conjunto nacional determinó un status diferente del de las provincias históricas, puesto que éstas existieron antes que la Constitución Nacional, delegando sus atribuciones al gobierno federal. Los Territorios, por el contrario, eran simples divisiones administrativas o geográficas, posteriores a la sanción de la Constitución; los gobernadores eran elegidos por el poder central y dependían en todo de la administración nacional.[6]

En el segundo censo se visualizaba el proceso como "el hecho político más culminante producido [en la República] después de su emancipación", en la medida en que se había entregado "a la civilización un millón trescientos mil kilómetros cuadrados de tierras, en gran parte feraces [y] permitido que se constituyan nuevos centros de población en que existen ya muchos núcleos poblados".[7] Las descripciones geográficas, tanto con función docente como de divulgación general, no avanzaron en muchos casos más que para enfatizar su carácter de *tierra nueva*, despoblada pero con un amplio abanico de oportunidades económicas a descubrir. En el momento de su formación, estaba presente en los primeros gobernantes, militares de la anterior campaña, el optimismo inicial por el fácil triunfo o "paseo militar". La conquista de las miles de leguas y su integración al patrimonio nacional significaban el triunfo de la civilización frente a la barbarie; al barrer a los antiguos dueños de la tierra, se eliminaba también el atraso secular inserto en el mismo suelo. El ferrocarril, los vapores y el telégrafo serían los primeros emisarios de un progreso que no cesaría de generar sus propias riquezas.[8]

El orden suponía también que una modernidad urbana entrelazaría las conductas individuales con la higiene social. Redes de agua potable y cloacas, calles sin basura y cuidados parques donde se desarrollaría una población sana y obediente, sin enfermedades ni "vicios", representaban la misma cara del progreso. Las primeras urgencias del poblamiento significaron fundar o refundar pueblos en sitios desconocidos y organizar las primeras trazas urbanas, fijar los caminos y las comunicaciones; por lo tanto, las innumerables tareas del colonizador impidieron atender el imperativo del progreso higiénico. O, tal vez, éste se supuso vinculado subterráneamente al ímpetu económico. Los informes de los gobernadores dan cuenta de que las principales preocupaciones locales eran brindar seguridad y educación a los Territorios. Instrumentar la "estatidad" significaba en muchos casos organizar la policía y la justicia y dar testimonio, a veces grandilocuente y exagerado, de su potencial productivo y comercial.

Una pendiente escabrosa

La aparición de las epidemias ha sido considerada el punto inicial de la preocupación médica y de las reformas en la infraestructura. Es indudable que así fue en buena parte del mundo occidental más industrializado y en el ámbito nacional, en la Capital Federal, pero lo sucedido en las regiones más apartadas de los centros político-económicos requiere todavía cierto análisis, en la medida en que la medicalización no implicó automáticamente transformaciones sanitarias, que fueron limitadas, esporádicas o

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se produjeron con retraso. Los médicos, si bien preocupados por las epidemias, no siempre pudieron ejercer una influencia política para solucionar los problemas higiénicos que observaban o preveían.[9]

En el caso de Formosa, se observa esta situación frente a dos epidemias: la de cólera en 1886-1887 y 1889 y la de peste bubónica en 1899. La información, en el primer caso, proviene del médico de la Gobernación de Formosa, quien a partir de la aparición del "asiático invasor" colérico, organizó la cuarentena de manera que impidió su extensión en la pequeña capital y sus alrededores. Igual situación sucedió respecto de la peste bubónica; en ambos relatos, el apoyo de otras agencias estatales vinculadas al control, como la Policía y la Gendarmería, habían evitado que se distribuyeran los microbios desde Paraguay, y, por lo tanto, el gobernador decía exultante que "la salud pública del Territorio es inmejorable".[10] Poco se avanzó respecto de la higiene urbana cuando se retiró la epidemia, según veremos más adelante.

La Pampa representa un punto interesante de comparación, ya que no aparece en estas narraciones. Tal situación puede deberse a una particularidad geográfica-estratégica, es decir, a que se trata de una región interior, sin fronteras con otros Estados desde donde podían ingresar las patologías extrañas, o bien al imaginario climático desplegado para las pampas, publicitadas como espacios sanos, con vientos que al atravesar llevaban lejos de sí el contagio, y con temperaturas agradables, que impedían la proliferación de los microbios usuales de las tierras calientes –como las norte–, pero tampoco extremas, como el helado sur. Asimismo, desde finales del siglo XIX, La Pampa tuvo el mayor crecimiento demográfico y un gran desarrollo agropecuario. En las *Memorias,* los gobernadores no demuestran una gran preocupación por la salud, lo que derivó en su resolución privada hasta el siglo XX.[11]

Otros relatos asumen una lógica diferente, despojada de las posibilidades optimistas, frente a un presente difícil y un futuro amenazador. Veinte años después de las frases altisonantes y los más ampulosos proyectos que harían de los Territorios Nacionales la caja de resonancia de la modernidad argentina, se despliegan las preocupaciones de diferentes funcionarios encargados de iniciar este proceso, sobre todo de aquellos del Departamento Nacional de Higiene, organismo encargado de las nuevas áreas pobladas y dependiente del Ministerio del Interior. También coinciden las miradas de otros burócratas de agencias estatales, como la Dirección de Agricultura y Ganadería en relación con el viaje de Eduardo Holmberg a los Andes y el relato de Juan Bialet Massé, enviado especialmente por el Ministerio del Interior, sobre el interior argentino.[12]

El recorrido por el interior del médico catalán en 1904, obedeciendo las instrucciones dadas por el entonces ministro Joaquín V. González, incluyó a la paupérrima población, sobre todo rural, del Territorio del Chaco. Como en las provincias norteñas, el avance de los obrajes madereros y de los ingenios azucareros implicó una coincidencia con una zona de paludismo endémica y una brutal explotación laboral. Las descripciones vívidas de pantanos, nubes de mosquitos y basuras en los campamentos, donde se arracimaban jornaleros italianos y españoles con tobas y matacos, están plagadas de comentarios sobre la proximidad de la malaria y del tifus, ya que "las reglas de higiene faltan totalmente [...] todo es sucio hasta la inmundicia".[13] Una versión menos comprometida es la de Holmberg. En su *Viaje por la Gobernación de Los Andes*, realizado por indicación de la Dirección de Agricultura y Ganadería en 1900, el reconocido naturalista y médico recorrió junto con Adolfo Doering el norte del país, especialmente comisionado para evaluar el potencial económico del nuevo Territorio, creado ese año con motivo del litigio limítrofe entre Chile y la Argentina.[14] La admiración por la magnificencia de la cordillera y los valles se contrapone al pesimismo frente a la situación de sus pobladores, en su mayoría de altiva raza "americana", anclados en un sistema feudal del cual son tan responsables los siervos como los señores. Con ironía, en la descripción de los productos de la tierra señala la algarroba y los frutos de la tuna ("¿es esto riqueza?"), consumidos localmente por los pastores y las tejedoras asentados desde hace cientos de años en parajes completamente aislados. Tanto es así que las ciudades no existen; sólo aparecen informes caseríos y ranchos míseros. Los Andes, región "árida" y "raquítica", se presenta a los lectores en las antípodas de la civilización, completamente al margen de cualquier orden, privado o estatal; no existe ningún representante público –policía, escuelas o juzgados– y tampoco nada que refiera a conductas vinculadas a la higiene moderna.[15] Como en informes posteriores, las prácticas curativas características de la tradición andina, unidas al uso de ponchos y ojotas, al mascado de la coca y el culto a la Pachamama, revisten los caracteres del atraso y la ignorancia. Los magos o *machis* y "mujeres médicas" curan con yerbas medicinales, reemplazando la falta de éstas con "mágicos visages, oraciones y engaños, que suelen surtir su efecto".[16]

En estos aspectos, las opiniones de Bialet Massé difieren completamente; es uno de los pocos en reconocer la "racionalidad" de las prácticas indígenas y contraponerlas incluso de manera ejemplar frente a la población civilizada: "¿Por qué los indios no salen del toldo en todo el día (cuando llueve)? ¿Por haraganería? No, por precaución instintiva contra el beri-beri y las neumonías en general, mucho más razonable que otros que profesan gentes que se llaman civilizadas e ilustradas... El indio tiene un terror pánico a la viruela y huye de ella como del fuego, el médico del Territorio, Dr. Vadillo, vacuna periódicamente y los primeros que acuden son los indios [...] yo creo que hacen perfectamente y que dan una lección a los civilizados, que se dejan estar sin el preservativo y privan a sus hijos de tal beneficio".[17] Los merecedores de mayores elogios son los chiriguanos, "bien vestidos, recios y limpios", quienes trabajan de sol a sol e incluso son buenos agricultores; y en la otra punta de la escala, en su más bajo nivel, los matacos, "desnudos, tapados con harapos", hambrientos y miserables.[18] No debe sorprender que los más altos puntajes los consigan quienes se aproximan a las consideraciones salutíferas propias, y los más bajos, quienes menos se asemejan a los blancos, porque se trata de un relato sesgado por la mirada occidental. De todas maneras, se trate de pulcros chiriguanos o de sus menos favorecidos vecinos tobas y matacos, todos ellos se igualan porque reciben jornales inferiores y no tienen la asistencia médica del resto de los trabajadores. Estas denuncias, tanto las más conocidas de Bialet Massé como las de otro facultativo, Ángel Federici,[19] destacan las dificultades sociales vinculadas al desarrollo capitalista de los nuevos territorios, en la supuesta avanzada hacia el progreso.

Si bien los aspectos higiénicos fueron abordados por multitud de agencias y acto-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

res, es necesario un examen más profundo de las políticas del Departamento Nacional de Higiene, institución encargada de manera primordial de esos aspectos. A principios del siglo XX, uno de los primeros informes denominado "Estado sanitario de los Territorios de Chubut, Chaco y Santa Cruz", daba cuenta de carencias de todo tipo en los centros urbanos y sus alrededores, que hacían a los higienistas caminar en un vacío total, sin asideros de ningún tipo. Otros escritos, como el ya señalado de Formosa, las enfatizaban, añadiendo más resquemores.[20] ¿Cómo extender el brazo médico del Estado cuando faltaban profesionales, el agua estaba contaminada, las construcciones carecían de las mínimas reglas higiénicas y todas las poblaciones eran una concentración de suciedad? El movimiento de reacción tardó cuatro años en llegar y se inició a partir, no casualmente, de la vacunación contra la viruela.

Esta medida era obligatoria por ley desde 1886 y tenía la loable intención de ampliar la inmunización a segmentos mayores de la población para eliminar la patología por completo. Su aplicación estuvo a cargo del Departamento Nacional de Higiene, organizado en 1880. Pero una cuestión era vacunar en Buenos Aires o aun en las provincias del Litoral –donde las comunicaciones y los contactos eran fluidos, y la población aceptaba y aun requería ser vacunada– a hacerlo en Ushuaia o Resistencia. La distribución de placas de vacuna, a partir de cultivos propios de *cow pox*, se hacía a través del Departamento en cantidad más que suficiente –de acuerdo con la información emanada por este organismo– para toda la población de la República. A pesar de ello, los resultados concretos no eran los esperados. En 1900 se habían producido dos millones y medio de placas y sólo aparecían en el registro oficial setenta mil personas vacunadas.[21] El Departamento se había concentrado en su producción y envío pero, como el número de vacunados no aumentaba, se determinó una estrategia de inmunización general con campañas de vacunación a todos los Territorios Nacionales.

Esta atención privilegiada debe verse en el contexto de una reforma administrativa de consideración. Las epidemias de la segunda mitad del XIX proporcionaron a un núcleo de profesionales médicos la posibilidad de adquirir mayor influencia en el contexto político local y luego nacional; la necesaria intervención médica eliminaría las plagas y limitaría el contagio, en beneficio de toda la sociedad. El Departamento Nacional de Higiene surgió justamente con esa finalidad, en los sitios donde era posible su entrada –puertos y barcos, sobre todo–,[22] y de la vacunación antivariólica, sobre todo en la Capital Federal. En 1904, este organismo perdió tal función, que quedó a cargo de la Municipalidad, a partir de la Asistencia Pública y del Consejo Nacional de Educación, con la inspección médica escolar. En la reforma, la vacunación en los Territorios Nacionales quedó como patrimonio exclusivo del Departamento; cuestión que desagradó a los funcionarios de esa repartición. Las razones tenían que ver con las características de unos y otros espacios, comparativamente muy disímiles: en la Capital se disponía de instituciones donde vacunar y de técnicos; además, la población se trasladaba por sí misma y no era renuente a la medida.[23]

En los Territorios la situación era bien diferente y los mismos empleados la experimentaron. Llevar la vacuna allí significaba trasladarse cientos de kilómetros, primero en ferrocarril y luego en vapor por la costa patagónica, el río Negro o la compleja hidrografía formoseña y misionera.[24] Donde no era posible disponer de estos modernos medios, el recurso era movilizarse a caballo o a lomo de mula, por caminos intransitables o inexistentes, sufriendo todo tipo de molestias. La obligada marcha requería de los vacunadores "valor y resistencia [para] salir de un medio civilizado y confortable para llegar, desenvolverse en el medio casi salvaje por la asperidad [sic] de los caminos, del suelo, de toda la naturaleza".[25] Entre 1905 y 1907 se realizaron varios viajes de vacunación por los Territorios. El equipo de médicos y guardias estaba además encargado de contactar con otras agencias estatales y privadas, para la organización del traslado desde Buenos Aires a los poblados y de allí al interior, y para recoger información (por ejemplo, con empleados del ferrocarril y de empresas de vapores, con funcionarios y empleados de los Territorios, fuese en el Registro Civil, con médicos de las gobernaciones, la Policía, la Guardia Nacional o baquianos del lugar). Los funcionarios debían también confeccionar informes a su regreso, donde constasen la cantidad de vacunados y sus domicilios, incluyendo datos sobre multitud de aspectos: información demográfica del Registro Civil, existencia de enfermedades infecciosas, geografía médica del lugar (clima, suelos, calidad del agua, temperaturas) y urbana (calles, construcciones públicas y privadas, cloacas, recolección de basuras, situación de los cementerios, mataderos y prostíbulos). Tales informes serían enviados a los archivos, temiendo que este "deber penoso, oscuro y sin brillo" podía tener como resultado quedar olvidado en las carpetas.[26]

Aunque las instrucciones eran específicas y no podían dar lugar a errores u omisiones y los encargados de su redacción eran profesionales, los informes emitidos en la primera campaña de 1905 no son exactamente iguales. El de Germán Anschütz, en Río Negro, extenso y minucioso en la descripción de todos los aspectos requeridos por el Departamento, agrega constantes mediciones e información técnica cuantiosa. El de Eugenio Ramírez representa otra cara, menos técnica y más impresionista, de la situación en Neuquén, región huérfana de la higiene en cualquiera de sus formas. El de Ignacio Crespo sobre el recorrido por la lejana Santa Cruz también es un reclamo sobre la descoordinación de las acciones entre diferentes agencias estatales. Para llevar a cabo la misión, se requirió del transporte de la Guardia Nacional por barco, pero éste no se detuvo en todos los puertos indicados por el Departamento para la vacunación y, por lo tanto, la medida profiláctica llegó sólo a algunas poblaciones de la costa patagónica. En otros casos, los agentes de policía o los batallones del ejército instalados en el lugar eran el único recurso para conocer el medio local y poder avanzar hacia el interior.[27]

Tanto Crespo como Anschütz enfatizaban la necesidad de apoyo estatal para el traslado de la población para vacunarse; pero, además, se especificaba que las autoridades debían intervenir con la fuerza pública. La oposición a la vacunación significaba, para la comunidad científico-médica, la necesidad de librar una batalla también contra la ignorancia y la superstición, añadida a la enfermedad. Los registros al respecto jalonan el siglo XIX;[28] nada hace suponer su desaparición en el XX.

Bajo el rótulo de "los vencidos" aparecen en los textos médicos onas, yaganes, alakaluf y tehuelches de la Patagonia. Para estos viajeros del centro a los márgenes de la nación, lastima a la sensibilidad su desaparición pero, a la vez, ella es parte de la evo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lución natural. En 1883 había en Ushuaia entre siete mil y ocho mil indígenas, de los cuales veinte años después quedaban sólo cuatrocientos. Para el médico-vacunador Ezequiel Castillo, tal disminución se debía a la sífilis en los adultos, el raquitismo entre los niños y la "exterminación bárbara" de los blancos, que habían intervenido en vez de limitarse a ver cómo, en misiones y reducciones, "van extinguiéndose en paz y humanamente tratados los restos de aquella hermosa raza que pobló aquel suelo".[29] Contradictoriamente, la admiración parte de la adaptación a las condiciones climáticas más extremas, pero a la vez es su "propia" biología la que los lleva inexorablemente a la ruina, reafirmando que la responsabilidad entonces no corresponde a los invasores sino a los mismos dominados.

Entre 1908 y 1911 se publica una nueva serie de informes sobre los Territorios Nacionales, la mayoría escritos por los médicos de la gobernación de cada uno de ellos. Este funcionario existía, en algunos, como el de La Pampa, desde 1894; sus funciones eran amplísimas (peritajes médico-legales, inspecciones sanitarias urbanas y epidemias) y respondía a las directivas del Departamento Nacional de Higiene. Los "viajes" de esta serie de médicos calcan ciertos aspectos de los anteriores pero, al tratarse de burócratas más comprometidos con la tarea en los mismos Territorios, su narración no indica sólo cómo atravesar la geografía desde afuera sino las formas en que ese mismo espacio los contiene, incluye y modifica, aun sin ser totalmente localistas.[30] También en 1911, los *Anales* recogen un extenso informe sobre los cinco territorios patagónicos, realizado a partir de un recorrido de un mes en barco por un funcionario del Departamento.[31] Esos esfuerzos pueden vincularse a, por un lado, la Ley de Fomento de los Territorios Nacionales, sancionada en 1908, aunque con magros resultados concretos,[32] y a la particular influencia en el ámbito político-institucional de José Penna. Fue director del Departamento desde 1910 hasta 1916 y uno de los mayores "hacedores" públicos de su generación, con destacada participación científico-profesional desde finales del siglo XIX.

Estas crónicas territorianas adquieren un enorme valor por ser, en muchos casos, los primeros reportes sobre la situación de ciudades, pueblos y regiones recientemente poblados, sobre los cuales tienden a estrellarse las ilusiones del progreso continuo. Los hemos sistematizado en los siguientes temas –que, desde luego, no excluyen otras miradas, dada la riqueza del material–: las posibilidades de extender la medicalización ante la carencia de *médicos* o, si los hay, en competencia con un curanderismo endémico; en relación con las características de la *ciudad*, mecanismo incompleto para generar la higiene; por último, sobre las dificultades para obtener *información* que posibilitase el conocimiento y la acción frente a las enfermedades y dolencias presentes y futuras.

En primer lugar, la mayoría de los informes son coincidentes respecto de la carencia de profesionales; se menciona sólo uno en el interior de Neuquén y seis para todo el Territorio de Río Negro. Se trata de "puntos poco hospitalarios" para la actividad privada; requiriéndose entonces mayor inversión estatal para solventar más "médicos de la gobernación".[33] En otros casos, la situación también era desesperante (ver cuadro 2) y habla de la angustia de los únicos representantes del Estado, encargados de una tarea ciclópea y huérfanos de apoyo. La única excepción es La Pampa; José Oliver afirma que todos los pueblos tienen un médico, salvo en el oeste.[34] Esta situación idílica, sin embargo, debe moderarse en la medida en que los facultativos se instalaban sólo donde había ferrocarril y que la población de mejores recursos tenía la posibilidad de traslado hacia la Capital Federal si aparecían complicaciones en la atención médica.

En los escritos, la carencia de médicos tiene como contrapunto ineludible el *curanderismo*. La ilegalidad de las prácticas impregna e iguala los discursos, reconociendo su existencia como resabio de tiempos anteriores, menos domesticados por la ciencia o como resultado del abandono actual. Para Otero, en una publicación de 1909 obligatoria para las escuelas nacionales, eliminar las prácticas no científicas con ordenanzas y leyes era imposible; por ello, el reclamo de la educación era para él la única solución. El curanderismo tenía un afán comercial y podía medrar al amparo de las libertades civiles; pero para que se comprendieran estas falsedades era preciso ejercer la autoridad médica; con "enseñanzas de moral" a las jóvenes generaciones y recién entonces las leyes podrán contrarrestar el curanderismo. Estas argumentaciones no eran nuevas; registros similares pueden rastrearse desde mediados del siglo XIX y aun antes.[35]

Resultan más interesantes los relatos médicos en las áreas rurales territorianas, en permanente competencia con la "plaga" curanderil. Al mismo tiempo que afirma que hay suficientes facultativos, al menos en el este pampeano, Oliver se ve obligado a señalar la imposibilidad de control legal de quienes no tienen títulos legales para ejercer en los Territorios, a pesar de la normativa existente. Para él, sin embargo, sólo cometían fraude quienes engañaban a sus pacientes con falsas titulaciones y no quienes lo hacían "sin ostentación", en un caso urgente y cuando faltaban los profesionales autorizados. Así, los facultativos eran los únicos capacitados para aceptar (o no) la competencia de otros; este "uso" de los curanderos significa cierta convivencia, no siempre con personas contrarias a las prácticas científicas, sino también con médicos extranjeros y sin títulos legalizados en el país.[36]

El Estado consideró el curanderismo como una actividad médica hasta 1895.[37] En el caso de los Territorios Nacionales, quizá el registro está subvalorado, ya que para todos ellos se menciona sólo a trece personas. Con el reparo señalado, los médicos coinciden en que los curanderos eran una especie de pesadilla, y desaparecerían borrados por el progreso científico.[38]

La segunda cuestión se relaciona con la construcción de las *ciudades higiénicas*, considerando la paradoja de este término en zonas de predominio de poblamiento rural como lo eran los Territorios en este período.[39] En los informes de 1905-1907, la vacunación sirvió como pretexto para obtener información sobre la urbanización, y lo mismo sucedió con relación a los requerimientos oficiales de 1908-1911, sobre la situación de calles, parques, edificios públicos y privados, cementerios, mataderos, recolección de basuras y muchas cuestiones más. Los desvelos por la población están inmersos, por un lado, en una visión elitista, dispuesta a ejercer la autoridad frente a la ignorancia de los "otros", y, por otro, en cierta compenetración con las contrariedades y dificultades a vencer en un medio ambiente a conquistar casi diariamente.

En el norte del país, las escalofriantes descripciones de la ciudad más importante de Formosa –nombre derivado de *hermosa*– atraviesan el relato del médico de la gobernación, D. Valerio. Así, la ciudad es un "extraño campamento de vivero bacteria-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no", con detritos y aguas servidas en sus calles, construcciones inadecuadas y un hospital donde el cosmopolitismo, irónicamente, está presente en las variadas enfermedades que llevan los pacientes de todo el mundo; estos problemas de salubridad se incrementarán con su crecimiento.[40] Estas notas alarmantes actúan como una denuncia; detrás del informe, la nota del encargado del Departamento Nacional de Higiene, Nicolás Lozano, confirma "las peores condiciones" para la capital de Formosa hechas por el médico oficial, pero "no es posible atender sino en parte para conjugar el peligro del momento cuando aparece una enfermedad endémica",[41] expresando así el carácter de impacto de las políticas sanitarias ante la aparición de las patologías y la lejanía de formalizar una planificación a largo plazo.

Las epidemias, como las que aparecieron en Formosa en 1907-1908, no tuvieron como consecuencia avances sanitarios; los reclamos urgentes del Departamento al Ministerio del Interior no fueron atendidos. Años después, ante las solicitudes de medidas por epidemias en Misiones y Chaco, Indalecio Gómez, funcionario del Departamento, expresaba que "el clamor es justo"; sus habitantes "aspiran a vivir tranquilos y felices, gozando de los mismos beneficios de la higiene, la profilaxis y la asistencia pública proporcionada a sus conciudadanos, que tienen la dicha de vivir en regiones más protegidas por la acción del Estado". Pero, a la vez, las reclamaciones eran "de carácter complejo": el Departamento estaba imposibilitado de solucionar todos los asuntos locales, como la provisión de agua potable o de lazaretos, con fondos nacionales.[42] De hecho, los que el Ministerio enviaba a varios de los Territorios eran inferiores al presupuesto general del Departamento.[43] En el sur se repetía la inquietud urbana demostrada en Formosa, y también allí los problemas debían tener una solución local. Todas las poblaciones de la costa atlántica –Ushuaia, Río Gallegos, Santa Cruz, Deseado, Comodoro Rivadavia y Madryn– se asemejaban por "su edificación y las malas condiciones higiénicas [...], el abandono político en que han estado hasta hoy y la dejadez de nuestra raza hace que todas ellas sean raquíticas, pobres, sucias y antihigiénicas en muchos conceptos". La responsabilidad era, para el representante del Departamento, Nicanor Magnanini, tanto de los individuos, "indolentes y desaseados", como de las municipalidades, que no se ocupaban en recoger las basuras o controlar el prostíbulo local. El resultado era poblados plagados de sífilis, tuberculosis y sarna, donde no florecían las epidemias como en el norte gracias al clima y a la poca densidad de la población.[44]

En La Pampa y la Patagonia se estableció férreamente el imaginario de la expulsión de las patologías a partir de los vientos glaciales. Las creencias de un clima benéfico, es decir, frío y seco, atraviesan los relatos de todas las regiones, expresando una confianza en resolver sin esfuerzo apreciable las probables epidemias.[45] Esos límites, que varios funcionarios trazaban para especialistas y legos de las "fronteras" internas, expresan también las dudas de las ventajas de las obras de infraestructura en el nivel local. Para los burócratas de los mismos Territorios, iniciar mejoras en los municipios significaba sólo dar indicaciones higiénicas a familias e individuos y reglamentar ciertas actividades comerciales y comunitarias. Aun así, no siempre la sanción acompañaba el cumplimiento de las normas de profilaxis y, por lo tanto, la exposición termina siendo una monótona expresión de las faltas personales y los desajustes públicos en relación con los deseos médicos.[46]

En las agendas de las políticas estatales, las enfermedades y carencias higiénicas adquirieron identidad a partir de las cifras. En la Argentina, la tarea de recolectar *información* se inició tempranamente, aunque durante mucho tiempo estuvo constreñida a la provincia de Buenos Aires o limitada a la reunión de datos fragmentarios, captados de manera irregular, por parte de estadísticos débilmente institucionalizados. Entre 1880 y 1916 se inicia un proceso más profesional, manifestado en los censos nacionales.[47] Los problemas para hacerse con la información sobre natalidad y mortalidad se relacionan con el control espacial, el financiamiento y la desconexión entre las diferentes agencias encargadas de él. Los primeros informes, tanto del Ministerio del Interior a sus sedes en los Territorios como del Departamento a sus funcionarios al iniciar los recorridos, enfatizaban la necesidad de recopilar datos acerca de la población, obtenidos de los registros civiles. La morbilidad aparecería en los certificados de defunción, por lo tanto era preciso gestar otros mecanismos de captación que supusiesen su modificación antes del deceso. Ante la escasez de médicos, podía extender la certificación cualquier otro entendido –curanderos, jueces de paz– y esto complicaba a los deseosos de establecer una geografía médica más acotada, ya que las causas de la muerte eran, muchas veces, "desconocidas".

En 1901 el Departamento no pudo obtener los datos básicos (cantidad) ni los accesorios (sexo, edad, profesión) en los registros de defunción para el Chaco, Chubut y Santa Cruz.[48] Los viajes posteriores tuvieron como especial misión capturar información y, por ello, la mayoría de los informes recopiló la cantidad de nacimientos y causas de defunciones. Los resultados son series desordenadas y, sobre todo, parciales, referidas a un mes, un año o a un lustro, indistintamente. En algunos casos hay mayor detalle pero no siempre un cuidado estadístico,[49] relacionado con la incapacidad técnica y con los obstáculos para conseguir los datos. Los médicos debían hacer las gestiones personalmente, en el Registro Civil, realizando una "larga compulsa de archivo en las oficinas para reunir los datos demográficos necesarios".[50] Casi diez años después de estos relatos se repiten las mismas quejas. En Chubut, el médico de la Gobernación señalaba que, para completar las solicitudes sobre mortalidad emanadas desde el Departamento, debió recurrir a los jueces de paz del interior: en la misma Gobernación faltaban los registros de dos a cuatro años. Los maestros, por su parte, suministraron censos escolares pero "con estas enormes deficiencias, no se pueden hacer estadísticas [...] la mayor parte de las muertes es por causas desconocidas o muerte natural", ya que no había médicos para certificarlas.[51]

Desde 1908, el Departamento Nacional de Higiene insistía en un registro estadístico y periódico en cada una de las provincias, que sirviera "de índice a la acción sanitaria, tanto nacional como local", sobre todo "de enfermedades infecciosas".[52] Los intentos de regulación se repiten en el proyecto de reorganización del mismo Departamento. Penna, su director, asumía en 1911 que, siendo el encargado de atender a la sanidad nacional, tal organismo lo "ignora todo: carece de las oficinas indispensables de información" sobre la población. En los Territorios se preveía la existencia de "estaciones sanitarias" que mantuviesen una oficina demográfica para concentrar los datos estadísticos.[53] Aunque no era tan fácil actualizarlos en el interior, el Departamento instrumentó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un servicio que funcionó durante los años subsiguientes –posiblemente, hasta 1916–, publicados en un *Anuario Demográfico*.[54]

En 1920, un informe concienzudo de la Sección de Demografía del Departamento Nacional de Higiene especificaba que no podían avanzar con un análisis de todo el país y sólo contaban con datos parciales; la información de los Territorios era una de las principales faltantes a partir de 1917. La causa era "que fueron suprimidos los corresponsales que esta sección tenía en las gobernaciones y que enviaban, mes a mes, lo mismo que las provincias, el movimiento habido".[55] Por lo tanto, el manejo de información sanitaria oficial de los Territorios fue, para la administración central, una deuda pendiente, que no se resolvió hasta mediados del siglo XX.

Con patriótica clarividencia

Las consideraciones de los magros resultados higiénicos alcanzados durante el primer cuarto de siglo de los Territorios estuvieron unidas a un interés mayor de determinados intelectuales por ampliar los ámbitos estatales sanitarios. Así, tomaron consistencia una serie de políticas públicas que, en el caso de estas "fronteras", se enmarcan en la vacunación, la organización de instituciones públicas y, vinculadas con éstas, la apertura de asistencias públicas. Las formas "portátiles" de asistencia sanitaria, con mayor movilidad, ceden paso al establecimiento local de representaciones del Departamento en los Territorios Nacionales.

Los resultados de las misiones científicas de la primera oleada (1905-1907), llevando como antorcha la vacunación, fueron publicitados en números posteriores, de manera de asegurar a la comunidad médica y a los funcionarios de más alto nivel el cumplimiento de medidas higiénicas de alcance nacional. En 1905, el número de vacunados ascendió a 11.293 personas, en 1906 a 18.353 y luego descendió en años posteriores a menos de la mitad de esas cifras (1908, 5.428 y 1909, 5.157). En total, se menciona que entre 1904 y 1910 habían sido vacunados 48.368 habitantes de los Territorios Nacionales. Según el encargado de tal tarea, era una cifra halagüeña, ya que el Segundo Censo Nacional de 1895 había dado como resultado en todos los Territorios una población total de 103.365 habitantes. Si casi la mitad habían sido inmunizados –y nada hacía suponer que el resto no lo estuviese por otros medios–, la tarea había tenido un éxito rotundo.[56]

Tal optimismo, sin embargo, debe ser moderado; entre 1895 y 1911 se produjo un aumento considerable en la población de los Territorios Nacionales. En el censo de 1912 era de 226.545 habitantes[57] y de 329.568 en 1914 (cuadro 1). A su vez, la vacunación se había limitado por distintos pretextos –la falta de placas de vacunación era el más corriente– y muchos niños no estaban vacunados en los colegios. La aparición de epidemias de viruela en ciertos territorios, como el del Chaco, permite pensar que se estaba lejos aún de su control.[58]

No debe sorprender esta especie de sube y baja en las políticas sanitarias de alcance nacional, cuando se trata de un Estado con enormes dificultades de contacto físico, por las barreras geográficas, y de impacto científico, por las diferencias culturales de sus habitantes. Se entiende entonces que las soluciones sean la creación institucional *in situ* y no ya las propuestas de campañas o viajes esporádicos. La idea original de medicalizar de manera itinerante a la población del interior, con el apoyo a veces relativo de las administraciones locales y de instituciones públicas nacionales como la escuela, la policía y otras fuerzas de seguridad, cedió paso a una constelación de centros sanitarios casi en cada Territorio Nacional.

La cantidad de enfermos en los Territorios, de acuerdo con el registro censal, era reducida: 340 personas sobre un total de 103.369 habitantes en 1895 (3,28 por mil; en el resto del país, era de 4,68 enfermos por cada mil personas), lo cual se atribuyó a las condiciones excepcionales del clima argentino.[59] Pero aquí se medían las personas que "guardaban cama" el día del recuento censal y aquellas que estaban en hospitales o asilos; siendo tan escasas las instituciones hospitalarias, era de suponer que un número importante de enfermos no estaba en ellas y ni siquiera era detectado como tal, dado que debía autoincluirse al requerimiento del censista. Además, habría que considerar también las otras categorías vinculadas con la enfermedad que registra el censo de 1895 (bocio o coto, idiocia, cretinismo, alienados, ciegos, sordomudos e inválidos).[60]

El intento por forjar un sistema hospitalario de corte nacional y público se corresponde con la Ley 4.953, de creación de asilos y hospitales regionales, dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores. En 1910 su director, Domingo Cabred, inauguró el Hospital Regional de Resistencia (Chaco), primero de un largo listado, asegurando que habría varios más, tanto en Buenos Aires como en el interior argentino.[61] La institución resolvería las necesidades de los enfermos ante una epidemia de viruela y evitaría su traslado a los centros del Litoral, con los inconvenientes que eso suponía. El hospital disponía de ciento sesenta camas; cambio importante con los pequeños centros existentes hasta entonces en Chaco, y fue finalmente del único centro inaugurado en los Territorios Nacionales en esa década.[62] Sobre los otros tres hospitales anunciados –en Misiones, Río Negro y La Pampa–, conviene realizar algunas precisiones: el Hospital Regional de Río Negro, en Allen, se inauguró hacia 1925, y el de La Pampa en Santa Rosa recién en 1938, veinte años después del anuncio de Cabred. Al colocar la piedra fundamental del de Misiones, Cabred realizó un prolijo recuento de los problemas sanitarios de los Territorios, demostrando una sensibilidad notable en su reconocimiento y, además, cierta información demográfica obtenida del registro llevado a cabo por el Departamento durante los tres años anteriores. Se especificaban así, en cifras, las notables diferencias entre los dos países que comprendían la Argentina de entonces: la cantidad de camas era en Buenos Aires de 3,19 por mil habitantes y en los territorios, de 0,93 por mil (309 camas en total). La mortalidad total oscilaba entre el 24,80 por mil para Chubut y el 18,03 por mil para Chaco. En Buenos Aires, el índice de mortalidad de 27,59 habitantes por mil en 1887 había descendido a 17,4 en 1899.[63]

Para este funcionario, la diferencia se debía a la deficiente atención hospitalaria, contrastante respecto del incremento de la riqueza y la importancia económica de los Territorios en el conjunto nacional. Por lo tanto, con "patriótica clarividencia", los poderes públicos se lanzaban a cumplimentar las necesidades sanitarias territorianas, además de señalar sus problemas de seguridad, instrucción, comunicación y justicia. Muy cerca estaban los ecos de la reciente creación de la Dirección de Territorios Nacionales en 1912, organismo que centralizaría las acciones dentro del Ministerio y también, de la Conferencia de los Gobernadores de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Territorios Nacionales, realizada en 1913, astutamente recuperada en estos discursos.[64] Los funcionarios locales reunidos allí percibían la discriminación sufrida por los Territorios a nivel presupuestario: el Estado no redistribuía de igual manera lo recaudado por la Lotería Nacional a los Territorios y a la Capital; sus instituciones estaban en desigualdad de condiciones que las de la Capital Federal y las provincias. Tal era el caso de los pequeños hospitales, organizados por las sociedades de beneficencia locales, muchas veces financiados por donaciones de los notables por aportes de la comunidad y por la municipalidad, que ansiaban formar parte de las instituciones más favorecidas por los subsidios a nivel nacional.[65]

Cabred y Penna pueden considerarse representantes de una fracción del gobierno nacional que impulsaba ciertas reformas, atendiendo a los nuevos requerimientos sociales de sectores antes invisibles. Además de la intención de sanción legal de sus proyectos y de la planificación, no escatimaron esfuerzos en dar publicidad a su tarea; los "discursos" de Cabred fueron editados en formato de lujo, con imágenes a color de los hospitales, tanto los construidos como los a edificar. También la obra de Penna tuvo su difusión, en la medida en que se proclamó en la prensa local y médica oficial cada una de las inauguraciones de las distintas asistencias públicas territorianas, en 1913.

La ley 7414, sancionada en 1912 a instancias de Penna, denominada de "defensa sanitaria", establecía para cada capital provincial y territorial un "centro de profilaxis" para prevenir enfermedades infectocontagiosas, incluía al médico de la gobernación y uno o dos guardias sanitarios; el afán principal era mantener a disposición del personal un equipo completo de desinfección, indispensable en caso de epidemias. Por falta de fondos, el Departamento no pudo crear más de cuatro (dos en Córdoba, uno en Catamarca y uno en Jujuy), con apoyo de los gobiernos provinciales.[66] Un año después, sin embargo, se realizó la apertura de asistencias públicas en ocho de los diez Territorios. Los dos restantes, Tierra del Fuego y Los Andes, eran los menos poblados y quedaron al margen.

La Asistencia Pública, fundada en 1883 en la ciudad de Buenos Aires, se nacionalizó en 1892, con la creación de la Administración Sanitaria. Se la consideró el eje de la política sanitaria estatal y uno de los pilares de la "cuestión social", ya que entre sus atribuciones estaban la visita de los conventillos, la vacunación forzosa y la confección de un registro de vecindad y pobreza donde debían necesariamente inscribirse quienes deseaban recibir los servicios médicos gratuitos.[67] Penna había sido su director, años antes de llegar al máximo puesto en la administración sanitaria nacional. En 1913, la apertura de estos centros se realizó de manera simultánea en una fecha patriótica, el 9 de julio, en siete capitales: Posadas, Resistencia, Formosa, Neuquén, Santa Rosa, Viedma, Río Gallegos y en la ciudad de Trelew (Chubut), con representantes del Departamento y autoridades locales. Los funcionarios utilizaron, en la mayor parte de sus exposiciones, un lenguaje florido donde se filtraba la retórica del progreso, destacando que la existencia de estos centros sanitarios concretaba la "conquista al desierto", no ya por militares sino por "sacerdotes también de un culto menos misterioso porque es más humano, el culto a la salud y a la vida".[68] Sobre la capacidad técnica de estos "templos" de la ciencia, erigidos en los Territorios, no se brinda en realidad mucha información.[69] Salvo en el caso del de Misiones, que disponía de sala de consultorios externos, sala de intervención, ambulancia, laboratorio, enfermería y saneamiento a domicilio en la capital y servicio de vacunación en el interior, el resto señalaba el carácter modesto de los edificios e instalaciones, enfatizando su enorme potencialidad social. Con relación a este aspecto, la salud aparece como "caridad" –estatal, en este caso–, o como "justicia" social, en un continuo de una a la otra.[70] A la capacidad de acción sobre los sectores menos pudientes que anima las exposiciones se une la percepción del alcance nacional.

Como ejemplo, José Oliver, director de la Asistencia Pública de Santa Rosa, mencionó el "grandioso plan de profilaxis del Dr. Penna en todo el territorio de la Nación", llevando la lucha contra el paludismo en las provincias del norte, la vacunación y, en ese momento, la Asistencia Pública al resto del país. Ernesto Cano, de Trelew, especificaba más aún, al expresar: "No se concibe, señores, la gran masa de la población a enorme distancia de los grandes centros urbanos y con escasísimos medios de comunicación, privada de los auxilios de la ciencia médica. El habitante de estas latitudes es tan digno de ser tenido en cuenta por los poderes públicos como el de las ciudades, pues se encuentra más expuesto a sufrir en su organismo las influencias del medio ambiente".[71] Para Luis Navarro, representante del Departamento en el mismo acto en Trelew, la acción pública había eliminado el fantasma de la peste, donde vivían un millón de almas; allí, a pesar de la aglomeración, había más seguridad que "en nuestras soledades, que no tienen más profilaxis que el viento". La Asistencia Pública, nacida en Buenos Aires, podía también ejercer su labor civilizadora en las antípodas del progreso.[72]

Reflexiones finales

A principios del siglo XX, muchos viajes a los Territorios Nacionales dejaron de mostrar las posibilidades para centrarse en las imposibilidades; las visiones pesimistas reemplazaron a aquellas que alumbraban el progreso futuro de las "nuevas" tierras. En esta generalidad, había gradaciones y diferencias. Los Territorios Los Andes y Formosa expelían la modernidad porque su población y ecología los hacían poco atractivos a la migración blanca y a las actividades agrícola-ganaderas o mineras de ímpetu capitalista; en el resto, se habían formado pequeños asentamientos urbanos y el desarrollo agrícola-ganadero, los obrajes e ingenios, además de otras actividades, hacían esperar un devenir más prometedor a sus esforzados habitantes. Pero, igualmente, era difícil emprender proyectos higiénicos, fuese porque la población se negaba conscientemente a ellos o porque, aun si fuesen aceptados, no habría cómo llevarlos a cabo.

Los informes médicos de quienes viajan "desde afuera" de los Territorios difieren un tanto de aquellos que lo hacen como nativos. Los primeros estaban dispuestos a reconocer las dificultades del proyecto higiénico en el marco territorial pero como funcionarios visitantes; los segundos, inmersos de lleno en los problemas cotidianos, se reconocían parte de la población perjudicada, por lo tanto, eran actores privilegiados en ese escenario de miseria y desolación. Ambos coinciden en las descripciones de urbes caóticas y antihigiénicas, solapadas con las dificultades para acceder, geográfica y culturalmente, a lo que está tan lejano de sí mismo, de su "yo occidental". El orden urbano

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

suponía implantar, tanto en individuos como en la comunidad toda, las innegables ventajas higiénicas, pero los problemas adquirieron tal magnitud que terminaron, en muchos casos, coincidiendo con la crítica social. Así, estos relatos –narraciones burocráticas e informes para cumplimentar un fin administrativo– asumen otros costados. Además de la cascada de datos y recomendaciones sanitarias, el recorrido por caminos intransitables en las topografías más ignotas del país significó el reconocimiento de una parte de sus habitantes ausentes de la modernidad higiénica y sin posibilidad de acceder a ella. Las metodologías curativas diferentes de los mensajes científicos se vinculaban a estratos del pasado argentino, aflorando paradójicamente donde debía asentarse el futuro.

Las epidemias no tuvieron un correlato automático de acciones concretas, en pos de un sanitarismo activo y militante. Las posibilidades reales para los Territorios fueron una medicalización liviana, hecha de reglamentaciones urbanísticas fragmentarias, difíciles de cumplir y generalmente poco respetadas, y de catecismos higiénicos que ensalzaban el autocuidado corporal. Se trató de lecciones dadas por los propios médicos, sabiendo a ciencia cierta que la falta de profesionales, de medios hospitalarios y técnicos y, aun, de una infraestructura básica urbana, las hacían prácticamente expresión de deseos. La justificación de la administración central para tal negación fue un énfasis en el clima benigno y la escasez de enfermos, y las acciones se limitaron entonces a un ejercicio de control mayor en épocas de epidemias, para decaer inmediatamente después. Sobre todo, el objetivo fue reprimir sus focos externos, considerando que muchos Territorios tenían fronteras coincidentes con Estados vecinos. Cierta itinerancia institucional acompañó el período que va desde principios del siglo XX hasta 1910, a partir de campañas de vacunación antivariólica.

En coincidencia con el Centenario, las geografías médicas heterogéneas de la nación comenzaron a ser asimiladas desde los organismos centrales para dar culminación al proyecto general del progreso. La formación casi en cada Territorio de una Asistencia Pública significó la aplicación de un organismo que ya había demostrado su utilidad en la Capital Federal y las provincias históricas. Las propuestas provenían de un sector de funcionarios-médicos, con aspiraciones de modificación de amplios conjuntos sociales más allá de Buenos Aires, para quienes la medicalización de áreas con una amplia dispersión demográfica y mayor heterogeneidad cultural constituía el desafío del siglo XX.

La finalidad principal de estos primeros aparatos institucionales era la profilaxis epidémica; la vacunación, inspección y desinfección fueron las primeras "armas" técnico-médicas. Si bien existía la posibilidad de atención a los sectores más pobres, no era deseable la desaparición de las miríadas de pequeños hospitales y salas de primeros auxilios preexistentes, sostenidas con el esfuerzo privado y municipal.[73] De hecho, este primer intento por establecer un "orden sanitario-hospitalario" en los Territorios está dentro de las políticas implementadas a nivel nacional por Penna y Cabred; sus aspiraciones de profundización, sin embargo, no tuvieron el éxito esperado y hasta 1930 no aparecieron señales claras de continuidad. Así, el "progreso" higiénico del interior se interrumpió entonces casi antes de empezar.

Cuadro 1
Población y superficie de los Territorios Nacionales (1895-1914)

Territorios nacionales	Superficie (km²)	Población 1895	1914
La Pampa	145.907	25.914	101.338
Misiones	29.229	33.163	53.563
Formosa	107.258	4.829	19.281
Chaco	136.635	10.422	46.274
Los Andes	90.644*	-	2.487
Neuquén	109.703	14.517	28.866
Río Negro	196.695	9.241	42.242
Chubut	242.039	3.748	23.065
Santa Cruz	282.750	1.058	9.948
Tierra del Fuego	21.499	477	2.504
Subtotal	**1.362.359**	**103.369**	**329.568**
Resto del país	1.523.261	3.941.542	8.082.462
Total	**2.885.620**	**4.044.911**	**8.412.030**

Fuente: Elaboración propia basada en *Segundo Censo*, 1898; *Tercer Censo*, 1916,
* Eduardo Holmberg, *Viaje por la Gobernación de Los Andes*, Buenos Aires, 1900.

Cuadro 2
Profesionales sanitarios en los Territorios Nacionales (1895)

Profesiones*	Misiones	Formosa	Chaco	La Pampa	Neuquén	Río Negro	Chubut	Santa Cruz	Tierra del Fuego	**Subtotal**	Resto del país	**Total**
Curandero	1	-	-	2	-	10	-	-	-	**13**	233	**246**
Dentista	1	-	-	-	-	-	-	-	-	**1**	133	**134**
Enfermero	1	1	-	2	-	-	1	1	-	**6**	423	**429**
Farmacéutico	3	1	4	2	1	2	-	-	-	**13**	1284	**1297**
Médico	7	4	2	4	1	1	3	3	1	**25**	1623	**1648**
Partera	9	3	3	3	-	3	2	1	1	**25**	921	**946**
Otras*	-	2	-	-	1	-	-	-	1	**4**	215	**219**
Subtotal	**22**	**11**	**9**	**13**	**3**	**16**	**5**	**5**	**3**	**87**	4859	**4946**

Fuente: Elaboración propia basada en *Segundo Censo*, 1898.
* Se incluyen flebótomos, químicos y veterinarios.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Notas

[1] *Anales del Departamento Nacional de Higiene (ADNH),* 1905, p. 337, y *ADNH,* 1901, p. 172.

[2] Emilio Coni, "Higiene y salubridad en la República Argentina", en *I Congreso Médico Latino-Americano*, Santiago de Chile, 1-9 de enero de 1901, t. I, pp. 20-111, 70-74.

[3] Sobre la historiografía referida a los Territorios Nacionales véanse como ejemplos Susana Bandieri, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005; María Silvia Leoni de Rosciani, "Los Territorios Nacionales", en *Nueva historia de la Nación Argentina*, t. VIIII, 4ª parte: *La Argentina del siglo XX, 1914-1983*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia-Planeta, 2001, pp. 43-76; María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Instituciones y formas de control social en América Latina, 1840-1940. Una revisión*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp. 49-72; Ana Teruel *et al*., *Fronteras, ciudades y Estados*, Córdoba, Alción, 2002, pp. 109-132, entre otros. Sin embargo, hay escasez en la producción relativa a la nueva historia de la salud: Diego Armus, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en Mirta Z. Lobato (dir.), *Nueva historia argentina*, t. V: *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 507-551, y Susana Belmartino, *La atención médica argentina en el siglo XX. Instituciones y procesos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005.

[4] Véase Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, UNQUI, 1999.

[5] Sobre expediciones a La Pampa y Patagonia, véase María Silvia Di Liscia, *Saberes, terapias y prácticas indígenas, populares y científicas en Argentina (1750-1910),* Madrid, CSIC, 2003.

[6] Véanse Orienta Favaro y Mario Arias Bucciarelli, "El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los Territorios Nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años 30", *Entrepasados, Revista de Historia*, 9, 1995, pp. 7-26; Ana Teruel *et al., Fronteras, ciudades y Estados*, p. 110.

[7] *Segundo Censo de la República Argentina, Mayo 10 de 1895*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1898.

[8] *Memoria presentada al Honorable Congreso Nacional en el año 1887*, Buenos Aires, Imprenta La Tribuna Nacional.

[9] Aun en Rosario, las epidemias de cólera de 1886 no produjeron importantes reformas en la infraestructura sanitaria y urbana; véase Agustina Prieto, "Rosario: epidemias, higiene e higienistas en la segunda mitad del siglo XIX", en Mirta Z. Lobato (ed.), *Política, médicos y enfermedades*, Mar del Plata, Biblos, 1996, pp. 55-71.

[10] El cólera se evitó por el establecimiento de un cordón sanitario efectuado por el II Regimiento en la comunicación fluvial fronteriza; el lazareto habilitado no fue necesario; *Informe del Médico de la Gobernación*, 1886, en Ernesto Maeder, *Memorias de los gobernadores del Territorio Nacional de Formosa (1885-1899)*, Resistencia-Corrientes, Instituto de Historia, FHUNNE, 1979, pp. 50-51.

[11] Véase María Silvia Di Liscia, "Instituciones, médicos y sociedad. Las posibilidades y los problemas en el Territorio pampeano (1884-1933)", en María Silvia Di Liscia, Andrea Lluch y Ana Lassalle (eds.), *Al oeste del Paraíso*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007, pp. 121-154.

[12] Juan Bialet Massé, *Informe sobre el estado de la clase obrera*, t. I y II, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

[13] Juan Bialet Massé, *Informe…*, t. I, pp. 79-80.

[14] El primer gobernador pronosticaba que la región sólo podía interesar a los nativos; Eduardo Holmberg (h.), *Viaje por la Gobernación de los Andes (Provincia de Atacama)*, Buenos Aires, Imprenta de la Nación, 1900, pp. 111-117; *Memoria del Ministerio del Interior, 1912-1913*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1913.

[15] E. Holmberg, *Viaje por la Gobernación…*, p. 26.

[16] Ídem, p. 76.

[17] Juan Bialet Massé, *Informe…*, t. I, p. 56. En 1901, frente a una epidemia de viruela llegada desde Asunción e "importada por los indios del Chaco paraguayo", el médico de la Gobernación de Formosa se trasladó a los ingenios y vacunó a seiscientos obreros, entre los que estaban indios pilagá, "recién reducidos [que] se dejaron persuadir fácilmente"; *ADNH*, IX, 1901-1902. Ese mismo año, el informe de Juan Vadillo señalaba la escasez de médicos y la abundancia de enfermos, con fuerte competencia de los curanderos; *ADNH*, IX, 1901-1902, p. 172.

[18] Juan Bialet Massé, *Informe…*, t. I, pp. 94 y 78.

[19] Se señalaba la existencia de enfermedades gastrointestinales, venéreas e infecciosas en relación con el clima, la alimentación y las exigencias laborales de las empresas; *ADNH*, IX, 1901-1902.

[20] *ADNH,* IX, 1901-1902, pp. 169-172, 202-207, 799-802.

[21] *Memoria del Departamento Nacional de Higiene*, 1900, pp. 4-5.

[22] Las *Memorias del Ministerio del Interior* (1888) dan cuenta de estas funciones.

[23] F. Álvarez, en *ADNH*, XVIII, 1911, pp. 83-86.

[24] N. Lozano, en *ASNH*, V, 1908.

[25] E. Ramírez, en *ADNH*, XII, 1905, p. 331.

[26] F. Álvarez, en *ADNH*, XVIII, 1911, pp. 90-91.

[27] El recorrido de Neuquén se realizó gracias a las mulas del Regimiento II y el apoyo de la policía, que reunía a los pobladores; *ADNH*, XII, 1905; 330. Véase también *ADNH*, XII, 1905, pp 286-314, 286-314, 337, 345.

[28] Véase María Silvia Di Liscia, *Saberes, terapias…*, caps. 3 y 8.

[29] E. Castillo, en *ADNH*, XII, 1905, p. 375.

[30] D. Valerio, en *ADNH*, XV, 1908, pp. 383-385; J. Oliver en *ADNH*, XV, 1909, pp. 258-270; C.M. Hilderam, en *ADNH*, XVI, 1909, 339-344, J. Pelagatti, en *ADNH*, XVI, 1909, pp. 345-347: A. Federici, en *ADNH*, XVI, 1909, pp. 402-411).

[31] N. Magnanini, en *ADNH*, XVIII, 1911, pp. 24-36 y 49-58.

[32] Sobre la legislación, véase Susana Bandieri, *Historia de la Patagonia*, p. 141.

[33] *ADNH*, XVI, 1909, pp. 339-344; *ADNH*, XVI, 1909, pp. 402-411. El facultativo de la gobernación atiende también el Tribunal, la policía, los guardiacárceles e internos, el distrito militar, la subprefectura marítima y las escuelas.

[34] *ADNH*, XVI, 1909, pp. 258-270.

[35] Francisco Otero, en *ADNH*, XVI, 1909.

[36] *ADNH*, XVI, 1909, p. 270. Sobre legislación y curanderismo, véase María Silvia Di Liscia, *Saberes, terapias…*, cap. 8.

[37] En el rubro "profesiones", se consideró a 246 curanderos y curanderas y a 1.648 médicos. Los profesionales eran más numerosos en la Capital, la provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba (*Segundo Censo*, CXCIII).

[38] Sobre Neuquén, véase *ADNH*, XVI, 1909, p. 346, y sobre Chubut, *ADNH*, XVI, 1909, p. 409. Para los médicos de ambos territorios, el curanderismo desaparecería con más médicos.

[39] En relación población urbana y rural, ver *Segundo Censo,* 1898.

[40] *ADNH*, XV, 1908, p. 383.

[41] *ADNH*, XV, 1908, p. 386.

[42] *ADNH*, XVII, 1910, p. 237.

[43] En la *Memoria del Ministerio del Interior* de 1904, es de 832.684 $m/n para todos los Territorios Nacionales y 635.480 para el Departamento. A manera de comparación, la policía de la Capital tuvo ese año más de seis millones y medio.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[44] *ADNH*, XVIII, 1911, p. 244.

[45] Decía Magnanini que en Río Gallegos no había epidemias, gracias "a sus condiciones climáticas".

[46] Véase José Oliver, en *ADNH*, XVI, 1909, para La Pampa, C.M. Hildeman, en Viedma, *ADNH*, XVI, 1909, pp. 339-344. En Neuquén, el médico de la gobernación se quejaba del "estado de abandono" de la capital; *ADNH*, XVI, 1909, pp. 345-347.

[47] En 1894, el Ministerio creó la Oficina Demográfica para recopilar los datos del Segundo Censo, a realizarse en 1895, que debía además estar en contacto con los 630 registros civiles existentes en provincias y territorios; *Memoria del Departamento Nacional de Higiene*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1900, pp. 44-46.

[48] *ADNH*, IX, 1901-1902, p. 800.

[49] Véase como ejemplo el detalle de todas las enfermedades en Formosa a cargo del médico A. Federici, pero con un desorden de exposición que hace difícil su interpretación; *ADNH*, IX, 1901-1902, p. 204.

[50] Tal es el caso de Chaco, expresado por Vadillo, en *ADNH*, IX, 1901-1902, pp. 169.

[51] *ADNH*, XVI, 1909, pp. 404.

[52] Marco Avellaneda, en *ADNH*, XVI, 1909, pp. 318-319.

[53] *ADNH*, XVIII, 1911.

[54] Hay una coincidencia con esta fecha y la dirección de Penna, quien insistió en organizar y mantener el registro estadístico, mencionado por Domingo Cabred en 1918.

[55] Ese costo era de 100 pesos mensuales por cada Territorio Nacional. El sistema para recopilar los datos de movimiento general de población sin estos empleados era más engorroso: los libros de actas de Registro Civil de cada departamento llegaban a la Gobernación, eran archivados y allí un empleado de la Asistencia Pública los copiaba; *ADNH*, XXIV, 1920.

[56] F. Álvarez, *ADNH*, XVIII, 1911, pp. 83-98.

[57] *Memorias del Ministerio del Interior*, 1912-1913, p. 131. Tampoco se suman a ese total 19.634 indígenas de Formosa.

[58] *ADNH*, XVIII, 1910, y Domingo Cabred, *Discursos pronunciados con motivo de la colocación de la piedra fundamental de los asilos y hospitales regionales en la República Argentina (Ley 4953),* Buenos Aires, Talleres Gráficos J. Weiss y Preusche, 1918, p. 40. El Departamento envió al Ministerio un exhaustivo informe sobre la vacunación realizada en 1911-1912, señalando que la mortalidad de viruela para todo el país había sido de 3.688; *Memorias del Ministerio del Interior*, 1912-1913, pp. 378-379.

[59] *Segundo Censo*, p. LIII. En la comparación con otras naciones, Gabriel Carrasco, encargado del censo, llegaba a afirmar que "a la luz de las cifras estadísticas [podemos declarar] que la República Argentina es uno de los países en que el ser humano goza de mejor salud aun comparándole con los mejores de la tierra"; *Segundo Censo*, p. LXXIX.

[60] *Tercer Censo Nacional*, *1 de junio de 1914*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, t. I -X, 1916, p. 25.

[61] Entre 1910 y 1918 se inauguraron el asilo-colonia de Oliva para alienados en Córdoba, el asilo para retardados en Torres, el Hospital Común del Centro y el sanatorio para tuberculosos, ambos en Córdoba, el asilo-colonia en Olivera, Buenos Aires, el asilo nocturno en Buenos Aires y el Hospital Regional Andino, en La Rioja; Domingo Cabred, *Discursos pronunciados…*, p. 73.

[62] Véanse Ernesto Maeder, *Memorias de los gobernadores del Territorio Nacional del Chaco (1885-1899)*, Resistencia-Corrientes, Instituto de Historia, FH-UNNE, 1985; Domingo Cabred, *Discursos pronunciados…*, p. 40.

[63] Véanse María Silvia Di Liscia, *Saberes, terapias…*, cap. 8; Domingo Cabred, *Discursos pronunciados…*, p. 82.

[64] Domingo Cabreb, *Discursos pronunciados…*, p. 85. Por primera vez, se reunieron todos los gobernadores en marzo de 1913 en Buenos Aires, con asistencia de diferentes funcionarios estatales; *Memorias del Ministerio del Interior, 1912-1913*, pp. 138-143.

[65] *Memoria de la Gobernación, 1894*; Ernesto Maeder, *Memorias de los gobernadores…*, p. 207. Igual situación parece haber sucedido en La Pampa; María Silvia Di Liscia, *Saberes, terapias…*

[66] Domingo Cabred, *Discursos pronunciados…*, p. 100.

[67] Véase Ricardo González Leandri, "Madurez y poder. Médicos e instituciones sanitarias en la Argentina a fines del siglo XIX", *Entrepasados, Revista de Historia*, 27, 2005, pp. 133-153.

[68] *ADNH,* XX, 1913, pp. 1170-1171.

[69] La de La Pampa no tuvo edificio propio hasta 1940 y funcionó en un local alquilado con escaso personal.

[70] *ADNH*, XX, 1913, pp. 1172 y 1177-1178.

[71] *ADNH*, XX, 1913, pp. 1178.

[72]*ADNH*, XX, 1913, p. 1180.

[73] Para las de La Pampa, véase María Silvia Di Liscia, Andrea Lluch y Ana Lassalle (eds.), *Al oeste del Paraíso*. Las *Memorias* de Formosa y Chaco dan cuenta de centros similares para el siglo XX.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mostrar y mostrarse

La construcción de memorias visuales e identidades étnicas desde los grupos hegemónicos chaqueños

*Mariana Giordano y Alejandra Reyero**

La imagen fotográfica entendida como artefacto cultural y sistema convencionalizado de representación, así como el hecho mismo de fotografiar, constituyen en la actualidad dos de los principales focos analíticos de numerosos abordajes que desde perspectivas, presupuestos e intereses disciplinares diversos han enriquecido y jerarquizado la posición de ese fenómeno visual dentro de los estudios sociales y culturales.[1]

Sin embargo, la fuerza de la imagen en general –y de la fotográfica en particular– ha sido comúnmente subestimada a la hora de analizar los estilos, los medios y los modos de recordar. Esto nos lleva a reflexionar sobre las imágenes de ciertas memorias; la persistencia de algunas imágenes y el marco ideológico que las contiene en una conciencia individual o colectiva en un momento específico de su historia. En fin, qué imágenes se eligen, adquieren y recuerdan, y cuáles se pierden, retienen y olvidan en la conformación histórica e identitaria de determinados grupos socioculturales.

Tanto las fotografías de indígenas como las de inmigrantes del Chaco de fines del siglo XIX y principios del XX son parte de lo que la cultura hegemónica ha elegido para conformar su identidad y la de los "otros", perfilando así una/varias memoria/s visuales. Éstas se configuran –para el caso que nos ocupa– con fotos que "encierran" en nuestras mentes cierta historia. Aquella que se ha elegido mostrar a través de una iconografía específica y determinante de lo que Miguel Rojas Mix denomina una "memoria icónica".[2] Desde lo que se selecciona para condensar en la imagen hasta cómo y dónde se lo guarda pone de manifiesto por un lado el poder de la imagen como acto de imaginación[3] y por otro la memoria como "un mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades".[4]

Las memorias de los diferentes grupos de inmigrantes e indígenas del Chaco se conforman mediante una compleja trama de representaciones que otorgan sentido a los hechos, objetos, situaciones, que la cultura hegemónica ha decidido legitimar plasmándolas, en este caso, fotográficamente. De este modo aquellas imágenes que la ideología hegemónica eligió como representativas de su identidad han conformado legítimos archivos probatorios (imaginario visual). Éstos compendian ideas comunes y desencadenan reflexiones, sentimientos y emociones también comunes y en consecuencia predecibles: imaginario mental. En este último caso tiene lugar un encadena-

* Núcleo de Estudios y Documentación de la Imagen-IIGHI-CONICET. Facultad de Humanidades-UNNE.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 1

miento de imágenes mentales que cobran existencia sólo en la imaginación de un individuo o grupo social y se vuelven un auténtico referente de percepción.[5]

Este conjunto de representaciones –que cuenta con la fuerza y la capacidad de inducir pautas de acción, reconocimiento y legitimidad social– es histórico y obedece a una relación de fuerzas culturales donde las imágenes que terminan por imponerse expresan la supremacía de quienes las producen y distribuyen.

Otro signo presente en la mayoría de estas imágenes es la violencia que transfieren. Si bien toda fotografía contiene un germen de violencia en tanto es "una disociación de la conciencia de identidad"[6] o, como expresa Susan Sontag, "fotografiar personas es violarlas, pues se las ve como jamás se ven a sí mismas",[7] las imágenes del indígena acentúan esa cualidad por la distancia cultural que irremediablemente existe entre emisor-fotografiado-receptor y por la situación de explotación y sujeción padecida por los pueblos originarios. La violencia asume una significación peculiar en el período analizado con relación a la fotografía del indígena. Por un lado, porque a fines del siglo XIX y principios del XX ésta era considerada como un medio mecánico eficaz para documentar el "grado de civilización" de estos pueblos. Por lo tanto, las imágenes logradas devenían el producto de una construcción preelaborada y respondían a un discurso ideologizado donde aquello que la cámara veía o elegía ver estaba precedido por el concepto.[8] Ello se vincula con la violencia simbólica a la que se refiere Sontag, presente entre quien obtura la cámara (grupo hegemónico) y quien es "capturado" (grupo subalterno). Además, a esa violencia simbólica se suma, en el caso de los pueblos indígenas chaqueños, la violencia real-física ejercida por parte del Estado nacional. Para la época que nos ocupa, éste debía "garantizar la seguridad" y para ello terminar con el "peligro indígena". Los procedimientos tendientes a tal fin se vieron efectivizados con la "Conquista del Desierto Norte". Al sometimiento armado le siguió la creación de colonias y reducciones como modo de control físico y de utilización y explotación de la mano de obra de los indígenas.

El hecho de reflexionar sobre la/s memoria/s y la producción de representaciones de estos grupos étnicos nos lleva a abordar la ligazón estrecha que existe entre ese concepto y el de identidad, la compenetración y el refuerzo mutuo de ambas nociones.[9]

Si bien es posible pensar la memoria como aquel sustrato, fondo o núcleo de hábitos comunes a los miembros de un grupo, al que dota de una identidad, es imposible reducir esta última a una esencia o una sustancia. Las circunstancias, reacciones y relaciones sociohistóricas de los grupos hacen surgir sentimientos de inclusión y exclusión, y, con ellos, estrategias de designación y atribución de rasgos identitarios en permanente transformación.[10]

El complejo contacto cultural de indígenas e inmigrantes chaqueños a fines del siglo XIX y principios del XX es una situación en la que las estructuras de poder, la imposición ideológica y fundamentalmente ciertas representaciones visuales de la cultura hacen surgir determinadas identificaciones, en un espacio intersticial siempre antagónico. Esa/s memoria/s e identidad/es construida/s van a emanar, como intentaremos demostrar a lo largo del trabajo, de aquellos grupos hegemónicos que perfilarán las propias y las de aquellos grupos subyugados.

Dada la función simbólico-representativa y testimonial de la fotografía en los modos de construcción de identidades étnicas[11] chaqueñas, resulta más prudente analizar series textuales que brinden un panorama de mayor alcance que una imagen individual.[12]

De este modo, y a través de un proceso de análisis e interpretación bajo la mirada de una "economía visual" que contemple aspectos tanto de su producción como de su circulación y consumo, consideramos la primera más allá de los individuos que las realizan, focalizando en las estrategias de representación que están presentes en la imagen fotográfica. En cuanto a la circulación, indagamos en los sistemas culturales y discursivos a través de los cuales las imágenes fotográficas se aprecian e interpretan, asignándoles un valor histórico, científico y estético.[13] En cuanto al consumo o recepción, está referido tanto al hecho de preguntarnos para quién fue hecha esa imagen, quién la veía y quién la ve ahora, aspecto este último en el que nos incluímos como analistas.

Esta metodología de trabajo hace posible sistematizar y comprender ciertos procesos de construcción y montaje que están presentes en la representación del inmigrante y del indígena, para así revelar los elementos históricos y estéticos que han participado en la conformación de las identidades étnicas.

Nuestro universo lo constituyen las imágenes de indígenas e inmigrantes obtenidas entre 1890 y 1930 aproximadamente, de las cuales hemos seleccionado para el primer caso aquellas logradas por fotógrafos profesionales que tenían por objeto la comercialización de éstas y que por consiguiente fueron incluidas en álbumes o circularon en formato postal.

En cuanto a la fotografía de inmigrantes, optamos por las correspondientes a las primeras familias italianas arribadas a la colonia Resistencia, puntal colonizador de la región, centrando la atención en las imágenes conservadas por las familias Pellizari y Agostini, donadas al Museo Histórico Ichoalay.[14] La

Imagen 2

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 3

mayoría de estas fotos tiene un mismo emisor: se trata de otro inmigrante italiano, Juan Bautista Simoni,[15] quien fue fotógrafo aficionado y uno de los primeros en manejar el arte fotográfico en el Territorio Nacional del Chaco, por lo que también hemos utilizado las placas de vidrio conservadas por la familia del mismo Simoni.[16]

El abordaje se ha orientado a analizar principalmente tres modelos iconográficos: retrato (individual, matrimonial, familiar), trabajo y producción, y sociales-comunitarias. En ellos se hace hincapié en ciertos elementos de definición de identidades o puntos de identificación que implícita o explícitamente actúan como indicadores del contenido y/o la forma representada.

Los indicadores identitarios que esos modelos pretenden exhibir-transmitir se vinculan con aspectos reales o ideales de las culturas representadas: al referirnos a elementos "ideales" aludimos al hecho de que la imagen no transmite una "realidad objetiva" sino que en su literalidad subyacen ideologías, mentalidades e identidades,[17] propias y/o impuestas, según el grupo o sector social que se visualice. Por consiguiente, son de interés tanto las presencias como las ausencias de estos puntos de identificación. Ellos son centrales en el complejo mundo de conformación de identidades que indagamos, centrándonos en la interacción de los grupos y examinando *quién* representa a quién, *qué* se representa y especialmente *cómo* se lo representa. Es decir, qué recursos utiliza determinado grupo para mostrar y mostrarse fotográficamente.

Otro aspecto a considerar es el modo en que estas imágenes se conservaron y circularon. De esta manera pretendemos localizar el marco desde el cual se traduce y se reescribe el imaginario visual y la manera de historizar las memorias,[18] es decir, la apropiación social y cultural de las imágenes, que resignifica su dimensión representativo-comunicativa y la manera de dar sentido al pasado, que la fotografía propone a diferentes grupos en épocas y espacios culturales.

El escenario político-institucional y social chaqueño en que se construyó este imaginario hace de estas imágenes elementos a considerar en la construcción del sujeto histórico.

El contexto sociopolítico chaqueño a fines del siglo XIX y principios del XX

El ámbito de formación de fronteras étnicas en el que intervienen los dos grupos objeto de la representación fotográfica que analizamos, indígenas e inmigrantes, es el Chaco, última región de la Argentina "ganada" al indígena por el Estado nacional en un proceso de ocupación militar que culminó hacia 1912. Este espacio fue ocupado ancestralmente por diversos pueblos originarios que a fines del XIX se encontraban en lo que constituyó el Territorio Nacional del Chaco:[19] mocovíes, tobas y wichís. Además de la matanza de muchos de los líderes indígenas, las campañas militares produjeron una relocalización de las comunidades, su sedentarización y su progresivo acercamiento a los nacientes centros urbanos.

Desde una mirada generalizadora, estos grupos eran vistos como "los indios", sin distinción de etnias, y el discurso hegemónico contribuyó a marcar ese límite con el "otro" que era visto como "uno-otro", en detrimento de los "varios/muchos-otros" que habitaban el espacio chaqueño.[20]

El territorio "ganado" al "otro" fue ocupado por un gran mosaico de inmigrantes (italianos, españoles, alemanes, polacos, ucranianos, checoslovacos, croatas, servios, montenegrinos, húngaros, búlgaros, franceses, paraguayos), que iniciaron su ingreso en las últimas décadas del siglo XIX y que se sumaron a una población criolla estable –muchos de ellos procedentes de provincias vecinas–, que veía con recelo el ingreso masivo y la ocupación del espacio chaqueño por estos inmigrantes. En este sentido expresa Hugo Beck: "Aunque tan pobres como los criollos y con un nivel educativo similar, los inmigrantes europeos asumieron un rol preponderante en la sociedad en construcción. Su condición de productor en áreas rurales y de comerciante en pueblos y ciudades motivó que su presencia en el imaginario colectivo fuera mucho mayor que su número real".[21]

Si bien en número no eran superiores a los argentinos que desde otros puntos del país fueron coincidiendo en la zona chaqueña, la afluencia de diversas nacionalidades europeas llevó a la conformación de la imagen del "Chaco colonizador", el "crisol de razas", que se oponía conceptual e ideológicamente al "Chaco indígena", que en el imaginario político y social constituía el pasado, el lastre, aquello que se debía superar.

El poder de los grupos inmigrantes se evidenció no sólo en el progreso económico que lograron a partir de diversas actividades productivas y comerciales sino también en el ascenso político y en el status social que poco a poco fueron adquiriendo, a partir de una conciencia identitaria grupal que los mantenía unidos. El afán de avance material fue un elemento central, y aquello que se erigía factible de ser expuesto-mostrado como factor de diferenciación social.

En este contexto, las fronteras étnicas constituyeron un espacio cultural que instauró, mediante políticas específicas, la diseminación de ciertas imágenes y la inscripción de signos en la memoria cultural, la estructura de identificación y los actos de relación intercultural.

Además de la referencia al contexto sociocultural e institucional de producción de estas imágenes, y con relación a él, cabe señalar también algunos aspectos referidos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

específicamente a la fotografía: hacia fines del siglo XIX no existían en el ámbito chaqueño cámaras fotográficas, menos aún atelieres o estudios. En consecuencia, la figura de Juan Bautista Simoni aparece como pionera en el uso de la cámara y, probablemente, como su principal ámbito de producción, las colonias de italianos con las cuales estaba vinculado.

Hasta ese entonces los inmigrantes que fueron logrando un mayor poder adquisitivo debían viajar a la vecina ciudad de Corrientes, donde la tradición fotográfica se remontaba a la década de 1850, para obtener sus retratos, los que mayoritariamente eran enviados a los familiares que habían quedado en el Viejo Mundo.

Por otro lado, y con diferentes intereses –comerciales unos y misioneros, otros– fueron los fotógrafos viajeros que desde Buenos Aires llegaron al Chaco quienes realizaron las tomas de indígenas. Por su parte, los franciscanos que durante la segunda mitad del siglo XIX hasta los primeros años del siglo XX instalaron misiones en la región obtuvieron ellos mismos las imágenes o contrataron a fotógrafos correntinos para realizar las tomas a los indígenas misioneros. A ellos se suman las imágenes de indígenas obtenidas por algunos de los militares que participaron de las campañas al Chaco. En estas fotografías subyace un interés testimonial del "acuerdo con los otros" y se evidencian los primeros usos de la cámara en la región.[22]

Identidad y memoria en los paradigmas occidentales de representación

Si la identidad supone el reconocimiento de elementos comunes entre los miembros de un grupo y su autoadscripción diferencial respecto de otro u otros grupos, es de prever que los modelos de representación seleccionados para perpetuar la memoria sean coherentes con aquellos aspectos que los identifican. Estos aspectos, en la lectura de una imagen fotográfica, se configuran como indicadores visuales. Su presencia o su ausencia son significativos en este análisis.

En este sentido es posible pensar el concepto de identidad como la adquisición de formas –en este caso visuales– que acreditan el reconocimiento étnico y el ejercicio de ciertas prácticas sociales.

Pensar la noción de identidad a partir de la imagen fotográfica constituye una tentativa de afirmar visualmente la positividad de las diferencias culturales, ya que permite desdibujar los límites instituidos de las relaciones interétnicas y cuestionar –desbloquear– el carácter unívoco comúnmente atribuido al término, concibiéndolo como proceso constante de transformación de diferencias.[23]

La construcción de identidades étnicas chaqueñas de fines del siglo XIX y principios del XX deviene de un proceso de prácticas materiales institucionalizadas visualmente, que al tiempo que otorgan poder e identidad limitan, regulan y disciplinan. De este modo se vuelve necesario considerar las imágenes dentro de proyectos políticos y culturales, en cuyos contextos se otorga significado a los discursos, se perfilan identidades y se conforman determinados imaginarios sociales.[24]

El arte/documento que supone la fotografía está sumido en códigos de representación estereotipados que han permeado los diferentes grupos sociales. Desde el fotógrafo profesional al amateur, han repetido modelos iconográficos surgidos y heredados en parte de la tradición pictórica europea, incorporando indicadores que agregan elementos, rasgos e inscripciones identificatorias del sujeto representado que la imagen pretendía legitimar. Algunos de estos modelos fueron utilizados indistintamente en la representación de un "nosotros" y de un "otro". Pero si bien en muchos casos se han elegido indicadores semejantes para construir la escena fotografiada, sea de inmigrantes o indígenas, es posible advertir que éstos fueron utilizados con un sentido visual diferente.

Imagen 4

Entre la identificación y el anonimato

El retrato es un género artístico que alude a la perpetuación de la memoria individual, grupal o colectiva, pero que en cualquier caso actúa como una operación visual del recuerdo y un medio de comunicación afectivo. Éste ha sido probablemente el género más importante en la fotografía étnica chaqueña, donde sin embargo se presenta una paradoja en el caso del retrato indígena: su anonimato. La paradoja reside en que si bien se selecciona un modelo de representación que se basa en el principio de identificación de la persona retratada, agregando a la imagen un número considerable de "indicadores identitarios" extras, se desconoce quién es el retratado.

De tal forma se incorporan toldos, arcos, flechas, animales, lo que, sumado al acto de vestir (ponchos, taparrabos, toldos) o desvestir, genera una contextualización del retratado que "refleja" –a la manera de espejo que suponía entonces la fotografía– su identidad. Ello ocurre tanto en retratos obtenidos en estudio como en aquellos que exhiben una "ambientación" con fondos naturales (imagen 1).

La vestimenta y el traje operan entonces como indicadores sociales y étnicos, relacionando al sujeto con diferentes realidades sociales e históricas. De este modo se reviste también al individuo de un status donde se fija parte de su propia identidad.[25]

En la mayoría de las imágenes la vestimenta y/o el despojo del retratado opera como dispositivo visual, porque el fotógrafo viste, atavía o despoja al sujeto según intereses compositivos e ideológicos. A esto se suma una pose y un escenario que junto a los elementos materiales incorporados logran resumir el concepto de "salvaje" con el que el discurso escrito de diferentes emisores de la época hacía referencia al indígena.[26] Por ello, las peculiaridades que presentan estos retratos resultan de una conjunción de la "temática étnica" a la que aluden con una estética singular que exhibe la composición fotográfica, resultado de la disposición de personajes y escenarios, sintetizados en el concepto de "salvaje".

Esta visibilidad nos pone de manifiesto un "salvaje pasivo", aun cuando el acto de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 5

despojo y desvestir pretenda acentuar el ideario del bárbaro, la pose –brazos caídos, miradas perdidas–[27] y la "domesticación" del entorno reactualizan el imaginario del "manso" del discurso colonial.[28]

El retrato familiar indígena queda limitado a la representación de "matrimonios indígenas" y de "familias indígenas", según las inscripciones de las imágenes. En aquellas que se comercializaban en formato postal, la misma imagen ha circulado con diferentes inscripciones: si tomamos como ejemplo una imagen Boote & Cía. impresa por diferentes casas editoras de Buenos Aires, un grupo de indígenas aparece indistintamente descripto como "Indios del Chaco", "Familia indígena", "Cacique toba con sus mujeres" o "Indio toba" (imagen 2). Como se advierte, el recorrido conceptual parte de una generalidad étnica, pasando por una asignación de unión familiar, para concluir en el imaginario del harén. En cuanto al modelo familiar, el concepto de "familia" de los grupos indígenas del Chaco se corresponde con el de familia extendida;[29] sin embargo, las fotos que aluden a él recurren a un modelo de familia nuclear: padres y dos o tres hijos, incluyendo bebés en la mayoría de las representaciones.

Un caso singular es la presencia de retratos grupales acompañados de animales, caso que se presenta en la fotografía de indígenas y en la de inmigrantes. En algunas postales indígenas, descriptas como "familias" que "se muestran" semidesnudas en un escenario natural siguiendo los cánones de pose propios de los retratos familiares, se encuentra frente a los personajes una iguana gigante. La presencia de este indicador puede ser leída desde diferentes ópticas, pero teniendo en cuenta el discurso de principios del siglo XX sobre el Chaco y su población indígena podríamos afirmar que se está retratando a "los salvajes", indígenas y animales; los primeros están en el mismo "status" de "fieras del Chaco" que aparecían en diversos medios gráficos y periodísticos de la Argentina de la época, como el resabio de un mundo en extinción.

Pero decíamos que también nos encontramos con algunos retratos familiares de inmigrantes con presencia de animales que no eran propios del dominio doméstico, como es el caso de un retrato de familia desconocida realizado por Simoni, donde los miembros de la misma posan sentados con sus mejores vestimentas y delante de ellos se encuentra un tatú carreta. En este caso, el animal elegido no es peligroso pero sí exótico a los ojos de estos inmigrantes y sus familiares que permanecían en Europa, adonde se enviarían estas imágenes, por lo que el animal cumple en la composición una función semejante a la anterior en cuanto al gusto por lo exótico: es la fascinación por lo desconocido, lo raro, lo extraño, que no se presenta como peligroso, sino como "domesticable" y sumiso.

En consecuencia, la mayoría de los retratos individuales o grupales de indígenas persiguieron así –más que la perdurabilidad del recuerdo de personas o comunidades–, ideales generalizantes que procuraban la construcción de tipologías raciales, valoraciones culturales o retratos familiares que se acercan más a escenas étnicas.[30] Este concepto es entendido como un procedimiento fotográfico según el cual sujetos y objetos entran en una dinámica de relaciones espaciales, buscando muchas veces generar una atmósfera no contaminada por la presencia de la cámara, donde la escena captada pretende acercarse a la noción de instantánea.

Esta particularidad en la construcción de la otredad se debe a que los emisores de estas imágenes tenían un objetivo comercial o político respecto de ellas –más allá del componente ideológico que toda imagen conlleva–, y los retratados no fueron los demandantes ni quienes las conservarían. Desconocidas en su gran mayoría hasta la actualidad por parte de las mismas comunidades representadas, estas fotografías no cumplieron la función de vínculo generacional que supone el retrato como modelo de representación para la cultura occidental.

El elemento generalizador se basó no sólo en el anonimato sino también en la descripción englobante de "indios del Chaco", sin advertir los pueblos a los que pertenecían los sujetos representados. Si bien en algunos casos se consignaba la etnia, en ediciones posteriores de la misma imagen se hacía referencia a otra, lo cual no sólo invalida en el presente estas descripciones sino que expresa fundamentalmente la falta de reconocimiento identitario o, lo que es lo mismo, la negación de las diferencias.

El caso de los retratos indígenas procedentes de la fotografía misionera conjuga las representaciones de "escenas étnicas" con las del indígena "misionero e instruido". En las primeras, bajo la indumentaria y descripción de "salvaje", semidesnudo y viviendo en sus toldos o errantes en el "desierto chaqueño",[31] la imagen pretende transmitir una instantánea de un modo de vida. En el segundo grupo nos encontramos con retratos matrimoniales descriptos como "matrimonio cristiano", grupos de indígenas frente a la iglesia o la escuela de la Misión, hasta retratos típicamente burgueses de aquellos niños "elegidos" para obtener una educación "especial" en colegios franciscanos. En estos últimos, utilizando recursos escénicos del retrato occidental y estableciendo una relación entre indumentaria y civilidad a través del despojo de sus vestimentas originarias y su reemplazo por trajes en los hombres y vestidos de largo para las mujeres, se visualiza un ser "educado" y "creyente".[32]

Por consiguiente, los retratos de indígenas chaqueños, sean individuales o grupales, difundidos en postales, álbumes, informes o publicaciones varias, al haber sido concebidos desde una valoración diferente de "lo representado", no presentan esa correlación directa que el paradigma retratístico occidental demanda: la del sujeto representado con su tiempo histórico y con el espacio o contexto social, cultural y geográfico que lo alberga. El tiempo y el espacio asignados no son los propios del retratado sino aquellos que se le atribuyen en función de los intereses, perspectivas, modelos y políticas de representación de los emisores. En tal sentido, el comentario o epígrafe de las fotografías –en particular el de retratos o fotos familiares– constituyen un elemento complementario indispensable para la lectura de la imagen, ya que en este caso nos habla más de las percepciones, ideologías, intereses y "recuerdos" propios de la concepción espacio-temporal de los emisores y de quienes la adquirieron e hicieron circular que de la cosmovisión de los retratados. De este modo el espacio fotográfico no se reduce a la imagen

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 6

representada sino que se proyecta más allá de ella en un "espacio semántico" que circunda la fotografía y donde el texto vinculado a ella juega un rol importante.[33]

Por su parte, los retratos de inmigrantes tuvieron la misma función que este género adoptó en diferentes lugares del mundo occidental, pero en el contexto chaqueño su lectura asume particularidades: es un retrato que vinculó al inmigrante no sólo con las generaciones posteriores, sino con sus contemporáneos que quedaron en el Viejo Mundo o que se radicaron en otras regiones de la extensa geografía ofrecida por la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. Estos retratos individuales, matrimoniales y familiares se convierten, asimismo, en certificados de presencia y progreso; marcas y marcadores de existencia en un "Chaco desértico" para el imaginario europeo y metropolitano de la época, e íconos de un ideal de progreso social, pese a las limitaciones que el medio ofrecía.

El retrato familiar fue cuidadosamente compuesto, aun dentro de la precariedad que la vida rural y el trabajo demandaron a los inmigrantes. Estas imágenes muestran prestancia social, "dignidad hogareña" y afán de progreso social. Pose, gesto y vestimenta cooperan en la transmisión de estos rasgos identitarios. El mejor ropaje era seleccionado para estas representaciones y los pocos o muchos accesorios que tuvieran estaban obligatoriamente presentes, a lo que se sumaba un esmerado peinado por parte de las mujeres. En algunas escenas se presencian elementos que señalaban el nuevo contexto criollo al que se habían incorporado estos inmigrantes, como hombres vestidos con bombacha, botas de gaucho, pañuelo cuidadosamente dispuesto en el cuello y en ocasiones retratos de los hombres montados a caballo.[34]

Esto es fácilmente identificable en las fotografías de las familias inmigrantes seleccionadas. Tomemos las de la familia Pellizari: nos encontramos con un retrato de los padres de los Pellizari obtenido en Italia; luego, un retrato familiar de 1903 aproximadamente obtenido por Simoni, donde aparece Juan Pellizari con su esposa e hijo, su hermano Bartolo y otros familiares frente a su casa. En el mismo escenario que la imagen anterior, otra fotografía de 1911 de los Pellizari nos presenta la familia en crecimiento, también con el mejor vestuario disponible (imagen 3). La elección de un mismo contexto para ambas imágenes nos revela los avances edilicios y la ornamentación vegetal que la casa familiar iba adquiriendo. La frontalidad de la imagen, el primer plano de todos los personajes, el estatismo y la circunspección de los retratados, aluden a una certificación de presencia, de vida, de identidad, siguiendo los cánones de las imágenes de la documentación personal. El hogar es mostrado como promisorio, atenuando los dolores y sinsabores que la emigración había provocado.

La exhibición de lo "propio" permite mitigar el desarraigo en la imagen, aunque la fusión entre lo propio y lo adquirido también se muestre como un proceso de adaptación al medio. Estos inmigrantes no se exhiben como "huéspedes" de una sociedad a la que se suman, sino como "gestores", como pioneros, como constructores de ella. Los hábitos y la sociabilidad, sumados a la producción y la vestimenta, son los indicadores del proceso de incorporación y ascenso en la nueva patria.

En otras fotos aparecen los hermanos que emigraron juntos de Italia y, entre ellas, una foto de 1903 donde encontramos a Pellizari, Agostini, Tomassi y Giovannini, y otra de 1907 de los Pellizari, Agostini y Celva. Todas ellas fueron obtenidas por Simoni. Entre éstas se halla también la de los hermanos Pellizari, quienes fueron retratados en medio de las diversas actividades productivas a las que se dedicaron: en la chacra familiar junto a los surcos de algodón (imagen 4) y a los funcionarios que eran testigos del "progreso" que ello suponía[35] o en su propio taller rodeado de maquinarias varias. "El mundo laboral fue el que estableció el contacto obligatorio con miembros extraños al grupo, mientras la vida familiar fue el solaz, el reducto donde todo volvía a ser como en la patria añorada. Donde se protegía todo aquello que por conocido y querido brindaba seguridad; y se recobraban fuerzas para enfrentar a lo extraño y lo diferente, que subrepticiamente se iba incorporando a la cultura tradicional."[36]

Hacia 1940 nos encontramos con retratos individuales y familiares de la misma familia. El nombre del fotógrafo que obtuvo las fotos, Pablo Boschetti, y ciertos rasgos materiales presentes en la imagen, como la vestimenta, marcan el status alcanzado.[37]

En su conjunto, estas imágenes aluden tanto al concepto de familia nuclear como al de extendida. En cambio, en el caso de la fotografía indígena, las representaciones familiares transmiten únicamente la noción de familia nuclear, en contradicción a la concepción de familia de los mismos representados.

Los retratos de los primeros inmigrantes italianos arribados al Chaco refuerzan todos los componentes de perpetuación de la memoria mencionados y hacen hincapié en los elementos de identificación incorporados a la imagen, ya que son éstos los que permiten delimitar las fronteras étnicas no sólo con el indígena sino también con los "otros nosotros" o demás grupos con los que integró el vasto panorama inmigratorio. Estos índices pretenden poner de relieve la función que el individuo o el grupo ha ocupado en la sociedad chaqueña, y de ahí que se relacionen con el tercer modelo de representación seleccionado para el análisis, las imágenes vinculadas al progreso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sociabilidad e imagen

Para la cultura occidental el concepto de "evento social" se vincula con la sociabilidad, la celebración, el ocio, el esparcimiento, la intercomunicación grupal. En la fotografía de inmigrantes este modelo es muy importante, particularmente en imágenes que parecen corresponder a un evento familiar o a una escena de domingo. La cohesión de grupo y su distinción-límite frente a los "otros-nosotros" (es decir, los otros inmigrantes o los argentinos) fue posible tanto por uniones matrimoniales, por el mantenimiento de la lengua y por la importancia que le dieron a la sociabilidad intragrupal. Un claro ejemplo lo constituye una imagen de la familia Agostini, donde aparecen distintos miembros de la familia y de otras familias italianas con sus mejores atuendos, mientras una figura sostiene una guitarra y otra una mandolina (imagen 5).

La inclusión de objetos como éstos en la imagen es un recurso derivado del retrato pictórico; ello implicaba la incorporación de íconos que reflejaran en forma explícita la cultura a la que pertenecían, los que actúan de aval de pertenencia, de vinculación cultura material-etnicidad, tal como ocurría con la relación vestimenta-etnicidad. El contexto de la imagen, la edificación de la propia casa de Agostini en el fondo, también opera como elemento referenciador y disciplinador del entorno: el Chaco inhóspito y agreste del imaginario de la época ha sido "civilizado" en una imagen "pulcra", en un escenario ordenado, que la misma composición en planos medios de la imagen ayuda a transmitir. La fotografía actúa entonces como herramienta de la memoria contra el olvido por un lado (al permitir esa "conexión" con la nacionalidad) y como una afirmación de verdad, un elemento más en el nuevo espacio de memoria que los inmigrantes sentían estar construyendo, a la vez que se puede advertir esa intersección entre la historia privada y la pública.[38]

También son características en el corpus analizado las escenas de comunión, donde se conjuga la intención conmemorativo-religiosa con la social-comunitaria, ya que en algunos casos se muestra a los niños que toman la primera comunión junto a la comunidad italiana del poblado de Margarita Belén, evento que se realizaba precisamente en la casa de Agostini, donde los niños también acudían a las clases de catequesis (imagen 6). En este caso, la memoria se escribe desde los elementos culturales referidos a la religión, pero también desde los modos de vestir, de conmemorar y de mantener cohesionada una cultura a través de la unión de familias italianas.

En ambas fotos a las que hicimos referencia, personajes, pose y escenario se integran en la representación de un encuentro social-familiar, actuando la imagen de certificación del sostenimiento de una cultura en medio del "desierto chaqueño". Recordemos que muchas de estas imágenes eran enviadas a los familiares que permanecían en Europa; de ahí el carácter de "certificados" que ellas asumían. De este modo no sólo se volvían una posibilidad de corroboración, de huella innegable de lo que "había sido", sino también una auténtica herramienta de lucha por la memoria. Coincidimos entonces con lo expresado por Daniel James y Mirta Lobato para el caso de la formación de identidades de los inmigrantes de Berisso, en tanto "la serie de imágenes construye una historia familiar que es también una extensa narración de la identidad étnica reafirmada, reconfigurada y perdida".[39]

Estas fotos sociales encuentran un punto de coincidencia con algunas imágenes

Imagen 7

que aluden a lo "comunitario" en el nuevo contexto al que el indígena se ve obligado a integrarse, particularmente aquellas emanadas de los misioneros franciscanos, donde se representa a los indígenas de la misión desde una visión panorámica de la plaza, en grupos frente a la capilla, o en bailes en los que a primera vista –tanto por la vestimenta de los sujetos como por el mismo baile– se asemejan a gauchos y criollas. Esto pone de manifiesto lo comentado al comienzo respecto de la relación fotografía-memoria-identidad. Es decir, cómo los elementos culturales incorporados en las escenas sociales no son los propios de los grupos retratados, como tampoco los eventos a documentar; sino aquellos que, por imposición hegemónica de una cultura se han tomado como dignos de ser conservados, delineando así una memoria específica, o más bien poniendo de manifiesto el rol activo de los participantes (criollos y algunos inmigrantes que constituían la cultura hegemónica) en la lucha por imponer una memoria, la suya.

Este aspecto vinculado a la sociabilidad del indígena aparece con mayor énfasis en las fotografías misioneras y no se hace visible en la fotografía comercial, donde sí observamos escenas grupales con descripciones que hacen referencia a grupos étnicos, por ejemplo "Caciques indios mocovíes" de Theo Fumière, o "Indios matacos" de Arturo Boote, ambas indicando una cohesión de grupo, pero principalmente, una hibridez cultural manifiesta en la mezcla de ropaje del blanco, conjugada con lanzas, arcos y vinchas (imagen 7). En tal sentido, más que escenas sociales espontáneas, estos cuadros devienen "escenas étnicas" montadas.

A partir de estas imágenes vemos que la sociabilidad aparece, por un lado, como un elemento que caracteriza a la colectividad italiana, la agrupa y la distingue de los "otros" y de los varios "nosotros" u otras comunidades de inmigrantes; y, por otro, una intención de marcar la posibilidad de visibilizar una sociabilidad y una comunidad entre los indígenas misioneros, aspecto que no encuentra eco en la fotografía comercial

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

indígena, donde es reemplazada por escenas étnicas. La fotografía misionera deja entrever la sociabilidad a través de la subrepticia intención de transferir la mansedumbre lograda con el indígena, de evidenciar los "logros civilizatorios" obtenidos, de exponer una zona donde lo propio y lo adquirido convierten a la fotografía en un espacio disyuntivo.[40]

Progreso versus explotación en la vida laboral

El rol del inmigrante, asumido y reflejado en las imágenes, es el del pionero y "portador de progreso", el del luchador que ha logrado ascender socialmente. Por ello no sólo la vestimenta y el peinado actúan como índices de ascenso social sino también las edificaciones de sus propias viviendas, los pocos pero bien seleccionados elementos incorporados al montaje del escenario natural, ya que el estudio fotográfico no existía y estas imágenes fueron obtenidas por un fotógrafo aficionado.

Muchos de los sujetos fotografiados elegían, de este modo, retratarse en medio de los cultivos de su propia chacra o en las instalaciones del taller, vinculando de esta manera el interés por perpetuar la memoria con la identificación de la actividad desarrollada y la importancia de ésta en el contexto chaqueño. El trabajo es expuesto como prodigioso y complaciente en oposición a la idea de fatiga laboral común en el discurso de la época. De tal forma, la idealización del ambiente hogareño, de la sociabilidad y del mundo laboral contradice en estas imágenes las penurias iniciales manifestadas por los primeros inmigrantes italianos (por la demora en entrega de tierras, la falta de víveres y animales de labranza) y los procesos de adaptación al medio geográfico, el desconocimiento del idioma en su relación con los criollos, etcétera.

También dentro de este grupo de imágenes podemos ubicar aquellas de las asociaciones cooperativas, en particular una foto de la comisión directiva de la Cooperativa de Margarita Belén que reúne a los miembros fundadores, entre los que se encuentran Pellizari y Agostini (imagen 8). El asociacionismo fue una constante de las colonias de inmigrantes en la Argentina; los inmigrantes asentados en el Chaco, en particular los italianos a los que hemos hecho referencia, testimoniaron visualmente este afán asociativo como medio de organización comunitaria para la construcción del Chaco progresista. Pero, a la vez, entendemos que estas imágenes se encuentran en el cruce entre las representaciones de la actividad productiva y las sociales-comunitarias, ya que en todas se pretende exhibir no sólo determinada actividad laboral sino también la congregación de miembros de la misma colectividad.

Imagen 8

Para el caso de la fotografía indígena, son escasos los ejemplos en los que se aborda el tema del trabajo, prácticamente inexistente en la fotografía comercial-postal, y presente en la fotografía emanada del discurso misionero y gubernamental. El trabajo se revela como un "logro" que el blanco ha obtenido con "el nativo": se trata de imágenes con indígenas trabajando la tierra y algunas mujeres bordando o cosiendo, acompañados por sacerdotes o funcionarios públicos, cuya presencia "tutelar" en la imagen constituye un modo de evidenciar la "civilidad" o la "integración" obtenida. En tal sentido, estas imágenes, que tuvieron una amplia difusión en distintos contextos iconográficos, remiten a un "éxito" que la fotografía "certifica" de manera inapelable; un "triunfo" producido en el contacto interétnico por la supremacía del blanco, que se revela tanto en su contenido como en el hecho de que quien los hace trabajar obtura la cámara, conserva y difunde las imágenes como un trofeo.

Existen también fotografías de indígenas trabajando en la zafra (imagen 9) o realizando diversas tareas en tierras del ingenio azucarero (imagen 10), cuya circulación se realizó en informes gubernamentales o revistas de la época, y que también estampan este proceso de "integración" a través del trabajo que el discurso del Estado nacional resaltaba y que algunos de los agentes sociales y políticos pregonaron. Estas imágenes no sólo transmiten la violencia y la explotación ejercidas sino que se vuelven íconos de un "progreso posible del indígena". La violencia fotográfica se duplica: por el mismo hecho de "capturar" a través de la cámara fotográfica y por "lo capturado"/logrado: el "indígena trabajador".

Imagen 9

Con relación a ellas cabe señalar otro grupo de fotos que tuvo sin embargo escasa circulación y que se conservan en colecciones privadas de administradores, funcionarios y otros miembros de la comunidad de Las Palmas, donde funcionó el primer ingenio azucarero del Chaco: se trata de imágenes donde se observa a grupos de indígenas después del trabajo en la zafra, dispuestos en trenes, trasladados como "carga", aspecto que asume una simbología particular, en correspondencia con muchos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 10

discursos de la época, en los que el indígena era considerado una "carga de la sociedad", un "lastre" que no se sabía manejar (imagen 11). Al respecto decía el diario de la capital chaqueña *El Colono*: "El problema sigue sin resolver. Estamos hoy en el mismo lugar que estábamos al iniciar la conquista al desierto. No auspiciamos la destrucción del indígena, pero sí su alejamiento desde que se somete en apariencia para destruir a traición a todos los colonos trabajadores que dan la vida a la Nación. El Chaco es grande: donde se ubicó al blanco civilizado, que se desaloje al indígena haragán y busque en los bosques la presa codiciada, alejándose hacia el centro del desierto. Seamos más prácticos y menos sentimentales".[41]

Las imágenes del límite y los límites de la imagen

Las fronteras étnicas advertidas en el corpus fotográfico reflejan ese espacio (y tiempo) dislocado, *inter*medio, intersticial en el que acontece el encuentro entre el inmigrante y el indígena. Dos mundos culturales distintos entran en contacto al tiempo que se distancian, pero también se influyen o se "instituyen" como mundos hegemónicos o subalternos.

Este inevitable distanciamiento de mundos en la imagen constituye la demanda simbólica de diferencia cultural y hace de las fotografías un espacio de reunión, sitio de representaciones del indígena y el inmigrante, materializadas según finalidades de producción, circulación y uso diferentes.

En el corpus analizado, un ejemplo significativo que sintetiza la imposición hegemónica de un ideario, un mundo y una cultura es la fotografía de un matrimonio de un hombre francés con una mujer toba y sus siete hijos (imagen 12). Imagen enmarcada por un escenario natural, los retratados se encuentran prolijamente vestidos con los mejores atuendos de la moda occidental de la época y acompañados, en un plano posterior, por otro indígena. La particularidad de esta foto, acerca de la cual sólo conocemos lo que nos muestra, es que, además de consumar el ideal de colonización del Chaco, se sostiene a partir de los cánones de representación del retrato familiar y es testimonio de los pocos casos de unión matrimonial entre blancos e indígenas, donde se impone la concepción familiar de aquellos. Además, utiliza un medio de perpetuación de la memoria social propio de la cultura occidental: la fotografía.

Las imágenes revelan así una intimidad forzada para unos, voluntaria para otros: el inmigrante *deja ver* su mundo, mientras que *se da a ver* el del indígena, o, dicho de otro modo, es el inmigrante mismo quien decide *mostrar(se)* y perpetuar su *ethos* a través de la imagen fotográfica, mientras que la visión y modo de vida del indígena es *mostrado*/conformado.

Así, por ejemplo, el realismo y el estereotipo como categorías identificatorias de lo "otro" indígena llevan a que las imágenes asuman formas culturales de poder, mediante la intervención de estrategias compositivas, a través de las cuales se seleccionan ciertos íconos y se distribuyen o disponen los sujetos/objetos representados.

Los lugares asignados al "otro", la clasificación de mundos propuesta, los silencios y los puntos híbridos de sentido que resultan, configuran un espacio en el que las narrativas de vida son desplazadas y articuladas en función de una ambivalencia diferencial: dar a ver/conocer la *otra* realidad ajena –y en consecuencia reconocerla y "otorgarle identidad"– a partir y para fortalecer la propia.

En este sentido es posible pensar cada fotografía como la imagen de ese punto límite, esa frontera étnica desde y a partir de la cual el inmigrante europeo y el indígena se vinculan, es decir, concebirla como "imagen del límite intercultural". Pero ello supone interrogarse previamente por las posibilidades epistemológicas que abre cada imagen fotográfica, o sea, considerar los límites cognoscitivos de la imagen en tanto objeto de estudio.[42]

Memorias visuales y fronteras étnicas difusas

El interés de este trabajo estuvo orientado en reconstruir las maneras en que –a través de la fotografía– se articularon mecanismos de construcción y transmisión de memorias e identidades chaqueñas.

En el caso de la fotografía de inmigrantes la memoria (re)elaborada se presenta como *unificada* (en archivos) y en apariencia *homogénea* (en los puntos de identificación seleccionados); la de indígenas, en cambio,

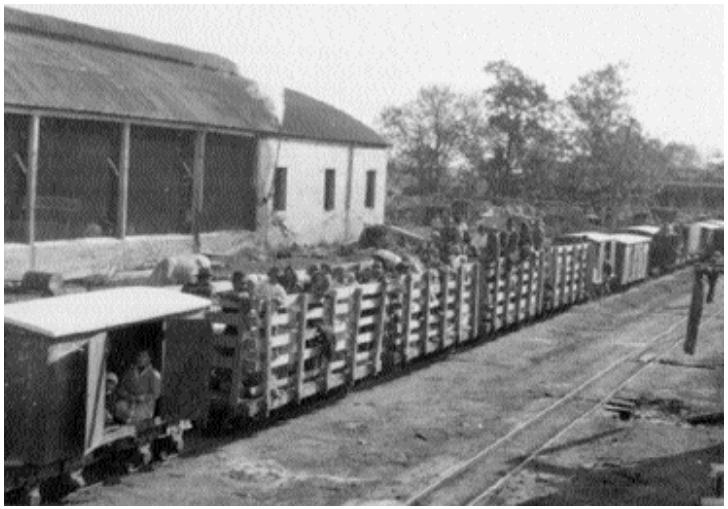


Imagen 11

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Imagen 12

se muestra *dispersa* (en colecciones varias, lejos de los ámbitos donde fueron obtenidas), *desconocida* por sus protagonistas y *heterogénea*. En ambas, desde el punto de vista formal-compositivo, se respetan los cánones occidentales de representación de sujetos y escenarios.

Mientras las fotografías de inmigrantes pretenden –a través del retrato, de la narración de historias familiares y comunitarias y de la valoración de ámbitos y actividades– reafirmar una identidad y garantizar espacios de poder, las de indígenas, por el contrario, se prestan al juego de la manipulación, las contradicciones y la ambigüedad de sentidos. Así, los puntos visuales de identificación son impuestos en cada fotografía por la cultura hegemónica y combinados con elementos considerados como propios de los pueblos chaqueños. De este modo las imágenes reflejan la violencia ejercida sobre las comunidades originarias como un logro del "progreso" de la sociedad chaqueña y nacional, como una manifestación del poder de quienes "muestran".

En este sentido creemos que las fronteras identitarias a las que las imágenes remiten se muestran difusas, ya que nos encontramos con una situación de doble exclusión: la configuración –según dispositivos visuales específicos– de un imaginario generalizante del "otro" indígena, y una fragmentación de la memoria común al propio grupo de inmigrantes. Esto es, la determinación de varios "nosotros" respecto de un "nosotros" incluyente y abarcador, en función de experiencias familiares y grupales disímiles, que sin embargo se muestran compactas en lo intragrupal.

Selecciones y elecciones encadenadas: de ello se trata este *mostrar* y *mostrarse*. Selección de escena y escenario, elección de quién, qué y cómo se muestra, dónde y qué se guarda y protege, cómo transita y para quién; selección de determinadas dimensiones visuales que fueron a su vez las que se conservaron, no sólo por una cuestión afectiva, sino para poner énfasis en aquellos hechos considerados como los únicos susceptibles de ser recordados. Ésta, la nuestra, es sin duda una nueva selección de lo que se analiza y muestra. Las imágenes examinadas aquí fueron las elegidas por la cultura hegemónica para mostrar(se) identidades. Éstas constituyen apenas el extremo visible relativamente estable y naturalizado de indicadores identitarios mucho más heterogéneos y plurales dentro del fluctuante panorama étnico chaqueño de fines del siglo XIX y principios del XX. La fotografía y los rasgos de verosimilitud y fidelidad convencionalmente atribuidos en esta época han contribuido en la construcción de la memoria del *otro* (grupos subalternos-indígenas) desde los medios técnicos, los parámetros perceptivos y la ideología del *nosotros* (cultura hegemónica).

La supuesta incapacidad de la fotografía de mentir, su carácter irrefutable de "espejo de la realidad", permitió una utilización manipuladora de la misma respecto de los grupos indígenas; pretendió verificar una realidad "no inventada" que diera cuenta de que lo visto existió "tal como se lo muestra".

Notas

[1] Un interesante y completo análisis sobre estos aspectos se encuentra en José Pablo Concha, "Más allá del referente, fotografía. Del índex a la palabra", *Aisthesis 30 años*, N° 3, Santiago de Chile, Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2004; Raphael Samuel, "El ojo de la historia", *Entrepasados. Revista de Historia,* 18-19, Buenos Aires, 2000, pp. 95-106. También se pueden consultar los clásicos textos de Ronald Barthes, *La cámara lúcida*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1989; Geoffrey Batchen, *Arder en deseos. La concepción de la fotografía*, Barcelona, Gustavo Gilli, 2004; Philippe Dubois, *El acto fotográfico. De la recepción a la representación*, Barcelona, Paidós, 1986; Vilem Flusser, *Hacia una filosofía de la fotografía*, México, Trillas, 1990, entre otros.

[2] Miguel Rojas Mix, *El imaginario. Civilización y cultura del siglo XXI*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006, p. 131.

[3] Véase Annette Khun, *Family Secrets. Acts of memory and Imagination*, Londres, Verso, 2002.

[4] Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo Veintiuno, 2002, p. 10.

[5] Véase al respecto Miguel Rojas Mix, *El imaginario*, p. 19. Esta idea acerca de un tejido de representaciones a través del cual los individuos, grupos y colectivos sociales dan sentido a la realidad es uno de los supuestos centrales que, referido en particular al imaginario orientalista y a las relaciones entre imperialismo, orientalismo y cultura, analiza Edward Said en *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.

[6] Roland Barthes, *La cámara lúcida*, p. 44.

[7] Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981, p. 52,

[8] Los diferentes conceptos desde los cuales el sector hegemónico ve al indígena pueden responder durante este período a distintos paradigmas de representación visual. Entre ellos se advierten el naturalista-primitivista, el cientificista, el documentalista-estetizante y en algunos casos el antropométrico, basado en los criterios de la antropología forense. Más adelante se aludirá en este trabajo –directa o indirectamente– a algunos de estos paradigmas y a sus posibles cruces en las imágenes analizadas. Pero para una explicación y un desarrollo más precisos, véase Mariana Giordano, *Discurso e imagen sobre el indígena chaqueño*, La Plata, Al Margen, 2004, en especial el cap. II.

[9] Si bien esta relación conceptual es objeto de una abundante discusión teórica, adoptamos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aquí la postura de Joel Candau, según la cual ''no hay búsqueda identitaria sin memoria e, inversamente, la búsqueda memorialista está siempre acompañada de un sentimiento de identidad, al menos individual''; Joel Candau, *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Del Sol, 2001, p. 16.

[10] Ídem. Esta noción de identidad se contrapone a la de "comunidad étnica orgánica" analizada desde otra perspectiva por Homi Bhabha y explicada a partir del concepto de "identidad pura". Esta última sería el resultado de una "limpieza étnica" que sólo se lograría mediante la negación –figurativa y literal– de los complejos tejidos de historias y fronteras culturales. Véase Homi Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.

[11] Según Liliana Tamagno, el tratamiento de la identidad en la literatura antropológica desemboca con frecuencia en el análisis de la identidad étnica y al abordar la interpretación de los grupos étnicos se hace referencia a la identidad. Siguiendo los planteos de Miguel Bartolomé (1987), explica que "la identidad étnica no se agota en un repertorio de rasgos cuya supervivencia sería el único indicador del mantenimiento de la identidad. La etnicidad, en tanto es identidad en acción, es política, pero no debe, por ello, interpretarse como restringida a los grupos de interés o como meramente instrumental. […] las transformaciones no afectan la identidad étnica toda vez que no se haya perdido la referencia a […] un origen común". De este modo la identidad étnica "estaría dada por la forma en la que una sociedad interpreta su experiencia, como la forma ideológica que asume un grupo sobre su existencia, como sistema de símbolos que supone membresía, rasgos, elementos compartidos y afinidades". La lengua, el territorio, la indumentaria, el estilo de vida, la historia, el sistema económico, la adscripción parental y la participación política suelen ser algunas de las matrices ideológicas y culturales a través de las cuales los pueblos originarios autodefinen su identidad, conservando y reproduciendo su filiación étnica. Liliana Tamango, *Los tobas en la casa del hombre blanco. Identidad, memoria y utopía*, La Plata, Al Margen, 2001, pp. 58-59.

[12] Si bien en este artículo analizamos solamente fuentes visuales, en otra oportunidad hemos abordado el discurso escrito en forma complementaria al visual: Mariana Giordano, *Discurso e imagen…* A este respecto cabe aclarar que el hecho de estudiar la fotografía como fuente y documento y considerarla en la construcción de memorias e identidades no implica de ninguna manera la "reconstrucción de la historia" de los pueblos de inmigrantes e indígenas chaqueños. La crítica documental, el cruce de información visual con información textual, permiten una interpretación de la imagen fotográfica alejada de su concepción mimética. Por ello, lo discutido alrededor de una foto en este trabajo surge de considerarla como uno de los tantos modos de construcción de la realidad y no como un espejo de ella. Comparte este carácter con el texto escrito, pero en la fotografía de indígenas asume una característica peculiar: es una realidad construida visualmente sin intervención o con desconocimiento de los propios sujetos visualizados.

[13] Véase Deborah Poole, *Vision, Race and Modernity: A Visual Economy of the Andean Image World*, University Press Princeton, 1997.

[14] En ese museo se conservan diferentes elementos materiales de los primeros pobladores inmigrantes de la región, donados por sus mismos familiares.

[15] Juan Bautista Simoni procedía de Trento (Italia); a los doce años arribó al Chaco, el 19 de enero de 1879, junto con sus padres y los primeros grupos de inmigrantes. El repertorio fotográfico que tomó a gran parte de la colectividad italiana radicada en las colonias de Puerto Bastiani, Margarita Belén, Tirol y Popular lo convierte en el fotógrafo por excelencia de la primera inmigración al Chaco. Colocaba sobre sus fotos un sello que rezaba "Fotógrafo aficionado". Véase Teresita A. de Tomassone, "Juan Bautista Simoni. Datos biográficos", Resistencia, Museo Ichoalay, mimeo, 2004.

[16] Las noventa placas fueron entregadas en comodato al Núcleo de Estudios y Documentación de la Imagen (NEDIM) donde han sido positivadas. Si bien todas pertenecen a las colonias de inmigrantes italianos, no es posible identificar específicamente en cada una de ellas los sujetos o las familias retratados, ya que al ser negativos ninguna presenta el epígrafe o referencia escrita con el que suele acompañarse la imagen fotográfica. En el caso de las imágenes de indígenas, si bien la mayoría tiene una descripción "explicativa", presentan una referencia y caracterización englobante.

[17] Al decir de Peter Burke, "la imagen material o literal constituye un buen testimonio de la «imagen» mental o metafórica del yo o del otro"; *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico,* Barcelona, Crítica, 2001, p. 37.

[18] Sobre el concepto de "historizar las memorias", véase Elizabeth Jelin, *Los trabajos…*

[19] El Chaco argentino fue organizado institucionalmente en dos Territorios Nacionales: Chaco y Formosa. Nuestro análisis se circunscribe al primero, donde en forma paralela a la organización y la colonización del territorio se produjeron las campañas de "pacificación" hacia los indígenas y la llegada de la población inmigrante. Luego de esta organización institucional, otras porciones del Chaco quedaron bajo la jurisdicción de las provincias de Salta, Santiago del Estero y Santa Fe.

[20] Véase al respecto Mariana Giordano, *Discurso e imagen…*

[21] Hugo Beck, "Inmigrantes europeos en el Chaco", *Cuadernos de Geohistoria Regional*, 39, Resistencia, IIGHI-CONICET, 2001, p. 137.

[22] Véase al respecto Mariana Giordano, *Discurso e imagen…*

[23] Homi Bhabha, *El lugar de la cultura*, p. 23.

[24] Véase Deborah Poole, "An image of «our Indias». Type photographs and Racial sentimental in Oaxaca, 1920-1940", *HAHR*, 84: I, Durhan, Duta University Press, 2004, pp. 37-82.

[25] Véase Margarita Alvarado y Peter Mason, "Fueguia Fashion. Fotografía, indumentaria y etnicidad", *Revista Chilena de Antropología Visual*, 6, Santiago de Chile, 2005; http://www.antropologiavisual.cl/alvarado_fotografia.htm#capa2.

[26] Véase Mariana Giordano, *Discurso e imagen…*

[27] Véase al respecto Carlos Masotta, "Cuerpos dóciles y miradas encontradas. Límites del estereotipo en las postales de indios argentinas (1900-1940)", en Cuarto Congreso Chileno de Antropología. Universidad de Chile, Santiago, 2001 (versión en internet).

[28] Sobre el discurso colonial referido a los indígenas chaqueños, véase Beatriz Vitar, "Mansos y salvajes. Imágenes chaqueñas en el discurso colonial", en Fermín del Pino y Carlos Lázaro (coords.), *Visión de los otros y visión de sí mismos*, Madrid, CSIC, 1995, pp. 107-126.

[29] Señala Pablo Wright que "en estado libre, vivían en bandas nómadas integradas por familias extendidas, tanto de línea materna como paterna. […] La unidad primaria de la sociedad era la familia extendida, cuyos integrantes compartían recursos sin un mecanismo central de autoridad"; "Los indígenas del Chaco argentino", en *Aborígenes del Gran Chaco: fotografías de Grete Stern: 1958-1964*, Buenos Aires, Fundación Antorchas-Fundación CEPPA, 2005, pp. 26-27.

[30] Véanse al respecto Margarita Alvarado *et al*., *Mapuche. Fotografías Siglos XIX y XX. Construcción y montaje de un imaginario*, Santiago de Chile, Pehuén. 2001; Raúl Beceyro, *Ensayos sobre fotografía*, Buenos Aires, Paidós, 2003; François Soulages, *Estética de la fotografía*, Buenos Aires, La Marca, 2005.

[31] Sobre el concepto de "desierto chaqueño" al que nos referiremos en varias oportunidades, véanse Pablo Wright, "El desierto del Chaco. Geografías de la alteridad y el Estado", en Ana Teruel y Omar Jerez (comps.), *Pasado y presente de un mundo postergado*, Jujuy, UNJU-UNHIR, 1998, pp. 35-56; Carla Lois, "La invención del desierto chaqueño", *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 38, Barcelona, 1999.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[32] Existen también muchos "montajes" de escenas familiares en imágenes que los sacerdotes persiguieron con fines específicos como las obtenidas por Gianecchini-Maccio en las misiones franciscanas del Chaco boliviano. En ellas, los retratados se convierten, a través de diferentes dispositivos de pose, escena, actos de vestir/desvestir, y de las descripciones que las acompañan, en categorías étnicas. Si bien otras fotos de este corpus muestran los escenarios de los grupos retratados, aquellas que focalizan al sujeto o al grupo familiar recortan tiempo y espacio, aíslan al sujeto y lo hibridizan en las vestiduras y los accesorios que le incorporan. Véase al respecto Mariana Giordano, "Escenarios y escenas étnicas en la fotografía misionera. Imaginario franciscano del Chaco boliviano", *XXVI Encuentro de Geohistoria Regional*, IIGHI-CONICET, Resistencia, 2006, versión CDrom.

[33] Véase Valery Stigneev, "El texto en el espacio fotográfico", en Steve Yates (ed.), *Poéticas del espacio*, Barcelona, Gustavo Gilli, 2002, pp. 95-106.

[34] Véase Mariana Giordano y Patricia Méndez, "Cristales de la memoria. Imaginario étnico en la fotografía familiar chaqueña", *IV Jornadas Imagen, Cultura y Tecnología,* Madrid, Universidad Carlos III, 2005.

[35] Hay imágenes de Juan Pellizari en su chacra de algodón junto al ingeniero Carlos Muello, quien visitó el Chaco como miembro de la Comisión Investigadora de Tierras Fiscales. Algunas de estas fotos fueron publicadas en un informe de Muello de 1918.

[36] Hugo Beck, "Inmigrantes europeos…", p. 139.

[37] El estudio de Boschetti era para entonces el más reconocido de Resistencia. Algunas de estas imágenes fueron obtenidas en su estudio y otras en la misma casa de los Pellizari, lo que implicaba su traslado a la localidad de Margarita Belén para la toma.

[38] Sobre el cruce que se produce en la imagen fotográfica entre lo privado y lo público véase Marianne Hirsch, *Family Frames. Photography, Narrative and Postmemory*, Harvard University Press, 1997.

[39] Daniel James y Mirta Zaida Lobato, "Fotos familiares, narraciones orales y formación de identidades: los ucranianos de Berisso", *Entrepasados Revista de Historia*, 24-25, 2003, p. 163.

[40] Esta concepción de la fotografía como espacio de conflictos guarda cierto paralelismo con la de memoria como objeto de disputas y espacio de lucha política analizada por Elizabeth Jelin, *Los trabajos…*, según la cual el rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas está enmarcado en relaciones de poder.

[41] *El Colono*, Resistencia, 20 de julio de 1911.

[42] En este sentido, otro aspecto interesante de análisis estaría dado por un desplazamiento desde el pasado contenido en las imágenes fotográficas hacia el presente de su contemplación, contemplación desempeñada no sólo por los ojos del analista sino también y en especial por los de las mismas comunidades representadas en las imágenes y/o sus descendientes. Este desplazamiento revelaría no sólo la negación de los procesos de construcción y transmisión de memorias de las comunidades indígenas en un momento específico de su historia (el momento de producción de las imágenes) sino también un descuido que se continuaría hasta hoy y que estaría vinculado al hecho de que estas imágenes atribuidas como pertenecientes a su mundo y que pretendieron erigirse como representativas de "lo *otro*" permanezcan en la actualidad desconocidas por los mismos pueblos originarios y/o sus descendientes. ¿Cuál sería la postura de los mismos ante estos acervos visuales de sus antepasados en manos del sector hegemónico?, ¿cuál es el sentido que cobrarían tales imágenes en los procesos de construcción y transmisión de sus memorias?, ¿en qué medida estas imágenes devendrían un medio de reconocimiento y acercamiento a sus pasados o una vía de distancia y extrañeza?, ¿sería posible o "necesaria" una "restitución" de sus pasados/memorias "contenidos/as" en las fotografías? Éstas son algunas de las preguntas que orientan un proyecto de investigación actualmente en curso, denominado "Captura por la cámara, devolución por la memoria. Imágenes fotográficas e identidad" (PIP 6548-CONICET) desarrollado por Elizabeth Jelin, Ludmila Catela Da Silva y Mariana Giordano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De los barrios al centro: Raúl Scalabrini Ortiz en *La Nación*, 1929

*Fernando Diego Rodríguez**

Introducción

Hoy opacada por la alta visibilidad que su obra ensayística e historiográfica[1] logró a partir de los años 30, la figura de Raúl Scalabrini Ortiz como periodista y partícipe del ámbito de las vanguardias literarias en la década de 1920 merece ser recobrada a fin de que sus diversas estaciones puedan mostrarnos las peripecias de la profesionalización en el campo intelectual durante los años 20 y con ello los caminos, a veces azarosos, por los cuales una serie de temas van encontrando, en un joven autor, el espacio y el tono de su expresión.

Por ello, recordaremos brevemente algunas instancias particulares de su biografía intelectual hasta encontrarnos finalmente con la columna "A través de la ciudad" que Scalabrini escribió en el diario *La Nación* desde julio de 1928 hasta agosto de 1930.

Raúl Scalabrini Ortiz nació en la provincia de Corrientes el 14 de febrero de 1898; cuatro años más tarde la familia se radicaría en Buenos Aires. En esta ciudad inicia y abandona la carrera de Ingeniería, para diplomarse finalmente como agrimensor en 1919.[2] Por entonces, participa de la primera agrupación comunista universitaria, Insurrexit, experiencia que hacia 1928 evocará de este modo: "En la época de la guerra contribuí a formar el grupo comunista Insurrexit. Esos dogmas no me desvelan ahora pero la práctica del comunismo dejó en mí una huella tan honda que mi espíritu parece un par de brazos fraternales".[3] Aquellos años de estudiante marcan a su vez el comienzo de dos de sus pasiones juveniles: las letras y el deporte, actividad esta última en la que llega a destacarse como boxeador amateur en el Club Universitario de Buenos Aires.

La vida universitaria por entonces tramada con las derivas nocturnas de la bohemia porteña orientan el interés de Scalabrini hacia el mundo literario, en un Buenos Aires que por entonces asiste a la puesta en escena de algunos procesos culturales importantes con el arribo y la recreación local de las vanguardias estéticas de la primera posguerra. Así, hacia 1922, Scalabrini Ortiz comienza a frecuentar el círculo de escritores que se da cita en la librería de quien será su primer editor, don Manuel Gleizer, entre los que se cuentan Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Arturo Cancela, Nicolás Olivari, entre otros; algunas de estas relaciones serán sus puentes iniciales hacia el mundo del periodismo y la literatura. Es así como en 1923 publica, a instancias del propio Gleizer, un libro de cuentos titulado *La manga* y comienza a escribir oca-

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sionalmente para *La Nación* y con más frecuencia en *El Hogar*, donde estrena una nueva veta literaria: la de crítico teatral.

En 1924 sobrevendrá su primer viaje a Europa, del que regresa al cabo de cuatro meses. Nuevamente en Buenos Aires, encuentra acogida literaria en la más prestigiosa de las revistas de la nueva generación, *Martín Fierro.* La firma de Scalabrini aparece en la revista con cierta regularidad desde mayo de 1926 hasta el cierre de la publicación, en noviembre de 1927. A partir de este momento, la presencia de Scalabrini en el ámbito de la nueva estética y del periodismo masivo porteño se multiplica hasta alcanzar una alta visibilidad hacia fines de la década. Una parte significativa y hasta ahora olvidada de este proceso está conformada por la colección de notas abordadas en este artículo.

Scalabrini atraviesa estos años recorriendo el territorio nocturno de los cafés –en especial el Royal Keller, emplazado en la esquina de Corrientes y Esmeralda, que nuestro autor transformará más tarde en el vértice del espíritu porteño–, las redacciones de *La Nación, El Mundo* –donde reemplaza por un tiempo a Roberto Arlt– y *Martín Fierro.* Aquel "excursionismo urbano", práctica ya por entonces común a todas las vanguardias e inmortalizado en el caso porteño por las páginas del *Adán Buenosaires* de Leopoldo Marechal, comienza a revelarle la ciudad como la materia y la localización de un problema que todavía no puede enunciar. En aquel tiempo de deriva por las calles y las ideas y en el espacio de sus charlas con Macedonio Fernández, a quien siempre reivindicó como "maestro" de su generación, es cuando se construye el esqueleto textual e ideal de su primer y a la vez mayor éxito editorial: *El hombre que está solo y espera*.

No obstante su cercanía con el martinfierrismo, Scalabrini asiste por esos años a peñas y encuentros de otros círculos artísticos, como el que se reúne en el Tortoni alrededor de Alfonsina Storni, Benito Quinquela Martín y Juan de Dios Filiberto, y a su vez traba estrecha relación con escritores del grupo de Boedo.

En esos años, los que siguen a su regreso de Europa, Scalabrini comienza a definir un proyecto literario. Mientras Borges es atrapado por los suburbios, por esa zona de la ciudad imprecisamente urbanizada poblada por personajes legatarios del antiguo coraje criollo, Scalabrini por su parte instala el corazón de Buenos Aires y el núcleo de sus preocupaciones en el centro mismo de la ciudad: Corrientes y Esmeralda, el Royal Keller, las angulosas perspectivas de los nuevos edificios y las muchedumbres anónimas que la transitan.

La actividad literaria y periodística de Scalabrini parece funcionar plenamente en la prosecución de un objetivo preciso, pero para el cual no encuentra aún la forma definitiva en la cual darlo a conocer: dar cuenta del hombre porteño, de sus angustias e ideales, de su soledad que es ante todo soledad sexual. Es así como, alcanzada ya cierta notoriedad en el medio literario y excluyendo el módico suceso de *La manga*, faltaba para su consagración la publicación de una obra de envergadura. Scalabrini lo sabía, pero la transformación de sus reflexiones en *El hombre que está solo y espera* se demoró cuatro años; es posible sostener, con alguna evidencia empírica, que el producto previsto por Scalabrini era en principio una novela, convertida finalmente en el ensayo conocido.

Concluida en noviembre de 1927 su participación en la revista *Martín Fierro* debido al cierre de la publicación, que ya en su momento se relacionó con la constitución del Comité de Intelectuales Yrigoyenistas, integrado por Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, los hermanos Raúl y Enrique Tuñón, Francisco Luis Bernárdez, Ulises Petit de Murat, entre otros (entre quienes no se contaron Scalabrini Ortiz ni Macedonio Fernández), Scalabrini continúa, después de aquel episodio, publicando en el espacio de las vanguardias, en la revista *Pulso,* donde por breve tiempo y bajo la dirección del inefable Alberto Hidalgo parece recomponerse aquel frente de la renovación estética porteña.

La actividad de Scalabrini se multiplica en el ambiente literario y periodístico a partir de mediados de 1928. En ese año ordena, junto al hijo de Macedonio, los papeles de su maestro y se encarga de la publicación de *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. Por su parte, el diario *La Nación* lo contrata a partir de julio para escribir una columna titulada "A través de la ciudad", que es la que aquí trataremos en particular. En el diario de los Mitre trabará varias amistades, en especial con Eduardo Mallea y Enrique Méndez Calzada. A partir del año siguiente, su presencia en el campo periodístico alcanza su punto de mayor intensidad. La revista *El Hogar* lo convoca para reemplazar a Nicolás Coronado en la sección de crítica teatral, un tema que, como vimos, no es nuevo para él, quien incluso había ensayado hacia 1926, sin éxito, una entrada en la dramaturgia con la obra *La bestezuela indomable*.

Su perfil de cronista urbano se afirma cuando, entre septiembre y noviembre de 1929, suplanta en el diario *El Mundo* la columna de "Aguafuertes Porteñas", de Roberto Arlt, con una que titula "Apuntes porteños". Tanto esta serie de *El Mundo* como aquella de *La Nación* fueron no sólo ejercicios de la práctica del periodismo profesional sino también los capítulos provisorios de una novela urbana. En su archivo personal constan prolijamente anotados los encabezamientos de cada uno de los "Apuntes porteños", que aparecen junto al título de una posible obra: "Un escritor porteño. La vida de la ciudad". A continuación, anota la frase que sigue: "A esto se le podría agregar pequeñas instantáneas porteñas sacadas de «A través de la ciudad»", y por fin un desafiante "¿por qué no?", doblemente subrayado.[4]

De esta forma, el anticipo que la revista *Claridad* ofrecía, en 1928, de su breve autobiografía luego incorporada a la compilación de Miranda Klix *Cuentistas argentinos de hoy*,[5] se revela como el provisorio balance de un escritor que ya se halla en el camino de la consagración. En aquella pieza publicada en *Claridad* Scalabrini ofrece algunas claves acerca de cómo concebía su propia trayectoria. Sostiene así que su juventud "está tirada por todas las calles de Buenos Aires" y que ha dejado "ternuras en todas las casas de lenocinio", para evocar luego el viaje a Europa de 1924. Vuelve una vez más a especular sobre la tarea literaria a la que se siente llamado: "Mi gran aspiración actual: el alma de Buenos Aires, el alma del hombre que yo he situado en Corrientes y Esmeralda, pero que también se halla en cualquier café poblado de machos en celo", son las imágenes que aparecen en las notas de su archivo personal y también las que aparecerán en *El hombre….* La autobiografía ofrecida incluye también las opiniones de Scalabrini sobre uno de los desvelos de su generación: "Debo decir que, para mí, literariamente la República Argentina termina en Belgrano. Los nacionalismos políticos no me interesan, aunque sentimentalmente todo lo argentino me preocupe".[6]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el razonamiento de Scalabrini, esa obra que registre el "alma argentina" está condenada a resolverse en clave absolutamente urbana: los procedimientos habituales del criollismo le parecen agotados. En el mismo período en que desarrolla la columna del diario *La Nación* que aquí trataremos, comenta en un reportaje publicado en *La Razón:* "El gaucho no existe, y los paisanos exaltados a Intendentes de los pueblos del interior procuran imitar las costumbres porteñas, produciendo un tipo híbrido que literariamente no interesa".[7]

El movimiento del 6 de septiembre de 1930 encontrará a Scalabrini Ortiz volcado entonces con decisión al periodismo y a las letras. En noviembre de 1931, luego de haber presentado el original de *El hombre que está solo y espera* en octubre para aspirar al Premio Municipal de Literatura, Scalabrini veía por fin su libro publicado por Gleizer; la edición que comenzó a circular a fines de aquel año se convirtió pronto en un notorio éxito de público. Arranca para nuestro autor otra historia donde las tramas de la literatura y la política se irán reordenando y transformando hasta dar al fin con un Scalabrini, el de los años 40 y 50, más reconocible para las generaciones que a partir de la década del 60 hicieron de él uno de los pilares del pensamiento "nacional y popular". Ésa es, como dijimos, otra historia, y en mérito a la propuesta original de este trabajo volveremos sobre nuestros pasos en la vida de Scalabrini para revelar su encuentro con la "ciudad material", parte insoslayable en la construcción de su "otra" ciudad, la de ese hombre para siempre instalado en el cruce de Corrientes y Esmeralda, lugar transitado hasta el hartazgo por todos los imaginarios porteños.

A través de la ciudad con Scalabrini Ortiz

Desde mediados de los años 20 los temas vinculados a la ciudad cobran una alta visibilidad en la prensa periódica. Buenos Aires toma, desde el Centenario, material y simbólicamente un impulso hasta entonces desconocido, la grilla de las calles comienza a definir nuevos barrios, el transporte empieza a acercarlos al centro. En la medida en que los retazos de campo, todavía importantes, comienzan a desaparecer, nace la mitología borgeana de las orillas. El nuevo periodismo de *El Mundo* y *Crítica* se hace reiteradamente eco de los reclamos vecinales, ante un estado municipal al que siempre se ve en mora con la ejecución de obras necesarias para dotar a los nuevos barrios de los servicios básicos, reclamos que además están amplificados por la presencia de un creciente movimiento fomentista.[8] *La Nación* decide, entonces, salir también ella a intervenir en este espacio urbano que es, además, ámbito de captación de lectores entre las nuevas elites barriales de profesionales y pequeños comerciantes. No es que este diario no se ocupara de estos temas con anterioridad; en sus páginas los asuntos municipales siempre tuvieron un tratamiento amplio, tanto en las noticias legislativas como en los distintos debates que la urbanización iba planteando. Los Amigos de la Ciudad, organización de notables que intervenía en ellos, hallan frecuente cabida a sus opiniones en las páginas del diario. Pero, sin duda, se percibe que otra cosa hace falta, tal vez un autor no tan audaz como el Roberto Arlt de *El Mundo* y por supuesto algo que no fuese intolerable para *La Nación* y sus lectores, como seguramente lo eran las notas de *Crítica*. Es así como a partir del 9 de julio de 1928 el diario contrata a Raúl Scalabrini Ortiz para que sea él una pluma vinculada notoriamente a las vanguardias literarias, pero a su vez un escritor elegante y con cierto saber técnico, quien se haga cargo del desafío de llevar adelante una columna diaria que titulará "A través de la ciudad". Esta columna se publicó hasta el 26 de agosto de 1930.[9]

La Nación presenta así la columna en aquel 9 de julio, definiendo el formato y su destinatario: "*La Nación* ha llegado a comprobar la necesidad de extender el concepto de servicio público, que es un concepto periodístico por el cual ha guiado siempre sus esfuerzos. Los hombres de trabajo, la industria y el comercio pequeños, que son una base firme de la prosperidad común; los barrios que aspiran a mejorarse; los vecinos que se preocupan del bien general, requieren ya, no solamente de la atención de conjunto que se les prestaba en estas columnas sino también una más particular".[10]

Scalabrini asume así, de un día para el otro, un nuevo personaje: el de fiscal urbano. A él llegan, por vía de notas o llamadas al diario, gran cantidad de reclamos de lo más variados: pavimentos, luz pública, desagües, etc., y él los publica agregando cada día un prolijo croquis urbano de su propia autoría, donde dibuja la esquina o traza el plano del barrio con problemas.

Si muchas veces los reclamantes son individuales, especialmente en el caso de los comerciantes acosados por codiciosos inspectores municipales, otras tantas los peticionantes asumen una forma institucional, como en el caso de las sociedades de fomento.[11] Algunas de ellas, como las de Liniers y Caballito Sur, se convierten en interlocutores habituales, por lo cual estos barrios ocupan un lugar recurrente en la columna.

Pero Scalabrini no se resigna a ser un mero receptor pasivo de denuncias y no puede resistir la tentación de hacer con ellas pequeñas piezas de erudición filosófica y de ambición literaria. Las notas de Roberto Arlt en *El Mundo*[12] seguramente funcionaron como un espejo donde mirarse; no obstante, como veremos en las páginas que siguen, las propias modalidades de la escritura de Scalabrini, así como el molde –y los límites– que podía ofrecer un diario como *La Nación* dieron como resultado un producto notoriamente diferente del de su amigo y colega en las letras.

De esta forma, Scalabrini aborda la producción de 402 notas a lo largo de dos años. Estas notas pueden agruparse en dos etapas: la primera abarca hasta el 19 de agosto de 1929 y es la más densa e interesante, con un conjunto de 331 notas, lo que nos habla de una presencia prácticamente diaria. A partir de esta fecha y hasta el fin de la columna en agosto del año siguiente sólo aparecen 71 notas en un formato muy diferente, ya que sólo cuentan con una serie de mapas y croquis con muy breves textos al pie.[13]

Estos artículos poseen una característica común: por sobre las temáticas puntuales que allí se desarrollan, se trata de textos atravesados por las inquietudes literarias y filosóficas del autor, lo cual confiere a la columna una extraña cualidad. Si en *La Nación* casi nadie firma –para ello, a diferencia de los nuevos diarios como *Crítica*, se debe tener un alto grado de consagración pública–, Scalabrini se desmarca del estilo en general pacato del diario y suplanta la presencia de su nombre impreso por las marcas de una escritura que pueda ser reconocible, sobre todo por sus compañeros de la vida literaria.

En la nota "Nuevos relojes", donde se ocupa de los relojes públicos que la Municipalidad colocó en algunas esquinas y que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hace meses que no funcionan, Scalabrini presenta así el problema a sus lectores: "Sin resultado, los filósofos cubren piadosamente con el matorral de sus especulaciones el abismo de la duración y de la permanencia. En balde asegura Montaigne que «filosofar es aprender a morir». Inútilmente Kant pretende convencernos de que el tiempo es un «concepto a priori». En vano Macedonio Fernández nos regala una inmortalidad en la potencia de una pasión instantánea, y nos enseña Bergson que es apenas el intervalo de dos instantes, ficticio como el movimiento logrado en engaño visual de una cinta cinematográfica. […] Más engreída que los filósofos, que sólo buscaron desviar el objeto de nuestra reflexión, la Municipalidad quiere detenerlo [al tiempo] de un modo arbitrario. De acuerdo a los inmóviles relojes colocados en las esquinas que Rivadavia forma con Medrano, avenida La Plata y José María Moreno, la población de Caballito gozará de una permanencia ilimitada de sus actuales situaciones…".[14]

Varias veces más insistirá con Macedonio y en otras tantas su pluma de deslizará por florituras literarias como en su presentación vanguardista de los peligros de las piletas públicas: "Un cubo de agua con cinco caras de mampostería y una de cielo", o en su mirada –esta vez más cerca de Evaristo Carriego que de Oliverio Girondo– sobre una calesita incómodamente ubicada en el aristocrático Barrio Norte: "Un jamelgo agro, bajo la ceguera de una venda, trota leguas inmóviles al compás de un organito que resucita valses y marchas olvidadas".

Con su columna como ariete, Scalabrini se convierte en un agente de la modernización urbana, situándose distante de cualquier concesión sentimental, y para que esta modernidad, que está ocurriendo caóticamente a su alrededor, se plasme en la ciudad, orienta sus escritos –por sobre la gran diversidad de casos puntuales– en tres direcciones principales: la primera, marcadamente denuncialista, arremete contra los agentes municipales encarnados en la figura del inspector y la abusiva presión impositiva sobre los pequeños comerciantes; la segunda línea de intervención es la que le permite, en multitud de ejemplos, poner en juego su propio saber técnico –el de agrimensor– a la vez que pone de relieve la ineptitud de las oficinas técnicas municipales; y, por último, en lo que podemos caracterizar como el anticlímax del populismo urbano, su prédica a favor de la desaparición de todo lo montaraz e indecente que queda aún en el paisaje y en las prácticas porteñas. Una apuesta decidida por el barrio cordial y progresista. Un alegato contra el barrio "reo", que, sin embargo, al enunciarse, lo revela literariamente.

Comerciantes e inspectores: una contienda infinita

"Si se castigara la incuria, pocos habrían de ser los empleados municipales que cobraran el sueldo."[15] Así se despacha Scalabrini en una de sus notas. Todo lo que proviene del estado comunal es para él sinónimo de ineficacia, pereza burocrática y "arreglos" al margen de los reglamentos. No es sin embargo la figura del intendente, al que se cuida bien de nombrar –estamos en la Intendencia del radical José Luis Cantilo, 1928-1930–, la que atrae sus dardos literarios, sino más bien la de la tercera o cuarta línea del poder comunal: en primer lugar los inspectores, aquellos que parecen estar sólo para hacer imposible la vida del ciudadano, en particular la del comerciante, y, apenas un escalón más abajo, todos los empleados de las oficinas municipales a los que por una razón y otra deben concurrir los porteños. Sólo una oficina municipal logra su clemencia y no casualmente: la Oficina de Topografía, donde muy probablemente trabajasen viejos compañeros de estudio. Para ellos pide, en una nota, un aumento de sueldos e incluso justifica las "negligencias en los servicios que de ellos dependen" de la situación de injusticia salarial en que se encuentran.[16]

Si bien su mirada hacia el conjunto de los empleados públicos es peyorativa y se alinea con lo que en su tiempo ya es una tradición en la opinión urbana, no se ocupa directamente del empleo en el Estado nacional, cuyo crecimiento en tiempos de Hipólito Yrigoyen es visto por un diario como *La Nación* como una muestra de mala administración,[17] sino que se detiene obsesivamente, como dijimos, en el espectro municipal, especialmente en *el inspector*. La presencia de este personaje es tan cotidiana como la columna misma. Scalabrini organiza su trabajo abriendo siempre sus notas con algún ejemplo de la prepotencia impositiva comunal. Donde Scalabrini detecta un problema, al lado de éste, por acción u omisión, se encuentra el inspector. La asiduidad y las distintas situaciones en que este personaje aparece señalado dibujan una ciudad saturada cuadra a cuadra, manzana a manzana, por su presencia. La contrafigura del inspector es el sufrido pequeño comerciante de barrio. En este contrapunto encontramos al sujeto para el que la sección parece estar destinada, un sujeto social que desde mediados de la década anterior está apareciendo con fuerza en los nuevos barrios que se van ocupando con la extensión progresiva de la urbanización hacia los suburbios.

En una de las primeras notas de la serie, *La Nación* deja establecida la estrategia de intervención a favor de este grupo social de la pequeña burguesía urbana, mediante una lista de quince puntos "cuya solución bastaría para acreditar a cualquier administración". Esos quince puntos, entre los cuales se denuncia desde la superposición impositiva hasta la imposición de las azucareras automáticas, son para el diario "un reflejo de la situación en la cual el Fisco ha llegado a ser un enemigo y un perseguidor del contribuyente, sordo a sus quejas, arbitrario en sus resoluciones y perjudicial para los demás y también para sí mismo".[18]

Con estos quince puntos, que según el diario han surgido de una encuesta propia realizada entre los pequeños comerciantes, como guía, Scalabrini recoge diariamente los reclamos del colectivo y lanza algunas campañas precisas en su ayuda. Una de ellas es la que lleva adelante contra las ferias francas municipales. Al autor no parece importarle el objetivo declarado de abaratamiento de precios con que han sido establecidas. Lo que ve y denuncia es un flagrante caso de competencia desleal, de descontrol, de suciedad y por supuesto de oscuras connivencias entre feriantes e inspectores. Otra lo lleva a protestar por las onerosas nuevas licencias para el expendio de bebidas alcohólicas y por los abusos cometidos por los inspectores en el momento de categorizar los locales comerciales según el tipo de bebida que expenden.[19] En julio de 1928 publica una nota pidiendo el fin de los gravámenes a los alcoholes: "Un comerciante de la calle Belgrano 1229 asegura que los impuestos totales que debe abonar anualmente superan el monto de su capital en giro. […] Lo que se busca con estos gravámenes es fomentar el expendio clandestino de alcoholes. Todos los comercios ilegales dejan ganancias apetecibles a los encargados de su vigilancia".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Esta campaña a favor del pequeño comerciante alcanza un punto inigualable cuando el 28 de agosto de 1928, bajo el título de "Las lecherías pierden dinero",[20] demuestra con un detallado balance de ingresos y egresos –con amortización de capital incluido– la inviabilidad de estos comercios debido a la presión tributaria, especialmente la municipal. Su interés por el cálculo económico por entonces va corriendo parejo con sus afanes literarios y a su tiempo encontrará un campo de aplicación más amplio que el de las lecherías: ferrocarriles y empréstitos.

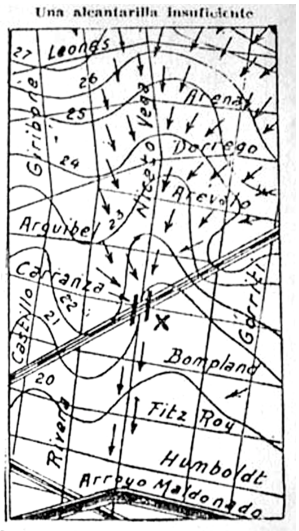
La mirada técnica

Más allá de estos embates contra la burocracia municipal, temática cara a los intereses del diario, el par ciudad-técnica es un eje privilegiado por Scalabrini para mirar el devenir urbano. La ciudad está cambiando más rápidamente de lo que su pluma puede dar cuenta; por ello este abordaje técnico que ensaya es una forma de estabilizar su mirada, una suerte de puesta en foco que le hace posible tomar autoridad sobre los asuntos que se le presentan y de esa forma dotar de densidad y sentido a lo que prometía ser una columna más de quejas vecinales, perdida entre otras tantas del diario.

En este punto se hace inevitable la referencia a Roberto Arlt. De él Beatriz Sarlo ha planteado con razón que "la ciudad y la técnica obsesionan la imaginación de Arlt: ambas lo empujan no sólo a ampliar un espacio temático, sino a construir una forma y un ideal de belleza. […] A diferencia de Borges que, en los años 20, funda una mitología urbana marcada por el sentido del pasado histórico y del pasado de la ciudad, para Arlt la cuestión se resuelve en una nueva fundación literaria, con materiales de una escenografía desarticulada por el caos del crecimiento urbano y el industrialismo".[21] Scalabrini, muy cercano a Arlt por esos años, participa de esta sensibilidad al abordar el tema de la ciudad, pero en lugar de llevar las consecuencias de la mirada técnica hacia una construcción irónica, corrosiva y cuasificcional como Arlt en sus *Aguafuertes*, se detiene obsesivamente a demostrar en cada caso el error técnico y su posible solución. Scalabrini se presenta a sí mismo como el técnico que puede incidir en la planificación urbana y demuestra que posee un saber específico por el cual se puede acudir a él no sólo como periodista.

Buenos Aires iba completando por entonces la grilla de sus calles y articulando sus diferentes barrios entre sí y con el centro histórico, todo ello en el marco relativamente reciente del *Proyecto de Urbanización del Municipio* sancionado en 1925 bajo la intendencia de Carlos Noel.[22] Las notas de Scalabrini van puntuando, sin oponerse a él, las fallas técnicas en la ejecución del plan y el primer punto en el que lo hacen es en la cuestión de la nivelación de las calles y los malos cálculos realizados tanto para el escurrimiento de las aguas pluviales como para la extensión del tendido sanitario. Un ejemplo entre tantos puede ser el dramático mensaje gráfico que titula "Preparando una inundación":

En otros casos avanza aun más en la demostración de sus habilidades y para hacerlo utiliza, como vemos más abajo, aquellos saberes técnicos adquiridos en la universidad y de su puño dibuja las distintas cotas de altura sobre el trazado de las calles para dar cuenta del error cometido por quienes calcularon la capacidad de una alcantarilla:



Las intervenciones de Scalabrini acompañan el trazado moderno de la ciudad señalando a la vez sus deudas, lo que queda pendiente de rellenar, trazar, abrir, sanear, etc. Así, una de las cuestiones recurrentes en su columna es la denuncia de los terrenos baldíos librados "a la mano de Dios". Distante, como señalamos, de cualquier añoranza romántica sobre un pasado de Buenos Aires que la literatura comenzaba a asentar en las orillas, nuestro autor ve con disgusto las incursiones materiales del campo en la ciudad. Una nota muy sugestiva al respecto es la que titula "Tropas de ganado en Ciudadela", donde pinta en pocas líneas la situación real de la urbanización más allá de lo que el plano del *Plan Orgánico* ha dibujado: "Políticamente la Capital tiene límites bien netos. Dos ríos la circundan por el Sur y el Este y una avenida demasiado ancha para ser verosímil la delimita por el Norte y el Oeste. Prácticamente los límites son menos definidos, por lo menos los terrestres. La llanura se organiza en suburbio poco a poco. Por su parte la ciudad se difunde lentamente. Todo eso está muy bien, pero los pobladores que residen en esa zona ambigua, que no es ciudad ni campo, soportan los inconvenientes de ambos. Ciudadela, por ejemplo, no tiene ninguna ventaja sobre el campo. Las tropas de ganados que se dirigen a los mataderos transitan tranquilamente por las calles".[23]

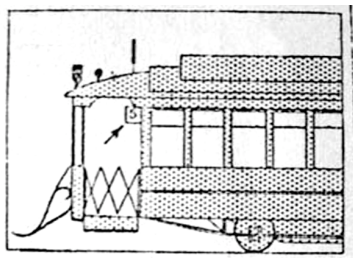
En otras notas caracterizará a la esquina de Concordia y Bacacay como "un resto de Pampa descuidado" o protestará por la presencia de caballerizas como la de Tronador y Monroe, y de distintos tipos de conjuntos de animales de granja a lo largo y ancho de la ciudad. Al recibir la denuncia de uno de estos establos, esta vez en la céntrica calle Tucumán al 2500, titula "Un arca de Noé" y, tras dibujar el mapita de rigor, para que no queden dudas de la localización del engendro que denuncia, escribe: "En los fondos de una finca de la calle Tucumán al 2500 se ha establecido un arca de Noé. Conviven allí seis caballos y varios carneros y cabras. Las aves abundan, palomas sobre todo. Además pululan cantidades prodigiosas de ratas gigantes e innumerables de moscas de agresiva opulencia. […] Los roedores, insectos, olores, relinchos y ruidos de patadas, conciertan la mejor demostración de la impropia ubicación del arca que debía estar en la cumbre misma del monte Ararat".[24]

Imponer la grilla, nivelar la ciudad, borrar las últimas trazas de campo que interrumpan el perfil de la ciudad moderna que el autor y sus lectores imaginan. Tal el senti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

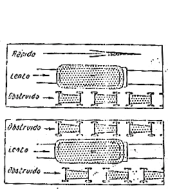
do general de un trabajo que Scalabrini toma con doble pasión de literato y técnico. Pero aun hay más: también quiere ordenar aspectos del *funcionamiento* de la ciudad. Para ello, pone la grilla en movimiento e interviene para proponer ajustes en las más variadas cuestiones de la cotidianidad porteña, comenzando por señalar a las autoridades la conveniencia de adoptar nuevos sentidos del tránsito de autos, tranvías y personas.

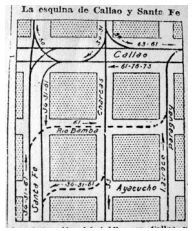
Todo comienza con reclamos de pequeños cambios que Scalabrini transforma luego en logros personales ante sus lectores. El 26 de diciembre de 1928 pide en su columna que el buzón de la esquina de Florida y Bartolomé Mitre sea trasladado para mayor comodidad a su actual ubicación en la puerta del Banco de Boston. Scalabrini lo festeja, en algo le han dado la razón: "En los días se pierden los años; el trabajo es fecundo, y otros aforismos podrían utilizarse para iniciar un elogio de la diligencia y actividad desplegadas por la Dirección de Correos. Hace dos días dijimos que el buzón de Bartolomé Mitre y Florida molestaba a los transeúntes de esa arteria y que su traslado era fácil. La Dirección lo ha observado, y no ha defraudado la confianza implícita en la afirmación".[25] De esta forma puede, módicamente, demostrar cierta eficacia a los lectores que siguen enviándole sus mensajes con demandas diversas. Otra pequeña campaña que emprende y culmina con éxito es la de colocación de cartelitos en los tranvías, según un diseño propuesto por él mismo en el diario:

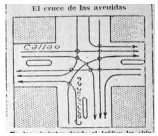


Aquí también consigue que la empresa le haga caso y pocos días después anunciará orgulloso que la Compañía Anglo-Argentina de Tranvías le ha anunciado que dentro de poco adoptará su sugerencia.[26]

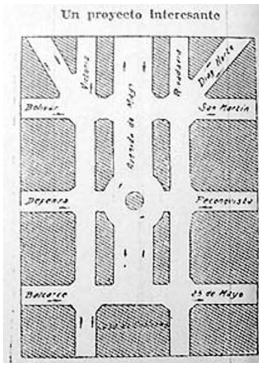
Otro capítulo de sus intervenciones tiene que ver con la cada vez más compleja trama del tráfico urbano. Van aquí algunos ejemplos de los problemas y soluciones propuestas por nuestro columnista:







En la primera de las imágenes Scalabrini propone el estacionamiento en una sola mano en las calles en que circulen los tranvías, en las otras dos propone cambios en los recorridos de tranvías y en las maniobras de conducción permitidas, para dos esquinas clave del centro porteño: Santa Fe y Callao, y Corrientes y Callao.[27] Todavía más osada es su propuesta de intervención sobre algunos lugares históricos de la ciudad, como en el caso de la propuesta –en este caso nunca llevada a cabo– de apertura de las calles que se cortan al llegar a la Plaza de Mayo:[28]



Esta idea resume que, ante todo, en su ideología técnica, primaba la funcionalidad –tema si se quiere vanguardista– por sobre el respeto a alguna tradición simbólica en una ciudad que por otra parte parecía estar inventándolas a todas ellas.

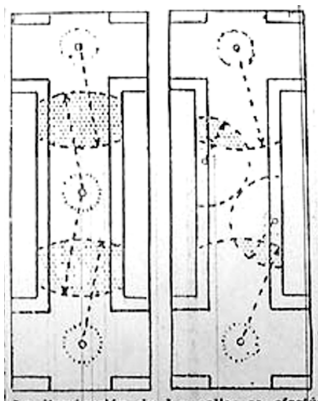
El barrio adecentado

Scalabrini articula a través de (o en el negativo de) sus campañas periodísticas el perfil de la futura Buenos Aires, a la que pese a todas las carencias actuales vislumbra moderna y ordenada. El 17 de enero de 1929 titula su columna "Los balnearios de ahora vistos desde el futuro", donde realiza una doble operación: por un lado ve a los porteños comparando su ciudad con la que describían los autores del siglo XIX: "Las descripciones del viejo Wilde, de Robertson y de Haig sitúan nuestra petulancia sobre atalayas de vanidad y desagradecimiento. […] A sus casonas anchas, chatas y buenas como la sombra de una parra a la hora de la siesta, oponemos en nuestro pensamiento los rascacielos presuntuosos; a los andurriales y charcas donde el cielo se miraba sin apuro, la lisura de las calles bien pavimentadas; a la pampa indivisa y cerril, los predios de fecundidad recortada; […]; a las carretas, los trenes y automóviles; a los veleros, los paquebotes; a sus hojuelas de tipografía más despatarrada que un manuscrito, los multifásicos rotativos en que pretendemos detener un instante el inacabable fluir del futuro al pasado".

Y a su vez ve al hombre de un futuro que sitúa en 1980, comparándose burlonamente con el presente: "Así también nos medirán los porteños de 1980. Serán poderosos y un poco soberbios y jactanciosos. Se burlarán de nuestros más seguros motivos de alarde, de la reconquista del río por ejemplo. Construcciones suntuosas jalonearán las playas y nuestras precarias explanadas y tinglados les regocijarán cuando las recuerde algún exegeta sentimental: «Chapoteando en el agua barrosa de una playa erizada de toscas, donde se hundían los dedos de los pies, los porteños de entonces se anegaban en un simulacro de natación batracia…»".[29]

Sin concesiones entonces con su presente, Scalabrini traza no obstante una línea de progreso donde se inscribe la historia urbana de Buenos Aires; a pesar de las críticas en las que es sin duda generoso, el movimiento hacia ese futuro es irreversible y él es a la vez su crítico mordaz y su cronista entusiasmado.

¿Cómo no abrir entonces su columna diaria a la preocupación por el progreso social –en términos de adecentamiento– de los barrios porteños? Gran cantidad de reclamos de todo tipo a este respecto le llegan diariamente y él se hace eco de ellos prácticamente todos los días. Uno de los más frecuentes tiene que ver con los pedidos de mejor iluminación, buscando eliminar aquellas sombras siempre cómplices del delito o del pecado. Scalabrini llega a proponer –y dibujar por supuesto– una mejor forma de lograr una iluminación más plena, y según él, también más estética:[30]



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero claro que aquí no termina su campaña; en verdad lo que más parece preocuparle (por la cantidad de notas escritas al respecto) es la presencia, multiplicada por cada barrio y cada esquina, de las "turbas de muchachos irrespetuosos", sobre todo aquellos que se dedican al fútbol callejero.

En su nota "Una escuela de campeones" resume sus críticas a este espectáculo urbano: "Laprida entre Córdoba y Cabrera es el lugar donde en brava liza los pilletes de diez cuadras a la redonda dirimen supremacías «footballísticas». De antemano trenzados en fogosas discusiones llegan un poco después del mediodía. Improvisan con sacos un arco teórico cuya altura varía con la estatura del guardavalla. […]. Desde ese momento la tranquilidad del barrio desaparece hasta la noche. Aquellos forajidos aprendices patean con un denuedo digno de mejor causa y no se detienen hasta que todas las fachadas chorrean de mugre, de barro. La cuadra está bajo su dominio absoluto. Los que intentan oponerse caen víctimas de su vindicta. Tan es así que se han formado cuadros bien constituidos que actúan en ese lugar exclusivamente. Se llaman, según las calles de donde provienen, los Defensores de Córdoba, Defensores de Laprida, y los hasta hoy invictos, Defensores de Zelaya. Los vecinos piden que alguno de los agentes destacados en las proximidades sea apostado en una esquina estratégica. Ese agente sería el defensor de la pulcritud y de la tranquilidad vecinal".[31]

Lo que comienza como una pieza literaria cálida y evocadora de amables travesuras juveniles culmina con el enérgico llamado al orden reclamado por los vecinos. Incluso, Scalabrini da un paso más en este sentido y se pliega (aunque sospechamos que es una iniciativa suya) a la campaña que el matutino está haciendo en ese campo con la inauguración de Club Infantil La Nación en Villa Luro, formado con el apoyo económico del diario para fomentar el establecimiento de plazas de juegos infantiles en los baldíos.[32] El 28 de septiembre de 1928 su columna ya había apoyado la iniciativa de la Sociedad de Fomento de Nueva Pompeya para que la Municipalidad les donara un terreno con ese propósito: "La iniciativa de la comisión de fomento de Nueva Pompeya es digna de encomio. Si se multiplicaran estas pequeñas superficies, los muchachos podrían jugar reducidos partidos de football, de billarda o de bolita al uñate sin molestar a los vecinos y sin sufrir la persecución de la policía".

Scalabrini, convertido así en moralizador, deja sin embargo testimonios que merecen ser trascriptos en extenso porque condensan en pocas líneas modalidades perdurables de la vida barrial. Muchas veces sus notas parecen estar escritas en diálogo con Arlt, son algo así como *aguafuertes cautivas* del diario *La Nación* y de su ideología moralizante. El diario *El Mundo*, atento a estas capacidades, lo llamó para cubrir de septiembre a noviembre de ese año la ausencia del autor de las *Aguafuertes porteñas*, sin embargo su presencia allí fue fugaz y al parecer poco exitosa.[33]

En esta clave de escritura, vacilante entre la evocación y la admonición, una pieza imperdible es "La gloria al alcance de un comisario": "La cuadra de la calle Conesa entre Olleros y Federico Lacroze ha cambiado de dueño. Ya no es de propiedad municipal: pertenece a una cáfila de pilletes que han establecido allí, con la arrogancia de un señor feudal, el campo de acción predilecto de sus hazañas deportivas. Por turnos, renovándose para no perder la posesión de la tierra, juegan al «football», rompen los vidrios de las puertas y de las ventanas, descortezan y desgajan los árboles, obstruyen el tránsito de peatones, arrojan piedras al interior de las casas por las banderolas entreabiertas, se insultan al paso de las muchachas que van al almacén a comprar uno de esos célebres sifones, tocan el timbre para burlarse de la candidez de las mucamas y, como los antiguos persas, escriben en las paredes la historia de sus proezas, amenizadas con leyendas que las niñas no se atreven a leer por temor a sonrojarse. La desesperación de los vecinos es tanta, y tantas fueron sus infructuosas querellas, que han decidido premiar con una estatua al que consiga mitigar sus males. La gloria, pues, está al alcance del comisario seccional, que puede conquistarla con poco trabajo destacando un agente en una de esas esquinas".[34]

Un final hasta nosotros

Scalabrini será, poco tiempo después de abandonar la columna de *La Nación*, quien afirme un mito central para la ciudad de Buenos Aires: aquel que sitúa el alma porteña en la cruz de Corrientes y Esmeralda. El triunfo imaginario del centro de la ciudad sobre las orillas se habrá completado entonces en su parábola de literato y poco más quedará allí por decir. Los desafíos futuros serán para él de otra índole, su conocida y larga prédica contra el imperialismo británico y sus agentes locales le concederá al fin un reconocimiento público que por los años 20 imaginó posible en el campo literario.

La puja entre "barrio reo y barrio cordial", siguiendo la expresión de Adrián Gorelik,[35] se consolida como tópico de la literatura mientras pierde cada vez más entidad real en la vida cotidiana de Buenos Aires. En tanto que el ascenso social paulatino de las capas medias urbanas va relegando al barrio "reo" y elevando al barrio "cordial y progresista", conduce al primero a un doble altar en el imaginario social: el de la literatura y el tango. Scalabrini Ortiz, y sus letrados compañeros, lo perciben de diversos modos hacia fines de estos años 20. Él, además, lo palpa en su experiencia cotidiana de periodista y consigue volcarlo con ingenio en las notas de "A través de la ciudad". El conjunto de ellas, abigarrado, desparejo y hasta caótico, transmite bien, sin embargo, esas sensaciones que seguramente están presentes en sus contemporáneos: la ansiedad, el enojo, el júbilo y la perplejidad ante las rápidas transformaciones del escenario urbano.

Ochenta años después, su lectura dibuja en nosotros una ciudad tan entrañablemente lejana como inquietantemente recordable.

Notas

[1] Nos referimos especialmente a sus tres obras emblemáticas: *El hombre que está solo y espera* (1931), *Política británica en el Río de la Plata* (1940) e *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940).

[2] La biografía más completa sobre Scalabrini Ortiz es la publicada por Norberto Galasso, *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Del Mar Dulce, 1970. Con respecto a los estudios críticos sobre su obra, son numerosos, pero creemos importante destacar: Adolfo Prieto, "El hombre que está solo y espera", en *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969; Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica. Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, cap. VIII, "La imaginación histórica"; Eduardo Romano, Seminario Scalabrini Ortiz, *Las huellas de la imaginación*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; María Teresa Gramuglio, "Posiciones, transformaciones y debates en la literatu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ra", en Alejandro Cattaruzza (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política* (1930-1943), Buenos Aires, Sudamericana, 2001, t. VII de *Nueva Historia Argentina*, cap. VIII; Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945,* Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003; del mismo autor, *La república imposible (1930-1945),* Buenos Aires, Ariel, 2004; Víctor Pesce, "Estudio preliminar y cronología", en Raúl Scalabrini Ortiz, *La manga,* Buenos Aires, Librería Histórica, 2003, y más recientemente Alejandro Cattaruzza y Fernando D. Rodríguez (prefacio) y Sylvia Saítta (posfacio) a *El hombre que está solo y espera,* Buenos Aires, Biblos, 2005.

[3] *Claridad*, 40 (162), Buenos Aires, 14 de julio de 1928, s/p.

[4] Original en archivo y biblioteca de Raúl Scalabrini Ortiz. Debo agradecer muy especialmente a Olga Funes, encargada de este archivo que se encuentra en la Asociación del Personal de Dirección de Ferrocarriles Argentinos, su esfuerzo por facilitar mi tarea en esa institución. Durante varios meses, he consultado allí, junto a Alejandro Cattaruza y a Sylvia Saítta, materiales inéditos, libretas de notas y apuntes varios pertenecientes a Scalabrini Ortiz para la elaboración de los citados prefacios a la citada nueva edición de *El hombre que está solo y espera*.

[5] *Claridad,* 40 (162), 14 de julio de 1928.

[6] *Claridad*, 40 (162), 14 de julio de 1928.

[7] *La Razón*, 13 de abril de 1929.

[8] Luciano de Privitellio, en su libro *Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras,* Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003, relata con precisión el desarrollo del fomentismo en la ciudad de Buenos Aires y sus vinculaciones con el poder político. Véase especialmente el cap. 3 "Las sociedades de Fomento".

[9] A lo largo de sus dos años de publicación la columna tuvo variaciones en su formato y nunca llevó la firma del escritor. Siguiendo los recortes que el propio Scalabrini conservó en su archivo personal podemos inferir que durante todo este período la autoría de las notas y de los dibujos que las acompañaban le pertenecen. Es probable, sin embargo, que las correspondientes a los últimos meses, cuando el texto de la columna queda reducido a una expresión mínima y se asienta en una serie de planos de la ciudad, hayan quedado a cargo de algún otro redactor del diario, aunque el trazo de los dibujos de los planos nos llevan a pensar que también éstos pertenecen a Scalabrini.

[10] *La Nación*, 9 de julio de 1928, p. 8.

[11] Gran cantidad de sociedades de fomento se dirigen regularmente a Scalabrini para presentar sus reclamos; entre las que lo hacen más asiduamente se encuentran las de Caballito Sur, Unión y Cultura (Liniers), Villa General Mitre y La Gironda (Liniers).

[12] Véase Sylvia Saítta, prólogo a *Roberto Arlt. Aguafuertes porteñas: cultura y política,* Buenos Aires, Losada, 1994, y de la misma autora, *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt,* Buenos Aires, Sudamericana, 2000. En 1934, Roberto Arlt escribirá en *El Mundo* una columna muy similar a ésta que Scalabrini redacta en 1929, que se llamará "La ciudad se queja".

[13] La investigación hemerográfica, la recopilación y el ordenamiento de las notas que constituyen la base de este trabajo la debemos a la inestimable colaboración de la profesora Cecilia Belej.

[14] *La Nación*, 2 de febrero de 1929, p. 6.

[15] *La Nación*, 30 de noviembre de 1928, p. 7.

[16] "Sueldos municipales", *La Nación*, 20 de octubre de 1928, p. 9.

[17] Una sola referencia al aumento de la burocracia nacional la encontramos en su nota "Destino de los tranvías"; dice: "Los coches que llegan al Jardín Zoológico deberían volver cargados de bestias salvajes y los que van hasta la casa de Gobierno, rebosando empleos", *La Nación,* 5 de enero de 1929, p. 10.

[18] *La Nación*, 8 de agosto de 1928, p. 6.

[19] La costumbre del vermú en los bares-almacenes de los barrios parece estar ligada a la expansión que esa bebida conoció a partir de que la Municipalidad la asimiló en el pago de impuestos a los vinos y cervezas, cuya tasa era menor a la de otras bebidas alcohólicas. De esta forma muchos comerciantes la incorporaron y promocionaron en sus locales. No obstante, Scalabrini deja asentadas varias denuncias de propietarios de bares por la acción de inspectores que labraban actas de infracción impositiva desconociendo de hecho esa norma.

[20] *La Nación*, 28 de agosto de 1928, p. 8.

[21] Beatriz Sarlo, *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992, p. 45.

[22] En este punto seguimos a Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998. Gorelik sintetiza así la trascendencia y singularidad del Plan: "El *Proyecto Orgánico* es el punto más alto de enunciación urbanística de la expansión de la ciudad a través de un modelo de conjunción entre la grilla y el parque, articulando la experiencia de formación espontánea de los barrios con nuevas aproximaciones teóricas que permiten proyectarla a una dimensión regional. En verdad, el *Proyecto Orgánico* se demuestra así como el punto más alto de desarrollo de las líneas del reformismo técnico público", p. 322.

[23] *La Nación*, 1 de octubre de 1928, p. 7.

[24] *La Nación*, 5 de enero de 1929, p. 10. En el mismo sentido puede verse "Un jardín zoológico clandestino", *La Nación*, 28 de noviembre de 1928, p. 12.

[25] *La Nación*, "Un buzón mal situado", 26 de diciembre de 1928, p. 7, y "Un buzón bien situado", 29 de diciembre de 1928, p. 10.

[26] *La Nación*, 20 de septiembre de 1928, p. 8, y 24 de septiembre de 1928, p. 5.

[27] *La Nación*, 1 de agosto de 1928, p. 12, 9 de septiembre de 1928, p. 8, y 6 de noviembre de 1928, p. 10.

[28] *La Nación,* 18 de enero de 1929, p. 6.

[29] *La Nación,* 17 de enero de 1929, p. 7.

[30] *La Nación,* 9 de noviembre de 1928, p. 11.

[31] *La Nación*, 28 de noviembre de 1928, p. 12.

[32] *La Nación,* 25 de enero de 1929, p. 8.

[33] La columna que Raúl Scalabrini Ortiz publicó en lugar de la de Roberto Arlt en *El Mundo* llevó por título "Apuntes porteños".

[34] *La Nación*, 23 de febrero de 1929, p. 6.

[35] Seguimos aquí a Gorelik en el apartado de su obra *La grilla y el parque* titulado "El «barrio reo» contra el «barrio cordial»". Al respecto consideramos un aporte de singular importancia el trabajo de Luciano de Privitiello, "Inventar el barrio: Boedo 1936-1942", *Cuadernos de Ciesal*, 2-3, Rosario, 1° y 2° semestre de 1994.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Grete Stern, Sueño Nº 46,
"Extañamiento", 1946
(detalle)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Los alemanes se sentían cómodos en el seno del Tercer Reich"

Entrevista a Robert Gellately y Peter Fritzsche

*Miranda Lida**

La afirmación del título pertenece al historiador Peter Fritzsche, aunque su colega Robert Gellately podría también suscribir a ella. Sin embargo, que los alemanes se sintieran cómodos en el Tercer Reich no significa para estos autores que deban ser considerados antisemitas *avant la lettre*. De un modo u otro se apartan de Daniel Goldhagen quien en su largamente debatido trabajo *Los verdugos voluntarios de Hitler* presentó la idea –tan panfletaria como provocativa– de que el antisemitismo formaba parte casi innata de la identidad alemana desde los tiempos más arcaicos. En discusión con la tesis de Goldhagen, Fritzsche y Gellately en sus más recientes obras se abocaron a revisar la cuestión del consenso que la sociedad alemana tuvo con el régimen nazi. Lejos del mero deseo de impactar en el lector desprevenido con afirmaciones tan fuertes e imprudentes como las de Goldhagen, ambos historiadores se introducen con cautela en uno de los temas más polémicos en torno al Tercer Reich.

Ellos se preguntan hasta qué punto la sociedad acompañó al nazismo y llegan a conclusiones capaces de hacer estremecer a todos aquellos que, de tanto depositar en las espaldas de Hitler toda la responsabilidad por las consecuencias del nazismo, no se detuvieron a considerar que sin un mínimo de consenso aquel régimen no habría podido alcanzar el grado de expansión que obtuvo. De todas formas, ello no quiere decir que los alemanes deban ser considerados unos antisemitas innatos sino que en ciertas condiciones estuvieron dispuestos a convertirse en nazis, parafraseando al propio Fritzsche en uno de sus libros ya traducidos al español. O bien en las palabras de Gellately, para Hitler "la clave de la autoridad política era que debía ser popular, y no simplemente estar respaldado por la fuerza. La suya fue una dictadura basada en el consenso, que extrajo su legitimidad del pueblo".

En el diálogo que sostuvimos con ambos el tema del consenso ocupa sin duda un lugar central, pero sin dejar de lado otras cuestiones que hacen a la interpretación global que sostienen acerca del período nazi. Ambos también hablarán largo y tendido de sus más recientes (y ambiciosas) obras publicadas en inglés: *Life and Death in the Third Reich* (Cambridge, Harvard University Press, 2008), por Peter Fritzsche, y *Lenin, Stalin and Hitler: The Age of Social Catastrophe* (Nueva York, Alfred Knopf, 2007), por Robert Gellately. Y no faltarán las referencias a sus obras ya difundidas en español: *De alemanes a nazis 1914-1933*, de Fritzsche (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006), y *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso,* de Gellately (Barcelona, Crítica, 2002).

* Conicet-Universidad Torcuato Di Tella

Entrepasados - Nº 33, comienzos de 2008: 113-123

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

–Daniel Goldhagen desencadenó en su momento un largo debate acerca del antisemitismo en la sociedad alemana. ¿Cuál fue el resultado de esta discusión? ¿Qué piensan al respecto? ¿Podrían desarrollar sus propios puntos de vista vis-à-vis *Goldhagen? Al igual que él, ustedes se preocuparon por entender qué tipo de consensos existían entre el nazismo y la sociedad alemana.*

Robert Gellately (R.G.): –La obra de Goldhagen quedó casi completamente desprestigiada entre los especialistas. Ya ningún historiador serio la considera, excepto para señalar cuán equivocada está. Cuando yo la reseñé, consideré conveniente recordarles a los lectores que el antisemitismo era bastante más importante de lo que muchos especialistas en general estaban dispuestos a admitir. Todavía hoy hay quienes siguen hablando de un "Holocausto sin antisemitismo". El peor de los casos es el de Götz Aly, quien señaló las causas materiales que están por detrás de los asesinatos en masa: el puro y simple deseo del botín.[1] Sin embargo, lo cierto es que los judíos fueron asesinados del modo más despilfarrador posible. Las propiedades fueron saqueadas y destruidas, con el propósito de dar con las "joyas escondidas", sin que nadie sacara provecho de ellas. Sólo en cierto grado el Tesoro alemán obtuvo algo de dinero. Además, a partir de 1943, cuando Alemania desesperaba por conseguir trabajadores para sus fábricas de municiones, los asesinó sin remedio.

Ahora bien, Goldhagen sostuvo que el apoyo proporcionado por los alemanes al nazismo provenía casi enteramente del hecho de que Hitler procuraba llevar adelante su "proyecto nacional alemán", que habría consistido en asesinar a todos los judíos de Europa. Desde su perspectiva, el papel de Hitler sólo se habría limitado a liberar las trabas puestas al antisemitismo, dado que hacía tiempo que los alemanes ya habrían venido presionando en pos del asesinato en masa de los judíos. Yo creo que el papel de Hitler fue más relevante que eso; no obstante, es cierto que no se lo puede entender sin atender a la opinión popular alemana. Y en este sentido diría que el apoyo de los alemanes hacia Hitler abrevó en varias fuentes. Algunos se dejaron llevar cuando se recuperó el nivel de empleo; otros, cuando vieron que Hitler recuperaba terreno para Alemania en la política exterior; otros más, porque vieron que él jugaba la carta de "la ley y el orden". El objetivo de Hitler fue convertirse en un dictador popular, y casi diría que lo logró. En 1939, o bien a mediados de 1940 luego de la derrota de Francia, e incluso todavía en octubre de 1941 cuando sus ejércitos estaban a las puertas de Moscú, Hitler era considerado por su pueblo uno de los más grandes estadistas de todos los tiempos. ¿Cómo puede todavía haber estudiosos que duden de esto?

Peter Fritzsche (P.F.): –Mi último libro, *Death and Life in the Third Reich*, fue y seguirá siendo comparado con Goldhagen. En un sentido general, yo acepto sus apreciaciones. No pongo en duda que existió un amplio apoyo al nazismo, que este apoyo no hizo más que crecer y que la complicidad, así como también la indiferencia, explican la relación entre los alemanes y los judíos. Para decirlo de un modo tajante: *los alemanes se convirtieron en nazis porque quisieron*. No obstante, existen enormes diferencias entre mi obra y la de Goldhagen.

No discuto que el antisemitismo creciera en la Alemania de Weimar, pero no fue más que uno de los tantos hilos que conectaba a los alemanes entre sí. Lo pavoroso de 1933 no fue sólo el crecimiento del antisemitismo y el hecho de que cada vez más alemanes se dispusieran a aceptar el argumento de los nazis de que Alemania necesitaba la marginación de los judíos, sino además la cuestión decisiva de que toda la textura social se disolvió desde el momento en que los alemanes vieron a sus vecinos judíos sólo como judíos y nada más que como tales. Goldhagen no ve este aspecto. Sostiene que ya antes de 1933 los alemanes compartían un antisemitismo eliminacionista y que lo característico de los nazis fue que simplemente se atrevieron a llevar a la práctica algo en lo que ya todo el mundo creía. Pienso que esto es incorrecto y carece de fundamentación. En pocas palabras, Goldhagen reduce el problema a un argumento demasiado simple que no le permite ver los cambios que se dieron en los alemanes a lo largo del tiempo. Los aspectos clave del proceso no pueden perderse de vista: el papel desempeñado por la derrota de 1918, la histeria a la que dio lugar, la capacidad de los nazis de movilizar a los alemanes luego de 1933, y en especial, luego de 1943.

Goldhagen se limitó a poner de relieve que había mucho más antisemitismo en Alemania, en especial a nivel popular, de lo que los historiadores estaban muchas veces dispuestos a admitir. Pero yo rescataría el valor de la fórmula que William Sheridan Allen expresara hace ya cuarenta años: los alemanes se interesaron por el antisemitismo porque se inclinaron por los nazis, y no al revés. Hay algo más que podría agregar por mi parte, sin embargo. Luego de largos años de investigar en torno al Tercer Reich y el Holocausto, uno no deja de encontrar una particular crueldad que excede cualquier posibilidad de explicación en las actitudes de los nazis, y de los alemanes, para con los judíos. Por algo los lectores les prestaron tanta atención a las sospechas que por primera vez planteó Goldhagen. Con todo, sigo pensando que el argumento de Saul Friedländer de que el antisemitismo es inseparable de la redención política, económica e histórica de Alemania –supongo que se refería a 1918– constituye la explicación más convincente acerca de la particular intensidad que adquirieron las políticas antijudías de los nazis.

–¿En qué aspectos sus obras han contribuido a iluminar la cuestión del Holocausto?

R.G.: –Mi obra, en especial mis más recientes libros, es crucial para la comprensión del Holocausto. Muestra que si bien la gente no se hubiera resuelto a apoyar a Hitler, la persecución de los judíos y otros grupos no habría alcanzado las dimensiones que tuvo. Nunca lo sabremos con certeza de todas formas. Todo lo que podemos decir es que en aquellas ocasiones en que la sociedad no apoyó lo que Hitler o su régimen procuraban (como en el boicot de abril de 1933, por ejemplo), hubo que dar marcha atrás. Sabemos que Hitler estaba muy preocupado por su popularidad, que cancelaba medidas que se topaban con la menor objeción de la gente; por ejemplo, el partido removió en 1938 los crucifijos de las escuelas pero luego de una muy breve protesta, las cruces fueron repuestas en sus sitios.

P.F.: –Mi obra ilumina los debates sobre el Holocausto en varios sentidos. En primer lugar está el hecho de que muchos, muchísimos alemanes, comprendieron cabalmente la política antijudía de los nazis desde sus inicios. Se familiarizaron con las ideas antisemitas acerca del problema judío y sus posibles soluciones, con la cuestión de la "influencia judía" y las "cuotas judías", con los progroms de 1938 y con los asesinatos en masa después de 1941. A veces quedaron desconcertados por el crimen y las deportaciones. Al mismo tiempo, una amplia mayoría asoció las políticas de los nazis contra los judíos con la preservación y la protección del Reich.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En segundo lugar, cuando los alemanes pensaban en la cuestión judía, iban más allá todavía: focalizaban deliberadamente la moralidad nazi en su totalidad. Interpretaron las acciones de los nazis contra los judíos, y sus propios prejuicios antijudíos, en el marco de un cuadro más amplio que comprendía las luchas existenciales de Alemania. En otras palabras, hubo mucha más deliberación moral y política, además de discusiones reales, sobre el papel de los judíos en el Tercer Reich, de la que muchas veces estamos dispuestos a aceptar. De todas formas, la cuestión judía se perdió de vista luego de 1943, en especial porque los judíos estuvieron cada vez más absorbidos por sus propios problemas. Creo que se sabía más sobre el Holocausto en Alemania en 1941 que en 1944. Puesto que mi argumento se concentra en subrayar cómo los ciudadanos alemanes se encolumnaron detrás del proyecto nazi, le doy gran importancia a la responsabilidad moral y política de los alemanes corrientes.

Una cuestión más: a fin de conservar su fe en la victoria de Alemania, en los años de la derrota (1943-1945) los alemanes se mostraron inclinados a enterrar los crímenes. Es insólito el hecho de que sólo muy pocos alemanes hayan podido imaginar, y mucho menos todavía desear, una alternativa al Tercer Reich, al menos hasta antes de su final en 1945.

–Parece que ambos coinciden en el tema del consenso de la sociedad alemana con el régimen nazi…

R.G.: –El problema es que hubo y sigue habiendo mucho tabú cuando se quiere afirmar que los alemanes apoyaron y consensuaron el nazismo. Precisamente por señalar que existió un consenso popular con el régimen, un historiador me acusó en Inglaterra de ser antialemán. No sólo es falso, sino además un sinsentido. De hecho un importante número de historiadores alemanes acepta mi interpretación de Hitler como una dictadura basada en el consenso. No fue un consenso mítico, del modo en que Ian Kershaw lo planteó. De hecho, una amplia mayoría estuvo y permaneció comprometida con el régimen. Debemos incluir también a muchos que durante largo tiempo fueron unos valientes enemigos de los nazis, como los votantes católicos, o incluso socialistas y comunistas. Buena parte recaló en el nazismo cuando se dio cuenta de sus logros. Claro que en el largo plazo advertimos que estos "logros" se hicieron a un muy alto precio. Pero lo cierto es que los alemanes todavía los recuerdan hasta al día de hoy. ¿Por qué?

Cuando en 1933 los alemanes miraban hacia atrás, lo único que podían ver era crisis, revolución y trastornos de todo tipo. La Gran Depresión impactó en 1929, el desempleo aumentó dramáticamente y a partir de allí la nación perdió como un todo su sentido de la dirección. Hitler rápidamente les devolvió el empleo, hizo que las cosas volvieran a funcionar y posicionó a Alemania en el contexto europeo. Algunos historiadores, incluido Kershaw y parte de sus compatriotas, insisten una y otra vez en que los alemanes debieron ser aterrorizados para recaer en la sumisión. En lugar de ello yo diría que hubo un cierto ejercicio del terror algo menor al imaginado y que "unos cientos" de personas murieron en los primeros campos de concentración. Éstas son las mejores cifras que tenemos, y por supuesto que son terribles. Pero fue apenas una porción de las víctimas de la Revolución Rusa, que tuvo un costo de varios cientos de miles. El terror que tuvo lugar desde fines de 1933 hasta 1935 estuvo dirigido más que nada contra personas que de entrada eran poco apreciadas (como los judíos), o bien se las consideraba amenazadoras (como los criminales) o marginales (como los excluidos sociales). Así, este terror ganó más apoyos de los que perdió. No debería costar tanto entender que ganaran apoyos las medidas enérgicas contra supuestos revolucionarios, insurgentes o transgresores de la ley. Hay una cuestión general que debemos tener en mente: es difícil aceptar para los ingleses o los norteamericanos que un dictador puede ser severo, e incluso cruel, pero al mismo tiempo popular. ¿Cómo puede ser que los historiadores británicos se equivoquen tanto? Sospecho que para muchos países sudamericanos esto debe ser algo más fácil de comprender.

Además está el hecho de que la mayoría de la población que se hallaba en los campos en el momento más comprometido de la guerra, así como la mayoría de las víctimas ejecutadas por el Tribunal del Pueblo, no estuvo compuesta por alemanes sino por extranjeros. Si dejo de lado los campos de exterminio, que se llenaron de judíos traídos de toda Europa, puede afirmarse que la mayor parte del terror ejercido en los tiempos de guerra tuvo por blanco a no alemanes. La mayoría de los "buenos ciudadanos" tuvo muy poco que temer, siempre que hiciera buena letra. De todas formas, no se puede dudar de que el régimen se volvió cada vez más intolerante e irascible cuanto más se aproximaba el fin de la guerra. No obstante, mucha gente estuvo dispuesta a ver sólo la parte buena, mientras que otros siguieron diciendo hasta al día de hoy que el Tercer Reich fue lo mejor que le tocó vivir.

P.F.: –Respeto mucho la obra de Robert Gellately, pero el suyo es un análisis que va de lo general a lo particular, y no se detiene en el modo en que la gente, desde las bases, afrontó los dilemas políticos, tanto antes como después de 1933. Ésta es una tarea ardua. De todas formas, él tiene razón en subrayar hasta qué punto los aspectos coercitivos del nacionalsocialismo formaron parte de la discusión y la vida de todos los días, e incluso encontraron aprobación. Pero hay que mirar todas las facetas de la coerción a fin de comprender cabalmente en qué aspectos ella encaja perfectamente. No ignoro que los campos de concentración se encontraban justo frente al horizonte político que la gente veía delante de sus ojos, y algo parecido cabe decir de las acciones contra los judíos. Pero es posible que, más que él, yo tienda a subrayar la autoconciencia que los alemanes tenían con respecto a lo que significaba el régimen. De todas formas pienso que ambos estamos trabajando en sentidos bastante parecidos, aunque es cierto que nos basamos en diferentes fuentes y abordamos la sociedad alemana desde distintos lugares.

–¿Por qué, entonces, los alemanes apoyaron a Hitler? ¿Cuáles son las bases de aquel consenso?

R.G.: –Las victorias en la guerra le dieron a Hitler los más amplios y profundos apoyos que nunca haya tenido, pero el apoyo no se debió sólo a esto. La brutalidad de Hitler contra todo aquel que se atreviera a tocar a una mujer en una calle oscura le redituó un perdurable respeto por parte de las mujeres. Mucha gente continuó recordando hasta el día de hoy que la mujer podía caminar tranquila por las calles. Hubo muchos otros que supieron lo que era perder un trabajo, ver interrumpidos los pagos de su seguro o tener que depender de elecciones interminables en las que no se decidía nada. O soñaban con un líder fuerte de la talla del príncipe Bismarck. Vieron a Hitler y pudieron percibir que era capaz de tomar las riendas y afrontar el temporal. Incluso hubo muchos que tenían sus reservas con los nazis, pero que estuvieron finalmente dispuestos a darle su oportunidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La elite, así como también muchos ciudadanos comunes y corrientes que no formaban parte del partido, hallaron diferentes modos para expresar su apoyo por el régimen nacionalsocialista. Por ejemplo, actuaron como informantes voluntarios o delatores. Incluso se dirigían a la Gestapo con información cuando podían intuir que el destino de un vecino se hallaba comprometido. Los motivos para este tipo de acciones variaban enormemente de un caso a otro, pero lo que contaba en última instancia era el hecho de que apoyaban a la dictadura, a la policía y al partido. A esto yo lo denominé una forma de "autopolicía"; lo que quiero decir es que la sociedad era policía de sí misma. Algunos historiadores objetaron este concepto pero, como mostró con claridad Michel Foucault, esto forma parte de cualquier sociedad disciplinaria moderna. En verdad hay infinidad de razones por las cuales los alemanes estuvieron tentados o bien atraídos por el nazismo. De un modo u otro, llegaron a entenderse con él.

P.F.: Para explicar el apoyo al nazismo, uno no debe subestimar el trauma provocado por la derrota y la revolución –si bien es cierto que el consenso político acerca de que 1918 fue una catástrofe data mayormente de después de 1933, gracias a una construcción poderosa, aunque no unánime–. Tampoco se deben subestimar las espantosas consecuencias de la crisis económica de 1930 a 1933 y el poderoso anhelo de algo diferente. No obstante, si miramos más allá de los nazis y consideramos la destrucción de los partidos de clase media en la década de 1920, junto con la poderosa movilización de diferentes alternativas políticas, entre ellas, las asociaciones nacionalistas como la Stahlhelm (Cascos de Acero), lo que puede advertirse es una dinámica política que resulta relativamente independiente de la economía. Más todavía: todos los que ocupaban posiciones en la derecha odiaban el tratado de Versalles y estaban de acuerdo en que 1918 había sido una verdadera catástrofe. Los nazis triunfaron, pues, no porque abogaran por esto, que era común a todos, sino por lo que tenían de diferente: ofrecían una agenda social y política en la que se reclamaba un poderoso cambio para Alemania. Dado el despertar político alemán de los años que siguieron a 1914 y la fuerte conciencia nacionalista, había mucha más conciencia acerca de la necesidad de buscar alternativas a Weimar y estaba incluso presente la sensación de que el nuevo movimiento nacionalista estaba cosechando importantes triunfos, y en el futuro cosecharía todavía más. Hubo una gran confianza en la derecha, que menguó quizá durante la Gran Depresión, pero que tuvo su culminación el 30 de enero de 1933, que fue considerada la fecha de una verdadera "revolución nacional" y no simplemente nazi. Debo agregar que ni los votantes nazis, ni siquiera los propios nazis, se creían posicionados en la extrema derecha; por el contrario, estaban convencidos de que ofrecían una solución intermedia entre la reacción política y el gran capital, por una parte, y el socialismo de la clase trabajadora, por la otra. El principal enemigo político del nazismo se encontraba localizado en los partidos de derecha, a los que los nazis les robaron sus principales votantes. Los nazis se presentaban y eran vistos como una alternativa tanto más democrática que la de los gabinetes de Heinrich Brüning, Franz von Papen y Kurt von Shcleicher entre 1930 y 1933.

Claro que no fueron un partido democrático. Sin embargo el nazismo no puede entenderse sin dar cuenta del modo en que Alemania se transformó desde 1900, y en especial durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando se hizo posible que los electores adquirieran mayores cuotas de poder político, por medio de una retórica que ponía el acento en la *Volkgemeinschaft* (comunidad del pueblo). Era un momento en que las elites tradicionales se vieron amenazadas e incluso desplazadas por la movilización nacionalista, y luego por los nazis. La movilización política, no puede dudarse, es formalmente un acto democrático. En cualquier caso, tanto el alcance como las formas de la movilización política que pueden advertirse a lo largo de Alemania, en especial en la década de 1920, fueron al mismo tiempo un indicador y un resultado de un proceso de democratización de amplio alcance, si bien con fines no democráticos.

–¿Cuáles son las consecuencias de un consenso semejante? En especial, apuntaría esta pregunta a pensar el problema de la responsabilidad moral y política de la sociedad alemana con respecto al Holocausto. Aquí aparece sobrevolando la cuestión de la complicidad. Me gustaría pedirles que desarrollen su argumento en esta dirección.

R.G.: –Hay historiadores que están dispuestos a admitir que la gente respaldó a Hitler, pero niegan de todas formas que lo hicieran de acuerdo con la ideología nazi o con el antisemitismo. Eso es como decir que hubo alguien que en los años 50 en Estados Unidos apoyó al Ku Klux Klan, pero sólo más tarde se dio cuenta de que eran racistas y partidarios de la supremacía blanca. En 1933, y antes también, Hitler era conocido como el líder más antisemita que haya tenido lugar en la historia alemana. Cualquiera que votara por él no podía pasar esto por alto. De todas formas, esto no significa que todos desearan el Holocausto; quiere decir simplemente que era imposible no saber que Hitler detestaba a los judíos y que seguramente les haría daño.

Sobre el Holocausto, hoy sabemos que el nivel de conocimiento fue mucho mayor de lo que antes se creía. Es cierto que hubo personas que se habrían sentido impresionadas de conocer los detalles exactos de lo que pasaba un día cualquiera en Auschwitz. La gente se resiste a mirar de cerca lo que ocurre en las prisiones. Pero los campos eran un fenómeno ampliamente conocido en Alemania. En un comienzo se los destinó a los comunistas y criminales; se esperaba que pudieran "rehabilitarse" mediante el trabajo. Con todo, para fines de 1934 había sólo unas tres mil personas en los pocos campos que quedaban en Alemania. ¿Por qué? A Hitler ya no le quedaban enemigos: eso era todo. Pero pronto se les confirieron nuevas funciones. A la policía se le dieron nuevos poderes y se le permitió mandar allí a los "enemigos" sociales. Y mucha gente estuvo feliz con el hecho de que las calles quedaran seguras, la amenaza comunista se disipara y todo lo que eso implicaba. La sociedad alemana, incluidos muchos obispos católicos, apoyó la creación de los campos en los inicios del Tercer Reich. Y hubo gran número de personas en Alemania y en otros lugares de Europa que estuvo de acuerdo en que los judíos tendrían que irse. En un país tras otro, las poblaciones no sólo cooperaron sino que además participaron en el asesinato en masa de sus vecinos. Cuando leemos la historia de Jedwabne en Polonia que escribió Jan Gross, las imágenes que se desprenden no son nada agradables.[2] La gente de pueblo no sólo se vio tentada a saquear los bienes de sus vecinos; además de todo vieron la luz las más crueles formas de antisemitismo. Tanto es así que los judíos que regresaron de los campos a sus hogares *después* de la guerra fueron recibidos con expresiones de un furioso antisemitismo, lo cual resulta tan sorprendente como escalofriante.

P.F.: –El problema es que la historia del nazismo fue escrita por lo general en términos del desastre que a los alemanes les tocó percibir a su alrededor: la derrota en la Primera

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Guerra Mundial, la revolución, la inflación y la Gran Depresión. No obstante, la dinámica política era mucho más complicada: involucraba una insurgencia política que para muchos, en su mayor parte alemanes de clase media, fue en términos políticos una experiencia que despertó hondas expectativas y los facultó a actuar políticamente. Desde el punto de vista de los círculos nacionalistas, se creía que era inminente una suerte de despertar alemán y se tenía a 1914 como un momento verdaderamente nacional y popular –e incluso se consideró que 1918 había sido necesario, si bien permanecía inconcluso–. La elección que hice en *De alemanes a nazis* de 1914 como fecha clave pone el acento, antes que en la reacción contra el desastre de la guerra, en la acción. Tiene que ver con considerar al nacionalsocialismo como parte de una movilización política mayor que fue bastante más allá de la depresión alemana. Y también quiere enfatizar que en general los alemanes no estaban ya nada deseosos de regresar a los tiempos del káiser.

La identificación con Hitler es el resultado de una profunda preocupación de los alemanes por Alemania, de su profunda identificación tanto en su identidad como en su subjetividad con la de su país, quizás de un modo sin precedentes en la historia moderna. El nazismo también debe ser comprendido en función de una dinámica de amplio alcance que tiene que ver con la historia de la Alemania moderna: mi idea clave tiene que ver con el hecho de que existían movimientos protonazis a lo largo de toda Alemania en los años 20, movimientos que operaban en las bases de manera enérgica, actuando con completa independencia de los nazis. Éstos adquirieron fuerza y resultaron atractivos. Es interesante tratar de entender por qué los alemanes dieron un giro tan brusco, cómo fue que adquirieron sus habilidades democráticas y cómo fue que se volvieron nazis. El nazismo emergió de las transformaciones sociales y políticas de la década de 1920. Por ello los alemanes de los años 30 consideraban el nazismo algo propio. Y si bien solían lamentarse de los burócratas del partido, se sentían cómodos en el seno del Tercer Reich. Si se me permite el atrevimiento, diría que era posible odiar a los nazis, aun cuando se amara el Tercer Reich.

El historiador que desee comprender el nacionalsocialismo debe enfrentarse a este tipo de paradojas, que son las que muestran cómo operaba el nazismo sobre los diferentes niveles de la percepción. El debate más relevante que se plantea tiene que ver con la responsabilidad moral y política de la sociedad alemana en lo que respecta a las consecuencias de su elección: no se puede dejar de considerar hasta qué grado los alemanes fueron conscientes, encontraron atractivos a los nazis en aspectos en los que éstos no simplemente imitaban las posiciones nacionalistas tradicionales *y se volvieron sus cómplices* en lo que respecta a la específica visión del mundo que sostenían los nazis.

–En sus más recientes obras, que no han sido traducidas al español, ambos dan una vuelta de tuerca más a sus interpretaciones ya conocidas por el lector de lengua española, y presentan dos estudios ambiciosos, de largo alcance. ¿Podrían presentar en pocas palabras el argumento central de esas obras?

R.G.: –En mi nuevo libro, *Lenin, Stalin and Hitler*, me remonto hasta la Primera Guerra Mundial, que dio inicio a lo que di en llamar "la catástrofe social". Esta guerra inauguró un nuevo capítulo en Europa. Todos los países perdedores atravesaron una gran revolución. La Unión Soviética y Alemania, para concentrarnos en estos ejemplos, eran sociedades de muy diferente tradición. Su espacio político y su ambiente social eran diferentes y los dictadores que resultaron de esos contrastes presentaban profundos contrastes. Por ejemplo, la naturaleza y el alcance de la propiedad de la tierra eran muy diferentes en cada caso. En un contexto de crisis, la población rusa podía tolerar verse dirigida por un radical como Lenin que inclinaba la balanza a la izquierda, llevándola a la nacionalización de la propiedad; de ahí que por un momento apelara a los campesinos. En cambio, cualquier crisis desencadenada en Alemania, un país de propietarios, habría de desembocar en un resultado netamente diferente. En caso de amenaza, los burgueses acudían a la derecha en busca de salvación: la crisis los arrojó a los brazos de Hitler.

Muchos historiadores –entre ellos Allan Bullock y Richard Overy, incluso en cierta medida Hannah Arendt– que publicaron obras de carácter comparativo sobre estas dictaduras tendieron a tomar a Hitler como la norma y abordaron el stalinismo en busca de semejanzas. Dejaron a Lenin completamente al margen del análisis, cuando en realizad fue él quien se encargó de construir las más importantes instituciones de la dictadura soviética, desde la policía secreta hasta los campos de concentración. Por eso subrayo la importancia de considerar de manera correcta el orden en que se presentaron estos tres líderes. Se copiaron entre sí y aprendieron entre ellos, de modo que sus vidas y sus carreras se hallan entrelazadas. Hubo semejanzas, pero las diferencias saltan a la vista. Para decirlo de manera sencilla, Lenin creó un partido de vanguardia y una dictadura que hacía juego con él. Gobernaba de arriba hacia abajo y no se preocupaba en absoluto por la opinión pública. Stalin a duras penas se molestaba en hablar en público. Hitler era algo bien diferente. Era un líder carismático que amaba las masas tanto como éstas lo amaban a él. Insistía en que la clave de la autoridad política era que debía ser popular, y no simplemente estar respaldado por la fuerza. La suya fue una dictadura basada en el consenso, que extrajo su legitimidad del pueblo. No hay duda de que la guerra supuso un gran desafío, al que Hitler respondió con la idea de que era necesario tomar firmemente el control del frente interno. Sin embargo, la gente lo siguió respaldando incluso en los años de la guerra, hasta un nivel extraordinario.

Más todavía: los sistemas de terror de ambos países reflejaron a la perfección dos sociedades diferentes. Lenin y Stalin utilizaron el terror de manera azarosa e impredecible, sobre todo porque contaban con una policía relativamente pequeña. Uno de sus métodos fue apelar al tristemente célebre sistema de cuotas para arrestar y matar a sus "enemigos". El terror de Hitler era en cambio mucho más predecible, de manera que los "buenos ciudadanos" tenían poco que temer, en especial durante los tiempos de paz. Los denominados "enemigos raciales", así como también los marginados sociales –delincuentes de crímenes reiterados y mendigos– o todos aquellos lo suficientemente incautos como para criticar públicamente al régimen quedaron expuestos al peso de la ley. Pero la dictadura de Hitler no fue estática. En particular, en los últimos meses de la guerra comenzó a aplicar al propio pueblo alemán las "lecciones" del terror aprendidas en las diferentes regiones ocupadas de Europa. El sistema nazi concluyó así por devorar incluso a sus más antiguos partidarios. No obstante, es sorprendente que podamos encontrar evidencia de que hubo quienes estuvieron dispuestos a seguir respaldando a Hitler no sólo hasta su más amargo fin sino más allá también.

P.F.: –En mi reciente libro *Life and Death in the Third Reich* exploro cómo los alemanes, ya desde antes de 1933 pero más especialmente a partir de esta fecha, se volcaron a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

percibir que Alemania se encontraba amenazada, tras haber pasado por la experiencia de estar al borde de la desintegración en 1918. El principal logro de los nazis consistió en hacer que los alemanes leyeran el pasado reciente en estos términos. En consecuencia, hubo cada vez más alemanes que se convencieron de que la preservación de la vida de la nación alemana exigía la implementación de políticas de carácter extraordinario, en las cuales Alemania no podía ya darse el lujo de sostener una ética de tipo cristiana o universal, sino que necesitaba en cambio desplegar una moralidad específicamente germánica en la cual la supervivencia y la prosperidad de la nación predominaran sobre cualquier otro criterio. Quizá no hubo nunca algo parecido a esto en la historia moderna: un momento en que la población de un país llegara a identificarse de manera tan intensa con el colectivo. Ese sentido de la vulnerabilidad alemana, para el cual la fecha de 1918 se convertiría en un verdadero símbolo, no debe ser perdido de vista; explica por qué tantos alemanes se pensaron a sí mismos como víctimas y por consiguiente pudieron convertirse en los autores responsables *("perpetrators")* de la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, los alemanes, en especial con la reconstrucción del Estado nazi y el comienzo de la guerra, se consideraron a sí mismos capaces de reconfigurar el futuro de Europa. Existía un infinito sentido de lo posible, que reforzaría la determinación de luchar hasta el más amargo final.

En segundo lugar, no simplemente sostengo que "cada vez más alemanes se hicieron nazis y se convirtieron en nacionalsocialistas hasta un grado que hubiera sido previamente inimaginable", sino que "los alemanes se involucraron activamente con la revolución nazi, según sus varias claves de deseo, fascinación y consternación". Dejando a un lado escrúpulos y dudas, los alemanes hicieron un esfuerzo deliberado para convertirse en nazis, para probar cómo encajaban en su propia piel las ideas nazis. Señalar este esfuerzo es algo mucho más perturbador que si uno dijera simplemente que los alemanes se dejaron seducir, o bien se sintieron paralizados. Los pruritos morales continuaron exhibiéndose, pero en una mirada de conjunto puede decirse que los alemanes hicieron un gran esfuerzo para ser cada día mejores nazis.

Por último, examino cómo interpretaron los alemanes y los judíos la catástrofe que sumía a Europa a causa del Holocausto y cómo su conocimiento fue modificándose durante el transcurso de la guerra. Para desarrollar estas líneas argumentativas hago un uso extensivo de diarios y cartas de contemporáneos con el preciso objeto de captar la voz de los alemanes y toda la variedad de sus esfuerzos políticos.

–¿Cuáles son las dificultades que, como historiadores, encontraron para estudiar un tema como el nazismo? Sean morales, políticas, ideológicas o de cualquier índole. ¿Qué soluciones han encontrado a estos problemas?

R.G.: –Es muy común que los historiadores procuren alcanzar una especie de comprensión empática con respecto a los actores que estudian. Para usar una vieja imagen, tratamos de imaginar qué pasaba por la mente de César mientras cruzaba el Rubicón. No obstante, es prácticamente imposible sentir cualquier tipo de empatía por Hitler o el régimen nazi. Esto representa una gran dificultad en el sentido de que la historia del Tercer Reich no es un ejercicio, digamos, "normal". Algunos historiadores procuraron "normalizar" el estudio del Tercer Reich, pero esto es algo muy difícil. Estoy de acuerdo en que debemos esforzarnos por ser lo más justos y ecuánimes posible, con el fin de basar nuestras conclusiones en una investigación científica. Pero no hay duda de que tratar con líderes como Hitler continuará presentando especiales dificultades, aun si dejamos a un lado todo lo que nos aparta de él en lo que respecta a sus fundamentos morales, políticos e ideológicos.

P.F.: –Ésta es una buena pregunta. Para mí el gran dilema es que al tratar de explicar el atractivo del nazismo me encuentro a mí mismo utilizando las categorías de los propios nazis, y lo hago fundamentalmente porque estoy convencido de que la visión del mundo de los nazis les resultó atractiva a los alemanes. Por ello tuve que argumentar que existió algo así como el deseo, e incluso la realización, de una *Volkgemeinschaft*. Puesto que la revolución nazi se dio en primer lugar en la mente y en las actitudes de los alemanes, los investigadores deben empezar a tomarse en serio la opinión que tuvo con respecto a los nazis toda la gente que respondió a sus prédicas basadas en la nación, la etnicidad y la raza; no siempre se explica siguiendo unos intereses definidos en términos de clase social. Puesto que los alemanes fueron muy creyentes en el nazismo (75%, 85%, 95%) no nos queda más que, en la medida de lo posible, trabajar con las mismas categorías que sostuvo el propio movimiento. Éste es un aspecto decisivo que hace a la perspectiva del historiador, más allá de los números. Hay muchos historiadores que prefieren buscar algún otro tipo de explicación para el fenómeno nazi, pero yo opto por reconocer que muchos alemanes creyeron que el Tercer Reich era algo confortable, incluso un excelente lugar en el que estar.

Y, por supuesto, una de las cuestiones con la que tenemos que lidiar es tratar de explicar por qué, una vez que concluyó la Segunda Guerra Mundial, se produjo ese rechazo tan rápido de los aspectos clave de la identidad alemana anterior a 1945. Otro problema adicional es que buena parte de las fuentes con las que contamos se encuentran políticamente tergiversadas, desde el momento en que son prueba de un régimen racista y criminal. A mí no me entusiasma para nada tener que tocar físicamente esos documentos. Fue un movimiento popular despiadado, horrible y mezquino: no hay duda de que debe ser explicado, pero no es nada agradable tener que trabajar con sus restos.

Notas

[1] Götz Aly es autor de *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2007.

[2] Véase Jan T. Gross, *Neighbours. The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne*, Nueva York, Penguin Books, 2002.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Grete Stern, Sueño Nº 46,
"Extañamiento", 1946
(detalle)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

De cómo las escuelas de primeras letras se transformaron en escuelas primarias en la campaña de Buenos Aires a mediados del siglo XIX

*José Bustamante Vismara**

Iglesias, plazas y escuelas constituyen un nudo en torno al que se estructuran la mayor parte de los pueblos de la República Argentina. Este patrón se encuentra tan consolidado que, en ocasiones, resulta difícil advertir las pautas con que fueron tomando un lugar en el horizonte institucional. Y, mientras que las plazas y las iglesias fueron emplazadas a partir de una antigua matriz urbana –a la cual no se hará referencia en este trabajo–, las escuelas comenzaron a ocupar un lugar corriente con el correr del siglo XIX. Esta consolidación es descripta en estas páginas.

A modo de hipótesis se sugiere que este proceso de cambio –en el ámbito específico de la región pampeana– fue acompañado y complementado por una significativa alteración en la naturaleza de estos establecimientos: su inserción en un sistema crecientemente jerarquizado, las percepciones acerca de sus concurrentes, el lugar de los maestros y las maestras, sus formaciones, los contenidos y las propuestas curriculares, las características edilicias… en fin, todo parecería cambiar durante estos años. Pero para que algo cambie, tiene que haber existido. Esta transformación sólo cobra sentido al ser puesta en perspectiva. Sin sus relaciones con la evolución suscitada con relación al temprano siglo XIX, las escuelas primarias parecerían no tener vínculos o nexos con el pasado. De un día para otro el Estado decidió que serían una herramienta indispensable para su desarrollo, y la sociedad las aceptó como si siempre las hubiese esperado. Esta mirada, un tanto ingenua, no responde al proceso de reconfiguración que se dio entre las escuelas de primeras letras y las escuelas primarias.

Para describir esta transformación –y con ello caracterizar con precisión a qué se alude cuando se habla de tales establecimientos– se presentará un panorama general de la cantidad y el tipo de escuelas radicadas en la región hacia la década de 1850. Como producto de ello se verá el crecientemente complejo cuadro institucional que por entonces se fue conformando. Luego se aludirá a los encargados de la enseñanza –fueran hombres o mujeres– y sus pautas de formación, así como a los cambios suscitados en las propuestas pedagógicas para la enseñanza de las primeras letras. Las alteraciones de este conjunto de elementos tuvo como correlato su impacto tanto en los útiles o insumos para la enseñanza como en el perfil de los edificios. Finalmente, los alumnos y sus pautas de asistencia también conocieron variaciones que no pasan inadvertidas.

El análisis se desglosa de un trabajo mayor sobre las escuelas de primeras letras de la campaña de Buenos Aires en el temprano siglo XIX.[1] A partir de esa perspectiva han sido

* Universidad Nacional de Mar del Plata-El Colegio de México.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Entrepasados - Nº 33, comienzos de 2008: 127-142

advertidos elementos propios de mediados del siglo que, de no ser contrastados con sus antecedentes, pasarían desapercibidos. Marcar diferencias entre escuelas de primeras letras y primarias no supone atender a alteraciones claramente identificadas que se desenvolvieron de un año para el otro. Se trató de un proceso que aconteció con avances y esfuerzos que en muchas ocasiones fueron poco más que tibias insinuaciones, pero que en el mediano plazo cobraron sentido como conjunto.

El desarrollo de los años de 1850

Entre los *lugares comunes* de la historia de la educación, aquel que señala que *todo comenzó* hacia fines de la década de 1850 del siglo XIX con la llegada de Domingo F. Sarmiento tiene algunos motivos que lo justifican. De hecho, luego de la caída de Juan Manuel de Rosas se pasó abruptamente de un período en el que casi no había escuelas elementales dotadas por el Estado en la campaña a más de cuarenta establecimientos hacia fines de la década:

Cantidad de escuelas en la campaña de Buenos Aires

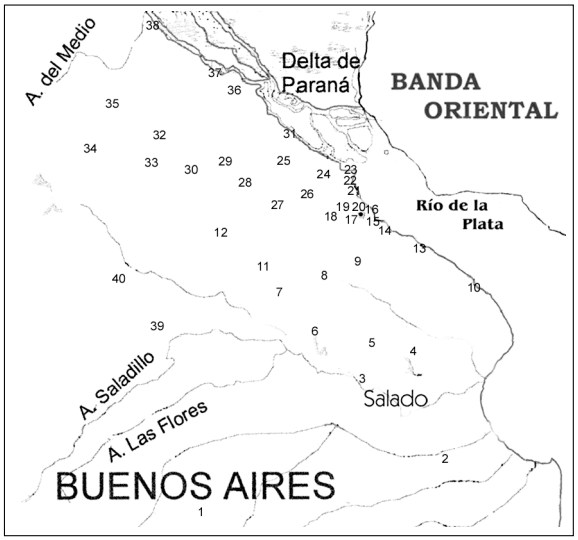
Años	1852	1853	1854	1855	1856	1857	1858	1859	1860	1861	1862	1863	1864	1865	1866	1867
Cantidad de escuelas	4	8	17	29	30	43	48	48	s/d	48	48	48	50	51	51	56

Fuentes: Elaboración personal sobre la base de *Almanaque Comercial y Guía de Forasteros para el estado de Buenos Aires. Año de 1855,* Buenos Aires, pp. 43-44; *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires,* 7 y 8, Buenos Aires, 1855, p. 122; Ricardo Levene (advertencia)-Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, *Fundación de escuelas públicas en la Provincia de Buenos Aires durante el gobierno escolar de Sarmiento. 1856-1831, 1875-1881,* La Plata, 1939; *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires, 1857,* Buenos Aires, 1858, t. 1, *Registro Estadístico de Buenos Aires, 1858 (1859)*, Buenos Aires, t. II; Archivo del Instituto de Investigaciones en Historia del Derecho, Colección Documental José Barros Pazos, Legajos 163 y 167; *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires Año Cuadragésimo, Segundo Semestre, 1861,* 1861; *Memoria de los diversos departamentos de la administracion de la Provincia de Buenos Aires y de las municipalidades de la campaña*, Buenos Aires, 1867, p. 9. *Registro Estadístico de Buenos Aires, 1868, Año décimo-tercio publicado bajo la direccion de Manuel Ricardo Trelles. Gefe de la Oficina de Estadística,* Buenos Aires, 1872, p. 208.

Pero la lectura de este desarrollo requiere algunas aclaraciones. Por un lado cabe indicar que el hecho de que en los años 40 no haya habido escuelas dotadas por el Estado no significó ni que no hubiese emprendimientos educativos, ni que no los hubiese habido en los años previos. De algún modo, en esta misma tabla puede advertirse que la escuela no era algo nuevo; hubo gente preparada para regentear establecimientos y padres dispuestos a enviar a ellos a algunos de los miembros de su familia en edad escolar. Esta generalizada respuesta necesita una explicación: ¿qué razones llevaron a apostar por la escuela?, ¿qué motivos hicieron de estos emprendimientos lugares en los que parecía razonable detenerse? La evidencia estudiada para casos más tempranos –anteriores a 1838– permite afirmar que el desarrollo de una cultura en la que comenzó a ser corriente la existencia y el sostenimiento de escuelas no fue un producto espontáneamente generado hacia la década del 50.

Es sabido ya que entre 1820 y 1838 hubo unas cuantas escuelas –más de veinte en casi todo el período, y con picos de algo más de treinta en algunos años– que fueron caracterizadas por su fragilidad e inconstancia.[2] En la década del 50 esas características comenzaron a ser alteradas, lo cual es ilustrado con la creciente regularidad en que fueron ordenados los establecimientos. La expansión del período es graficada en el siguiente mapa:

Sitios en los que se radicaron escuelas de primeras letras a mediados de la década de 1850



Referencias: 1. Azul. 2. Dolores. 3. Belgrano. 4. Chascomús. 5. Ranchos. 6. San Miguel del Monte. 7. Lobos. 8. Cañuelas. 9. San Vicente. 10. Magdalena. 11. Navarro. 12. Chivilcoy. 13. Ensenada. 14. Quilmes. 15. Barracas. 16. Boca. 17. San José de Flores. 18. Merlo. 19. Morón. 20. Santos Lugares. 21. San Isidro. 22. San Fernando. 23. Las Conchas. 24. Pilar. 25. Capilla del Señor. 26. Villa del Luján. 27. Guardia del Luján. 28. San Antonio de Giles. 29. San Antonio de Areco. 30. Fortín de Areco. 31. Zárate. 32. Arrecifes. 33. Salto. 34. Rojas. 35. Pergamino. 36. Baradero. 37. San Pedro. 38. San Nicolás de los Arroyos. 39. 25 de Mayo. 40. Bragado.

Fuentes: La elaboración de la ilustración ha sido llevada adelante sobre la base de los datos mencionados en la tabla.

Nota: Los números señalan los poblados que hacia 1860 tuvieron escuelas de primeras letras. Restaría ubicar en la parte inferior de la imagen, es decir hacia el sur, a Carmen de Patagones, Tandil y Bahía Blanca, lugares en los que también hubo establecimientos en el período.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La referida expansión fue complementada por un mayor espectro en el ofrecimiento de servicios educativos. Además de las escuelas indicadas, en muchos de los pueblos hubo instituciones para niñas dependientes de la Sociedad de Beneficencia. Pero ello no fue todo; en directa articulación a la administración de las escuelas para varones –las escuelas de la Sociedad de Beneficencia tenían una administración algo más autónoma– se desarrollaron otras alternativas: escuelas para *ambos sexos*, escuelas privadas *subvencionadas*, escuelas rurales, escuelas superiores, alguna escuela de horticultura y, hacia la década del 70, los primeros esfuerzos por instalar *escuelas graduadas*.

Las escuelas para *ambos sexos* son un punto relevante en la inflexión a la que se hace alusión. Éstas eran una especie de preescolar al que eran derivados los niños *más pequeños* –en general menores de seis años– que aún no estaban en condiciones de iniciar el aprendizaje de las letras –y que en las clases de los mayores, según se decía, *molestaban*–. En este marco institucional las mujeres comenzaron a tener un rol importante como maestras. Con anterioridad a la década del 50 ni las escuelas para niños y niñas estuvieron difundidas, ni las mujeres estuvieron a cargo de la enseñanza elemental en las escuelas de primeras letras.[3]

Aunque las características de estos establecimientos para *ambos sexos* fueron poco precisadas –por ejemplo, sin un conjunto curricular claramente delimitado–, resulta sugerente el hecho de que se indique que sus asistentes eran allí *cuidados* y no necesariamente *educados* o *instruidos*. De este modo, se generaba un primer peldaño que permite comenzar a aludir a un sistema, y ya no a propuestas formativas desligadas entre sí. A fines de la década del 50 funcionaban cuatro de estas instituciones –casi todas ellas en la ciudad de Buenos Aires–, unos diez años después el número y sus resultados se habían multiplicado. Así, se afirmó en 1867: "Las escuelas de ambos sexos dirijidas por señoras, en esta capital y aun lejos de toda poblacion, en la campaña, presentan ya resultados muy lisonjeros".[4]

Asimismo, en el otro extremo de este marco institucional, cabe hacer referencia a las escuelas normales. El primer esfuerzo generado por desarrollar una institución de este tipo en la región –luego de las actividades de la década de 1820 ligadas al sistema de enseñanza mutua–[5] data de 1852, cuando Marcos Sastre fue designado director de la que se instalaría en Buenos Aires. Sin embargo, esta iniciativa fue abandonada con la revolución de septiembre, y hubo que esperar hasta mediados de la década del 60 para que un renovado emprendimiento con este sentido se instalara en Buenos Aires. Así sucedió en 1865, cuando nuevamente la dirección fue encomendada a Marcos Sastre; y aunque él se desligó al poco tiempo –ya se aludirá más adelante a las razones que motivaron esta decisión– la empresa continuó. Y no sólo lo hizo en la ciudad de Buenos Aires sino también en algunos de los pueblos más importantes de la región con las denominadas *escuelas superiores*.

Esta creciente complejidad institucional fue acompañada por cambios en la esfera burocrática. Estas inflexiones pueden ser advertidas al contrastar la arquitectura administrativa que se había mantenido en la región desde fines de la década de 1810 con la situación existente hacia 1860. Entre 1816 y 1818 se habían promulgado una serie de reglamentos en los que se designaba a un inspector o director general que controlaba el desarrollo de las escuelas de la campaña a través de la intermediación de las juntas inspectoras o protectoras ubicadas en cada uno de los pueblos en los que se instalase una escuela. Estas juntas estaban conformadas por el alcalde o el juez de paz, un sacerdote y un par de vecinos. Así, el inspector general –asentado en la ciudad de Buenos Aires– podía contar con informaciones más o menos regulares e interesadas por el buen funcionamiento de los establecimientos desde cada uno de los pueblos.

En los años 50 el cargo de director general de escuelas fue reforzado con un cuerpo de inspectores y por un Consejo de Instrucción Pública. Además, a nivel local, las juntas protectoras fueron complementadas con la designación en forma permanente de uno de los municipales.

El mencionado Consejo era un cuerpo colegiado compuesto por notables versados en la materia.[6] En 1864, por ejemplo, estuvo integrado por Gabriel Fuentes, Miguel Esteves Saguí, Alejo B. Gonzalez Garaño, Juan Andrés Peña, José Benjamín Gorostiaga, Juan Thompson e Isaac Fernández Blanco; y la secretaría a cargo de Pastor Servando Obligado. La presidencia de ese cuerpo fue ocupada por diferentes agentes: en la década del 50 estuvo en manos del rector de la Universidad de Buenos Aires, luego se ha encontrado al ministro de Gobierno, para ser posteriormente delegada en el jefe del Departamento de Escuelas. Las atribuciones del consejo fueron poco concretas hasta 1865, cuando en un decreto se indicó que debería "1° Promover la generalizacion, método, uniformidad y reglamentacion de la educacion primaria. 2° Fijar el programa de enseñanza, determinar los libros de testo en la forma establecida en el Decreto de 23 de Enero último, vigilar las disposiciones gubernativas y proponer al Gobierno todas las reformas y mejoras que sea posible introducir en la instruccion primaria. 3° Atender á la formacion y subdivision de las Escuelas nombrando Preceptores y separándolos cuando fuese necesario. 4° Informar al Gobierno en todos los asuntos que le pasare al objeto. 5° Establecer un Reglamento interno del Consejo y de las atribuciones y deberes del Gefe del Departamento y demas empleados á su cargo".[7]

Como se indicó antes, el cargo de director general continuó con las atribuciones que ya había conocido, pero acompañado por un par de subordinados que, en conjunto, brindaban la posibilidad de una creciente regularidad en las tareas de inspección. A partir de entonces empezó a ser corriente una visita más o menos periódica a cada uno de los establecimientos de la campaña.[8] En estas inspecciones se advierte una doble tarea. Por un lado se estandariza el desarrollo de premiaciones públicas de los alumnos destacados en los correspondientes exámenes. Estas *funciones* habían sido desarrolladas recurrentemente en torno a la Sociedad de Beneficencia; y aunque habían conocido ensayos en el temprano siglo XIX, sólo hacia fines de los años 50 se generalizaron en las escuelas de varones de la campaña. Como afirmación de este proceso de cambio, se aprecia que el carácter de tales reuniones fue alterado: mientras que a principios del siglo XIX los exámenes eran *dados* por los alumnos más adelantados de cada una de las clases, con el correr de la década del 60 se alentó una generalizada participación de los estudiantes en estas evaluaciones.[9] Por otro lado, en el reverso de estos exámenes *dados* por los alumnos se percibe una evaluación del desempeño de las tareas del preceptor.

En lo que atañe a la administración de las escuelas en el nivel comunal, la promulgación de la ley de municipalidades en 1855 generó alteraciones. El juez de paz continuó cumpliendo un rol central en las tareas administrativas de estos poblados, pero desde entonces

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acompañado por cuatro vecinos. Uno de ellos –según el artículo 67 de la ley en cuestión– estaría "encargado de los establecimientos de Instrucción Pública, beneficencia y culto, y llenará los deberes que están prescriptos por decretos gubernativos, á los inspectores de escuelas y síndicos y parroquias", tareas a las que se le añadían algunas otras, como la demarcación de calles y caminos.[10] Al respecto resultan ilustrativas las memorias de Juan Fugl quien, luego de arribar desde Dinamarca a Tandil, se desempeñó como *municipal* encargado de la educación a lo largo de una docena de años.[11]

A fin de dar un marco institucional a todos estos nuevos pliegues, hacia mediados de la década del 50 comenzaron a circular los primeros borradores de lo que, finalmente, se transformaría en el reglamento de escuelas que reemplazaría al encuadre normativo que se había realizado a fines de la década del 10, y que había sido ratificado, con unas pocas transformaciones, en 1835.[12] En la nueva propuesta se enumera una mucho mayor cantidad de situaciones que eran obviadas por las regulaciones precedentes.[13]

En complemento a estas alteraciones empezó a satisfacerse la presentación en forma regular de informes desde cada una de las escuelas. Esta demanda había sido tan tempranamente reclamada como poco correspondida. Cuando en 1822 el gobierno de Martín Rodríguez inició la edición de los *Registros Oficiales* con cuadros estadísticos de diversos ramos, se les exigió a los maestros y a sus juntas protectoras que enviaran informes trimestrales del *Estado General de los Establecimientos*. Las respuestas lejos estuvieron de ser regulares y sistemáticas. Hacia fines de la década del 50 esta situación fue alterada.[14] Se comenzaron a presentar informes minuciosos acerca de la cotidianidad escolar de cada uno de los alumnos; tanto con detalles acerca de sus desenvolvimientos en las diferentes áreas que cursaban como con indicaciones más generales acerca de la estructura del establecimiento. Pero ello no fue todo; además, hubo maestros que pidieron insistentemente que el inspector los proveyera de las respectivas planillas para que pudiesen cumplir estas obligaciones administrativas.[15]

Maestros, maestras y currículum

Aquel desarrollo burocrático e institucional fue complementado por la emergencia de renovadas posiciones entre los involucrados en estas actividades. Así, los cargos generados en las altas esferas de la administración fueron ocupados por hombres; y, en forma concomitante, algunos de los nuevos puestos que deberían atender a las exigencias de los niños más pequeños fueron tomados por mujeres. De este modo, la emergencia de la figura de las maestras lejos estuvo de implicar un desplazamiento del lugar de los hombres: éstos se corrieron a los sitios que, supuestamente, requerían mayores responsabilidades.[16]

Pero este cambio no fue abrupto. Sería con el correr de la década del 60 cuando comenzarían a establecerse las escuelas para *ambos sexos* en las que las mujeres tomaron un papel destacado –aunque generalmente subsidiario de una escuela para varones regenteada por hombres–. Pero en el ámbito de la formación, la escuela normal para mujeres dependiente de la Sociedad de Beneficencia tuvo un más regular y estable desarrollo que los esfuerzos por generar ámbitos similares para varones. Ya se ha indicado que luego de la fallida experiencia de 1852 hubo que esperar hasta 1865 para que una nueva escuela normal para varones fuese instalada en Buenos Aires. Y una vez que ésta se encontró en funcionamiento, sus resultados no fueron los deseados. Así se pone en evidencia en un análisis que se editó en 1872. En éste se señaló que esa escuela fue cerrada en razón de que sólo había tenido siete egresados en los anteriores seis años. Esto no se debía a la duración de los cursos –que podían finalizarse en dos años– sino a que los jóvenes de la región estaban constantemente tentados por carreras promisorias que los disuadían del magisterio. Además, quienes llegaban desde el exterior y veían en la actividad una ocupación atractiva, tampoco alcanzaban con sobrada suficiencia los requisitos ya que, si bien podían estar adecuadamente preparados, no conocían las costumbres ni el idioma de la región. Finalmente, el informe concluía –repitiendo una idea que ya circulaba desde la década del 50– indicando que la mejor opción estaría dada por un vuelco hacia la formación de maestras. Éstas no sólo estarían bien retribuidas con sueldos más bajos que los de los maestros sino que además consideraban el cargo como una forma de acreditación social.[17]

La parcial ausencia que durante estas décadas se vivió en materia de instituciones que formasen a los maestros no fue inmediatamente presentada como un problema. Así lo indicó Sarmiento al justificar las razones por las cuales no abrió una escuela normal cuando estuvo como director general hacia fines de los años 50: "En la época que estuvo en mi mano hacerlo [fundar escuelas normales], para solo el entonces Estado de Buenos Aires, tantos eran los maestros salidos de las escuelas normales, y aun de las universidades de Europa, que ofrecían sus servicios, que profusión vana [hubiera sido] crear artificialmente lo que venía ya creado".[18] No obstante esta postergación, consideraba esencial la generalización de un sistema de enseñanza uniforme y efectivo. De lo contrario, cada maestro se vería obligado a crear un nuevo método y, con su abandono de la actividad, todos los avances que la experiencia le puedan haber dado serían dilapidados.[19]

Lo cierto es que, con retrasos y problemas, fue con el correr de los años 60 cuando se iría conformando un sistema de enseñaza superior. Y, aunque se tratara de experiencias educativas acerca de las cuales la historiografía no ha presentado aún un acabado detalle, cabe hacer mención a las Escuelas Superiores de Mercedes, Chivilcoy, Chascomús y San Nicolás de los Arroyos –fundadas en 1868–;[20] y a la escuela normal que se afirmó en Buenos Aires.

Un excelente ejemplo del perfil de este creciente cuerpo de conocimientos que se difunden sobre la enseñanza –que probablemente sería aún desmedido asociar a una idea de *profesionalización*, exceptuando el desempeño de unos pocos sujetos– está dado en las pautas presentadas por la *Guía del preceptor*.[21] El texto es de fines de los años 50 y está dirigido a suplantar las deficiencias que la ausencia de una generalizada formación ocasionaba. En esta guía se presentan una serie de directrices que Sastre consideraba elementales para que los maestros pudiesen llevar adelante sus tareas: la redacción de informes, el empleo adecuado del tiempo, la puntualización en diferentes disciplinas, las pautas de los exámenes, la radical importancia de la instrucción religiosa, los modos en que se debían administrar los premios. Aunque cada una de las pautas de la *Guía del preceptor* no fueran en sí mismas una novedad, lo que sí fue renovador es el marco del conjunto –articulado a los diversos cambios antes mencionados–. De este modo, se alteró el número y la estabilidad

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de los establecimientos, las pautas con que eran administrados, el perfil de los sujetos que se encargaban de acercar el conocimiento a los niños…

Pero ello no fue todo. Además también fueron modificadas las pautas pedagógicas para enseñar las primeras letras. Esto se dio no tanto en relación con los contenidos enseñados –ya que los materiales difundidos eran relativamente homogéneos en diversos establecimientos–, sino más bien en el empleo y la sistematización de sus usos.

Marcos Sastre y Domingo F. Sarmiento fueron los protagonistas de muchas de las alteraciones acaecidas en estos procesos. Sus actividades y proyectos fueron reconocidos en diversas facetas de renovación de la situación aquí estudiada. Mientras que Sastre ya venía desarrollando tareas en la zona desde la década del 40, Sarmiento comenzó a vincularse con la administración de las escuelas de Buenos Aires en 1856 –aunque ya contaba con experiencias en el ramo como fruto de sus actuaciones en Chile–. Ya sea antes o después, lo cierto es que ambos realizaron innovadoras propuestas en las pautas pedagógicas con las que se enseñaban.

Anagnósia, o arte de leer es el nombre de un texto que Sastre habría empezado a hacer circular en la década del 40.[22] Una vez impreso, no antes de 1850, sus ediciones se sucedieron masivamente. La obra tenía como propósito brindar los primeros pasos de la enseñanza de la lectura, reemplazando los tradicionales métodos con los que se deletreaba sin constituir unidades fonéticas de sentido. Tales eran los casos de las cartillas y los silabarios, impresos con los que hasta entonces se enseñaban las primeras letras. En éstos la instrucción se hacía sobre la base de un desarrollo en el que el orden –alfabético– primaba sobre el sentido.

Por su parte, Sarmiento aportaba ejercicios con los que se ponen en evidencia puntos de contacto con la propuesta explicitada por Sastre. Así sucede con la edición del *Método de lectura gradual* editado en folios para las escuelas de Buenos Aires. El formato y la tipografía de esas ediciones permitirían que fuesen visualizados al ser colocados sobre las paredes de los edificios. En una de sus lecciones se expresa:

> Un ga to lla ma do ca za po co a ga rró
> u na rra ta de la co la i le di jo de es ta
> ma ne ra. Da me ao ra to do el qe so i el
> se bo qe as rro ido en la a la ce na de mi
> a ma Do ña A ga pi ta ma za mo rra, o si no
> mi bo ca rro erá tu co la i a rá u na rri ca
> ce na de tu go lo so o ci co.[23]

De este modo el deletreo de unidades sin sentido –típico de los silabarios y las cartillas– era relegado. Por entonces, además de fomentar el reconocimiento de las letras, se estimulaba el aprendizaje de palabras o unidades que tuviesen sentido en sí mismas.[24]

Estos cambios fueron acompañados por una renovación en la difusión de materiales para diversas áreas del conocimiento que anteriormente no tenían un lugar en el currículo de las escuelas. Tales fueron los casos de los textos de aritmética, geometría, geografía, historia. En la mayor parte de éstos se utilizaron traducciones a fin de adecuar textos a la región;[25] pero también se redactaron algunos contenidos específicamente vinculados a ella.

En lo que respecta a los textos de las materias confesionales, éstas continuaron teniendo un papel destacado sin advertirse cambios demasiado significativos. Si bien hubo intentos a fin de difundir materiales en los que se modificasen algunas características de los tradicionales *catones* y *catecismos* –como la traducción de una *Vida de Jesucristo* realizada por Sarmiento–, aquéllos continuaron con un lugar importante dentro de las escuelas.

Además de textos para los alumnos, también comenzaron a circular ejemplares para los maestros. Aparte de la ya mencionada *Guía del preceptor,* los *Anales de la Educación Común* impulsados por Sarmiento –aunque sostenidos tan sólo por un par de años– tuvieron un papel relevante. A través de los temas en ellos abordados se trasluce aquella renovada capacitación en la que se vieron involucrados los, ahora si, docentes. Por ejemplo, se encuentran artículos en los que se describen ejercicios para que los niños practiquen en las clases, modos en que debían administrarse los tiempos, selecciones ejemplares de informes, correspondencia entablada entre maestros, análisis acerca de la situación educativa en diversos países, entre otros tópicos.[26]

La profusión de textos para las escuelas no fue aleatoria. La *aprobación* de contenidos para las escuelas fue un punto fundamental de las atribuciones del Consejo de Instrucción Pública. Como producto de sus actividades, en 1865 el Ministerio de Gobierno presentó una regularización en la que se enumeraron unos cincuenta libros subdivididos en sus correspondientes asignaturas. De éstos los preceptores podrían elegir aquellos que considerasen más adecuados.[27]

Tanto el conjunto como la previa inspección del contenido de cada uno de los textos fueron algo renovador. A tal punto debe haber sido la importancia de la multiplicación de estas ediciones que Marcos Sastre –tanto en su carácter de traductor o de redactor de varios de estos libros– prefirió renunciar al cargo de inspector general antes que a las regalías que le proporcionaba el producto de sus ventas.[28] Ambas eran, por si hiciera falta aclararlo, incompatibles. Tras su renuncia, en 1868, envió al inspector general una propuesta en la que, dada la difusión de un par de sus textos –*Ortografía completa y Lecciones de ortografía*–, ofrecía vender la propiedad intelectual de ambos con el fin de que pudiesen generalizarse en las escuelas primarias, elementales y superiores. Como producto de la negociación se convino que Sastre recibiría treinta mil pesos, cuando el sueldo de un cargo jerárquicamente alto como el de inspector general no excedía los dos mil pesos mensuales.[29]

Insumos y establecimientos

Junto a aquellos nuevos escritos se desarrolló un renovado cuerpo de insumos. Enseres y útiles, que anteriormente no existían o aparecían ocasionalmente, comenzaron a ser asiduos. Entre ellos hay un par de casos que resultan ilustrativos. Desde lo normativo, los horarios de las escuelas aparecieron recurrentemente desde principios del siglo XIX. En las indicaciones de las escuelas lancasterianas de la década del 20, por ejemplo, se indicaban con minuciosidad los minutos con que se debían suceder las distintas actividades del día. Sin embargo los relojes brillaron por su ausencia. A lo largo del temprano siglo XIX en casi nin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gún establecimiento se encontraron tales instrumentos, y cuando fueron mencionados generalizadamente se encontraban en mal estado. Fue hacia mediados de los años 50 cuando aparecieron los primeros relojes.[30] En la primera edición de la *Guía del preceptor* su autor generalizó y criticó su ausencia; pero, en la edición de 1862 de ese texto, mientras que en el cuerpo central se repetía lo ya indicado, en una nota al pie se señalaba: "Hoi lo tienen la mayor parte de las escuelas".[31]

Otro instrumento que pone en evidencia los cambios que se sucedieron en materia de insumos fueron los cuadernos. Durante el temprano siglo XIX la escritura era una materia que no todos los niños alcanzaban, tanto por la regularidad y constancia que exigía su aprendizaje, como por sus costos –que lógicamente eran mayores que los demandados para el aprendizaje de la lectura–. Esa situación fue algo aligerada hacia 1820 cuando se empezó a propagar tanto el uso de pizarras como el de los *cajones con arena*. En estos últimos los niños trazaban las letras y ejercitaban su pulso de un modo económico. Pero parecería que hacia los años 50 esta situación se vio alterada. En 1858, por ejemplo, además de críticas a las prácticas en las que no se utilizase papel para ejercitar la escritura, el Departamento de Escuelas comenzó a incluir en los envíos de útiles que realizaba *cuadernos en blanco* para los alumnos. Esta propagación es relevante.

Además, dentro de las escuelas empezaron a circular libros. Con anterioridad había impresos y textos en manos de los maestros, pero lejos se estaba de conformar una *biblioteca*. En la década del 50, desde Chile, Sarmiento inició contactos con el por entonces rector de la Universidad –órgano que estuvo a cargo entre 1853 y 1855 de las escuelas de la región– José Barros Pazos a fin de difundir el proyecto de bibliotecas populares que Sarmiento desarrollaba desde el país vecino.[32] Aunque esta articulación no se llevó adelante, al poco tiempo las escuelas del estado de Buenos Aires comenzarían a contar con un conjunto de textos escolares que permiten aludir a una biblioteca.

El perfil de los edificios también conoció cambios significativos. Entre 1820 y 1840 no hubo un solo establecimiento de la campaña que eludiera las características generales de los ranchos, es decir, una estructura con techo de paja, paredes de adobe y piso de tierra. Como en tantas otras, esta situación también fue transformada hacia 1860. Primero hubo alguna escuela cuya construcción fue calificada como excelente. Tal fue el caso del edificio refaccionado en 1858 en Baradero. Éste contaba con dos pisos, en cada uno de los cuales se hallaba un salón de unos quince metros por diez. Pero más allá de estas excepciones, en 1868 se legisló a fin de que se diseñaran planos que fuesen compatibles a diferentes terrenos, de forma que todas las escuelas que desde entonces se construyesen tuviesen un mismo perfil. Este proyecto fue consolidado con la redacción y edición de una serie de *Instrucciones para la construcción de escuelas*. En éstas se indicaba, por ejemplo, que "sino puede ser todo el edificio de cal, que al menos lo sea el Salón […] y si ni aun esto fuese posible, al menos se deberán levantar con cal los cimientos hasta la altura de seis pulgadas sobre los pisos interiores".[33] Junto a ello se alertaba acerca de la importancia de que estos edificios fuesen pasibles de ser ampliados cuando la necesidad así lo requiera.[34]

Alumnos y asistencias

Las percepciones que se tenían acerca de los alumnos ya no eran tampoco las mismas que las advertidas hacia principios del siglo XIX. Por entonces la asistencia era, prácticamente, determinada por las actividades y los requerimientos de las actividades agropecuarias.[35] Esta situación no se alteró de un momento para el otro. En 1856 Sarmiento sugirió la posibilidad de ampliar los períodos de vacaciones con tal de que, cuando correspondiese, la asistencia a clase fuese regular: "Nosotros hemos insinuado a jueces de paz y municipales de los departamentos rurales la conveniencia de dejar a los niños dos meses en invierno y dos meses en verano a disposición de que los dejen asistir constantemente a las faenas a trueque del año. La única objeción racional que a esto se opone es que hay padres que los necesitan siempre para pastorear bueyes y ovejas. Un cerco de alambre haría mejor ese oficio que suple los de las escuelas".[36]

Hacia 1860 se comenzaron a regularizar los períodos estivales de receso. Se proponía que fuesen unos cuarenta días con posterioridad al 25 de diciembre. Esta moción fue criticada por algunos miembros de la administración –en particular por agentes de la municipalidad de Buenos Aires–; entre otros argumentos se señalaba que ello sería un abuso de parte de los maestros. Sin embargo, nuevamente fue la opinión de Sarmiento la que se escuchó alentando un desarrollo realista: era preferible contar con unos cuantos días de asistencias regulares que varios meses con truncadas permanencias. Además, no consideró desatinada la necesidad de que los maestros a cargo de los establecimientos descansaran: "El maestro necesita, pues, cuarenta días por lo menos en que no oiga hablar de niños y de escuela, en que espacie sus miradas fuera de las cuatro paredes de su jaula; que camine, que se soslaye".[37]

Con el correr de la década del 60 esta situación empezó a ser alterada. Como se ha indicado, una mayor regularidad en la asistencia se hizo efectiva. Si continuaron faltando niños, estas ausencias dejaron de ser lo suficientemente generalizadas para que se tuviesen que cerrar escuelas. Así fue manifestado en un informe presentado por Marcos Sastre en 1865: "Una afluencia numerosa de discípulos, y la mayor concurrencia diaria posible, sin que las interrupciones de algunos sean un obstáculo para la marcha regular de la escuela. La mayor puntualidad á la hora de la asistencia sin que la falta de ella perjudique al régimen de la escuela, ni perturbe la instruccion del alumno".[38]

En el primero de los puntos señalados por Sastre está una de las claves que permite advertir este renovado clima: las escuelas continuaron teniendo problemas de asistencia, pero ya no eran generalizados. Así es advertido, por ejemplo, en los informes que los maestros presentaron –entonces sí con mayor regularidad y uniformidad– con el correr de la década del 60 del siglo XIX.

Tales pautas de asistencia se asociaron a una nueva forma de calificar a los niños. Ésta puede ser articulada a lo que ha sido denominado como una perspectiva moderna de considerar a la infancia. En ella el niño ya no sería estimado un *hombre pequeño* sino un *infante* con capacidades diferenciadas de las del mundo adulto. En favor de este rasgo pueden considerarse, por ejemplo, los textos y las expresiones con que fueron tratados los niños con posterioridad a 1850. Algunos textos de, nuevamente, Sastre fueron centrales en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

este renovado modo. Tanto los *Consejos de oro sobre la educación*[39] como su *Selección de lecturas para la niñez*[40] aluden a un pequeño al que es necesario proteger. Su pureza e inocencia fueron constantemente resaltadas como rasgos diferenciadores.

Asimismo estas resignificaciones se complementaron con variaciones desarrolladas en el seno de la estructura escolar hasta aquí analizada: escuelas para niños y niñas, escuelas primarias, escuelas normales… Una variedad de formas que atendían a una variedad de necesidades; ésta es una complejidad que anteriormente no había existido. Como corolario de ello, hacia principios de la década del 70 se inició el reconocimiento de un nuevo problema que fomentaría el desarrollo de las *escuelas graduadas* –aquellas en las que habría diferentes aprendizajes según el grado de avance del alumno–. Éstas, se decía, eran "el órden llevado á la enseñanza" y su implementación solucionaría un inconveniente que recién por entonces comenzó a ser advertido: "No se concibe cómo pueda realizarse progreso serio en una escuela, estando confundidos los alumnos de distintas edades, y los que saben algo [comparten en aula] con los que todo lo ignoran".[41] Estas escuelas *graduadas* tampoco se diseminaron rápida y eficazmente, pero brindan un rasgo más que pone en evidencia la maduración del proceso al que se hace referencia.

Hacia un nuevo horizonte institucional

Hacia mediados del siglo XIX comenzó a cobrar forma la escuela primaria. Esa idea ha sido justificada al contrastar la situación de las escuelas de primeras letras en el temprano siglo XIX con la renovación acaecida hacia 1860. Como producto de este desarrollo la escuela pasó a tener un perfil crecientemente estructurado. Por entonces también empezó a darse por sentado que un pueblo, además de una iglesia y alguna plaza, debía tener una escuela.

A su vez esta renovación alude al modo en que la escolarización pasó a ser algo corriente con el transcurrir del siglo XIX. Si a principios de éste había algunos hombres que consideraban a la educación generalizada como algo benéfico, también había muchos que argumentaban que difundir las primeras letras entre los grupos menos acomodados era *abrir apetencias* que no podrían ser saldadas. Esta disparidad de juicios pareció ser también diluida hacia mediados del siglo XIX. Por entonces pudo continuarse debatiendo acerca del papel y de los propósitos de la escuela, pero ya se daba por sentada su necesidad. Una necesidad que, por cierto, satisfacía los requerimientos de un Estado en ciernes, que buscaba estructuras en las que incluir a la sociedad y a los agentes por medio de los cuales multiplicar sus alcances. En definitiva, si bien pudieron continuar, y hasta multiplicarse los problemas e inconvenientes relacionados con estas instituciones, ya no parece haber sido necesario justificar su implantación. La generalización de escuelas había comenzado a formar parte de lo corrientemente aceptado tanto por un Estado dispuesto a invertir en el área como por padres algo más interesados en enviar a éstas a sus niños.

Notas

[1] José Bustamante Vismara, "Escuelas de primeras letras en la campaña de Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX", tesis de maestría en Historia, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 2004.

[2] Véanse al respecto Carlos Newland, *Buenos Aires no es pampa: la educación elemental porteña 1820-1860,* Buenos Aires, 1992; José Bustamante Vismara, "La escuela rural. Del Catón al arado", en Carlos Mayo (dir.), *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1740-1870),* Buenos Aires, Biblos, 2000.

[3] Claro está que hubo algunas excepciones. En 1828 el maestro de Navarro caracterizaba a su escuela como de *ambos sexos;* aunque en general sólo asistieron varones a las escuelas de primeras letras. También hubo mujeres a cargo de escuelas particulares en las que asistían niños y niñas, según es puesto en evidencia en un decreto de mayo de 1839 en el que se recordaba que estaba *prohibido* que los maestros particulares hagan compartir a niños de distinto sexo una misma aula. El caso del preceptor de Navarro, Francisco Lemos, se encuentra en Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Dirección General de Escuelas (en adelante AHPBA, DGE), Legajo 6, Carpeta 542. Mientras que el decreto mencionado está reproducido entre los manuscritos de Saturnino Segurola resguardados en el Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Legajo 305.

[4] *Memoria de los diversos departamentos de la administracion de la Provincia de Buenos Aires y de las municipalidades de la campaña,* Buenos Aires, 1867, p. 14.

[5] Véase Mariano Narodowski, "La expansión del sistema lancasteriano. El caso de Buenos Aires", *Anuario IEHS*, 9, Tandil, 1994.

[6] Véase el documento publicado el 23 de febrero de 1855 por el Departamento de Gobierno en el *Registro Oficial del Estado de Buenos Aires* de 1855, pp. 32 y 33, así como en el Archivo del Instituto de Investigaciones en Historia del Derecho (en adelante AIIHD), Colección Documental de José Barros Pazos, Legajo 10.

[7] "Decreto, restableciendo el empleo de Gefe del Departamento de Escuelas y designando las atribuciones del consejo", *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1865*, Buenos Aires, 1865, pp. 74 ss.

[8] No obstante, hubo algunas excepciones en la regularidad de las visitas, como la ocurrida en 1855 cuando el inspector debió posponer su recorrido en razón de "una fuerte caída del caballo" en el que se trasladaba. El informe justificando el retraso y la postergación de sus obligaciones fue enviado desde Mercedes. AHPBA, DGE, Legajo 23, Carpeta 1790.

[9] En agosto de 1857, por ejemplo, el maestro de Cañuelas preguntó si era necesario "q-e todos los alumnos se presenten á los examenes de un traje uniforme, y si debe todos llevar unas banderitas (como lo habían hecho el año anterior)", AHPBA, DGE, Legajo 31, Carpeta 2384.

[10] "Nota 1630 del 23 de febrero de 1855", en Aurelio Prado y Rojas (recop.), *Nueva Recopilación de Leyes y Decretos de la Provincia de Buenos Aires (1810-1876),* t. V: *Desde 1853 a 1859*, Buenos Aires, 1877, p. 146.

[11] Juan Fugl, *Abriendo surcos. Memorias de Juan Fugl 1811-1900,* Buenos Aires, 1973. Además, sobre el caso de Tandil, véase la tesis de Daniela Urdampilleta, "La magna tarea de civilizar. Vecinos, comunidad y estado en las escuelas de la campaña de Buenos Aires. El caso de Tandil, 1854-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1875", tesis de Maestría en Educación, Tandil, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2001.

[12] Al respecto véase Fernando Barba, "En torno a los reglamentos de educación primaria de Buenos Aires, 1816-1818", en *IV Congreso de Historia de los Pueblos de Buenos Aires,* La Plata, 1974. Copias de los mencionados reglamentos se encuentran en AGN, Sala X-22-2-7; AGN, Sala X-6-1-1; y "Decreto 980, Organizando las escuelas públicas de la ciudad y campaña", *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires, Libro Décimocuarto*, Buenos Aires, 1835, pp. 328 ss.

[13] Esto se reconoce, por ejemplo, en el hecho de que se multiplicaron los pormenores incluidos en los reglamentos. Véanse algunos de ellos en AIIHD, Colección Documental de José Barros Pazos, Legajos 390 y 391. Mientras que en 1860 se divulgó un reglamento provisional para las escuelas elementales que contaba con 52 artículos; éste se encuentra reproducido en los *Anales de la Educación Común*, 16, 1 de abril de 1860. El mismo reglamento –a pesar de que se ratifica su carácter provisional– fue difundido por Marcos Sastre en su *Guia del preceptor, contiene varios informes sobre el estado de la educacion primaria y las mejoras que reclama, el reglamento reformado de las escuelas, modelos de los registros, el nuevo horario para la distribucion del tiempo, y de las materias de enseñanza, la direccion sobre el modo de haber los exámenes, la esplicasion del método ecléctico de caligrafía, y una instruccion a los preceptores. Por el Inspector General de Escuelas D. Marcos Sastre. Segunda edicion mui aumentada,* Buenos Aires, 1862, pp. 47 ss.

[14] La creciente precisión en esas respuestas puede verse en AHPBA, DGE, Legajo 24, Carpetas 1861 y 1875. Al respecto Ángela Oría da cuenta de algunas sanciones que habría impuesto Sarmiento a maestros que no respondieron a tiempo en la presentación de los correspondientes "informes trimestrales". Y, justamente, el hecho de que estas sanciones no fueran generalizadas permite afirmar una creciente regularidad en estas comunicaciones. Véase Ángela Inés Oría, "Desafíos a la «educación-Popular». Sarmiento en el Departamento de Escuelas, 1856-1862", tesis de Maestría en Educación, Buenos Aires, Universidad de San Andrés-Escuela de Educación, 2004, p. 100, n. 241.

[15] AHPBA, DGE, Legajo 35, Carpeta 2797.

[16] Michael Apple describe un proceso similar desde el punto de vista más general sobre la base de lo sucedido en varios países de Occidente en el siglo XIX. Véase Michael Apple, "Enseñanza y trabajo de las mujeres", en *Maestros y textos. Una economía política de las relaciones de clase y de sexo en educación,* Barcelona, 1989.

[17] *Informe del Departamento de escuelas al gobierno de la Provincia de Buenos Aires correspondiente a los años 1870, 71 y 72,* Buenos Aires, 1872, pp. 20 ss. Véanse expresiones similares realizadas por Sarmiento en un período más temprano en sus dos primeros informes como jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires de la década del 50 en *Obras completas*, t. XLIV: *Informes sobre educación,* Buenos Aires, 1954, pp. 28 y 81.

[18] Domingo F. Sarmiento, "Al ministro de Instrucción Pública Dr. Don Eduardo Costa, Nueva York, 30 de septiembre de 1865", en *Obras completas*, t. XXX: *Las escuelas base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1952, pp. 11-12. También en su primer informe como jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires de 1856 había presentado una posición en el mismo sentido: "En las escuelas públicas y particulares abundan los maestros españoles, italianos, alemanes y franceses. La escuela de la Boca está regida por un alumno de la escuela politécnica de Nápoles; la de Dolores por un aventajado estudiante de la Universidad de Breslaw; la de Barracas al Norte tuvo hasta ahora poco, por preceptor a un joven francés, profesor de matemáticas"; Domingo F. Sarmiento, "Primer informe del Jefe del Departamento de Escuelas de Buenos Aires, 1856", en *Obras completas*, t. XLIV: *Informes sobre educación*, p. 27.

[19] Marcos Sastre, *Guia del preceptor…*, p. 37.

[20] "Decreto, disponiendo el establecimiento de cuatro Escuelas superiores, en Mercedes, Chivilcoy, Chascomús y San Nicolás", en *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, año de 1868,* Buenos Aires, 1869, pp. 109 ss.

[21] Este trabajo de Marcos Sastre sería luego multiplicado y continuado en obras como las de José Bernardo Suárez en Santiago de Chile, o de Vicente García Aguilera, en La Rioja. Véanse al respecto José Bernardo Suárez, *Guia del preceptor primario por el visitador de escuelas. Obra aprobada por la Facultad de Humanidades y el Consejo universitario para texto de enseñanza, recomendada al supremo gobierno para que proteja su impresión, i redactada por José Bernando Suárez,* 1868; Vicente García Aguilera, *Manual del Preceptor Arjentino y del inspector de escuelas por Vicente García Aguilera. Rector del Colejio Nacional de la Rioja, ex-Inspector Jeneral de Escuelas,* Buenos Aires, 1875.

[22] Marcos Sastre, *Anagnósia, o Arte de leer. Verdadero Método para enseñar y aprender a leer con facilidad, sin deletreo, sin cartilla, ni silabario, inspirando al mismo tiempo a los niños afición a la lectura y amor a la virtud y al trabajo,* Buenos Aires, 1858.

[23] Domingo F. Sarmiento, *Lectura gradual*, 4 folios, s/d. La cita está tomada de la lección 12ª del tercer folio. El tamaño de cada uno de los folios es de 45 por 25 centímetros.

[24] Sobre este proceso de tránsito de la mera decodificación al aliento del análisis y la interpretación véase Berta Braslavsky, "Para una historia de la pedagogía de la lectura en la Argentina ¿Cómo se enseñó a leer desde 1810 hasta 1830?", en Héctor Rubén Cucuzza (dir.) y Pablo Pineau (codir.), *Para una historia de la enseñanza de la lectura y escritura en Argentina. Del catecismo colonial a La razón de mi vida,* Buenos Aires, 2002, así como también "Renovadas polémicas sobre la enseñanza inicial de la lengua escrita", en Berta Braslavsky, *¿Primeras letras o primeras lecturas? Una Introducción a la alfabetización temprana,* Buenos Aires, 2004.

[25] Sobre el proceso de *traducción* y *apropiación* de los contenidos escolares al contexto americano, para un período más temprano, véase el trabajo de Eugenia Roldán Vera, *The British Book Trade and Spanish American Independence. Education and Knowlodge Transmission in Transcontinental Perspective,* Cornwall, 2003.

[26] Véanse, por ejemplo, las correspondencias entre Rafael Legount y Domingo F. Sarmiento sobre la administración e inspección de establecimientos reproducidas en *Anales de la Educación Común*, II, 13, 1 de enero de 1860, Buenos Aires.

[27] "Penetrado el Gobierno de la necesidad de designar los libros para testo de las Escuelas del Estado, por la influencia que ejercen en las costumbres y en la regularidad y mejora de la enseñanza; y deseando conciliar esta imposicion con el derecho de los autores y editores y con la libertad de eleccion de los maestros, para prevenir los abusos á que ella pueda dar lugar, de conformidad con lo propuesto por el Consejo de Instruccion Pública, ha acordado y decreta: art. 1° Se publicará desde luego una lista de todos los libros aprobados para testos en todas las Escuelas del Estado, dispuesta por órden de materias, y que deberá ser adicionada anualmente con las obras que de un periodo á otro mereciesen la aprobacion. 2° Entre las obras designadas en esta lista para cada asignatura, los maestros podrán elegir las que juzguen mejores. 3° El maestro que adopte libros no aprobados, y el inspector que lo consienta, incurrirán en la responsabilidad á que haya lugar", publicado como "Decreto, designando los libros que servirán en adelante para testo en las Escuelas del Estado", en *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1865,* Buenos Aires, 1865, pp. 13 ss.

[28] En la sucesión de Sastre, fallecido en 1883, la viuda Matilde Brea solicitó que, además de la ca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sa que ambos habían adquirido en 1880, los hijos del segundo matrimonio de Sastre obtuviesen los derechos de propiedad de sus obras. AGN, Tribunal Sucesiones N° 8336.

[29] "Decreto, recaido en la solicitud de D. Marcos Sastre, ofreciendo la propiedad de los libros "Ortografia completa" y "Lecciones de ortografia", en *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, año de 1868, Publicación Oficial,* Buenos Aires, 1869, p. 265.

[30] Éstos, en ocasiones, fueron demandados por los propios preceptores quienes indicaban que de otro modo experimentaban "muchos inconvenientes para la reunion de la juventud á una hora determinada, así como para su despacho [...] originandose de aquí un verdadero mal". Estas palabras fueron expresadas en 1856 por el preceptor de Bahía Blanca. AHPBA, DGE Legajo 11, Carpeta 1856.

[31] Marcos Sastre, *Guia del preceptor*..., p. 36.

[32] AIIHD, Colección Documental de José Barros Pazos, Legajo 171.

[33] "Instrucciones del Departamento de Escuelas para la Construcción de Escuelas", en Marcos Sastre, *La educación popular en Buenos-Aires. Memoria presentada al Consejo de Instrucción Pública por el Inspector General de las escuelas D. Marcos Sastre,* Buenos Aires, 1865, pp. 106 ss.

[34] "Instrucciones del Departamento de Escuelas para la Construcción de Escuelas", Marcos Sastre, *La educación popular*..., p. 107. Para un período algo posterior puede verse J.A. Costa (secretario del Consejo Jeneral de Educacion Comun i de la Direccion Jeneral de Escuelas de la Provincia), *Edificios de escuelas para la Provincia de Buenos Aires. El problema en nuestra educacion común; estudio, i solucion propuesta,* Buenos Aires, 1878.

[35] Véase al respecto José Bustamante Vismara, "La asistencia y el calendario escolar en las escuelas de primeras letras de la campaña de Buenos Aires", en Valentina Ayrolo y Matías Wibaux (ed.), *Actas Jornadas de Trabajo y Discusión. Problemas y Debates del temprano siglo XIX. Espacio, redes y poder. Mar del Plata, 22 y 23 de abril de 2005*, Mar del Plata, 2006.

[36] Domingo F. Sarmiento, *Obras completas*, t. XXVIII: *Ideas pedagógicas,* Buenos Aires, 1952, pp. 280-281.

[37] Ídem, p. 280.

[38] Marcos *Sastre, La educación popular*..., p. 7.

[39] Marcos Sastre, *Consejos de oro sobre la educación, por el autor del Tempe Arjentino*, nueva edición, 1860.

[40] Marcos Sastre, *Selección de lecturas para la niñez,* Buenos Aires, 1937.

[41] *Informe del Departamento de escuelas al gobierno de la Provincia de Buenos Aires correspondiente a los años 1870, 71 y 72,* Buenos Aires, 1872, pp. 17-18.

Grete Stern, Sueño Nº 13,
"Consentimiento", 1949

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El Centro de Estudios Nacionales: un archivo del desarrollismo abierto a la consulta pública

*Ana Guerra y Vera de la Fuente**

Introducción

El Área de Archivos y Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional es responsable de organizar, preservar y disponer para la consulta pública los archivos de origen privado que forman parte de su patrimonio. Su misión es brindar a estos fondos documentales un adecuado tratamiento archivístico y elaborar los instrumentos de descripción que faciliten el acceso a ellos. Se trata de un área nueva en la Biblioteca, que comenzó sus tareas en abril de 2006 en el marco del Proyecto de Organización de Archivos de Manuscritos y Material Inédito.[1]

Como primer resultado de este trabajo, desde julio de 2007 se encuentran a disposición del público tres valiosos conjuntos documentales: el acervo del Centro de Estudios Nacionales, y los archivos personales del escritor y guionista César Tiempo[2] y del crítico literario Luis Emilio Soto.[3] La apertura progresiva de los fondos de archivo incluirá en una próxima etapa los pertenecientes a los escritores Pastor Servando Obligado y Francisco Soto y Calvo, la correspondencia del historiador Enrique de Gandía, una colección de recortes de prensa del dirigente de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) Olegario Becerra y materiales de Antonio Manuel Molinari, interventor en el Consejo Agrario Nacional bajo el peronismo y director del periódico *Democracia*.[4] Cabe destacar que la Biblioteca Nacional ha modificado recientemente sus reglamentos y condiciones de acceso a las salas de materiales especiales, en un intento por facilitar el acceso de los investigadores y público usuario. De este modo, a unos pocos meses de la apertura al público, el Archivo ha recibido a estudiantes, tesistas, periodistas, becarios y docentes –tanto de Buenos Aires como del interior, e incluso del extranjero– que investigan en el marco de alguna institución académica o de manera independiente.

En este artículo nos proponemos brindar una aproximación al Fondo Centro de Estudios Nacionales (CEN), más conocido como archivo de Arturo Frondizi, presidente de la nación entre 1958 y 1962, y fundador de esta institución hoy prácticamente desconocida. El fondo reúne cientos de cartas inéditas, originales de libros y folletos, recortes de prensa, informes clasificados de gobierno, apuntes manuscritos, volantes partidarios, listados de presos políticos, fotografías, libros y publicaciones periódicas, afiches y otros documentos vinculados a

* Profesoras de Historia (UBA). Integrantes del equipo de trabajo del Área de Archivos y Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
Entrepasados - Nº 33, comienzos de 2008: 145-155

problemáticas centrales de la historia argentina contemporánea.

Poco tiempo después del fallecimiento de Frondizi y como paso previo a la disolución legal del CEN, se realizó la donación *ad corpus* de su acervo bibliográfico, hemerográfico y archivístico a la Biblioteca Nacional. El traslado se concretó en 1996. Actualmente, la biblioteca reunida por el CEN –conformada por unos veinte mil ejemplares– se encuentra disponible para la consulta a través de la Sala Mariano Moreno y una parte del material fotográfico es conservado en la Fototeca. El acervo archivístico y hemerográfico –de aproximadamente cuatrocientos metros lineales– se encuentra en el Área de Archivos y Colecciones Particulares. También conservamos el archivo de prensa de la revista *Qué sucedió en 7 días* y del periódico *El Nacional*, donado con su mueble original, el cual conforma por sus características específicas una sección diferenciada dentro del Fondo CEN.[5]

Luego de una etapa de identificación, limpieza y relocalización de la documentación, nos abocamos a elaborar las herramientas necesarias para posibilitar el acceso a ella. En un primer registro realizamos una descripción general del fondo por unidad de conservación (es decir, por caja de archivo) relevando productores, tipos documentales, asuntos y fechas extremas. Identificamos así los documentos que corresponden a la gestión institucional del CEN y todas las cajas que contienen lo que la institución denominaba su "Archivo".[6] Paralelamente a las tareas de organización y descripción, también nos dedicamos a reconstruir la historia institucional y la historia archivística del fondo, información imprescindible tanto para nosotros como para el usuario, dado que permite ubicar los documentos de archivo en su contexto.[7] Para ello, además de la bibliografía disponible, nos resultaron de utilidad los testimonios de personas vinculadas a Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio,[8] la colección de la revista *Qué* y especialmente algunos documentos que el CEN conservó y que fuimos encontrando a lo largo de nuestro trabajo.

Lo que sigue es, entonces, un acercamiento a este conjunto documental que busca a la vez dar cuenta de su contenido y de su historia, reconociendo los distintos grupos e instituciones que confluyeron en su conformación a lo largo del tiempo. Consideramos que explorar esa trama de relaciones personales, políticas e institucionales es importante para comprender la estructura y composición documental del fondo, lo cual servirá a potenciales interesados a la hora de elegir sus estrategias de búsqueda.

Qué fue el Centro de Estudios Nacionales

La Fundación CEN nace legalmente el 27 de agosto de 1963, un año y medio después del derrocamiento de Frondizi. En su presentación ante la Inspección General de Justicia se dejó constancia de que "el capital inicial de la Fundación lo constituye el archivo y biblioteca existente en la casa de la calle Luis María Campos 665", donde fijaba su sede, además de una suma de dinero bastante modesta.[9] Cabe afirmar, sin embargo, que esa presentación legal constituyó más bien una refundación, ya que el CEN se ubicaba en una línea de continuidad respecto de la labor que se llevaba adelante desde hacía unos años en torno a la propuesta política impulsada por Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio. En efecto, tanto la documentación administrativa conservada por el CEN como diversos artículos de la revista *Qué sucedió en 7 días* y otras publicaciones de la época nos hablan de un "laboratorio de ideas"[10] –generalmente referido como Centro de Investigaciones Nacionales (CIN)–, que había sido creado en 1956, de acuerdo con el modelo de los modernos *think tanks*.[11] En verdad, el proyecto desarrollista estuvo acompañado por (o tomó cuerpo en) distintas formaciones político-culturales, con tipos y grados de institucionalización que fueron variando a través del tiempo, y cuyos integrantes se superponían y circulaban entre unas y otras.

Dirigido inicialmente por Frondizi y teniendo como punto de partida el archivo por él reunido desde los años 30, en el CIN se desarrollaban tareas de búsqueda y sistematización de información –seguimiento de la prensa, publicaciones oficiales, bibliografía– sobre cuya base se elaboraban informes, documentos de análisis y propuestas sobre las distintas áreas bajo estudio.[12] Según el propio Frondizi, la sede del CIN fue el lugar desde el que dirigió su campaña electoral.[13] Como parte de esas actividades, funcionó en el mismo lugar un servicio de prensa denominado Servicio Editorial Periodístico Argentino (SEPA).[14]

En estrecha relación con esta estructura se encontraba la revista *Qué*, dirigida por Frigerio desde su relanzamiento en 1956. Podría decirse que mientras la revista desempeñaba un rol fundamental en la campaña presidencial de Frondizi como órgano de articulación y expresión de esta corriente hacia el ámbito público, el CIN ocupaba un lugar menos visible, desde el cual brindaba un soporte material y simbólico a la apelación científico-técnica que caracterizó el discurso político del desarrollismo. Algo de esto se expresaba en la forma en que esta estructura llegó a ser conocida en la época, puesto que le llamaban "la Usina", "la incubadora", el "ministerio fantasma" o el "gobierno paralelo".[15]

Durante esos meses de campaña y hasta días antes de asumir el gobierno en mayo de 1958, el CIN era publicitado como el lugar del estudio "técnico" y "científico" de los problemas que debería afrontar el nuevo gobierno para diseñar y ejecutar su política de desarrollo nacional, e incluso Rogelio Frigerio anuncia en un editorial que deja su cargo de director de la revista *Qué* para abocarse a la dirección del CIN.[16] Sin embargo, Frigerio asumirá el cargo de secretario de Relaciones Económico-Sociales del nuevo gobierno y tiempo después, quizá por las suspicacias que despertaba entre sectores del mismo gobierno y de la oposición, el promocionado CIN se transforma silenciosamente en "Archivo Privado del Dr. Arturo Frondizi", ocupando la misma sede en la Capital Federal que el anterior CIN y que el futuro CEN: Luis María Campos 665.

Cabe mencionar que las sospechas y acusaciones sobre la existencia de un "gobierno paralelo" durante el mandato de Frondizi siguen aludiendo a este lugar tanto como al aparato frigerista que actuaba "en las sombras". Circulaban a través del periodismo rumores sobre la "súper SIDE de Luis María Campos", y a través de un memo dirigido a Frondizi podemos saber que el jefe de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), el general Juan Lagalaye, visita la casa y ofrece designar más personal para el Archivo.[17] Una variedad de documentos testimonian las relaciones entre ese Archivo y la Presidencia, y permiten afirmar que los insumos y el dinero para cubrir los gastos de funcionamiento que esta estructura requería (incluyendo los sueldos del personal) también provenían de la Presidencia.[18]

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Encontramos también correspondencia en la que se solicita a las distintas dependencias oficiales y gobernaciones que envíen regularmente todo tipo de publicaciones que contengan asuntos relativos a su gestión, de modo de poder incluirlas en el "Archivo de la Presidencia".[19] Este material se reenviaba entonces al ex CIN, muchas veces con la inscripción "L.M.C." con referencia a su domicilio. Como lo muestran los remitos que se han conservado, allí llegaba diariamente documentación producida y recibida por las secretarías de Presidencia.

De esta manera, se fue incorporando al acervo reunido en esta casa una selección (realizada no sabemos sobre qué criterios) de documentación vinculada a la gestión presidencial, la que constituirá una parte importante del acervo heredado –después del derrocamiento y la reclusión de Frondizi– por el CEN.

La (re)fundación del centro de estudios en agosto de 1963 acompaña a Frondizi en su regreso a la actividad pública, a menos de un mes de ser liberado por el flamante presidente Arturo Illia. Por su parte, casi simultáneamente, Frigerio vuelve a publicar la revista *Qué*, cuyo número 0 (tercera época) aparece el 13 noviembre de 1963. La expresión partidaria de su trabajo conjunto asumirá en 1964 el nombre de Movimiento de Integración y Desarrollo (MID).

El nuevo CEN se define como una entidad que se dedicaría a "promover el estudio de la realidad nacional, con el fin de dar bases rigurosamente científicas a cualquier acción de carácter social, político, económico o cultural que se desee programar en beneficio del país", declarando que "con este objeto encara el conocimiento y soluciones de los problemas nacionales al margen de toda facción o embanderamiento político".[20] Sosteniendo siempre su discurso en esos principios de cientificidad, nacionalismo y apoliticismo, el CEN volvía a constituirse en la práctica como un espacio de producción y difusión político-cultural del desarrollismo.

Con ese objetivo, en la institución se organizaban gran número de cursos, conferencias y seminarios, actividades a través de las cuales no solamente se buscaba atraer a posibles simpatizantes, sino que se tendían o renovaban lazos con distintas organizaciones empresariales, profesionales e institutos de estudios privados, así como embajadas y otros organismos públicos.[21] La segunda mitad de los años 60 parece haber sido la de mayor actividad pública del CEN. Entre los conferencistas se pueden mencionar, además del propio Arturo Frondizi, a Félix Luna, Oscar Camilión, Aldo Ferrer, Antonio Salonia, Rogelio y Octavio Frigerio, Roberto Alemann, Juan Ovidio Zabala, David Blejer, Isidro Odena, Ángel M. Centeno, Diógenes Taboada, Vicente Sierra, Arturo Sábato, Roberto Risso Patrón, Marcos Merchensky y Carlos Florit, entre otros.[22]

Junto a estas actividades, el CEN impulsó la formación de grupos de trabajo dedicados a la investigación y recopilación de documentos y a la elaboración de estadísticas e informes. Muchos de estos trabajos ilustraban o eran convertidos en artículos de la revista *Qué*. El trabajo de estos equipos servía también como apoyo a los legisladores del MID, por ejemplo en los debates que tuvieron lugar en torno a los contratos petroleros firmados durante la presidencia de Frondizi, o para la elaboración de sus proyectos legislativos.

Teniendo presentes los estrechos vínculos que estableció esta corriente con los sectores denominados "azules" de las Fuerzas Armadas, no resulta sorprendente encontrar como secretario general del CEN al contralmirante (Re.) Ezequiel Niceto Vega, jefe del Servicio de Informaciones Navales durante la autodenominada Revolución Libertadora y jefe de la Policía Federal durante el gobierno de Frondizi.[23] Lo acompaña Blanca Stábile –activa militante del frondizismo desde 1956–[24] como directora del Departamento de Relaciones Públicas del CEN. A fines de los 60, Stábile era además apoderada de la revista empresarial *Resultado de la Economía Argentina*.

La labor de difusión del CEN se sostuvo también en una activa política editorial que incluyó la publicación de algunas de sus propias conferencias y de obras monográficas en libros y folletos con sello CEN o Editorial Desarrollo. Orientados a reivindicar la obra de gobierno de Frondizi, entre los materiales publicados podemos mencionar *Mensaje al pueblo argentino, cuatro años de gobierno y el futuro nacional*, Buenos Aires, Desarrollo, 1963; *Estrategia y táctica del movimiento nacional*, Buenos Aires, Desarrollo, 1964; *Introducción a los problemas nacionales*, Buenos Aires, Ediciones CEN, 1965; *América Latina, una perspectiva política*, Buenos Aires, Centro de Estudios Nacionales, 1974. También por el CEN se editó una selección de sus *Mensajes presidenciales, 1958-1962*, publicados en cuatro tomos entre 1978 y 1982.

Delineada a grandes rasgos la historia del CEN, podemos pasar ahora a los aspectos que tienen que ver con la organización de sus documentos. Creemos que, dado el modo particular en que el CEN clasificó la documentación, tener en cuenta la conformación del fondo facilitará la realización de búsquedas puntuales.

Una mirada sobre sus documentos

Como reseñamos en el punto anterior, la red de relaciones personales, políticas e institucionales de las que el CEN formó parte fue dando lugar a la reunión de un conjunto documental que reconoce distintas procedencias. La reconstrucción de esa trama nos permite pensar la sección Archivo del Fondo CEN como producto de la labor de diferentes personas y grupos a lo largo del tiempo, dejando a un lado la imagen –quizá más clara pero más simplista también– de un supuesto archivo privado o personal de Arturo Frondizi.

A fin de dar una dimensión de su contenido, mencionemos brevemente que el fondo contiene originales de los escritos y discursos de Arturo Frondizi, apuntes de sus cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores, papeles vinculados a su labor en la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, de la que fue secretario y miembro fundador; legajos de su estudio jurídico y numerosas carpetas temáticas referidas a su actuación legislativa, por ejemplo su estudio en torno a la Ley de Residencia. Además, conservamos la correspondencia de Frondizi –que se extiende entre 1929 y 1988– que atraviesa todo el período e incluye los años de su presidencia. Lo mismo sucede con documentación que refiere a su actividad partidaria, es decir, relativa a la UCR, la UCRI y el MID.

En cuanto al período presidencial, se conservan la correspondencia y las actuaciones de la Secretaría Privada, proyectos de leyes y decretos, actas de reuniones de gabinete, informes ministeriales y de servicios de inteligencia, toda clase de comunicaciones internas (memos, notas de asesores, planillas y registros de audiencias, etc.), pu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blicaciones oficiales y copias de decretos, entre otros documentos producidos o recibidos por la Presidencia de la Nación y sus dependencias (Secretaría Privada, Secretaría de Prensa, SIDE, Secretaría de Enlace y Coordinación, Casa Militar).

A esto se suma una enorme cantidad de informes y documentos de análisis de distinto tenor –formales e informales, con extensas investigaciones o breves comentarios, reuniendo estadísticas, volantes, declaraciones de todo el arco político– que abarcan todo el período, así como un seguimiento exhaustivo de la prensa. Por brindar algunos ejemplos, verdaderas colecciones de recortes periodísticos recogen declaraciones de funcionarios, sus actividades y las críticas a la política oficial por parte de todo el arco político de la época. También se siguen noticias vinculadas a la política internacional y al movimiento obrero, las discusiones en torno a la política educativa y todo tipo de asuntos vinculados a la política energética, la producción agropecuaria e industrial, entre muchos otros temas.

De manera esquemática, es posible distinguir analíticamente dentro de ese conjunto: a) lo reunido por Arturo Frondizi en los años previos a su presidencia; b) lo reunido por el CIN desde 1956; c) lo remitido desde la Presidencia de la Nación entre 1958 y 1962, y d) lo reunido por el CEN desde 1963 y hasta mediados de los años 90. Ahora bien, el equipo de trabajo del CEN organizó y clasificó gran parte de esta documentación por materias, por lo que aquellas distintas procedencias quedaron confundidas.

Algunos ejemplos pueden ilustrar esto más claramente. Bajo el rótulo de "Alemania. Bienes alemanes" en una misma caja pueden encontrarse notas de asesores de Frondizi, informes ministeriales sobre las relaciones comerciales entre la Argentina y Alemania y recortes periodísticos sobre la firma de contratos de la Siemens. En otro caso, con la denominación "Energía. Petróleo" una carpeta contiene cartas dirigidas a Frondizi de los años 40, apuntes manuscritos suyos sobre el tema, expedientes del período presidencial relativos a YPF y recortes de prensa de la década del 60. Un último ejemplo: con la clasificación "Comunismo" una caja guarda memorandums de la Secretaría de Estado de Marina, proyectos de ley y folletos sobre comunismo internacional.

Teniendo en cuenta esta característica de la organización original de la documentación, vale una pequeña digresión en torno a la distinción conceptual entre un archivo y lo que hoy llamaríamos un centro de documentación, o entre un fondo orgánico y una colección documental. Porque si entendemos que un archivo institucional constituye un *conjunto de documentos seriados o seriables producidos y reunidos por una institución en el desarrollo de sus funciones en un marco normativizado,* el "Archivo" del CEN no responde en principio a tales características. Más bien se acercaría al resultado de la labor de un centro de documentación, que genera colecciones temáticas –entendidas como producto de una *selección y recolección más o menos arbitraria de documentos*–. En este fondo, además, se encuentran superpuestos de hecho los límites entre lo que podría corresponder a un archivo privado y a un archivo de la administración pública. Esto no tanto porque la distinción resulte problemática ante una figura como la de Frondizi, sino más que nada porque no siempre es posible atribuir uno u otro carácter a la documentación que ha sido incorporada al acervo propio de esta institución, ambiguamente ubicada entre ambos planos y dedicada justamente –entre otras actividades– a recopilar documentos.

Por tratarse de este tipo de institución, respetar el orden original dado a la documentación –lo cual constituye uno de los fundamentos de la archivística– implica respetar la clasificación temática establecida por el CEN. Para esta tarea nos sirvieron los distintos índices temáticos elaborados por el CEN para organizar su archivo. Sin embargo, fuimos constatando que estos índices no responden estrictamente a la documentación existente. Se trata, en cambio, de una clasificación realizada a priori, que refleja la intención de abarcar todos los aspectos de la vida social, extendiéndose en sucesivas subdivisiones de cada área –por ejemplo, el índice contiene un código para identificar a sesenta y ocho gremios, pero eso no significa que se haya reunido documentación relativa a cada uno de ellos–.

Actualmente seguimos trabajando en la descripción de esta sección y reconstruyendo su estructura sobre la base de la clasificación original. Brindamos a continuación un detalle del esquema –aún provisorio– que representa la documentación efectivamente conservada:

I. ARTURO FRONDIZI. Correspondencia, Escritos y apuntes, Viajes por el interior y exterior del país, Declaraciones a la prensa, Críticas a su gestión, Caricaturas.
II. HISTORIA ARGENTINA (Por períodos de gobierno y acontecimientos).
III. ECONOMÍA POLÍTICA. Programas y análisis económicos, Política agropecuaria, Política industrial (Siderurgia, Alimentaria, Textil, Automotores, Empresas del Estado), Minería, Agua, Energía (Petróleo, Gas, Carbón, Electricidad e hidroelectricidad), Transportes, Comunicaciones, Comercio interior y exterior, Finanzas, Capitales nacionales y extranjeros, Obras públicas.
IV. SOCIALES. Organizaciones obreras, Asociaciones de empresarios, Vivienda, Salud, Previsión social, Cooperativismo.
V. CULTURA Y EDUCACIÓN. Corrientes ideológicas (comunismo, fascismo, nazismo), Ciencia y técnica, Educación primaria y secundaria, Universidad, Libertad de enseñanza-enseñanza privada-enseñanza libre.
VI. VIDA INSTITUCIONAL. Poder Ejecutivo Nacional-Presidencia (Secretaría Privada, Secretaría de Relaciones Económico-Sociales, Casa Militar), Ministerios y secretarías varias, Poder Legislativo, Poder Judicial, Elecciones, Derechos humanos (Liga Argentina de los Derechos del Hombre, Presos políticos y gremiales, Terrorismo).
VII. POLÍTICA INTERNACIONAL. Política mundial (por temas y organismos internacionales), Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Europa continental, Países soviéticos, Asia, Medio y Cercano Oriente, Oceanía, África, América Latina (por país, organismos y acuerdos), Diplomacia argentina (Reunión de Costa Rica, Uruguayana, Punta del Este).
VIII. POLÍTICA NACIONAL. Unión Cívica, Unión Cívica Nacional, Unión Cívica Radical, Unión Cívica Radical Intransigente, Unión Cívica Radical del Pueblo, Conservadores, Socialistas y socialismo, Comunistas y comunismo, Nacionalistas, Peronistas y peronismo, Demócratas cristianos, Movimiento de Intransigencia y Renovación-Movi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

miento de Integración y Desarrollo, Otros partidos y frentes políticos.

IX. CULTOS. Catolicismo-Iglesia Católica, Judíos-antisemitismo, Rearme moral.

X. FUERZAS ARMADAS. Teoría-doctrinas (Guerra psicológica, Seguridad nacional, Defensa interior), Ministerio de Defensa Nacional, Secretaría de Guerra, Secretaría de Marina, Secretaría de Aeronáutica, Servicios de Inteligencia (Coordinación Federal, Servicio de Informaciones del Estado, Servicio de Inteligencia Naval, Servicio de Inteligencia de la Aeronáutica, Servicio de Inteligencia del Ejército), Policía Federal, Plan Conintes.

XI. PROVINCIAS (Por provincia).

XII. PERIODISMO. Diarios, Semanarios, Revistas, Radiodifusión, Televisión, Agencias noticiosas, Libertad de prensa, Editoriales.

XIII. PERSONALIDADES (Por orden alfabético).

XIV. ESTADÍSTICAS.

Finalizamos esta reseña acerca del Fondo CEN recordando que este año 2008 se cumple el 50° aniversario del comienzo del gobierno encabezado por Frondizi, efemérides que ha otorgado cierta visibilidad a este período histórico. A través de distintos medios, en diversas instituciones y ámbitos públicos se manifiestan múltiples voces, muchas de ellas en tono de homenaje hacia el ex presidente y con el desarrollismo como corriente política. Desde el Área de Archivos y Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional esperamos que las tareas de preservación y descripción en curso sobre el Fondo CEN sean de utilidad en la construcción de miradas críticas respecto de esta etapa de la historia argentina.

Datos de contacto:
Archivos y Colecciones Particulares
Agüero 2502 3° piso (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel. 4808-6063 y 4808-6000 interno 1483
E-mail: archivobibnal@gmail.com

Notas

[1] El proyecto contó con el asesoramiento del Departamento de Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación y comenzó con la identificación y la reunión de los fondos documentales en un espacio apropiado. Hasta entonces los fondos se encontraban dispersos dentro del edificio y en condiciones poco favorables para su preservación. Nos consta que en años anteriores personal de la Biblioteca elevó diversas propuestas para darles tratamiento archivístico, iniciativas que por diversas razones no tuvieron continuidad.

[2] César Tiempo es el seudónimo de Israel Zeitlin (Ucrania 1906-Buenos Aires 1980). Vinculado al Grupo de Boedo, publicó los *Versos de una...* bajo el seudónimo de Clara Beter, y logró una enorme repercusión en el medio literario. Junto a Pedro Juan Vignale, organiza y compila la *Exposición de la actual poesía argentina (1922-1927)*, antología que incluye a los principales poetas de vanguardia de la década del 20. En 1930 publica su *Libro para la pausa del sábado*, por el cual recibe el Primer Premio Municipal de Poesía. Le siguen sus libros de poemas *Sabatión Argentino, Sabadomingo* y *Sábado pleno*. Entre 1937 y 1942 dirige la revista *Columna*, y más tarde, durante el gobierno peronista, tendrá a su cargo el suplemento cultural del diario *La Prensa*. Autor de innumerables libros de teatro, adaptaciones y guiones cinematográficos, muchas de sus obras fueron representadas no sólo en el país sino también en México, Chile, España e Italia. Además de la correspondencia personal, el archivo conserva cartas de carácter administrativo de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, la revista y editorial Columna, el diario *La Prensa* y la Academia Porteña de Lunfardo. El conjunto da cuenta de su labor como periodista, poeta y guionista, pues conserva cientos de escritos, guiones teatrales y cinematográficos. Los interesados tienen a su disposición la "Guía del Archivo César Tiempo" y el inventario analítico de su correspondencia, que pueden descargarse de la página web de la Biblioteca Nacional, www.bn.gov.ar.

[3] Luis Emilio Soto (Buenos Aires, 1902-1970) fue uno de los periodistas y críticos literarios más reconocidos de la escena cultural argentina entre las décadas del 20 y del 50. En 1927, Ediciones Campana de Palo publicó un opúsculo suyo sobre *Zogoibi*, de Enrique Larreta, y en 1939 obtuvo el Premio Municipal de Literatura por su libro *Crítica y estimación*. Fue codirector de la revista *La Vida Literaria* y tuvo a su cargo la sección literaria del semanario antifascista *Argentina Libre*. Fue colaborador de revistas como *Sur*, *Nosotros*, *Claridad, Inicial*, *Proa, Ficción, Davar*, *Columna, Comentario*, *Realidad*. Escribió también para publicaciones extranjeras como *Iberoamericana, Tomorrow* y *Letras del Ecuador* y suplementos literarios de periódicos como *El Mundo*, *La Razón, La Nación*, *Clarín*, *El Mercurio* (Chile), *El Nacional* (Venezuela), *El Comercio* (Perú). El archivo personal de Luis Emilio Soto está conformado por su correspondencia –por ejemplo, con Enrique Amorim, Antonio Di Benedetto, Luis Franco, Enrique y Raúl González Tuñón, Roberto Giusti, Vicente Barbieri, Leonidas Barletta, Victoria Ocampo, Álvaro Yunque y César Tiempo–, artículos y colaboraciones originales (críticas de libros, reseñas biográficas y reflexiones sobre la literatura y el hacer literario, entre otros temas). Además, se conservan textos que otros autores enviaban a Soto para su publicación y una valiosa colección de recortes periodísticos que incluye artículos publicados por Soto en distintos medios, comentarios acerca de su obra y cientos de notas sobre temas literarios, culturales y políticos. Los interesados pueden consultar en la web la "Guía del Fondo Luis Emilio Soto" y un inventario analítico completo.

[4] Para obtener mayor información acerca del contenido de cada uno de estos conjuntos documentales se puede consultar la "Guía de Fondos", también disponible *on line*.

[5] La revista *Qué sucedió en 7 días* fue fundada en agosto de 1946 por Baltazar Jaramillo. Clausurada en septiembre de 1947 por el gobierno peronista, reaparece en 1956 dirigida por Rogelio Frigerio y convertida en la herramienta político-periodística que articula la propuesta del desarrollismo. Entre sus colaboradores se encontraban Dardo Cúneo, Marcos Merchensky, Gregorio Verbitsky, Ricardo Ortiz, Mariano Perla, Ernesto Sabato y Jacobo Timerman, entre otros. Frigerio dejará la dirección en diciembre de 1957, que será asumida un mes después por Raúl Scalabrini Ortiz, hasta que la firma de los contratos petroleros lo decidiera a retirarse críticamente. Lo reemplazarán primero Merchensky y luego Mariano Montemayor hasta que la revista deja de salir en abril de 1959. Desde agosto de 1958, el archivo de la *Qué* servirá también a una nueva publicación del desarrollismo: el diario *El Nacional,* también dirigido por Merchensky. En el Archivo de Prensa se conservan cientos de miles de recortes periodísticos, fotografías, folletos, volantes y otros documentos en aproximadamente 60.000 *dossiers* ordenados por materias (huelgas y conflictos sindicales, congresos partidarios, industrias, obras públicas, negociaciones y acuerdos internacionales de comercio, instituciones públicas y privadas, entre muchos otros) y personalidades de la vida política y cultural de la Argentina y del mundo (sindicalistas, militares, dirigentes políticos, intelectuales y otros personajes de las noticias policiales, del espectáculo y del deporte) entre los años 1940 y 1970. El Archivo de Prensa se está cargando en una base de datos que supera a la fecha los 17.000 registros y se encuentra disponible a la consulta.

[6] Entre los documentos del fondo CEN encontramos parte de lo que debe haber sido el archivo y la biblioteca de Silvio Frondizi, secuestrados luego de su asesinato a manos de la Triple A. Estos materiales conforman lo que técnicamente se denomina "subfondo". Se conservan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

escritos vinculados a su actividad política en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-Praxis, algunas cartas y colaboraciones originales para la revista *Nuevo Hombre*, materiales relacionados a su trabajo docente (apuntes de clases, programas y bibliografía de cursos, exámenes y escritos de sus alumnos), actuaciones judiciales que testimonian su labor como abogado defensor de presos políticos, así como numerosos folletos, volantes, publicaciones políticas y del movimiento estudiantil.

[7] La historia institucional y archivística se reseña en la "Guía del Fondo CEN", para cuya redacción se tuvieron en cuenta los elementos básicos establecidos por las normas generales de descripción archivística (ISAD-G).

[8] Como Emilia Menotti, Juan Ovidio Zavala, María Mercedes Faggionato, Angelina Aramburu de De Andrea, Enrique Escobar Cello y Alicia Frigerio.

[9] Exp. 4.196 de la Inspección General de Justicia. El primer Consejo de Administración estuvo integrado por Emilio Donato del Carril, David Blejer, Eduardo Santiago González y Mariano Wainfeld. El CEN fue presidido por Arturo Frondizi hasta su fallecimiento.

[10] "Centro de Estudios Nacionales. Un laboratorio de ideas al servicio de los argentinos", *Qué*, 143, 13 de agosto de 1957.

[11] El sentido general de este tipo de instituciones es el de ligar el conocimiento con el poder, y la ciencia y la técnica con la elaboración de políticas públicas. Sobre su evolución en el país es útil el panorama que elabora Andrés Thompson, *"Think Tanks" en la Argentina. Conocimiento, instituciones y política*, Buenos Aires, CEDES, 1994.

[12] Simultáneamente, el Centro de Estudios Argentinos –cuya comisión organizadora estaba formada por Blanca Stábile, Adolfo Silenzi de Stagni, Carlos Benítez y Ricardo Curuchet– se ocupaba del dictado de cursos y conferencias, otra de las tareas desarrolladas más tarde intensamente desde el CEN. Poniéndose como ejemplo, este espacio impulsaba la creación de universidades "libres", política luego adoptada por el gobierno de Frondizi. Véase "Hacia una universidad libre con enfoque nacional", *Qué*, 175, 1 de abril de 1958. Muchos de quienes participan de las actividades del CEA se relacionan o forman parte del CIN; a la vez, ambos centros estaban estrechamente vinculados a la revista *Qué*, en cuyas páginas se los promocionaba fuertemente.

[13] Véase conferencia de prensa con motivo de la inauguración del Centro de Estudios Nacionales, en 1964, Fondo CEN, Caja 1.415.

[14] Se pueden ver algunos documentos de SEPA en Fondo CEN, Caja 1.373.

[15] Véase, por ejemplo, "El «equipo» del doctor Frondizi", *Leoplán*, 15 de marzo de 1958. El artículo ofrece una relación de los "intelectuales y técnicos" que conforman el CIN, cuya "plana mayor" estaría integrada por Dardo Cúneo, Isidro Odena, Juan José González Arigós y el propio Frigerio. También se refiere al "grupo Diagonal" –conformado por Samuel Schmuckler, Nicolás Babini, Aldo Ferrer, Noé Jitrik, entre otros– y al "grupo Alem", que agrupaba a intelectuales como los hermanos David e Ismael Viñas, Félix Luna, Adolfo Prieto, Gregorio Weimberg, entre otros que apoyaban la candidatura de Frondizi y que de diversos modos participaron de las actividades del "centro de estudios".

[16] "Cada uno debe ocupar su sitio en la tarea de la reconstrucción nacional", *Qué*, 174, 25 de marzo de 1958. Véase "Clasifican, sistematizan y elaboran. Todos los temas que interesan al país. Centro de Investigaciones Nacionales", *Qué*, 179, 29 de abril de 1958.

[17] La alusión se encuentra en lo que parece ser una transcripción parcial del programa radiofónico *Quehacer argentino*, del 27 de septiembre de 1960. El memorándum está firmado por el responsable del Archivo en este período, Alfredo Gitelli, adscripto a la Presidencia, 12 de septiembre de 1961, Fondo CEN, Caja 990.

[18] Así surge de la documentación administrativa, como remitos de insumos y documentación, recibos de fondos reservados, etc. Fondo CEN, Cajas 427 y 990.

[19] Correspondencia de la Secretaría Privada de la Presidencia, Fondo CEN, Caja 401.

[20] Exp. IGJ 4.196 y folleto de difusión "Nace el CEN. Una necesidad argentina", 1963.

[21] Así surge de la correspondencia institucional, listados de asistentes a las actividades, etc. Fondo CEN, Caja 427.

[22] Sólo a modo ilustrativo, podemos nombrar algunos títulos de estas conferencias: "Organización de la comunidad y desarrollo nacional", "Infraestructura de los transportes en Argentina", "Participación futura de la mujer en la vida nacional", "El cambio educativo cultural", "La minería argentina. Su subdesarrollo", "La nación: unidad y disgregación", y dos ciclos de charlas: "Análisis de los problemas nacionales" y "Nuestra economía actual".

[23] Véase "Frondizi habla para *La Tribuna*. Luis María Campos 665 es su cuartel general", *La Tribuna*, 25 de enero de 1965. Niceto Vega ocupó ese cargo hasta fines de 1967.

[24] Promocionada en la revista *Qué* y responsable de una sección fija sobre la mujer, Stábile aparecía como organizadora del CEA y coordinando la comisión de estudios sobre asuntos femeninos en el CIN. Véase "Un plan de progreso material y espiritual para medio país", *Qué*, 164, 7 de enero de 1958. Durante el gobierno de Frondizi estuvo a cargo de la Dirección Nacional de Seguridad y Protección Social de la Mujer, dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Grete Stern, Sueño Nº 26, "El ojo eterno", circa 1950

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ángela Aisenstein y Pablo Scharagrodsky

Tras las huellas de la educación física escolar argentina. Cuerpo, género y pedagogía, 1880-1950

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006, 342 páginas

La educación física escolar arrastra desde su nacimiento conflictos y debates en torno de su legitimidad. De hecho, hasta no hace mucho, algunos planes de estudio contemplaron la reducción de su carga horaria y hasta su traspaso a contraturno, en clara evidencia de que la propia disciplina estaba en cuestión. Además, fue y es arena de debate entre diferentes sistemas pedagógicos, entre concepciones sanitaristas del cuerpo y otras actuales que buscan romper viejos moldes utilizando, por ejemplo, el ideario crítico foucaultiano como herramienta principal. Los autores asumen explícitamente que su libro es parte y busca ser una contribución en esos debates.

Uno de los puntos positivos del texto es lo novedoso de su aporte en una disciplina poco transitada en el ámbito académico. A pesar de cierta dispersión temática y reiteraciones en la explicitación del marco teórico, en la evaluación final el beneficio es mayor justamente por el tamaño del vacío a ocupar.

El gran eje unificador del texto es la educación física escolar en el país, para cuyo análisis se han utilizado como fuentes principales la legislación, los manuales, los reglamentos y las publicaciones de las secciones educativas de diversos gobiernos. El libro tiene cuatro grandes capítulos: el primero dedicado al discurso pedagógico; el segundo, al género; el tercero, a temáticas historiográficas diversas, y el último al género y no ya al pasado sino a la actualidad.

En principio se analiza el proceso de constitución del currículo de la educación física y el crecimiento de la asignatura escolar de fines del siglo XIX y principios del XX. Su nacimiento estuvo asociado a la pedagogía llamada "moderna" que, según los autores, es un dispositivo educativo más amplio que tuvo que ver con la formación de tácticas y estrategias escolares en la tarea de la edificación del cuerpo del educando. Ese proceso se fue dando, por un lado, en conflicto con otros idearios y saberes como los propuestos desde los ámbitos militares y, por otro, por los promotores de los deportes como estrategias morales y educativas. Se recorre lo sucedido durante buena parte del siglo XX con estos saberes y prácticas controladoras. El texto roza la problemática actual en torno a posiciones liberalizadoras de todo control y que tienen como eje los intereses del individuo y la promesa de la "liberación del cuerpo", mientras que en el otro extremo estarían apoltronados los residuos del viejo ideario disciplinante.

Otro de los temas trata el papel de la ciencia en el marco del ideario sanitarista-higienista en la constitución del aparato legitimante de la disciplina tradicional y con él su cercana relación en la edificación de la nación y la nacionalidad. En otros textos, los autores abonan en datos e interpretaciones críticas la vida y la obra de Enrique Romero Brest, el padre de la educación física escolar en el país. El texto se ocupa del aná-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lisis del momento inicial de la asignatura y además rastrea los lineamientos básicos de su normativa a lo largo del tiempo, es decir, permite seguir los itinerarios por los que atravesó la regulación estatal.

La temática de género se aborda apuntando a los ejercicios militares en la escuela, su influencia en la modelación de cuerpos masculinos y patrióticos. A pesar de que el proyecto militarista de dominar las prácticas de la educación física escolar fue derrotado, su influencia permaneció vigente y activa, armando horizontes donde la virilidad estaba asociada a las actividades militares y las cualidades patrióticas. En ese marco, otro artículo analiza la presencia y el desarrollo del scoutismo en la Argentina y más precisamente en la provincia de Buenos Aires. Si bien fue un fenómeno muy difundido en ámbitos que vincularon a la Iglesia con la sociedad civil de buena parte del siglo, aquí se ha estudiado la influencia en la escuela de la provincia muy especialmente en la segunda década del siglo XX. Siguiendo con la provincia de Buenos Aires, un capítulo trata acerca de la asignatura y su evolución en las escuelas durante el gobierno de Manuel Fresco con el crecimiento de la influencia del militarismo, con sesgos antiintelectuales, espiritualistas y nacionalistas, con claras resonancias mussolinianas.

Finalmente, hay dos capítulos más apegados a la actualidad y a las preocupaciones de los autores como tales y como docentes: por un lado, la necesidad y la posibilidad de que los saberes, del tipo de los que se desarrollan a lo largo del libro, sean asimilados en las instituciones de formación de profesores de educación física. El otro ítem se vincula con prácticas docentes presentes en un marco de aparente libertad curricular, que según los autores muestran actitudes aparentemente invisibles que siguen separando, escindiendo y fragmentando al alumnado (especialmente en las prácticas deportivas) de maneras hoy consideradas artificiales e inadecuadas.

Resulta claro que el libro es insumo necesario para quienes desean participar del debate en torno a la afirmación y la legitimidad de la disciplina y en esa búsqueda rastrean la vigencia de nociones residuales apegadas a la consideración como "natural" de concepciones vistas hoy como vetustas. Así, por ejemplo, si la educación física tradicional, con diverso arraigo en la actualidad de los institutos de formación docente, ha puesto el acento en el control y el disciplinamiento, la tarea será detectar los contenidos que se encentran en ese proyecto y apuntalar ideas que sirvan para superarlo, lo mismo en áreas asociadas a los temas de género y los prejuicios asociados al cuerpo. El rastreo histórico de estas cuestiones es la propuesta central del libro.

Para concluir, insistimos en que el texto tiene gran importancia debido a que en él se abordan cuestiones que merecen la atención por romper naturalizaciones actualmente vigentes, por tocar temáticas nunca antes abordadas en el ámbito académico, y por ser un aporte de gran importancia en el marco de los debates actuales en torno a la educación física escolar.

Julio Frydenberg
UBA-UNSAM

Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga

Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la memoria

Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006, 270 páginas

Como un tangram: la imagen del juego chino donde una serie de piezas pueden componer una enorme cantidad de figuras posibles sirve a Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga como metáfora de las memorias, representaciones del pasado sobre las cuales viene dándose hace algún tiempo un cada vez más amplio trabajo de análisis y reflexión. El juego funciona, también, como alusión a la estructura del libro, en el cual diversas series de producciones sobre el pasado reciente argentino y obras teóricas relevantes para la temática son examinadas en breves capítulos que, si bien pueden leerse independientemente, establecen entre sí vínculos significativos aunque sin conformar una unidad lineal y progresiva, invitando por tanto a lecturas que no necesariamente deben respetar el encadenamiento formal del texto, trazando recorridos alternativos.

Muestra de esto, por ejemplo, es la decisión de colocar como segunda sección del libro el conjunto de obras teóricas analizadas (Marx, Nietzsche, Benjamin, Koselleck, Ricœur y Agamben), invirtiendo el orden tradicional que va del "marco" al "caso". La primera mitad del libro, en tanto, delimita una serie de problemáticas ligadas a las representaciones sobre la militancia en los 70. Para esto opta por analizar diversas producciones que, a modo de representantes de discursos significativos, conforman a partir de sus elementos a veces contrastantes, a veces convergentes, un amplio panorama sobre modalidades de las memorias sobre ese pasado reciente. La elección de diversos formatos, como el cine, la ensayística y la testimonialidad, el periodismo, la producción académica, da lugar a un variado e interesante itinerario.

Según aclaran los autores desde la Introducción, uno de los objetivos del libro es propiciar una discusión a partir de la cual la memoria sobre los 70 no implique meramente rememorar la efervescencia política y su abrupta ruptura por la violencia estatal; su propuesta es más bien un aporte para que se desarrolle un *trabajo de la memoria*, o sea una reelaboración colectiva sobre ese período, sobre esos sujetos y organizaciones, que implique a la vez que un reconocimiento, un distanciamiento crítico. Esta empresa requeriría, a diferencia de distintas versiones dicotómicas que se sustentan en oposiciones binarias, profundizar y complejizar, dando ubicación social y política a los actores y estructuras implícitos.

Además, si la memoria se vincula a la existencia de determinadas identidades colectivas –identidades que por su parte configuran campos dinámicos y surcados por tensiones–, los autores subrayan que el trabajo de recordar implica el reforzamiento o el debilitamiento de ciertos grupos, al tiempo que su misma práctica aloja una específica politicidad. La intervención sobre la materia, por tanto, exige una atenta conciencia sobre su posicionamiento. En este punto Oberti y Pittaluga apuestan por una memoria crítica que se coloque en un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lugar distinto al del simple intento por conocer más y mejor el pasado reciente, y explicitan firmemente sus posturas políticas: siguiendo aquí a Walter Benjamin, destacan el hecho de que las memorias que se comprometen con expectativas emancipatorias son aquellas en las cuales "la política mantiene su primado sobre la historia" (209). De esta manera, propugnar por una memoria crítica en el actual contexto se vincula a una tarea de verdadera "fundación" política que, según los autores, es posible a partir del trabajo sobre dos aspectos: "Formular una interpretación crítica del pasado de las izquierdas que lo configure como legado, esto es, que le reconozca su especificidad y al mismo tiempo conforme una lectura distinta a aquella transmitida como mandato. En segundo lugar, que a partir de esa distancia recoja y rescate las expectativas de cambio radical de esta sociedad. Esto es lo que permite construir una tradición revolucionaria y una memoria de lucha" (164).

Desde estas convicciones se siguen los ejes que vertebran los análisis de la primera parte del libro. Sobre todo, los autores se preocupan en discutir algunas posturas y conceptos políticos que funcionan como claves interpretativas en muchas producciones sobre el pasado reciente (en particular sobre la militancia en las organizaciones armadas, eje del examen del texto), y que en su opinión promueven una memoria ritualizada y repetitiva. Por poner algunos ejemplos, podemos nombrar a la figura del héroe, acompañada por la exaltación del sacrificio y opuesta, en muchas ocasiones, a la del "traidor"; la escisión tajante –esgrimida comúnmente para explicar la trayectoria de algunos líderes montoneros– entre dirigentes y militantes de base, oponiendo a los primeros que "engañaron", a los "perejiles" (adjetivo que condensa la ingenuidad y la victimización de quienes paradójicamente conformarían una organización considerada revolucionaria), las explicaciones de aspectos de las organizaciones considerados negativos en términos de "desviaciones" o de contingencias no implícitas en la propia teoría y práctica de las mismas, etc. Se trata, en fin, de figuras rígidas que se convierten en verdaderos obstáculos para elaborar los matices, las contradicciones y la dinámica de los sujetos y las organizaciones implicados. Y se trata, además, de matrices vinculadas a concepciones políticas que se aferran a la continuidad de aspectos ideológicos sustanciales de aquel pasado reciente cuando, en opinión de los autores, justamente se requiere de una profunda crítica de la "razón revolucionaria" que los sustentó. En este sentido, señalan, si en primer lugar no habría que reducir la experiencia setentista a la de los grupos armados, tal vez en el caso de estos últimos haya muy pocas experiencias que rescatar, siéndolo más bien, sobre todo, los anhelos emancipatorios que encarnaron; sería necesario, así, hacerse cargo de la crisis de una concepción sobre la revolución y las prácticas que implicó para poder dar lugar a otras nuevas.

Además de su diversidad de formatos, las producciones analizadas pertenecen a distintas épocas. Así, pueden notarse ciertos cambios en las perspectivas y los problemas tratados. Por ejemplo, Oberti y Pittaluga destacan el cambio que se percibe a partir de mediados de la década de 1990, cuando se encuentran cada vez más narraciones testimoniales que no se inscriben primordialmente en el lugar de la víctima, sino en el de la militancia (la película *Cazadores de utopías* y el libro *La voluntad* ilustran claramente esto).[1] A partir de entonces, pareciera, comenzó a abrirse lentamente la posibilidad de una discusión política sobre ese pasado que, aunque muchas veces evitada, dio lugar a que comience una revisión crítica de las prácticas y las concepciones de las organizaciones armadas; se instalaron así preguntas sobre múltiples dimensiones de las subjetividades que conformaban las organizaciones, como también por el tipo de subjetividades que producían estas últimas. En este sentido, los autores destacan, al tiempo que le formulan toda una serie de críticas, el ejemplo de los escritos de Pilar Calveiro, "una intervención, en el sentido fuerte del término: una fundamentación razonada y practicada de cómo «hacer memoria» sobre el pasado militante" (41).[2] Desde el cine, éste es también el caso del film *Papá Iván* de María Inés Roqué, quien ensaya un intento por hacer un ejercicio de memoria sobre su padre conmoviendo la imagen de héroe repetida por sus compañeros de militancia, y cuestionando el mandato paterno sobre la forma correcta de recordarlo, que dejó en forma de carta de despedida. En este último caso destaca también la puesta en cuestión de oposiciones naturalizadas en algunos discursos sobre aquella experiencia, como la que se da entre la vida cotidiana y la vida pública de los militantes, a partir de preguntarse el porqué de la incompatibilidad entre el papel de padre y el de militante, surgiendo una revalorización de la figura de su madre, personaje mucho menos visible desde los relatos que privilegian un modo de intervención política que no apostó por una politización de lo cotidiano.

Diversos temas y problemas son así analizados a partir de las producciones escogidas. Un lugar importante ocupan por ejemplo las cuestiones de género, y sobre todo la contradicción entre el discurso igualador de las organizaciones (entendido primordialmente como homogeneización) y las diversas prácticas que reproducían el estatuto de inferioridad femenina que primaba en la sociedad. Los libros *Mujeres guerrilleras* de Marta Diana y *Pájaros sin luz* de Noemí Ciollaro son examinados en cuanto muestras de la relevancia que este tipo de problemáticas van adquiriendo en los relatos.[3] Pero, sobre todo, los autores prestan especial atención a la discusión sobre la importancia de los testimonios y las modalidades de las entrevistas a partir de las cuales se nutren gran parte de las producciones sobre la militancia setentista. Más allá de toda una serie de críticas metodológicas sobre la forma y la utilización de las entrevistas (desde casos en los cuales no se transcriben las preguntas hasta otros donde se interrumpe el relato buscando un único sentido a la respuesta, o aquellos en los que se utiliza lo testimonial como mera ilustración de hipótesis de la investigación, perdiéndose gran parte de la riqueza que aporta por sus mismas características el relato oral, etc.), parece pertinente destacar la advertencia que hacen sobre el hecho de que es necesario tener siempre presente que "los sujetos que relatan son los mismos y a la vez no lo son". Aquí, siguiendo a Paul Ricœur, Oberti y Pittaluga enfatizan las discontinuidades y las contradicciones que, en caso de desconocerse, dan lugar a una memoria repetitiva al servicio de un sujeto siempre idéntico a sí mismo; una ilustración sintomática de este riesgo se encontraría en el modo de presentación de los sujetos testimoniantes en *La voluntad*, donde "los sujetos de esta historia, que no son otros que los del relato, se presentan como sujetos íntegros, fieles a sus ideales. Constituyen un conjunto conciso y cohe-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rente donde no están ausentes las tonalidades afectivas, de modo tal que los sentidos de la narración religan ese pasado con nuestro presente de manera moralizante. Un fundamento último rige sus vidas, los acontecimientos y la historia que avanzan casi sin tropiezos hacia su realización, la que conocemos" (74).

La segunda parte del libro, dedicada a exponer y discutir aspectos relevantes de diversos textos teóricos sobre historia, memoria y testimonios, permite clarificar más firmemente las categorías a partir de las cuales los autores analizan las producciones de la primera parte –vale aclarar que el entrecruzamiento entre ambas secciones es permanente, y muchas veces es preciso leer o releer entrecruzadamente los argumentos–. Sintetizando, puede decirse que se apela a Marx, Nietzsche y Benjamin a fin de alertar sobre los peligros de la repetición, a partir de una memoria ritualizante, destacando sobre todo que para conformar una memoria políticamente productiva es preciso lograr un verdadero distanciamiento que ponga en crisis las formas rígidas y mitificadas, consiguiendo transformar el reconocimiento en el pasado, como se dijera antes, en un verdadero legado que potencie las capacidades emancipatorias en el presente. En relación con esto, los autores rescatan las categorías de Reinhardt Koselleck de *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*, proponiendo una intervención sobre la construcción de memorias que se ubique "como parte emergente de la coordinación de una experiencia permanentemente reconstruida a partir de un horizonte de expectativas sometido continuamente a revisión porque el campo experiencial reformulado así lo exige" (219). Asimismo, se examina la influyente obra de Ricœur destacando su hincapié sobre la necesidad de un verdadero *trabajo de la memoria*, que implique una elaboración y un reconocimiento, en oposición a la repetición; y, como ya se dijera, se analiza su propuesta sobre una "hermenéutica del sí", en la que el sujeto sólo puede comprenderse en relación con el otro, así como sus desarrollos sobre la identidad narrativa. Finalmente, se discute la obra de Giorgio Agamben vinculada al problema del testigo y el testimonio, anudado con sus reflexiones sobre el desarrollo del poder soberano en un contexto marcado por la experiencia de los campos de concentración.

Muchos otros aspectos sustanciales son presentados profunda y rigurosamente en esta segunda sección del libro. En su lectura se nota que se trata del fruto de una paciente y muy elaborada propuesta por articular coherentemente distintas reflexiones teóricas que conforman una configuración sumamente consistente, que nos permite incursionar sobre diversas problemáticas en torno a la memoria y la política en general, y sobre la militancia en nuestro pasado reciente, en particular. *Memorias en montaje* es, en fin, una destacable muestra sobre la búsqueda de la apertura hacia nuevas preguntas que den lugar a un intercambio productivo sobre aspectos determinantes de experiencias que nos colocan en la encrucijada entre lo inasible y lo que a la vez nos constituye. Haciendo uso de las palabras que los autores utilizan para caracterizar a una de las tantas producciones analizadas y que podría aplicarse a su propio texto, concluimos destacando que se trata de una intervención que más que ofrecernos respuestas cerradas intenta, a partir de su compromiso crítico, desarmar las memorias cosificadas y ritualizadas, abriendo "preguntas que introducen las tramas ocluidas de aquella historia, que conmueven los sentidos establecidos al sacudir una memoria repetida en sus relatos" (114).

Damián López
UBA

Notas

[1] *Cazadores de utopías* (Argentina, 1995), dirección de David Blaustein y guión de Ernesto Jauretche; Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Norma, 1997-1998, 3 t.

[2] Los trabajos más importantes de Pilar Calveiro son los libros *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998, y *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.

[3] Marta Diana, *Mujeres guerrilleras. La militancia en los 70 en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, Buenos Aires, Planeta, 1996; Noemí Ciollaro, *Pájaros sin luz. Testimonios de mujeres de desaparecidos*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

Gabriel Di Meglio

¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo (1810-1829)

Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006, 364 páginas

Si se repasa el itinerario de nuestra historiografía desde sus mismos orígenes, resulta difícil imaginar un tema más abordado que la revolución de independencia en Buenos Aires. Gabriel Di Meglio comete la osadía de volver a internarse en él y, sin embargo, el libro que nos ofrece contiene muchas novedades. Una vez inventariadas, se impone una conclusión que no es nueva pero sí refrescante volver a constatar: nunca hay temas completamente acabados y toda historia puede ser reescrita siempre y cuando se formulen nuevas preguntas y se disponga de las herramientas adecuadas.

Podría hacer una larga lista de esas novedades pero prefiero concentrarme en algunos puntos que resultan en mi opinión sobresalientes. Esgrimiendo una escritura sutil y prestando una atención a indicios sugestivos, Di Meglio ofrece una atrapante narración de las intervenciones de la plebe de Buenos Aires durante el ciclo de movilización social y política abierto en 1806 y que comenzaba a cerrarse hacia 1829. A través de ella el resultado es que ese heterogéneo conglomerado humano, inestable, multifacético y cambiante, revela sus diversos rostros. Pero ya no se trata de aquellos rostros difusos a los que nos tenían acostumbrados las recreaciones plásticas que poblaron las imágenes y los actos escolares, las paredes de los museos o algunos monumentos: son los rostros de seres reales que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

permiten un acercamiento mucho más preciso a sus perfiles sociales y, sobre todo, recuperar la densidad de sus experiencias históricas, sus aspiraciones y expectativas. En este sentido, puede afirmarse que Di Meglio ha logrado rescatar a estos sujetos de su condición de meros integrantes del coro en aquel drama que abrió la revolución y convertirlos en protagonistas situándolos en el centro mismo del escenario.

Para advertirlo alcanza con cotejar este relato con el mejor que teníamos disponible, aquel que ofreció hace más de treinta años Tulio Halperín Donghi en *Revolución y guerra*. Si volvemos a esas densas páginas de este auténtico clásico de la historiografía argentina, verdadero semillero de ideas y sugerencias para investigaciones posteriores y uno de los pocos libros de historia argentina que consiguió amplia repercusión en la historiografía internacional, encontraremos una y otra vez a la activa plebe porteña. Allí estaba, justamente, una parte sustancial de la riqueza que el libro contenía. Sin embargo, tanto en esa contribución como en otras igualmente imprescindibles,[1] si bien los plebeyos aparecían intensamente movilizados, no pasaban de ser la masa de los reclutas, las bases de sustentación de nuevos liderazgos y, sobre todo, los fantasmas amenazantes que poblaban el imaginario de la elite. Su lugar en el proceso histórico era, por cierto, mucho más claro que en relatos anteriores, pero seguía circunscripto a la condición de coro. Si un propósito signa el libro de Di Meglio es, justamente, desplazar a la plebe de ese lugar. Cuáles son las implicancias de esta operación lo analizaremos más adelante. Antes conviene presentar apretadamente lo que esta obra contiene.

El libro está organizado en seis capítulos más una introducción, una conclusión, un apéndice estadístico y una completa enumeración de las fuentes y la bibliografía consultadas. Al respecto, cabe señalar dos aspectos. Por un lado, la pertinencia de la estrategia expositiva, a la vez narrativa y analítica: de este modo, el lector queda atrapado por el devenir de una historia que lejos de reducirse a la descripción de anécdotas pintorescas las emplea para formular interpretaciones sugestivas. Por el otro, la solidez del corpus documental: creo no equivocarme al afirmar que uno de los mayores méritos del libro es demostrar cómo es posible leer de un modo nuevo, creativo y productivo lo que muchos otros ya habían (habíamos) leído y cómo la buena literatura histórica sofistica y sensibiliza la mirada del historiador. Por eso, aunque el autor transita un corpus documental rico y variado y explora manuscritos poco frecuentados (como los sumarios militares), la destreza de historiador de Di Meglio queda en evidencia en la sutil inteligencia con que indagó unas fuentes éditas, tan conocidas como desaprovechadas.

En el capítulo I construye una visión panorámica de la ciudad de Buenos Aires y sus transformaciones en esos agitados años.[2] A través de ella, propone un acercamiento a los rasgos específicos de esa sociedad "urbana" y a los modos de vida que los plebeyos desplegaron. Poco –muy poco– era lo que se había avanzado al respecto, y por cierto aún falta mucho por conocer pues todavía es limitado el conocimiento sobre las condiciones de vida de los sectores populares urbanos, sobre todo cuando se lo compara con lo que se sabe de la vida social rural contemporánea; pero estas páginas constituirán seguramente una referencia ineludible.

El capítulo II ofrece un rico panorama de los comienzos de la movilización plebeya hasta 1811 y contiene una decisiva hipótesis: habría sido para entonces cuando se definieron las primeras prácticas políticas plebeyas, sus intervenciones en las disputas facciosas, en las fiestas revolucionarias y en los motines militares. El modo en que Di Meglio engarza su argumentación lleva al lector de la mano de su razonamiento, pero una relectura más atenta puede dejarlo quizá algo insatisfecho frente a lo que el capítulo promete. En definitiva, si el autor nos muestra la intensidad de la movilización plebeya y su velocidad en tan sólo un año de revolución, hubiera sido conveniente indagar con mayor detenimiento las formas que adoptó esa movilización en los agitados años previos.

En el capítulo III el lector se encuentra no sólo con una narración de los episodios ocurridos entre 1812 y 1818 sino también con un notable paso adelante en el conocimiento histórico de las implicancias de la militarización revolucionaria. Es entonces cuando emergen algunas de las contribuciones más significativas del libro: primero, un acercamiento más preciso a los perfiles sociales de las tropas y a los significados de esa experiencia militar; segundo, las formas de resistencia que en ese contexto desplegaron los plebeyos y que lleva al autor a postular una de sus interpretaciones más renovadoras: además de las convulsiones políticas y de las nuevas formas de liderazgo que la historiografía ya había relatado, Di Meglio nos pone frente a la estruendosa novedad de los motines plebeyos.

Los significados de esta experiencia quedan completamente de manifiesto en el capítulo IV. Aquí el autor ofrece una nueva visión –por qué no decirlo, verdaderamente revisionista– de las convulsiones políticas de 1819-1820 pero advirtiendo también sus implicancias sociales. Algunas de estas páginas valen por el libro entero, especialmente aquellas que relatan ese verano porteño de 1819 y que son memorables. Présteles especial atención, lector: la historia que Di Meglio ha logrado recuperar de esos cívicos, pardos y morenos, resistiendo el acuartelamiento y su transformación en veteranos, las exhortaciones que hacía el hasta hoy ignoto Santiago Manul y los componentes de la cultura política plebeya que expresan parecen, por un momento, producir una suerte de milagro histórico. Se trata de esos momentos cruciales en los cuales, como diría James Scott, los discursos ocultos que articulan la resistencia de los oprimidos se transforman en discurso público.[3] Por un momento, entonces, Di Meglio logra develar, narrar y hacernos comprender los modos en que se combinaron las nociones políticas de la tradición colonial y aquellas que propagó la revolución. Es aquí, entonces, donde el libro adquiere todo su significado historiográfico (pero también político y cultural), pues empieza a desbrozar un auténtico enigma: los modos en que se fueron conformando las culturas y las tradiciones políticas populares. Por eso mismo, su mirada del vertiginoso año de 1820 resulta radicalmente renovadora y convierte a los fantasmas que aterraban a la elite en percepciones más reales.

Los capítulos V y VI están dedicados a la experiencia política plebeya durante la década de 1820, y conviene recuperar la estrategia expositiva que los articula. En el primero, la atención se concentra en una fase de reflujo de la movilización plebeya, 1821-1823: con destreza de detective, Di Meglio encara una tarea extremadamente desafiante en un terreno lleno de acechanzas y siguiendo las pistas que ofrecen los gritos de los amotinados de 1823 se interna en los procesos de reelaboración en cur-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

so en la cultura política popular. Así, un viejo grito, harto conocido del mundo hispánico, hace así su reaparición en Buenos Aires: "¡Muera el mal gobierno!"; pero esta reaparición contiene significativas novedades y ya no aparece junto a la exaltación de la figura del rey. En el segundo, las pistas las suministra un grito radicalmente novedoso que condensa la argumentación de todo el libro: "¡Mueran los de casaca y levita! ¡Viva el bajo pueblo!". Nada menos: un episodio que tomado aisladamente podría haberse atribuido sólo a la habilidad retórica de una facción elitista se presenta a través de esta densa reconstrucción de la experiencia histórica de la plebe porteña como un momento que la condensa. El coro ha abandonado las gradas y ocupa su lugar en el escenario. Ya no es sólo una tropa imprescindible o una presencia fantasmagórica sino un actor decisivo de la política porteña que ha adquirido una indudable impronta plebeya.

Al llegar a la última página el lector habrá completado un sinuoso recorrido por el espacio urbano, las fiestas, las elecciones, los motines, los tumultos callejeros, y advertido la configuración de un repertorio de formas de acción colectiva y de recursos culturales y simbólicos. Sólo por ello la aparición de este libro debe ser bienvenida y celebrada. Gracias a una prosa ágil y seductora dotada de sensibilidad histórica y social Di Meglio ha recuperado la diversidad constitutiva de esa plebe evitando que el cuadro resultante sea simplemente pintoresquista o meramente abigarrado. Y ha logrado quizá lo más difícil: presentarlo en su dinámica histórica. Sin embargo, como todo buen libro de historia, abre un conjunto de interrogantes y puntos de debate, y me permito señalar dos.

En primer término, el texto aparece recorrido por una tensión: mientras Di Meglio enfatiza las heterogeneidades constitutivas y persistentes de esa plebe urbana también relata su transformación en un actor político, y la imagen que resulta es la de un actor en buena medida unificado. ¿Cómo fue posible? O, quizá, convendría cambiar la pregunta: ¿hasta qué punto fue tan así? La cuestión todavía merece ser indagada con mayor profundidad. Sin duda, una diferenciación crucial era la que existía entre libres y esclavos y, sin duda también, ella tendió a perder centralidad en los años posrevolucionarios. Esta decisiva transformación que trajo la revolución –y nunca está de más volver a destacarla– pudo contribuir a unificar sus intervenciones políticas pero difícilmente se superaran sencillamente los estigmas que legaba el régimen de esclavitud. Se trata, en definitiva, de un aspecto de una cuestión mayor, un interrogante irresuelto que nuestra historia social aún no develado: todavía carecemos de una "prehistoria" (y enfatizo las comillas) de la clase trabajadora urbana que no fue, por cierto, un resultado exclusivo de la inmigración masiva de la segunda mitad del siglo XIX. Di Meglio lo deja bien en claro: la plebe no era una clase; pero en su formación esa clase debe haberse nutrido de la plebe y, por lo tanto, también de sus experiencias históricas, su cultura política y sus tradiciones de movilización.

En segundo lugar, es probable que Di Meglio haya sobredimensionado la condición urbana de esa plebe. Sus mismos datos y algunas de sus inferencias así lo sugieren: por sus orígenes sociales y territoriales y por la misma estructura del espacio urbano y del mercado de trabajo, los entrelazamientos de la plebe "urbana" y el mundo rural eran por demás intensos. Dicho de otro modo, las condiciones de existencia de la "plebe urbana", su característica movilidad espacial y ocupacional, serían incomprensibles sin las oportunidades que hallaba en un medio rural que, por otra parte, penetraba las entrañas mismas de la "ciudad". La misma dinámica de la movilización política lo atestigua, pues ella estuvo muy lejos de circunscribirse a la ciudad y se articuló crecientemente con la campaña. Aquí también el interpelado no es sólo el autor sino el conjunto de la comunidad de historiadores que hemos mantenido vigente una visión del espacio social que es tributaria de la que tenía la elite letrada de entonces.

Nada de lo anterior invalida las contribuciones decisivas de este libro. Como quería Edward Thompson, no se hallará aquí la historia de una categoría sociológica abstracta y las intervenciones de los plebeyos no han sido evaluadas a partir de parámetros prefijados de lo que debería haber sido. Estamos ante una muy lograda historia de gente real en un contexto real, de aquellos que estaban haciendo su historia en condiciones que no eligieron y sin saber tampoco qué historia estaban haciendo, una historia de gente común que estaba inventando un mundo nuevo empleando también recursos sociales y culturales del viejo. Sabidas son las tentaciones que acechan al historiador que intente incursionar estos terrenos ignotos de la historia popular, tanto las que provienen de los diversos elitismos como de las múltiples formas del romanticismo. Se trata de un enorme desafío donde se trata de evitar quedar prisioneros de los propios conceptos (y encorsetar en ellos a los mismos plebeyos) como de unas fuentes que por momentos parecen confabuladas para hacerse más parcas acerca de lo que más quisiéramos saber.

En buena medida, Di Meglio ha logrado superar estas acechanzas o, al menos, mantenerlas bajo control. Sin embargo, cierra su libro de manera excesivamente modesta: nos dice que sólo pretendió demostrar "que un escenario político no es comprensible si no se conocen todos sus actores". Es cierto, pero no alcanza a hacer justicia a su contribución. Como él mismo dice, era necesario hacer esta incursión no sólo para "escuchar" a los que no habían sido considerados sino también para poder comprender el período formativo de la política porteña y argentina. La plebe –y no sólo la urbana y menos sólo la porteña– le imprimió su marca a esa política y el libro ilumina como nunca antes esa impronta. Su contribución cuestiona indefectiblemente algunas imágenes históricas al uso: por un lado, cómo una forma de acción colectiva –el tumulto callejero–, habitualmente calificada de "antigua" pero que no había tenido una arraigada historia anterior en Buenos Aires, formó parte de la emergencia de política "moderna"; por otro, porque muestra cómo en Buenos Aires la conflictividad social estaba inscripta e inserta en una conflictividad política que no conviene seguir entendiendo sólo como "facciosa".

Llegados a este punto, resulta inevitable una pregunta: ¿por qué hoy es posible este libro? Pudo haber sido antes, pero no lo fue. Por lo pronto, ni Bartolomé Mitre ni Vicente López fueron nuestros Michelet y las incursiones sociológicas de José Ramos Mejía tampoco hicieron escuela. Tampoco pudo serlo a través del neorromanticismo que encarnó el revisionismo que tenía otras urgencias y cometidos. Tampoco fue escrito en los 70, cuando la Argentina se convertía en epicentro de recepción y difusión latinoamericana de lo más renovador del pensamiento crítico y de la historia desde abajo. Pero no lo fue y la historiografía argentina no forjó entonces una tradición historiográfica de este tipo, al menos para el siglo XIX.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hoy, en cambio, los esfuerzos de Di Meglio no son solitarios.[4] ¿Por qué? La respuesta a este interrogante excede los alcances de esta reseña, pero no quisiera dejar de señalar que si se trata realmente de un momento nuevo de la historiografía del siglo XIX, el libro de Di Meglio será una referencia ineludible. Si no lo llega a ser, al menos, su libro podrá cumplir otro cometido: si llega a manos de nuestros maestros, profesores y estudiantes, aquellos personajes que suelen atiborrar los actos escolares, esos negritos y negritas de rostros amables y divertidos, podrán aparecer con nuevos rostros portando sus aspiraciones y sus rebeldías.

Raúl O. Fradkin
Universidad Nacional de Luján
Universidad de Buenos Aires

Notas

[1] Me refiero, sobre todo a su famoso artículo "Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815", en Tulio Halperín Donghi (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978, pp. 121-157, y a un libro imprescindible para comprender algunas facetas y significados de la movilización plebeya: *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005 (primera edición, 1982).

[2] Simultáneamente ha aparecido otro libro que completa muy acabadamente algunos trazos todavía imprecisos de este capítulo: Fernando Aliata, *La ciudad regular. Arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo Libros, 2006.

[3] Véase James Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Era, 2004.

[4] Ineludibles al respecto son los libros de Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos. State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*, Durham-Londres, Duke University Press, 2003, y Ariel De la fuente, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del estado nacional argentino (1853-1870)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007. A ellos puede agregarse Raúl O. Fradkin, *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006, y Raúl O. Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros (e/p), con colaboraciones del propio Di Meglio, Beatriz Bragoni, Ana Frega, Sara Mata, Gustavo Paz y Silvia Ratto, además de otros artículos de estos mismos autores.

Marina Franco

El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, 334 páginas

Como resultado de una tesis de doctorado realizada en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de París 7, y finalizada en 2006, se publica en Buenos Aires este libro de Marina Franco. No se puede menos que celebrar la llegada a las librerías y al público en general de un trabajo que trata de uno de los aspectos menos conocido de la historia argentina reciente como lo es el exilio político de los años 70. Si bien distintos trabajos en los últimos años han puesto el acento sobre esa dimensión del pasado cercano, en particular sobre las experiencias del exilio argentino en México y España donde el fenómeno tuvo características masivas, es aún mucho lo que falta para reconstruir un aspecto central de la vida política argentina, en una etapa en la que dentro del país el terrorismo de Estado ahogaba en sangre cualquier posición política diferente del apoyo irrestricto al genocidio.[1]

Durante mucho tiempo, tanto en la reflexión pública como en la producción académica, la figura de los desaparecidos monopolizó la representación de las víctimas del terrorismo estatal, ocultando a los presos políticos y a los exiliados. Este trabajo tiene el sentido y la importancia de romper ese silencio, recuperando a otras víctimas de las políticas represivas del Estado que las que tendieron a concentrar la reflexión. Como la autora señala, también pesó la estigmatización sufrida por los exiliados y la culpa que muchos tuvieron por haber sobrevivido a sus compañeros de militancia y haber salido del país cuando las cárceles y los centros clandestinos de detención estaban llenos.

La legitimidad para estudiar el pasado reciente argentino ha aumentado en los últimos años y esa problemática se consolida entre los historiadores profesionales más jóvenes, como es el caso de la autora.[2] Lejos de modas pasajeras y respondiendo a una amplia demanda social por comprender un pasado cercano y traumático al que hasta no hace más de una década sólo atendían trabajos periodísticos o testimoniales, el estudio de la historia reciente argentina se ha consolidado como una de las áreas más dinámicas y fuertes de la historia profesional actual. La historiografía sobre los años 70 conoce en la actualidad una sólida y creciente producción, desde ya de desigual calidad, y si algo faltara para diagnosticar este auge, la publicación en los últimos años de números especiales sobre esa temática por parte de varias revistas académicas, entre ellas *Entrepasados*, es una muestra clara de esa situación dentro del campo.[3]

El libro de Franco estudia el exilio político argentino en Francia durante la última dictadura militar, y define el exilio como una de las prácticas represivas del poder estatal durante los años del terrorismo de Estado y la violencia política. El trabajo está ordenado en tres partes que refieren a tres aspectos de esa experiencia. La primera está centrada en las características generales del proceso y en particular de la dimensión mi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gratoria del fenómeno. Trata de la emigración política, de las diferentes trayectorias individuales, las formas de salida de la Argentina y de llegada a Francia. La segunda atiende a las características particulares y la estructuración del exilio político, y la constitución de organismos de derechos humanos, y la última está centrada en diferentes coyunturas clave, como el Mundial 78 y la guerra de Malvinas, que tensionaron a las organizaciones del exilio.

A su vez, creemos que el libro tiene algunas características generales en su perspectiva y ciertos temas cruzan el conjunto del texto. Un aspecto importante apunta a discutir la categoría de exilio como una categoría totalizante, por el carácter heterogéneo del fenómeno y válida solamente como identidad autoatribuida de los exiliados. El libro integra permanentemente perspectivas micro y macro y va de las experiencias individuales a las colectivas. Un aspecto central del trabajo es la transformación de la militancia revolucionaria a partir del proceso del exilio, teniendo en cuenta que las que habían sido hasta 1976 las principales organizaciones guerrilleras, Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), fueron destruidas en el país en esos años y que sus núcleos en el exterior conocieron fuertes procesos de desestructuración. Es decir que quienes en el exilio abandonaban la militancia en esas organizaciones lo hacían en el marco de una profunda crisis de ellas. Sin embargo, las organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria en el exilio cumplieron un rol destacado en la constitución de los organismos de derechos humanos para la denuncia del genocidio y la solidaridad con las víctimas de la represión en la Argentina. Esos grupos nacidos en el exterior organizaron la denuncia internacional de la dictadura militar y fueron un punto de apoyo fundamental para las organizaciones de derechos humanos nacidas en la Argentina entre 1975 y 1977, como Madres de Plaza de Mayo, Abuelas y Familiares. La hipótesis defendida es que esa construcción de un discurso y una práctica centrados en los derechos humanos supuso para los militantes en el exterior un fuerte desplazamiento de las identidades políticas previas. En ese sentido se señala una falta de discusión sobre el pasado previo al golpe de Estado, un proceso de creciente despolitización de los emigrados y pérdida de importancia de las diferencias partidarias con la asunción de la derrota y la crisis de las organizaciones político-militares.

También se presta atención en el trabajo a las diversas estrategias de las Fuerzas Armadas hacia los exiliados, en especial la denuncia de una "campaña antiargentina" y una "conspiración internacional de origen subversivo". En el marco de esa campaña los grandes diarios y las revistas de Editorial Atlántida repitieron sin matices el discurso oficial. En ese sentido, en la retórica militar de 1977-1978 el tema de los derechos humanos está directamente asociado al terrorismo subversivo y como respuesta a esas acusaciones del gobierno argentino, según la autora, las organizaciones en el exilio tendieron, al igual que el movimiento de derechos humanos en la Argentina, a silenciar la militancia política de las víctimas de la represión estatal y a presentar sus denuncias exclusivamente en el plano ético y humanitario.

Debe destacarse que las principales fuentes del trabajo son ochenta y siete entrevistas realizadas entre 2002 y 2005 a personas emigradas, que en su mayoría tuvieron una experiencia de militancia política en la izquierda revolucionaria antes de su salida de la Argentina. Al mismo tiempo hay una importante utilización de documentos producidos por los organismos de derechos humanos constituidos en Francia y de la prensa periódica de la etapa, tanto francesa como argentina.

La primera parte, dedicada al aspecto migratorio, hace un fuerte hincapié en la "heterogeneidad fundamental del fenómeno" y en la amplitud de los motivos y formas de partida, las diversas trayectorias posibles desde la salida forzada de la Argentina hasta la llegada a Francia y la importancia de las redes familiares, de amistades, profesionales o políticas para la inserción inicial. También destaca la importancia de las organizaciones humanitarias francesas para la acogida y el primer alojamiento de los recién llegados. Se ocupa de rastrear las modificaciones en las trayectorias individuales y, en particular, en las identidades políticas y sociales de los sujetos. La atención de la autora está puesta con fuerza sobre la transformación de las identidades militantes y en la asunción de la política de derechos humanos. También analiza las diversas formas de inserción laboral y profesional y las adaptaciones socioculturales en la sociedad receptora.

Para poder dimensionar el fenómeno del exilio la investigación brinda algunas cifras. Se ha estimado que entre 1960 y 1970 salieron del país unas 128.217 personas y entre 1970 y 1980, entre 236.138 y 339.329. La autora estima el exilio político argentino de los años 70 en unas trescientas mil personas. Aunque la represión política se descargó sobre una parte importante de la sociedad, "en general quienes pudieron salir del país fueron personas de clase media, con niveles educativos medios y altos, mientras que fue escaso el número de trabajadores y personas de sectores populares que se fueron […] es evidente que emigrar fue una posibilidad disponible sólo para algunos y que el fenómeno tuvo una dimensión de clase bastante marcada". En Francia había unos 1.797 argentinos en 1967, 2.171 en 1975 y 3.275 en 1983. La autora considera una cifra estimativa de unos 2.000 a 2.500 emigrados políticos llegados a ese país entre 1973 y 1983.

Otro aspecto importante de esta parte es el tratamiento de las características de la política francesa de la etapa. Se destaca el fuerte ascenso de las fuerzas de izquierda, en especial el Partido Socialista y el Partido Comunista Francés. Aunque Francia tuvo un gobierno de derecha desde 1974, las principales fuerzas de izquierda muestran un crecimiento electoral en todas las grandes ciudades. Asimismo, el país tenía una amplia reputación como tierra de asilo. La sociedad francesa estuvo fuertemente sensibilizada por las dictaduras militares del Cono Sur a partir del fuerte impacto que tuvo el golpe de 1973 en Chile. La solidaridad con los emigrados argentinos fue protagonizada básicamente por el Partido Socialista y la organización trotskista Liga Comunista Revolucionaria (LCR), ya que el Partido Comunista Francés se alineaba detrás de la posición del Partido Comunista de la Argentina, que era de defensa de la dictadura de Jorge Rafael Videla y de negación de los desaparecidos. Según la autora, fue la LCR la que desarrolló una solidaridad más activa que cualquier otro partido. El Estado francés tenía una importante política de asilo que otorgaba el estatuto de refugiado a muchos perseguidos y esa política benefició a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

unos 941 argentinos entre 1976 y 1983, aunque el gobierno de Francia mantuvo fuertes vínculos comerciales con el gobierno de la Junta Militar.

La segunda parte del libro se ocupa centralmente de las prácticas de los emigrados políticamente activos, una minoría de los que llegaron a Francia, analizando las formas de funcionamiento, organización y actividad política cuyo eje estaba puesto en la denuncia de las violaciones a los derechos humanos por parte de la dictadura militar argentina y cuya actividad supuso el desarrollo de una nueva identidad como exiliados. La autora destaca la escasa presencia de las estructuras partidarias de las organizaciones guerrilleras en el caso de Francia y el hecho de que París era un lugar de paso y de alta circulación de los dirigentes de esas fuerzas. En el caso de Montoneros, Adriana Lesgart fue su máxima dirigente en París. La presencia del PRT-ERP fue débil comparada con la de militantes de la organización en Italia, aunque mantuvo un núcleo activo en ese país hasta 1979. Se destaca la actividad de los agrupamientos trotskistas. Política Obrera, actual Partido Obrero, mantuvo una presencia hasta el final del exilio. También hubo una presencia del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y varios militantes trotskistas argentinos se integraron a la LCR. También existió un grupo de exiliados pertenecientes a la organización maoísta Vanguardia Comunista y una presencia de la Unión Cívica Radical.

Desde principios de los años 70 se constituyeron en París pequeños comités de solidaridad, integrados por franceses y algunos residentes argentinos. En octubre de 1975 de la unión de estos grupos surgió el Comité Argentin d'Information et Solidarité (CAIS), el más importante de los grupos constituidos en el exilio francés. Otras organizaciones, específicamente conformadas por exiliados argentinos y con presencia en diferentes países, fueron la Comission Argentine des Droits de l'Homme (CADHU), con base en Madrid y cuya sección parisina se constituyó en septiembre de 1977, y la Comission de Solidarité des Parents des Prisonniers, Disparus et Tués en Argentine (COSOFAM), cuya filial en París data de fines del mismo año. La mayoría de los integrantes de esas organizaciones fueron militantes o ex militantes de Montoneros, el PRT-ERP, el peronismo de base y Política Obrera, entre otros. También se constituyeron grupos a partir de identidades profesionales. La característica política principal de estos grupos era su carácter pluripartidario y la presencia de diferentes líneas políticas en su seno. Los conflictos y las tensiones en el interior de esas organizaciones tuvieron que ver con la competencia de las distintas líneas políticas en su interior y con la definición frente a situaciones puntuales. Por ejemplo, la competencia entre Montoneros y el PRT llevó a una fractura del CAIS en 1979. Estas diferentes organizaciones desarrollaron a partir de una oposición frontal a la dictadura militar un importante trabajo de información y denuncia del genocidio junto con un trabajo humanitario de solidaridad con las víctimas. La actividad incluía la edición de publicaciones sobre la situación argentina, solicitadas en la prensa, la organización de conferencias, actos, manifestaciones ante la embajada argentina y campañas públicas. También se destacan las denuncias ante organismos internacionales como la OIT, la OEA o la ONU.

La tercera parte estudia cuatro momentos específicos: en primer lugar el Mundial de fútbol y el Congreso Mundial de Cáncer, ambos realizados en la Argentina en 1978 y para los que se organizaron boicots desde el exterior. En segundo lugar, la experiencia del Centro Piloto de la Embajada argentina en París, creado en 1977 para contrarrestar las denuncias sobre la Argentina e infiltrar las organizaciones de exiliados por parte de los servicios de inteligencia. Se destaca la presencia en París de miembros del Grupo de Tareas de la ESMA, como Alfredo Astiz, quien a comienzos de 1978 participó en reuniones de exiliados. En tercer lugar, la guerra de Malvinas y por último, el fin de la dictadura militar y la posibilidad del retorno.

El Mundial 78 fue un momento clave ya que provocó una campaña de boicot internacional y el momento de mayor debate público sobre la situación argentina en Francia. La particularidad del boicot fue que estuvo impulsado más por la extrema izquierda francesa que por los emigrados argentinos; varias organizaciones evitaron tomar una posición explícita y algunas organizaciones políticas del exilio se opusieron a la iniciativa. En el caso de Montoneros, llegaron a plantear una tregua con la dictadura durante la realización del evento. La iniciativa contó con el apoyo de los trotskistas franceses y argentinos.

Por último quisiéramos señalar algunas críticas a un trabajo valioso e importante. En primer lugar, aunque se parte de definir en la introducción del libro su tema como los exiliados en Francia en la década que va de 1973 a 1983, en la adaptación de la tesis doctoral a la publicación el trabajo quedó concentrado casi con exclusividad en los años del autotitulado Proceso de Reorganización Nacional. Es decir que aunque hay un reconocimiento explícito de que el origen del exilio político está directamente vinculado a la violencia paraestatal de la Triple A desde fines de 1973, durante el gobierno peronista, el trabajo se despliega a partir de marzo de 1976. Salvo algunas menciones puntuales la organización del exilio antes del golpe de 1976 está ausente del libro, lo que consideramos una limitación importante.

En segundo lugar consideramos que en la crítica a la cultura política de las organizaciones revolucionarias de los años 70 existen dos operaciones sumamente discutibles. Por un lado, y como un aspecto habitual de la bibliografía sobre el tema, hay una fuerte generalización de ciertas características, propias de algunas experiencias políticas concretas, que son presentadas como representativas del conjunto de la tradición de izquierda: una cultura política autoritaria, voluntarismo, militarismo, sectarismo, una lógica bélica y excluyente, culto a la violencia, etc. Algunas de esas caracterizaciones podrían ser eventualmente válidas o pertinentes si apuntaran a debatir experiencias de organizaciones concretas y no fueran presentadas de forma indeterminada y generalizada. En este sentido, con referencia a Montoneros la autora considera que "la contraofensiva sintetiza en sí misma buena parte de la lógica de la militancia de los años 70 y deja a la vista aspectos esenciales de su cultura política y las implicancias de la opción militarista en las organizaciones políticas de la época".

Algunas de estas supuestas características, con una fuerte connotación negativa, son las críticas habituales a los partidos de izquierda, como el tratarse de organizaciones jerárquicas y autoritarias y la exigencia de una "entrega total" que anula la individualidad del sujeto y su capacidad crítica por su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fusión en un colectivo que le reclama una adhesión total y absoluta, como si la militancia revolucionaria no fuera una decisión voluntaria y consciente. En el texto es recurrente la atribución de ciertas características como típicas de la cultura política revolucionaria de los años 70, cuando en realidad son propias de la tradición de izquierda en general, en el pasado y en el presente. La autora considera el culto a la violencia, "partera de la historia", como "un valor esencial de la ideología revolucionaria de aquellas décadas"; sin embargo, que la violencia es partera de la historia no es una invención setentista sino un reconocimiento desde Karl Marx en adelante de que la superación del capitalismo y la construcción de una sociedad socialista necesitarán de la revolución.

Ariel Eidelman
UBA

Notas

[1] Véanse los distintos trabajos de Silvina Jensen y Pablo Yankelevich, en particular la compilación editada por ambos el año pasado: *Exilios: destinos y experiencias bajo la dictadura militar*, Buenos Aires, El Zorzal, 2007.

[2] Marina Franco es una de las coordinadoras de la Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente (RIEHR). Véase la compilación de Marina Franco y Florencia Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

[3] Para un balance de la historiografía de los años 70 por parte de la autora del libro que se reseña, véase Marina Franco, "Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años 70", *Nuevo Topo. Revista de crítica cultural*, 1, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2005.

Eduardo Rey Tristán (dir.)

Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina. Golpes, dictaduras, exilios (1973-2006)

Universidad de Santiago de Compostela-CIEAM, 2007, 382 páginas

El libro dirigido por Eduardo Rey Tristán y que reúne las colaboraciones de más de una veintena de cientistas sociales europeos y latinoamericanos y de protagonistas de la historia reciente de la Argentina y Uruguay debe ser leído en un doble registro.

Por un lado, como producto del simposio que se realizó en la Universidad de Santiago de Compostela en mayo de 2006 y que fue la continuidad de un esfuerzo académico que en ocasiones anteriores (2003 y 2005) había tenido su sede en la Universidad de Salamanca y por iniciativa del profesor Guillermo Mira Delli Zotti. En la línea del Primer Simposio, dedicado a "La crisis argentina actual: contexto internacional, elecciones y perspectivas desde el pasado reciente", y del Segundo Simposio que llevaba por título "Itinerarios políticos de la izquierda revolucionaria en Argentina y Uruguay: de los años de plomo al gobierno. La voz de los protagonistas", la tercera edición volvió a reunir en un espacio de análisis, reflexión y debate a profesionales de las ciencias sociales (historiadores, politólogos, sociólogos, antropólogos, periodistas) y a protagonistas y testigos de la dramática y compleja historia sudamericana de las últimas décadas.

Por otro lado, *Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina* es algo más que ese tercer simposio. No sólo hay más voces –tanto de especialistas como de testigos– sino que, conservando el calor del diálogo y del debate, aglutina capítulos que son revisiones y/o nuevas aproximaciones resultantes del fructífero encuentro entre personas de diferentes generaciones, de distintos países, con diversa formación disciplinaria, con disímil grado de experiencia directa sobre aquello para lo que fueron convocados a pensar, etcétera.

En tal sentido, la primera consideración que debemos hacer tiene que ver con el significado del simposio y del libro en el renovado debate sobre el pasado reciente que el Cono Sur está viviendo en los últimos años, aunque con énfasis, claves de análisis, temporalidades e intensidades disímiles y ciertamente ligadas a los respectivos contextos nacionales políticos, judiciales y sociales. Así, cabe preguntarse ¿por qué estos encuentros en el espacio académico español?, ¿por qué reuniendo a especialistas residentes en la Argentina y Uruguay y a otros originarios de esos países pero instalados desde hace tiempo en Europa o a "argentinistas y orientalistas europeos"?, ¿por qué a veinticinco años o más de la última oleada de golpes militares que asoló la región?, ¿por qué intentando transitar por la difícil senda que supone escribir la historia con la voz del historiador o del cientista social y a la vez con la de las víctimas, actores y testigos de la violencia y el terrorismo de Estado?

Respecto de esta última cuestión, Rey Tristán afirma en la presentación que el propósito había sido mezclar "partes complementarias de un todo, necesarias para un mejor conocimiento y comprensión del período" (8). Valga como propósito, pero admitamos que en ello radica una de las novedades de este espacio (simposio y libro) y quizá el mayor de los desafíos, sobre todo teniendo en cuenta que el territorio del pasado reciente de Uruguay y la Argentina aún está dominado por las memorias de los sobrevivientes y los cientistas sociales cargan no sólo el rezago sino la dificultad para legitimar su relato. Lo innovador del libro dirigido por Rey Tristán –y de la dinámica del simposio– es que yuxtapone aproximaciones analíticas, regladas y ajustadas a las metodologías de las ciencias sociales y aproximaciones marcadas por la experiencia y la subjetividad lacerada por la violencia, pero también ofrece otras aproximaciones donde la perspectiva del actor y del estudioso se superponen y a veces entran en conflicto o al menos se tensan. No existe en el texto preeminencia de la voz del historiador sobre la del testigo. Cada una de ellas recupera retazos o parcelas del pasado reciente. Así, la lectura global del libro permite dar cuenta de que ni el historiador legitima al testigo ni este último da un espaldarazo a las interpretaciones del primero. Desde la polifonía puede conocerse un pasado más rico, más plenamente humano, más atento a la contin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gencia y al modo en que, en la contemporaneidad, los actores históricos evaluaban lo que estaban transitando. En definitiva, da cuenta de un pasado con más claroscuros y menos buenos y malos. Se aporta así a una lectura más comprensiva y menos preocupada por sancionar inocencias o culpabilidades.

La segunda consideración tiene que ver con su apuesta a explorar una dimensión poco transitada en la aún fragmentaria historia del pasado reciente. Sin el propósito de ofrecer visiones acabadas, globales o totalizantes de los procesos políticos, económicos y sociales que vivieron la Argentina y Uruguay en los años 60, 70 y 80, el libro apunta a construir conocimiento comparado. Si bien a lo largo del texto muchas veces la comparación no se resuelve en forma explícita sino por yuxtaposición de casos nacionales sobre temas específicos –por ejemplo, dando cuenta de las modalidades represivas, de las crisis políticas y de las modalidades de la militancia revolucionaria previas a los golpes, de comunidades de exilio instaladas en una misma geografía (por caso, los capítulos que analizan los exilios uruguayo y argentino en España), de actores de la militancia antidictatorial, etc.)–, existen capítulos que recuperan de modo decidido la comparación como herramienta de análisis, apuntando a contextualizaciones tanto en la larga duración de las respectivas historias por países (Gonzalo Varela Petito), como en las dinámicas políticas y económicas regionales (Cono Sur) y epocales (Guerra Fría, Revolución Cubana, etc.). Destacan en este sentido los capítulos escritos por Rey Tristán, por César Tcach y por Alicia Servetto.

Existe otro elemento que aporta a la comparación y que al mismo tiempo ayuda a una mirada compleja del pasado reciente. Rehuyendo de la tendencia a entender los fenómenos ligados a la victimización como unicidades históricas y excepcionalidades que no admiten la reconstrucción de su genealogía –identificando, por ejemplo, los lazos que explican el surgimiento y la permanencia de los Estados terroristas, esto es, sus condiciones sociales de posibilidad–, a lo largo del libro, aunque con desiguales énfasis, se logra poner en evidencia los aspectos comunes a diferentes experiencias, coyunturas y acontecimientos, sin que ello derive en una normalización con implicancias analíticas y ético-políticas nefastas.

Por último, cabe destacar que en el esfuerzo de contextualización e historización que hace a la dimensión no sólo comparada sino relacional del acercamiento al pasado encontramos historias que tejen puentes entre las dos geografías puestas en diálogo en el simposio que dio el puntapié inicial a la publicación de *Memorias de la violencia en Uruguay y Argentina*. En ese sentido, no son raras las historias de ida y vuelta entre España y los países rioplatenses y de redes tramadas entre los diferentes exilios (argentino, uruguayo, etcétera).

Finalmente, existe un tercer aspecto que hace del libro dirigido por Eduardo Rey Tristán una obra de referencia y es la pretensión de pensar la historia regional rioplatense de las décadas del 60, 70 y 80 sin reproducir las divisiones que han dominado en las historiografías argentina y uruguaya entre la situación de activación social, movilización política y violencia revolucionaria previa a los golpes y las dictaduras resultantes de la derrota de aquellos sectores que disputaban el poder. En tal sentido, resulta interesante el capítulo que actúa como Introducción del libro y que se ocupa del análisis de las violencias políticas, sus actores, sus estrategias, sus modalidades y que enmarca las cuatro partes siguientes dedicadas a los golpes, las dictaduras, los exilios y las memorias, esto es a las marcas, consecuencias o huellas de ese pasado violento y traumático en el presente.

Silvina Jensen
Universidad Nacional del Sur-Bahía Blanca-CONICET

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

estudios sociales
revista universitaria semestral

Consejo Editorial: Darío Macor (director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Hugo Quiroga, César Tcach, Darío Roldán

Nº 34 **primer semestre** **2008**

DOSSIER

Las raíces ideológicas de las derechas en Europa e Iberoamérica

FERNANDO DEVOTO y DARÍO ROLDÁN: *Presentación*

FERNANDO DEVOTO: *Acerca de un intelectual extremo y sus fracasos. El caso de Leopoldo Lugones político*

DARÍO ROLDÁN: *Rodolfo Rivarola y el impasse democrático de la derecha liberal*

EDUARDO ZIMMERMANN: *"Los deberes de la Revolución." José Nicolás Matienzo y el golpe militar en la Argentina de 1930*

LUIS ALBERTO ROMERO: *Soberbia y paranoia. La idea de nación en los libros de texto del siglo XX*

ARTÍCULOS

DIEGO EZEQUIEL PEREYRA: *El hecho social y la sociología en la Argentina del Centenario.*

CARINA LAURA FRID y NORMA LANCIOTTI: *La recepción del pensamiento económico italiano en espacios académicos de la Argentina*

ELISA PASTORIZA: *Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el peronismo*

COMUNICACIONES

A. RODRÍGUEZ, M. ZINK, A. VALDÉS: *Fotografía y memoria*

ENTREVISTAS

Natacha Bacolla y Bernardo Carrizo entrevistan a ANTONIO ANNINO

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, CC 353, Correo Argentino (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: suspia@fcjs.unl.edu.ar

COMPRAS Y SUSCRIPCIONES: Centro de Publicaciones, UNL, 9 de Julio 3563 (3000) Santa Fe, Argentina, e-mail: editorial@unl.edu.ar www.unl.edu.ar/editorial

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mora

Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires — Nº 12 / Diciembre 2006

Dossier: Ana Amado, *Comentarios de violencia* / Francesca Gargallo, *Migración y discriminación de género en el nuevo orden heterosexista global* / Rita Laura Segato, *¿Qué es un femicidio? Notas para un debate emergente* / Adriana Piscitelli, *Trabajo sexual y turismo sexual: violencia y estigma* / Ana Amado, *El orden de los cuerpos en los años 70. Entrevista a Pilar Calveiro* // Traducciones: Sylvia Molloy, *Identidades sexuales femeninas: estrategias de autofiguración* / Presentación Elfriede Jelinek, por Ana Amado / Elfriede Jelinek, "El joker. Peter Lorre" / Elfriede Jelinek, "Lost highway" // María Luisa Femenías y María Marta Herrera, Entrevista a Geneviève Fraisse: *Feminismo, filosofía y práctica política* // Artículos: Silvina A. Palermo, *Peligrosas libertarias o nobles ciudadanas. Representaciones de la militancia femenina en la gran huelga ferroviaria de 1917* / Tania Diz, *Identidad, cuerpo y mutación. Las columnas periodísticas de Alfonsina Storni en La Nación* / Claudia Pérez, *Un côté de Gomorrhe. Androcentrismo y transposición en los signos amorosos lésbicos de Sodoma y Gomorra de Marcel Proust* / Aranzazu Hernández Piñero, *Género, sexualidad y política del reconocimiento. Notas críticas a la teoría de la justicia de Nancy Fraser* / Marcela Turdo, *Un aporte acerca de un caso de intersexualidad. En los límites de la biopolítica y el biopoder* // Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse al Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
Puan 480, 4º piso Of. 417 (1406) Capital Federal, República Argentina
Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: revistamora@filo.uba.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PUNTO DE VISTA

Punto de Vista / Nº 90 / abril de 2008

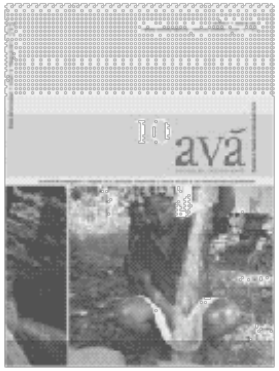
El juicio del siglo, Arquitectura
Melancolía e insistencia de la novela
Poesía en internet
El cine moderno revisitado
El documental hoy
La armonía grotesca de Babel
Sebald poeta

Escriben: Silvestri / Sarlo / Porrúa / Hevia / Oubiña / Filipelli / Palavecino / Beceyro / Antelo / Carrión

Suscripción anual $ 30. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

PUNTO DE VISTA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



avá

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA /AVÁ
JOURNAL OF ANTHROPOLOGY Nº 10
Programa de Postgrado en Antropología Social,
Universidad Nacional de Misiones
(Posadas, Misiones, Argentina).

Artículos y ensayos

Singularidades y asimetrías en el campo antropológico mundial. Por Eduardo Restrepo

"Nuestra lucha recién comienza" Vivencias de pertenencia y formaciones mapuche de Sí Mismo. Por Claudia Briones

Hilvanando apuestos. Lecturas identitarias a partir de la conformación de una comunidad mapuche en Lago Puelo, Provincia de Chubut. Por Alma Tozzini

El espejo invertido de la realidad: del discurso del desarrollo a la apología de la gestión ambiental. Por Omar Ramírez

"Modalidades de intervención social sobre los horticultores bonaerenses. Una mirada antropológica. Por María Carolina Peito

La Gran Red: una nueva era entre la ciencia y el mito. Por María del Rosario Contepomi

"Mundo Acadêmico" professores universitários, práticas de leitura e escrita e diversidade social. Por Tania Dauster, Dione Dantas do Amaral, Mônica Guimarães, Sandra Mendes.

Entrevistas

Reflexiones sobre el poder, las jerarquías y la teoría social. Entrevista a Maurice Godelier. Por Gastón J. Gil

Reseñas

De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza. Por Martha Blache

Martín y Ramona. Por Leonor Acuña

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar